

EL VIGÍA DE TIERRA

REVISTA DE PUBLICACIONES

Melilla, 1995

Nº 1



EL VIGÍA DE TIERRA

Revista de Publicaciones
(1995), Núm. 1. Melilla (España)

ISSN: 1135-6995
Depósito Legal: ML 22-1995
Título Clave: *El Vigía de Tierra*
© del texto: los autores 1995
© de la edición: Ciudad Autónoma de Melilla 1995

Edición:
ARCHIVO Y SERVICIO DE PUBLICACIONES

Director:
VICENTE MOGA ROMERO

Consejo de Redacción:
ISABEL MIGALLÓN AGUILAR
MAIMONA MOHAMED HADDÚ
TERESA COBREROS RICO
M^a. PILAR QUINTANA DÍAZ

Ilustración de cubierta y anagrama:
© GRUPO D-DOS, 1995

Redacción y Administración:
Ciudad Autónoma de Melilla
Consejería de Cultura, Educación, Juventud y Deporte

Servicio de Publicaciones
Palacio de la Asamblea de Melilla
Plaza de España, s/n.
52001 Melilla (España)
Tel.: 95-2699166-266-110
Fax: 95-2699248

Tirada: 1.000 ejemplares

Fotocomposición e impresión: SEYER
Cañizares, 23 - 29002 Málaga

Impreso en España
Printed in Spain

EL VIGÍA DE TIERRA no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas en los contenidos de los artículos, de los que únicamente son responsables sus autores. La publicación no se responsabiliza tampoco de la devolución de los originales no solicitados. Como el objetivo esencial de la revista es difundir las obras del Servicio de Publicaciones, se enviará gratuitamente a las entidades que lo soliciten y se mantendrá el canje con las publicaciones que lo demanden. La reproducción, parcial o integral de la revista por cualquier medio, requerirá la previa autorización del director de la publicación, en cuyo caso habrá de citarse la procedencia del material reproducido.

SUMARIO

EDITORIAL	5
-----------------	---

ARTÍCULOS

Creación y Ensayo:

PABLO MUÑOZ CARBALLEDA: <i>Corto Maltés: la historia vivida, la aventura soñada</i>	9
JUAN ANTONIO MORALES ARANDA: <i>Tribulaciones fantásticas</i>	15
LEILA HOUARI: <i>Mimuna</i>	51

Antologías:

JUAN GUERRERO ZAMORA: <i>Las Erradas (Almenara)</i>	59
MIGUEL FERNÁNDEZ: <i>El Rito; África (Solitudine)</i>	65
ANTONIO ABAD: <i>Quebdani (El Arco de la Luna)</i>	67

Etnografía:

URSULA KINGSMILL HART: <i>Un parto en el Rif</i>	77
AGUSTÍN BLANCO MORO: <i>Otra lectura de la Hoja de Servicios de mi padre, el coronel Blanco de Izaga</i>	83
JUAN MARTÍNEZ RUIZ: <i>Notas sobre el arado bereber de Beni Chicar (Marruecos)</i>	89

Documentación bibliográfica:

ANTONIO BRAVO NIETO: <i>La imagen de una ciudad y la memoria escrita: aproximación bibliográfica a la arquitectura de Melilla</i>	117
VICENTE MOGA ROMERO: <i>Escrito en la Historia: repertorio bibliográfico de publicaciones editadas por el Ayuntamiento de Melilla (1975-1995)</i>	133

PUBLICACIONES:

ISABEL MIGALLÓN AGUILAR: <i>Catálogo actualizado del Servicio de Publicaciones</i>	145
--	-----

CONVOCATORIAS:

CONCURSO DE MONOGRAFÍAS «MELILLA: HISTORIA Y CULTURA» ..	159
CUATRO BECAS DE INVESTIGACIÓN DOCUMENTAL	161

Desde 1988, año en que inicia su andadura el Servicio de Publicaciones, se viene gestando la idea de una publicación periódica que pudiera servir de cauce de expresión, a la vez que de nexo de unión, de los autores editados, primeramente por la Fundación Municipal Sociocultural del Ayuntamiento de Melilla, hasta el año 1995, y desde esta fecha, por la Consejería de Cultura, Educación, Juventud y Deporte, de la recién estrenada Ciudad Autónoma de Melilla, logro histórico alcanzado cuando el Rey de España, Juan Carlos I, sancionó la Ley Orgánica 2/1995, de 13 de marzo, de Estatuto de Autonomía de Melilla (*BOE* núm. 62, de 14 de marzo; *BOME* núm. 3.403, de 20 de junio).

Ocho años pues en que se han podido madurar algunas ideas, diseñar colecciones literarias, científicas, históricas, etc., acoger una cualificada relación de colaboradores, y desarrollar una incipiente estructura de publicaciones que se marcó, desde sus orígenes, como objetivo esencial la divulgación de los estudios enraizados en el devenir de la ciudad de Melilla.

En este sentido, con la mirada situada en la mejor divulgación del *corpus* editado por el Servicio de Publicaciones, surge la oportunidad de realizar una revista que ayude a dar a conocer la Ciudad y sus habitantes, en las esferas de lo local y de lo nacional, sin desdeñar una vocación abierta y universalista, digna de una ciudad como Melilla, ciudad-frontera-isla-sobre-el-mar, que se encuentra a las puertas de conmemorar una efemérides tan decisiva como la del quinto centenario de su incorporación a Castilla (1497-1997).

De esta suma de inquietudes nace *El Vigía de Tierra*, nombre que perdura en un renacentista torreón del frente de tierra, o de poniente, en la Batería Real del primer recinto fortificado de la acrópolis, la «Villa Nueva», también conocido como Torreón de la Ampolleta Nueva y Torre de las Campanas, que se sitúa extremo del de la

Ampolleta Vieja y sobre el del Desmochado que, a su vez, otea el foso y flanquea la imperial Puerta de Santiago, la primitiva Puerta de Tierra. Gabriel de Morales, en sus *Efemérides y Curiosidades. Melilla, Peñón, Alhucemas* (Melilla, 1921), nos recuerda como en el *Memorial de la fábrica de las obras de Melilla que Su Majestad lo mandó hacer*, de 1533, se cita el Torreón de la Ampolleta «que está sobre la Caleta no muy lejos del sitio llamado hoy Anteojo y en él se encontraba un reloj de arena que servía para la población».

Reloj de arena, estrangulando el duro paso del tiempo de la guarnición, y reloj de campana, con sus horas de bronce, bien pudo ser también nomón y clepsidra, con el Sol y el agua fluyendo entre sus ampolletas. Reloj magistral, que secularmente tuvo que ir contra reloj del destino, atalaya en el día, escucha en la noche, y siempre centinela en su cuerpo de guardia.

La Ciudad Vieja (El Pueblo; Melilla la Vieja) simbolizada a través de su torreón atalayero, se asoma a las páginas de una nueva revista que desea realzar aspectos de la cultura que quiere tener, como cimientos inamovibles, el mestizaje cultural, la tolerancia, la educación en la convivencia y la comprensión de la alteridad, resumidos en el bello lema de que «todos somos diferentes, porque todos somos iguales».

Por ello valga también esta primera salida de *El Vigía* para homenajear a los amigos recientemente desaparecidos, como Luis España, maestro ante todo, capaz de ilusionar a los estudiantes en campañas de animación a la lectura, como la que diseñó en 1994, bajo el lema de «Yo leo»; el fotógrafo Pepe Domenech, del que tenemos como legado sus numerosos reportajes gráficos en la prensa local; Kaddour Cadi, autor de una intensa obra sobre la lengua rifeña, entre las que destaca *Système verbal rifain: forme et sens. Linguistique Tamazight (Nord Marocain)*. Paris: Selaf, 1987; José Palma Román, «el abuelo», escritor de los libros *Las aventuras de Juan Fernández* (Melilla, 1990), y *Yasmina: la tragedia de la mujer musulmana* (Melilla, 1992) y de numerosos artículos y relatos; y el veneciano Hugo Pratt, junto a su *alter ego* Corto Maltés, autor de una obra única, que parcialmente se recoge en uno de los artículos de esta revista que había sido redactado antes de su muerte el pasado 27 de agosto. Esto nos hace reflexionar sobre el hecho de que la desaparición de un autor representa, a la vez, la de sus más queridos personajes que, en el caso de Corto Maltés, depara una doble ausencia tan natural como trágica, sólo paliada por la continuación de las «nuevas» obras que superan la barrera vital del propio autor. Así, la última obra de H. Pratt, *Saint-Exupéry. El último vuelo*, acaba de ser editada por la editorial Norma, de Barcelona, y ahora puede ser concebida como un mutuo homenaje entre el autor de *El principito* y el propio Pratt.

De otra parte, esta primera andanza de *El Vigía* quiere testimoniar también como veinte años después del fallecimiento del «africanista» general Franco, Melilla ha accedido al nivel legal marcado por la Constitución de 1978. Este año marcó la apertura de un proceso que llevó tres años más tarde, el 20 de octubre de 1981, al Ayuntamiento de Melilla, a comunicar al Ministro de Administración Territorial, el acuerdo del pleno municipal del 13 de octubre anterior para «en uso de lo determinado en la Disposición transitoria quinta de la Constitución, ejercer la iniciativa para constituir a la Ciudad de Melilla en Comunidad Autónoma». El diseño autonómico del Estado español, prácticamente estructurado entre 1979 y 1983, tenía dos grandes lagunas que parecían insalvables, Ceuta y Melilla, pero, por fin, como resultado de la aprobación del Estatuto de Autonomía, el 26 de septiembre de 1995 la bandera de Melilla ondeaba en el Senado

junto a la de Ceuta y las diecisiete comunidades autónomas españolas. La ciudad recuperaba así sus símbolos —escudo, bandera, himno— para dejar atrás dos decenios especialmente cargados de incertidumbre.

Estructurado el *Sumario* de la revista en seis apartados, encontramos en primer lugar, dentro de «Creación y ensayo»: un análisis sobre el impacto de Corto Maltés, el paradigmático personaje de Hugo Pratt, en las propias vivencias personales del autor del artículo, el melillense Pablo Muñoz Carballeda. Como ya se ha recordado el ensayo fue escrito antes de la inesperada muerte de Pratt, e incluye un apartado bibliográfico sobre Corto Maltés; «Tribulaciones fantásticas» se constituye en un conjunto de relatos del también melillense Juan Antonio Morales Aranda, a caballo entre la recreación que propicia el relato histórico y el cuento gótico, con leves salpicaduras de Poe, y que nos depara una intriga que la ficción declara como posible en la fortaleza de Melilla; «Mimuna» es una incursión en el territorio cercano de la mujer *magrebí*, escrito con el *sfumato* emanado del vapor del *hammam* y la pícara conversación que motiva las exclusivas reuniones de las mujeres africanas.

El apartado poético se abre con apretadas «antologías» de urgencia de tres autores melillenses, Antonio Abad, Juan Guerrero Zamora y Miguel Fernández, pequeños engarces sacados de libros que rezuman el aire de levante de la ciudad mágica y mediterránea.

Tres estudios se consagran a lo «etnográfico». La experiencia rifeña de una mujer inglesa, en el profundo Rif de los años sesenta nos depara una aproximación casi microscópica al rito del parto de unas mujeres alejadas de las coordenadas de su tiempo. La visión, desde dentro, y por tanto nada *outsider*, del hijo de Emilio Blanco de Izaga, sobre la vida y la obra de su padre como interventor militar en el Rif, en una etapa crucial de la historia española, completa y aclara las notas del antropólogo David M. Hart en la edición realizada en 1995 en la colección «La Biblioteca de Melilla». «Los textos de J. Caro Baroja, junto a los del coronel Blanco Izaga, son el principio y el final de la antropología colonial española», ha escrito Miquel Barceló (*El País*. Madrid, 23 de septiembre de 1995), para resaltar la importancia de los estudios de Blanco y su aportación al conocimiento de la sociedad marroquí precolonial y colonial. Por último, pero no por ello menos importante, aparece en reedición facsímil el artículo del profesor granadino Juan Martínez Ruiz (1922-1990), que entre 1958 y 1974 residió en Melilla como Catedrático de Lengua y Literatura españolas del Instituto Hispano-Marroquí de Bachillerato, hoy llamado Leopoldo Queipo, y como Delegado Especial del Ministerio de Educación y Ciencia, en 1974. Desde el campo de la filología pensamos que su aportación a la etnografía rifeña, y concretamente a la de la región melillense de la Guelaiia, debe ser conocida. En este sentido agradecemos a su mujer, la también profesora e investigadora Joaquina Albarracín Navarro su amable colaboración. La Universidad de Granada editó en 1991 el libro *Estudios dedicados al profesor Juan Martínez Ruiz*, recogidos y publicados por Juan Paredes Núñez, como muestra de la magnífica labor investigadora del profesor, al que recuerdo incitando a sus alumnos de bachillerato, en clase de literatura española, a la lectura en la Biblioteca Pública Municipal de Melilla y encomiándoles a no ser confundido en el fichero de autores con su casi homónimo «Azorín».

El apartado de «documentación bibliográfica» descubre sin duda una de las motivaciones esenciales de *El Vigía*, que pretende recuperar también las fuentes bi-

biográficas, documentales y gráficas, que permitan reconstruir y reescribir la historia de Melilla. De ahí que la aportación del profesor Antonio Bravo sobre la arquitectura de la ciudad sea el inicio de un proyecto a largo plazo que complete repertorios tan inestimables como el de Rodolfo Gil Grima. *Aproximación a una bibliografía española sobre el Norte de África, 1850-1980. Tomo I*. Madrid: Printing Books, 1988. De alguna manera ello supone sencillamente retomar la iniciativa de la extinta Biblioteca Municipal de Melilla, que ya en 1981 editó la obra de José Luis Alcalá Vargas. *Aproximación a la historia bibliográfica de Melilla*, de la que se imprimieron dos volúmenes.

La lista de las publicaciones editadas y/o patrocinadas por el Ayuntamiento de Melilla, en dos decenios, entre 1975 y 1995, recogida en otro artículo de este apartado, contribuye también a conformar el *corpus* bibliográfico de la ciudad. Otro tanto ocurre con la publicación del catálogo actualizado de las obras del Servicio de Publicaciones de la Ciudad de Melilla, que completa un caudal de información necesaria no sólo para los especialistas e investigadores, sino también para los lectores en general y muy efectiva para los planteamientos de difusión e intercambio editoriales.

En el apartado de «Convocatorias» se recogen las bases del primer Concurso de Monografías «Melilla: Historia y Cultura», convocado, con fecha 29 de septiembre de 1995, por la Consejería de Cultura con la finalidad expresa de estimular la investigación y promover el conocimiento de la historia de la ciudad de Melilla.

Impulsar la recuperación de documentos que afectan a los distintos períodos históricos de Melilla, dentro del diseño de un Plan Director de Archivos, es el principal objetivo de la convocatoria de cuatro becas de investigación documental que, para el año 1996, se centra en los Archivos de la Administración del Estado (Alcalá de Henares); General de Simancas (Valladolid); de la Fundación de Medina Sidonia (Sanlúcar de Barrameda - Cádiz); y de la Ciudad de Melilla.

El Vigía de Tierra, torreón cercano «a la media Luna de la Alaphia» en expresión dieciochesca de Juan Antonio de Estrada, nace para acoger desde los adarves de las viejas murallas las pacíficas incursiones de los canteros de letras que pespunteen el tejido armonioso del entendimiento. El título obedece, por tanto, no sólo a las resonancias casi mágicas de un pretérito erosionado por las constelaciones cambiantes, sino también al imperativo de la mejor estética nietzscheana, que considera la belleza el vórtice álgido de la existencia, pero, sobre todo, obedece al calor de la tierra que sustenta sus sillares de cantería sobre la creación y la esperanza de sus habitantes. Y a ellos se ofrece, como en los versos de Miguel Fernández, «Allí de espaldas a la luna llena, sobre el risco colmado en sus albatros» («Vigía», *Solitudine*).

CORTO MALTÉS: LA HISTORIA VIVIDA, LA AVENTURA SOÑADA

por PABLO MUÑOZ CARBALLEDA

Por Corto Maltés supe los nombres de todas las islas de los mares del Sur, de los vientos y de las corrientes marinas. Él me descubrió la ruta de los mercaderes y las leyendas de los corsarios. Me inculcó la utopía de mirar desafiante, siempre por encima del hombro, las banderas, fuera cual fuera el color y la extensión de la tierra que prometieran.

Susana Fortes. *Querido Corto Maltés*. Barcelona: Tusquets, 1994

Con todo mi agradecimiento y admiración a quien sin cuyo concurso la mitología particular del que escribe tendría un amplio vacío difícil de llenar.

Para Hugo Pratt/Corto Maltés, *in memoriam* (1929- 1995).

1

Corto Maltés es uno de esos personajes que, al igual que Tintín, Blueberry, Sherlock Holmes, Philip Marlowe, Tom Ripley, Pepe Carvalho y tantos otros, entraron un día en mi vida, casi sin sentir, de puntillas, y consiguieron ocupar un lugar más o menos polvoriento en mi memoria. Pero el marino Maltés tiene ventaja, su rincón está siempre limpio de telarañas y casi más cercano al corazón que a los recuerdos.

Le conocí hace ya muchos años, con su oreja perforada, su elegante gorra de marino, su sempiterno chaquetón hasta la rodilla y, sobre todo, con su profunda y nada titubeante mirada —«como si quisiera leer el pensamiento de los demás», como opina su amigo el profesor Steiner, de la Universidad de Praga— y su fina ironía, dura a veces, pero nunca sarcástica. No ha cambiado mucho desde entonces.

Le encontré entre los primeros números de la histórica revista *Totem* —a la que algunos debemos tanto—, allá por la segunda mitad de los setenta. Le intuí más que le vi, agazapado, casi camuflado, inmerso en una historieta en blanco y negro, en desventaja aparente entre la parafernalia apocalíptica de Druillet y la revolución estética de Moebius. No pasé de largo y le escuché. Me contó una tórrida historia de beduinos, guerreros somalíes, opresores turcos y futuros opresores europeos disfrazados de liberadores —del-turco-opresor, que se desarrollaba en las sofocantes arenas del desierto arábigo, con asalto de fortín turco incluido.

2

Desde ese momento, Corto no ha dejado nunca de transportarme con sus historias a los primeros años de este siglo y a cualquier escenario geográfico. He recorrido junto a él la frontera chino-siberiana, la selva amazónica o las estepas iraníes. He paseado entre las brumas nocturnas de Venecia, por las apretadas calles de Rodas y los peligrosos arrabales bonaerenses. He navegado por todos los océanos y he conocido a multitud de personajes, complejos unos, atormentados otros, fácilmente reconocibles los más, pero siempre terriblemente humanos e interesantes. Pero también aprendí mucho junto a él. Me enseñó que este mundo no se puede entender desde parámetros maniqueos; que los «malos» lo son siempre desde el punto de vista de los «buenos»; que las personas sencillas y olvidadas son también capaces de realizar las mayores proezas y, sobre todo, me enseñó que la Historia no la escriben los cronistas, ni figura en los manuales, sino que la Historia la redactan a diario millones de héroes anónimos que luchan por sus sueños o, simplemente, por tener un mañana.

Y es precisamente en esa Historia ignorada y no escrita en la que se mueve Corto. Él ha vivido los grandes acontecimientos de la época en la que ¿el azar? quiso que existiera, pero siempre en lo que podríamos llamar «la trastienda» de los conflictos. No ha conocido, salvo excepciones, a los grandes personajes que figuran en las enciclopedias y libros de texto, pero sí se ha cruzado en el camino con muchos de aquellos personajes malditos, fracasados, olvidados por el tiempo y la memoria colectiva, aquellos hombres cuyas tumbas —si existen— no tienen ni nombre; hombres a los que, como a Enver Bey, el Barón Ungern-Sternberg, el teniente de navío Slütter y tantos otros, les tocó hacer el trabajo sucio para esa misma Historia que ahora les ignora.

Pero, ¿quién es en realidad Corto Maltés?, ¿qué se oculta tras esa mirada fría de ojos entornados y ese pequeño esbozo de permanente sonrisa en sus labios?

3

En mi opinión, tras todo eso se encuentra uno de los personajes más reconociblemente humano de la narrativa dibujada.

Corto no es un héroe, en el sentido literal del término, aquel personaje infalible, de actitud paternalista, en torno al cual gira el mundo entero y que sobresale sobre todos los demás como un iceberg del Océano. Y es que Corto está situado en el mismo plano que las personas que lo rodean, sujeto a las mismas contradicciones que cualquier mortal —nuestro marino lo es—, a los mismos impulsos, los mismos sentimientos, los mismos miedos y —por supuesto— las mismas grandezas. Corto no es un héroe, él mismo

dice que su intención es «vivir sin hacer Historia» y que «los héroes de carrera me dejan indiferente». Sin embargo, él sabe, como todos nosotros, que no por eso deja de serlo.

Corto no es un revolucionario, en la misma medida en que no es un idealista ni un buscador de utopías —jamás fue capaz de digerir, ni tan siquiera en sueños, la obra de Tomás Moro, a pesar de intentarlo con tesón—. Aunque no le gustan ni la sociedad moderna ni las leyes que la rigen, no tiene ningún afán por cambiarlas, simplemente no se siente vinculado a esas normas —«no creo en dogmas ni en banderas»— y establece sus propias reglas del juego, lo cual no es óbice para que, por un motivo u otro, nuestro marino siempre estuviese presente en las grandes revoluciones de principios de siglo, y aunque procura mantenerse siempre al margen y preocuparse únicamente de sus intereses, nunca lo consigue, autodefiniéndose como «uno-que-no-consigue-pensar-solo-en-sus-asuntos». Así, ya sea por la mirada perdida de una niña armenia, por la petición de ayuda de algún amigo, o por cualquier otra causa, el Maltés acaba siempre implicado en los conflictos a los que llegó como simple observador marginal, y —casualmente— esa implicación siempre cae del lado de los que intentan cambiar esa sociedad y esas normas que Corto desecha. No en vano, para el Maltés las guerras revolucionarias son las únicas, tal vez, entendibles.

Tampoco es un pirata, aunque haya ejercido como tal y en ciertos ambientes se le conozca por ese apodo. La verdad es que Corto nunca hubiera «hecho carrera» en esa profesión. Su carácter no violento y su sensibilidad hacia la injusticia y los atropellos de los derechos irrenunciables, le hacen incompatible con la figura del pirata tradicional de parche y pata-de-palo tipo Jhon «Long» Silver. La incursión del Maltés en la piratería fue algo ocasional y accesorio, y en ningún caso el adjetivo «pirata» puede ser considerado como una cualidad aplicable a nuestro personaje. Igualmente, tampoco es un mercenario, aunque también a veces pueda parecerlo, pues únicamente acepta trabajos que aceptaría en cualquier otra circunstancia, es decir, aquellos cuyo fin concuerda con sus más arraigadas convicciones.

4

Corto es un marino, ¿alguien lo duda? Sus señas de identidad son inequívocamente marineras: su gorra, su chaquetón y hasta su arete, todo ello lleva el inequívoco olor del salitre, y en sus pupilas siempre brilla el sosegado apagar del sol poniente sobre la espuma del horizonte. Además, él siempre se define como marino. Sin embargo, a mi juicio, Corto no es «esencialmente» marino, como lo eran el Capitán Acab y tantos otros personajes que habían encontrado en el mar el ambiente natural en el que desenvolverse, que se ahogaban en la estrechez continental y únicamente se sentían cómodos rodeados por el Océano y con el horizonte como frontera, seres para los que el mar representaba todo, el fin y el medio al mismo tiempo. Corto no es «esencialmente marino», él no es un «inadaptado continental», su ambiente natural es tanto el mar como la selva, la estepa o el desierto, todo aquello que signifique anchos horizontes, camino por recorrer o enigma por desentrañar.

Y es que nuestro amigo es en esencia un aventurero. Pero si Corto aporta un avance cualitativo en la concepción del marino tradicional, también presenta una diferencia fundamental con el aventurero consagrado en la literatura y en la narrativa dibujada del género. Las motivaciones reales del Maltés no son las del aventurero



tradicional, cuyo fin es enriquecerse buscando viejos tesoros escondidos o descubrir nuevas tierras y pasar a las memorias futuras de ese modo. Su fin último es la aventura en sí misma, el continuo vagar entre tierras, mares y gentes —«no soy de los que echan raíces»—, el horizonte sin final, el misterio oculto tras escritos apócrifos, el camino que queda por recorrer y las personas por conocer. Con Corto, la aventura se convierte en un fin en sí misma, y no en el medio de conseguir fortuna o fama. El Maltés no es Indiana Jones —prototipo de aventurero standar—, que sólo se mueve de su cátedra para descubrir tesoros fabulosos amenazados por «los malos de turno». Para Corto da lo mismo que sea un dudoso tesoro de Alejandro Magno, las reservas de oro de Montenegro ocultas en una iglesia de la Europa en llamas de la primera gran guerra o un quimérico tren imperial ruso vagando por las estepas asiáticas con las entrañas llenas del oro de los zares. El fin inmediato no importa, para Corto no deja de ser meramente accesorio su consecución, es más, incluso es mejor no lograr el objetivo, ya que como él mismo dice «si el juego sale deja de ser bonito». Y aún en el caso de que la aventura llevase aparejada sustanciosas ganancias, siempre habrá una viuda, una escuela o un orfanato a quién donar los beneficios.

5

Pero nuestro amigo no se mueve únicamente por estímulos exclusivamente aventureros. Conceptos como amistad o lealtad son fundamentales para él, y siempre se encuentran entremezclados entre sus motivaciones, llegando en muchas ocasiones a destacar sobre las otras, como cuando recorrió medio mundo para recoger a la hija de su amiga Luise Brooksowyc, asesinada en Buenos Aires tras una turbia historia de ambición, prostitución y poder.

Siempre he admirado de Corto su ironía y su amplio sentido de la amistad y la lealtad, pero sobre todo, lo que más me ha impresionado es su profundo mestizaje cultural, fruto de sus orígenes y educación, que hicieron posible una actitud tremendamente receptiva y «contaminable» ante todo lo que signifique cultura y tradición. Este eclecticismo cultural, unido al desarraigo de conceptos excluyentes como raza, patria o religión, y su innata concepción igualitaria de la humanidad, le dota de una tremenda habilidad para sentirse cómodo en cualquier ambiente y ante cualquier situación, ya sea en una escuela sufi, una logia masónica o en un chapon yanomani. Esté donde esté, Corto siempre se situará entre las coordenadas correctas y con un profundo respeto a la diferencia, y es que, como le sentenció en cierta ocasión un chamán tibetano «Los que como tú, Corto, saben comportarse, pueden estar a gusto hasta en el infierno».

He hecho referencia a sus orígenes y educación como claves para entender esa actitud receptiva y respetuosa ante la «diferencia», y es que la personalidad, el talante y la ética de Corto son precisamente frutos del mestizaje. Todo en la procedencia e infancia de Corto es símbolo de este cóctel étnico y cultural. Corto es mediterráneo y —como su apellido indica— prácticamente del centro de ese mar casi interior, vehículo difusor de culturas y etnias durante tantos siglos. Por las medievales calles de la Valetta, Corto creció junto a leyendas turcas y ecos de cruzados. El origen de sus padres no es menos simbólico que su lugar de nacimiento. Su madre fue una conocida bruja gitana de Sevilla, apodada «la niña de Gibraltar», de quien Corto heredó esa atracción por lo oculto y cabalístico tan característica. Su padre, un marino de Cornualles, representa en

nuestro personaje toda la tradición gaélica, acervo que Corto añade a su equipaje cultural. Para terminar con la simbología de su origen, Corto fue educado bajo la tutela de un rabino sefardí, y su propio alias responde a la estancia Argentina de Pratt. En este país significa rápido, ingenioso.

6

No quisiera pasar por alto su curiosa relación con las mujeres. Corto, a diferencia de tantos personajes —principalmente de la narrativa dibujada— claramente misóginos o asexuados —basta remitirnos a Tintín o a los héroes de la Marvel— siempre ha tenido una relación normal con las mujeres, aunque éstas casi nunca quedan reflejadas en sus historias, quizás porque defiende con celo su vida privada, separándola de su actividad pública. No obstante, la relación de nuestro amigo con el sexo femenino es siempre una relación dialéctica de presencia-ausencia casi onírica a veces, aunque siempre poética. Pero es el propio personaje el que mejor define esta relación cuando se autointerroga: «¿Será posible que las mujeres que me gustan estén siempre al otro lado?».

Únicamente tengo que hacerle un reproche a Maltés, que es su eterna y leal —y a veces rotundamente inexplicable— amistad con Rasputín, prototipo de pirata, mercenario, aventurero sin escrúpulos y un sinfín de apelativos más. Le ha salvado la vida en varias ocasiones, alguna vez incluso por llevar la contraria a la ley y el orden establecidos, y, ¿quién sabe?, tal vez el verdadero motivo de aquella caótica y peligrosa peregrinación a Samarkanda fuera la liberación de Rasputín de la Casa Dorada, en lugar de la búsqueda del tesoro de Alejandro de Macedonia. De todas maneras, quizás mi reproche parezca injusto, y sea en detalles como este —su sincera amistad con Rasputín— donde resida la profunda y vital humanidad de Corto y su magnético atractivo.

BIBLIOGRAFÍA SELECTIVA EN LENGUA CASTELLANA SOBRE CORTO MALTÉS

1. *La balada del Mar Salado* (1967)¹. - Madrid : Nueva Frontera, 1978. - (Biblioteca Totem ; 1).
2. *Corto Maltés en Siberia* (1974). - Madrid : Nueva Frontera, 1980. - (Biblioteca Totem ; 7).
3. *Bajo el signo de Capricornio* (1970). - Madrid : Nueva Frontera, 1980. - (Biblioteca Totem ; 9).
Contiene los siguientes episodios que fueron publicados en la revista *Totem*. - Madrid. - N. 1-4 (1977): «El secreto de Tristan Bantam»; «Cita en Bahía»; «Samba con tiro fijo»; «Un aguila en la selva»; «Aquella metralleta española»; «Por culpa de una gaviota».
4. *Siempre un poco más lejos* (1970/71). - Madrid : Nueva Frontera, 1981. - (Biblioteca Totem ; 14).
Contiene los siguientes episodios que fueron publicados en la revista *Totem*. - Madrid. - N. 5-9 (1977/78): «Hongos y cabezas»; «La conga de las bananas»; «Vudú para el presidente»; «La laguna de los hermosos sueños»; «Abuelos y leyendas».
5. *Las Celticas* (1971/72). - Madrid: Nueva Frontera, 1982.- (Biblioteca Totem; 17). Contiene los siguientes episodios que fueron publicados en la revista *Totem*. - Madrid. - N. 10-15 (1978/80): «El angel de la ventana de Oriente»; «Bajo la bandera de oro»; «Concierto en do menor para arpa y nitroglicerina» (publicado en el N. 25); «Sueño de una mañana de invierno» (publicado en el N. 27); «Vino de Borgoña y rosas de picardía»; «En el tinglado de la antigua farsa».
6. *Las Etiopicas* (1972/73). - Madrid : Nueva Frontera, 1983. - (Biblioteca Totem; 19).
Contiene los siguientes episodios que fueron publicados en la revista *Totem*. - Madrid. - N. 17-23 (1979/80): «En el nombre de Alá, compasivo y misericordioso»; «Un tiro desde las chumberas»; «De otros Romeos y de otras Julietas»; «Leopardos».
7. *Fábula de Venecia (Sirat Al Bundugyyiah)* (1977). - Madrid: Nueva Frontera, 1983. - (Biblioteca Totem ; 22). Publicada por entregas en la revista *Totem*. - Madrid. - N. 29-32 (1980/81).
8. *La juventud de Corto Maltés, 1904-1905* (1981/83). - Madrid : Nueva Frontera, 1984. Publicada por entregas en la revista *Totem, viajes y aventuras*. - Madrid. - N. 1-4 (1984).
9. *Tango : y todo a media luz* (1988). - Madrid : New Comic, 1990.
Publicada por entregas en la revista *Corto Maltés*. - Madrid. - N. 1-5 (1988/89).
10. *Las Helveticas* (1988). - Madrid : New Comic, 1990.
Publicada por entregas en la revista *Corto Maltés*. - Madrid. - N. 4-5 (1989).
11. *La casa dorada de Samarcanda* (1980/1989). - Barcelona: Norma, 1992.
Publicada por entregas en la revista *Totem*. - Madrid. - N. 34-38 (1981/82) (edición incompleta) y en la revista *Corto Maltés*. - Madrid. - N. 6-15 (1989/1992).
12. *Mu*. - Barcelona : Norma, 1993.
13. *Las memorias de Corto Maltés* / con dibujos de Hugo Pratt y texto de Michel Pierre.
Publicada por entregas en la revista *Corto Maltés*. - Madrid. - N. 1-15 (1988-1992).

APROXIMACIÓN BIBLIOGRÁFICA A HUGO PRATT

1. «Un hombre, mil imágenes». *Hugo Pratt : cuadernos de divulgación de la historieta*. - Madrid. - N. 2 (1983).
2. FONT, Marga. «Biografía de Corto Maltés». *Integral*. - Madrid. - N. 161 (1993).

¹ El año entre paréntesis indica la fecha de la primera edición original.

TRIBULACIONES FANTÁSTICAS

por JUAN ANTONIO MORALES ARANDA

«Si no sabes lo que es la escritura podrás pensar que la dificultad es mínima, pero si quieres una explicación detallada, déjame decirte que el trabajo es duro: nubla la vista, encorva la espalda, aplasta la barriga y las costillas, tortura los riñones y deja todo el cuerpo dolorido... Como el marino que vuelve, por fin, al puerto, el copista se alegra cuando llega a la última línea.

Deo gratias Semper.»

Colofón de Silos Beatus (siglo XII).

GILLIAN DE DÄNEMBURN

(En el año de Nuestro Señor de 1571)

Como todas las mañanas de aquel estío, me desperté sudoroso en mi lecho, sintiéndome vacío, simple y llanamente insulso. Y como de costumbre con la mirada vaga, perdida entre las cuatro esquinas de la habitación. Ensimismado como me encontraba en mi pensar, me afanaba por querer darle un sentido a todo lo que me rodeaba, a la misma esencia de cada amanecer. E inútilmente me esforzaba por aparentar una satisfacción personal que jamás existió en mí.

A menudo solía finalizar mi recorrido visual en un pequeño ventanuco por el que se vislumbraba el brillar intenso de las estrellas ante la impenetrable oscuridad de la noche, que ya se iba tornando en claridad diurna. En cierta manera aquel *leitmotiv* milenario, rotundo universal y perfecto discurrir de la naturaleza, me daba ánimos para comenzar el día.

Casi sonámbulo me dirigí a las almenas y atalayas de la prisión, esperanzado en

que la suave brisa salobre del Mediterráneo me refrescara, antes de que luciera esplendoroso y ardiente el omnipotente Sol en lo alto. Para caer sobre nuestras cabezas implacable y justiciero.

Me arrimaba al muro de la cortadura con el fin de contemplar el incesante batir de las olas contra el rocoso calcáreo, y con cada golpe, dejaba sobre la mar un rastro espumoso, blanquecino, para una vez más romper con furia y salpicar dividiéndose en miles de gotas. Era un paisaje hermoso, quizás lo único agradable de aquel perdido rincón del *Mare Nostrum*.

Ya comenzaba a asomar la luz por poniente cuando aún no se había ocultado la Luna, resistiéndose a dejar el firmamento, como una reina poderosa, arrogante, vestida con un fino tul de blanca seda. Pero desafiante el astro rey, pleno de majestuosidad, asomaba por oriente, abarcando con su dorado todo el horizonte.

—¡Quién va!

Aquella voz ruda, me sacó de inmediato de mi ensoñación. Se trataba de la guardia que, desde la penumbra de una garita, amenazaba con su alabarda.

—Yo, el Gobernador de la ínsula.

Mi voz sonó distante. Para mí pensé ¡Quién sino yo, iba a completar una ronda tan cargada de desasosiego! Yo era el único loco que a estas horas se aventuraba por el baluarte, como ánima errante encadenado a mis pensamientos. O gato zaino que va de cornisa en cornisa hallando mejor paz que la de sus sueños tremebundos. ¡Quién sino! ¡Vive Dios!, que estos tormentos febriles acabarán con mi vida, y no será bien con mi alma.

Dejé al vigilante en su puesto. Cuando bajando la pedregosa escalinata que daba al patio de armas, me encontré con el Capitán de Orellana, el encargado de la guarnición. Me comunicó que una galera contorneaba los espigones del puerto natural y se dirigía a la ensenada. Se trataba sin duda del buque que nos suministraba mensualmente las provisiones, el correo y un nuevo contingente de tropas y prisioneros.

Distantes de la nave, se habían quedado en la entrada de la bahía, dos galeones fuertemente armados, que le daban escolta.

Cuando se hubo aproximado al *oppidum et portus naturae*, aún permaneciendo las velas al viento, ya la entalingadura hacía fondo, y la tripulación descansaba postergando el momento de la fajina y el reanudar los trabajos en cubierta.

El desembarco se llevó a cabo con rapidez y eficacia para que nada más despuntar la mañana, las naves pudieran regresar sin riesgo de ser sorprendidas en una emboscada. Un soldado con el morrión bajo el brazo, me hizo entrega de la documentación de los prisioneros y al Capitán de la guarnición, la milicia. Así que con vivacidad examiné a los presos en la plaza de armas, guiándome siempre de los nombres del manifiesto.

Eran en su mayoría prisioneros políticos, pobres hombres que probablemente ebrios hicieron alguna inoportuna alusión al clero o a la corona y que sin duda, llegó a oídos de alguien. Siendo confinados por traición al Estado o herejía.

Pero mientras muchos de ellos estaban entecos, había allí un hombre alto, de pelo rojizo y fuerte complexión, que se mantenía erguido sobresaliendo de entre las cabezas de los convictos. Y a quien llamaban «el holandés», aunque respondía al nombre de Gillian de Dänemburn. Desde el primer momento en que le vi, mi curiosidad se avivó.

Pronto comprendería que aquel hombre no era como los demás. Un extraño presentimiento abatía mi álgida conciencia. Si bien lo único que pude saber de él, era

que fue apresado in *partibus infidelium* siendo condenado a la pena máxima por protestante y enemigo de España.

Los días que siguieron a este primer encuentro fueron realmente desconcertantes, e incluso hoy que escribo estas exiguas líneas en mi diario, e intento aclarar lo que está sucediendo, sigo sin salir de mi asombro y me siento incapaz de dar a soldados y prisioneros una idea concreta de lo que padecemos.

Somos víctimas de un sobrenatural hecho. Al cual, en nuestra ignorancia le hemos dado el nombre de la Peste. Simplemente esperamos atónitos a que esa cosa se nos pose mientras dormimos, o que se introduzca en el agua que bebemos, pues se diluye con total facilidad en cualquier tipo de sustancia. Poca es la comida que hemos podido rescatar de las infernales garras de *la mancha*.

Hace días que racionamos los alimentos. Así que no es fácil desdeñar un trozo de pan. Y mientras abatidos por el hambre, tragamos angustiados, un silencio sepulcral nos domina. Al mismo tiempo, Una pregunta sobrecogedora ronda nuestras cabezas. ¿Estaremos contaminados? Cuanto menos, somos testigos presenciales de nuestra propia desdicha.

Ya son muchos los que han resuelto su amargura con el suicidio. Unos despeñándose por los muros de la prisión y otros extirpando sus heridas embrutecidos por la locura. Pero los que aún sobrevivimos a este ente diabólico, buscamos desesperados una solución y rezamos por nuestras almas:

«Durante la primera noche a la llegada del holandés, absoluto causante de nuestras desdichas, el cielo se volvió purpurado y el aire henchido y pesadumbroso. Una multitud de cuervos rondaban día y noche el castillo, y a menudo solían lanzarse en picado desde las alturas contra los ventanales, y cuando tomaban tierra, picoteaban las piedras con desesperanza, graznando con avidez. Presagio sin duda de lo que acontecería los días postreros.

En las mazmorras, apenas el ronquido de un prisionero o un cuerpo moviéndose sobre su camastro rompían el silencio abismal existente. No obstante, al fondo del abovedado pasillo se escuchaba un débil gotear que marcaba con cada filtración el paso caprichoso e indetenible del tiempo. Como un susurro en la noche, como un frío corazón que late y late sin descanso.

Tan sólo una antorcha alumbraba el corredor, pero por los embotados ventanales de cada celda entraba el sangrante cielo, dotando a la inmensa oscuridad de una misteriosa y densa mancha rojiza.

—¡Socorro, socorro! (Gritaba el compañero de celda de Gillian).

—¡Este hombre es el mismísimo diablo. Abridme la puerta por Dios. Abridme...!

Golpeaba la puerta frenético, torturado por el espanto. Mientras que Gillian permanecía en su lecho en una extraña quietud fetal.

Entre lamentos pronunciaba algún tipo de macabro sortilegio. Rugía la noche con cada palabra; temblaba la tierra bajo nuestros pies crispando al cielo con un indescriptible canto.

Giró bruscamente su cabeza ladeándola hacia los aterrados espectadores que contemplábamos aquel hecho desde la puerta de la celda. Volviéronse sus ojos de un rojo penetrantemente ardiente.

Cuando hubo terminado su recitativo, quedó eclipsado casi en coma. Sus párpados que aún seguían abiertos, se cubrieron de una mucosa blanquecina a modo de fina

telilla. Y que en un proceso acelerado se transformó en una especie de gasa, cada vez más compacta, hasta que fue tal la secadez de la misma que comenzó a resquebrajarse.

De repente, con un ensordecedor grito apaciguó al instante la tormenta y todo aquel entramado aquelarrino, tomando la noche su aspecto natural. Poco después, se derrumbó sobre la cama, sumido en un estado catatónico.

Todos los que presenciamos aquel suceso, quedamos alterados. Y prontamente, el pánico fue contagiándose entre los presos. Jamás vi cosa igual ni creo que otros antes lo hubieran vivido.

Durante lo que restaba de noche nadie pudo dormir y sí comentar hasta la saciedad el advenimiento del mismo Satanás en forma de hombre.

Fueron muchos los que animados por un cabecilla con aspiraciones revolucionarias, pero sin ningún talento, Don Rodrigo de Baeza, se atrevían con petulancia a darme consejos de cómo actuar en esta ocasión y en otras muchas. Y como si no tuviera suficientes quebraderos de cabeza, el párroco de nuestra capilla ya me hablaba en nombre del Santísimo. Consciente pues, del nerviosismo existente entre la población de la plaza, me contuve mesurado cuanto pude.

Intenté recluirme en mis aposentos para poder pensar, pero hasta allí osaron llegar aquellos oportunistas, que irrumpieron en mi dormitorio sin tan siquiera llamar a la puerta.

Qué difícil es gobernar a unos patanes que buscan cualquier excusa para levantarse en oposición. Sólo quise realizar mis obligaciones lo mejor posible y vivir en la paz de Dios. Pero ya cansado de tanta displicencia, y cuando ya parecía que el asunto se me escapaba de las manos, tuve que actuar con contundencia. Puse mi afilado acero de Toledo a cinco centímetros escasos del corazón de Don Rodrigo y a la voz de:

«Aquí mando yo y no hay más dialéctica que la mía», la muchedumbre cesó de inmediato de patalear y chillar como niños, y cuando estuve a buen recaudo, gracias a la guardia del Capitán de Orellana, el gentío fue disolviéndose en absoluto silencio.

La imprevisibilidad de los últimos sucesos, y el no fiarme en absoluto del personal civil de la isla, hizo que dispusiera a bien, el mantener a la guarnición en estado de alerta.

Decidí pues, incomunicar al *non sancto*, en una celda a solas con sus magistrales juegos de magia. He de confesar, que para mí, en todo aquello había algo más que una casualidad intrascendental. No obstante, no me sentía con el suficiente valor como para aceptar que aquello pudiera ser cierto.

Primero, porque si así lo hacía, tendría de nuevo a esa pandilla de necios reclamando estupideces y al sacerdote dando parte al Santo Oficio, y eso no sería en absoluto de persona sensata, de lo cual me honro en ser. Y segundo, por miedo. Me resistía a pensar que todo pudiese ser real, y no hubiese en ello tal truco de magia como me gustaba creer. Además, no es que yo tuviera una fuerte e inquebrantable base religiosa, pero me resultaría doloroso y hasta absurdo pensar que vivo en un mundo hecho a imagen y semejanza de los hombres, para los hombres, y lo más duro de todo, por los hombres. En el que todo trabajo en vida, jamás tuviera su recompensa tras la muerte.

Me refiero a que a nosotros nos tranquiliza pensar que hay alguien Todopoderoso que ve nuestras acciones. Bendiciéndolas o castigándolas. Y que a nuestra muerte, en su infinita misericordia, nos reconfortará con el paraíso.

Así transcurrieron las horas de la noche que, cuanto menos se me tornaban eternas

y por fin apareció el Sol inundando de luz el cielo. Pero pronto, no me quedó más remedio que tomar una decisión. Y por drástica que me pareciera ésta. Opté por acabar aquella misma mañana con el problema de un prisionero insurrecto y una población aterrada. No podía dar opción a un botín en la ciudadela.

Así que tras reflexionar, mis órdenes fueron la decapitación para Gillian de Dänemburn. Unicamente me limité a adelantar en algunos días lo que sería inevitable. Se esperaba una resolución firmada por Su Majestad en la que se le condenaría a muerte. Ciertamente, nos dimos prisa por conducir al prisionero hacia el patíbulo. Y finalizar con aquella dramática actuación.

Algunos de los soldados tenían miedo de aproximarse a él, decían inquietos: «Mandadme Sr. Gobernador matar al turco yo sólo, e iré. Mandadme suicidarme por la Corona y obedeceré, pero no me mandéis encadenar al Diablo». No se trataba ahora de una superstición de provincias, sino de una realidad. Todos, de una u otra manera, sentíamos pánico ante él. Aunque unos lo disimulábamos mejor que otros. Todos adolecíamos del mismo pecado.

Al final, entre unos cuantos soldados tan desconfiados como asustados, lo sacaron de la celda y lo condujeron al patio de armas para cumplir sentencia. Aquel hombre seguía en coma y con los músculos contraídos por el esfuerzo. Por lo que se decidió que no se podía ajusticiar a un dormido, pues de alguna extraña manera no se cumplía con lo acordado en el Decreto Real.

Intentaron pues los soldados entre bofetadas y jarros de agua, despertar a aquel individuo de su postergo. Y gracias al Señor, abrió sus grandes ojos azules. Aquellos minutos fueron los más difíciles de mi vida. Y aunque débil, se le pudo subir a la tarima junto al verdugo.

El condenado pronto se dio cuenta de su desesperada situación. Gritaba y hablaba a voces en su idioma natal, pero ya era tarde y todo intento por huir resultaba inútil. Estaba de rodillas, obligado a descansar la cabeza sobre el tronco de madera y con las manos anudadas a la espalda.

Aún seguía exaltado, cuando el hacha impasible se elevó por encima de su cabeza. Y una vez en lo alto, el metal brilló ante la luz del Sol, como guiñándole el ojo al mismísimo Dios. Luego, el verdugo dejó caer la hoja bien afilada en un zzuuummm espeluznante, dibujando un silbido mortal que separó de un tajo la cabeza del resto del cuerpo. No obstante, aún se mantenía en movimiento con la última chispa de vida que le quedaba. Como todavía queriendo pedir clemencia.

Yo no pude por menos que apartar la mirada de aquel acto y sentirme una criatura miserable por el resto del día, además de enfermo. No es que yo no hubiera visto antes ejecutar otras sentencias, pero en aquella había algo de especial que en un principio no supe adivinar aunque sí presentir.

La multitud que se congregó en torno al lugar fue disolviéndose entre murmullos. Y pronto quedé solo en la tribuna, frente al cadáver.

Esto supondría para mí, una causa más para no dormir, para rondar cada mañana temprano los torreones y las almenas, para ser, cada vez más, escéptico con la existencia que me había tocado vivir. La vida me ofrecía motivos suficientes como para acabar con ella.

Sin embargo, a la mañana siguiente lució esplendoroso el Sol, como siempre, fustigándonos con sus látigos, llenos de intención, dejando sobre nosotros un rastro de

cansancio y apatía. Cuando de repente y sin previsión alguna, se desencadenó sobre el cielo de la isla una gran tormenta torrencial. Era una cortina continua de agua, de la que había que ponerse a cubierto.

Yo miraba desde mi ventana como caía la lluvia, totalmente enajenado, y entonces comencé a dudar de la eficacia de mi resolución, porque la sensación ya presentida cuando lo vi cumplir la sentencia, continuaba en mí invariable. Si acaso aumentada. No podía quitarme de la cabeza el acto sumarásimos con el que puse fin a su vida. Y con el que condené la mía para siempre.

Cesó el aluvión, sacándome de mis aledaños y me asomé al balcón para comprobar que ya había remitido el aguacero. Cuando llamaron con insistencia a la puerta de mi alcoba.

Un soldado me pidió que le acompañara, pues según él, había algo de la máxima importancia que debía ver.

Recorrimos el camino en un absoluto silencio. Me condujo a la plaza de armas, y la atravesamos de lado a lado hasta detenernos justo donde vi caer la cabeza de aquel desdichado. Cuando me percarté de que una gran mancha de sangre ocupaba el lugar de la ejecución.

El agua no había dispersado el rojo vivo del suelo. Es más, permanecía adherida a él con fuerza, con un aspecto viscoso. Se había limpiado, pero por más intentos que se prodigaron, la mancha se resistía a desaparecer. Todo lo contrario, con cada refriega se extendía más y más por el rellano del patio. Por descuido, el soldado al cual se le ordenó que limpiara la mancha, se expuso a la sangre, y una vez que esta se hizo lugar en el cuerpo del muchacho, de igual modo resultaba inútil deshacerse de ella. Jamás vi cosa de tal naturaleza.

Al poco rato de pasear de un lado para otro nervioso, me llamaron urgentemente. La mano del muchacho estaba coagulada. Aquello le prodigaba intensos dolores. Pero resultaba inútil extirpar, puesto que la mancha había cubierto gran parte de su cuerpo y continuaba extendiéndose. Era sólo cuestión de tiempo, el que falleciese. Aquella misma noche, entre tormentosos dolores le vino el fin. Al parecer su corazón no pudo soportarlo más. Su mal evolucionó de forma rápida e inflexible. De un estado de coagulación pasó al de cristalización de músculos y venas, hasta que estallaron convirtiéndose en fino polvo. En un polvo rojizo sin identidad. En simple arena postrada sobre el lecho en la que antes estuvo un hombre. En nada.

A la mañana siguiente me vi como de costumbre vagabundeando por las partes altas de los recintos defensivos pero esta vez me atormentaba la obsesión de la mancha. Para mi sorpresa, cuando me dispuse a bajar las escaleras que daban a la plaza de armas, observé que muchos de los edificios de la prisión habían sido envueltos por aquella cosa.

Ascendía por las paredes como cualquier sombra. Descendía de entre las rendijas y grietas de los tejados a las habitaciones en forma de inofensivas gotas. Plif, plif, plif, una a una, sin prisa pero sin pausa.

Muchos fueron los que mientras dormían, se vieron sometidos para siempre a la mancha. Ella se arrastra sigilosamente, calculando sus posibilidades y las de sus víctimas. Cayendo como la noche sobre ellas. Sorprendiendo con cada minuto que pasa. Aterrorizando con cada nuevo presente. Desdeñando.

A partir de aquel momento, cada mañana nos encontrábamos con que la mancha había adquirido más y más terreno. No queríamos ser abatidos por el cansancio, porque

cualquiera podía amanecer con aquello sobre el brazo o la espalda, o ser simplemente arenisca sobre la litera. El terror hacía mella en nosotros. Vivíamos en una continua pesadilla. Como si de un ser inteligente se tratase, había adoptado una nueva estrategia para nuestro mal. Se introducía en los almacenes contaminando el agua y los alimentos.

Probamos a incendiar el lugar infectado, pero siempre terminábamos rindiéndonos a su dicha. Y esperando pacientemente a que se cumpliera nuestra sentencia de muerte. Sin duda, no duraríamos mucho y tan sólo nos restaría la misericordia de Dios. Pero ya desesperados, nos dejamos a nuestro albedrío. Consumimos los alimentos contaminados y bebimos del agua que ya no era potable, porque es mejor morir disfrutando de todo aunque el mal se apodere de nosotros, antes que perecer de inanición, pasando privaciones y calamidades.

Y es por lo que ya sintiéndome enfermo escribo estos últimos apuntes antes de ser devorado por la más diabólica de las criaturas. Para que el que llegue despreocupado a la isla y al encontrarla desierta se pregunte por lo ocurrido aquí, sepa a ciencia cierta lo que sucedió. Y si aún está a tiempo, huya lo más lejos de esta condenada ínsula.

Meses después en el puerto de Cádiz, mientras unos marineros desembarcan los poco srestos útiles que habían quedado en la isla, tras ser incendiada en extrañas circunstancias...

—Oye, ¿qué es eso que gotea de aquel madero? —pregunta uno de los marineros absorto por la rara sustancia.

—Parece sangre. —El marinero humedece el dedo índice en la viscosa mancha púrpura.

¿Quién dijo que ajusticiar al diablo era fácil?

LA CONCIENCIA INTRANQUILA

Hace cuestión de dos semanas asistí al entierro de un buen amigo mío. Mientras permanecí allí, junto a los familiares y nuestras mutuas amistades, no pude por menos que sentirme tan desdichado como sus parientes. Pues buena parte de lo sucedido fue responsabilidad mía. Y sin embargo, todos los que se congregaban en torno al ataúd, lo ignoraban. Así que se me hacía del todo imposible erguir la cabeza, y ver todas aquellas miradas lánguidas. Las mismas, quedaban distantes de buscar entre las muchas razones que pudieran haber para lo ocurrido, una que las colmara de satisfacciones, y que explicara la desafortunada desaparición. Ahora tan sólo, quedaba la sobriedad del silencio.

Permanecí parte de la ceremonia cabizbajo y con lágrimas en los ojos. Ciertamente, la gente que como yo vinieron a dar un último «adiós» al buen amigo que enterrábamos, de haberlo sabido, no podrían haber evitado del mismo modo que yo, sentir repudio hacia mi persona y hacia la embaucadora fraternidad que mostré con él durante tanto tiempo.

Transcurrieron los minutos frente al foso, y cada vez me iba sintiendo más infeliz. Más culpable de aquella muerte. Hasta que la angustia me desbordó y no me quedó más remedio que huir de allí. Empecé la carrera totalmente avergonzado. ¿Qué podía decir?, ¿qué podía hacer, sino llorar mi amargura a solas, porque nunca podría hacerlo junto a los que como yo, sufrían por aquella estimable pérdida? Ellos jamás sabrían

perdonarme. No entenderían la pasión que me movió a hacerlo. Como jamás fueron lo suficientemente perspicaces para ver en mí a alguien con capacidad. Algo en mi interior me hizo ser tan osado como para planear su muerte. Irónicamente, ahora tan sólo deseaba emular a quien hoy ocupaba un lugar entre los muertos.

Cuando ya estaba totalmente exhausto, llegué a un claro en el bosque próximo al cementerio. Decidí lamentarme a solas, junto a un viejo roble de gruesas proporciones. Quizás su venerable ancianidad había visto casos semejantes al mío, y con un poco de suerte, conseguiría que de entre los árboles surgiera una voz «todopoderosa» que me aconsejara. Que me dijera qué podía hacer un hombre destrozado. Pero sin duda, mi confesor querría saber lo ocurrido, y aunque me cueste describirlo, es más, aunque sea yo quien lo narre, si de este modo puedo descargar mi lamento contenido, bienvenido sea no una, sino mil veces este relato:

«Yo era joven. Cuántas locuras se hacen en los años mozos. Tras finalizar mis estudios de Medicina, quise especializarme, pero aunque pudiera parecer osado, no había especialización que contuviera todo aquel potencial que ansiaba para satisfacer a mi desaforado ímpetu jovial. Deseaba conocerlo todo, llegar hasta el fondo en todo. Pues tenía una ciega confianza en mis posibilidades, o al menos lo entendía de esta manera. Así que me encontraba confundido al no saber qué camino era el adecuado para una mente privilegiada como la mía. Alguien me recomendó que, para un aspirante a la gloria científica como yo, y que en absoluto le importaba competir con personas muy cualificadas, pidiera una plaza en una afamada fundación de investigación científica. Y así, tras una serie de exámenes de ingreso, con buena puntuación (si no recuerdo mal, fui el segundo de la promoción), accedieron a que formara parte del gabinete de mayor prestigio del país.

Por otra parte, jamás podía pensar que alguien hubiera hecho los exámenes de ingreso mejor que yo. Mis calificaciones eran excelentes. Había recibido la enhorabuena del jurado, y el aplauso de los demás opositores que allí se encontraban, pero entre ellos, entre los cientos de ellos, había uno que había sido el mejor. Sin duda era el número uno, y como tal, se llevó todos los honores.

Pasaron los años y aunque no había olvidado a aquella persona que de manera tan humillante me desalojó del puesto que me correspondía, que sólo yo podía ocupar, pude integrarme. Si bien, fui creando en torno a mí, un odio cervical hacia todo lo que suponía oponerse a mis ideas. Y sin quererlo, me fui encerrando en mi propia persona. Me volví huraño y taciturno. Mas éste, que trabajaba a la vez que yo en la fundación, iba creciéndose. Algunos comentarios a propósito de las excelentes aptitudes de un investigador de mi promoción, hizo que en mí renaciera un sentimiento de orgullo. Sin duda pensé que se trataba de mí, y vi en ello el merecimiento a tantos años de lucha. Pero pronto se desmoronó toda ilusión, cuando supe que se trataba del número uno. De esta forma poco a poco fui distanciándome de mis compañeros y forjándome en una conducta reaccionaria. La misma que debía actuar en contra de aquél, que en tantas ocasiones había perturbado mi tranquilidad.

Año tras año, sus trabajos eran sencillamente perfectos. En cada certamen de ciencias, a los que asistía lo más ejemplar de la profesión, sus estudios fulminaban a cualquier otro. Destacaba por su elocuencia y brillantez.

No obstante, mis trabajos eran también buenos, muy buenos, pero los suyos

atraían a científicos y agentes comerciales. Pronto se destinó más apoyo tanto humano como financiero a los proyectos que él emprendía. No importaba que fueran únicamente un esbozo en la mente privilegiada de aquel investigador. Para los directivos tenía luz verde, puesto que siempre sus experimentos eran un éxito seguro. En fin, se fue acortando el margen de holgura económica para los demás departamentos a favor del suyo. Si bien, yo vi en ello mi oportunidad, la posibilidad de acabar con él en su mismo campo. Estaba decidido a vencerle.

Sugerí al jefe de mi Departamento que colaborar con él intensivamente sería loable para la Fundación. Y tal como lo esperaba, aceptaron mi proposición. No obstante, solía oír por los pasillos lo bien que trabajaba el número uno. Los avances del número uno, y cosas parecidas, pero mi nombre jamás salía a relucir. Yo había sido devorado por la fantástica puesta en escena de mi contrincante. Él no necesitaba demasiado de sí para entusiasmar a la gente.

Por fin coincidimos una mañana. Le apasionaba, tanto como a los promotores, el que me hubiera ofrecido a ayudar en sus investigaciones. Aunque yo tenía otro deseo arraigado en mi corazón desde hacía bastante más tiempo. Así que comenzó nuestra ronda de trabajo, aunque para mí empezaba mi campaña particular. Cada mañana, me esforzaba por importunarle con simples disputas, con contraposiciones que se podían evitar. En una palabra, boicotear sus planes. Pero conforme transcurría el tiempo, fui admirando más y más a aquel hombre. Pero todavía mi alma exigía un tributo a su desesperación. Él transmitía alegría y comprensión. Sabía cómo tratar a un buen colaborador. Jamás pretendía ser más que nadie entre los que le ayudábamos. Era perfectamente modesto y cortés, a la vez que un ejemplar científico. Con aquello mi mente rebullía buscando una solución definitiva para que mi ego pudiera descansar en paz.

Tras varias sesiones juntos, quedé fascinado y no pude por menos que felicitarle. Pero para mi sorpresa, él hizo lo mismo conmigo. Enjuició de manera favorable mis trabajos. Sin duda, también había estado al corriente de mis progresos y los conocía casi mejor que yo. Incluso me sugería rectificaciones, por supuesto sin ninguna maldad. Mis entrañas buscaban un refugio ante tanta honestidad. Deseaba que algo fuera desagradable en él, pero no encontraba nada que pudiera darme la razón para asestarle el golpe final que empezaba a tramar.

Aquel mismo día me facilitó sin ningún reparo los últimos detalles de su experimento. Fue a mí, como al mejor de sus amigos, a quien quiso poner al corriente de su empresa. Y discutimos paso a paso la realización del mismo hasta bien entrada la madrugada.

El había encontrado la fórmula para poder mantener un cuerpo suspendido entre la vida y la muerte. Seguramente se trataba de la idea más ingeniosa de cuantas jamás la ciencia había experimentado. Un cuerpo podía mantenerse con sus constantes vitales casi indefinidamente. El experimento estaba destinado a aquellos enfermos que hoy día no tienen cura pero que sin embargo, en el futuro, quizás sí la pudieran tener. Al menos, esta era la idea original. Sin duda, yo sabría sacarle un mejor partido.

Consistía en albergar la vida con un mínimo desgaste. De modo que las vísceras no precisarían de un gran derroche de energía. Tan sólo se requería que el corazón latiera con cierta continuidad. Los demás órganos serían asistidos por máquinas. Calculó que un latido cada tres minutos era más que suficiente para que sostuviera la vida en el

misimo umbral de la muerte. De esta manera, no agotaría al corazón, y a su vez, el cuerpo tendría un riego sanguíneo intermitente.

¿Cómo se sentirían ustedes ante un plan tan sencillo, pero a la vez único y decisivo?

Un fin de semana, cuando me encontraba en mi casa me llamó por teléfono. Apenas pudo explicarme nada, pues la emoción lo contenía. Quería que nos encontráramos a solas en la Fundación. Mientras me dirigía allí, pensé que era el momento oportuno para actuar, dado que en el Centro el personal era mínimo, de manera que nadie molestaría. Además, trabajaríamos a solas. Sin duda la suerte me sonreía.

Cuando llegué a la sala de investigación, él ya hacía rato que había llegado y lo había preparado todo. De forma que no había más que comenzar con el experimento. Se me acercó y mirándome fijamente me dijo: «mátame, amigo mío». Yo no pude evitar sobrecogerme. Se dio media vuelta dándome la espalda y sacó de su maletín el bloc de notas, o como él lo llamaba, el cuaderno de Bitácora.

Aspiré con fuerza, intentando apartar de mi mente la pesadumbre que me había dominado. Entonces, sentí sobre mis fosas nasales, un chorro de ese aire frío y desinfectado que lo cubría todo.

Le ayudé a tenderse sobre la camilla y mientras lo hacía, él me explicaba que quería aguantar tan sólo doce minutos con una palpitación cada tres de ellos. Esto debía hacerse poco a poco. De una manera controlada. Apenas habíamos estudiado cómo llegar hasta ese estado casi catatónico, pero él no podía esperar más, deseaba dar de una vez por todas con la solución.

Mientras me hablaba yo le tomaba el pulso, pero mi mente no le prestó más atención de la necesaria para mantener la discreción. Porque me sentía dominado por esa excitación de poder que es tener en las manos la vida de una persona. Era todo tan fácil... Mi pulso se aceleraba.

Puse en marcha los aparatos. El riego de sangre en su cuerpo era normal. Le suministré succinilolinolona con una mezcla de eugenol con dietiloamida de ácido acético. De forma que pronto se sumió en un sueño. El pulso seguía siendo normal. Sus músculos estaban relajados. Era el momento oportuno de comenzar con la secuencia irregular de latidos.

Se sabía poco o nada acerca del efecto de la hipnosis sobre los pacientes para disminuir las pulsaciones. Y aunque aquello resultaba en algunas esferas científicas estúpido e ingenuo, no obstante, yo lo sugerí. Pero él lo rechazó de pleno. Para este experimento, había inventado un artefacto, basándose en el sistema empleado en los marcapasos. El mismo podría controlarse desde el exterior del cuerpo humano. Pudiéndosele ordenar a voluntad el ritmo de palpitaciones que el corazón debía seguir.

Pronto empezaron a distanciarse. Si bien, la respuesta en los aparatos era positiva. Todavía, continuó bajando y bajando. Pero por un momento detuve el descenso prodigioso. Pensé en todo este tiempo. En mis ansias de gloria. En una palabra, yo podía con solo pulsar un botón, cambiar mi vida para siempre, y por supuesto la suya. Sólo debía dejar que el proyecto saliera mal. Su muerte sería un accidente. Al fin y al cabo todo el mundo sabía que con ello se corría cierto riesgo. Y así, de una vez por todas, acabaría con mis amargas.

Volví a inspirar con fuerza y miré su cuerpo tendido sobre la camilla. De repente se instaló en la habitación una neblina helada que me turbó. Un débil sonido entrecortado,

todavía me indicaba que el paciente seguía con vida. No obstante, los grados en su cuerpo iban descendiendo progresivamente. Era necesario suministrarle inmediatamente calor, para que el riego sanguíneo fuese fluido. Pero me quedé quieto, observándolo. En el monitor, una luz roja no hacía más que centellear. La temperatura del cuerpo era preocupante, debía actuar con decisión. Sin embargo, dejé que disminuyera el calor corporal. Pronto el cuerpo fue tomando un extraño color blanquecino y sus músculos se fueron tensando. Al momento la alarma comenzó a ulular en el panel de control. Estaba perdiendo al paciente. Pero con la frialdad de un hombre atormentado, con la desesperación de quien busca justicia, lo fui desconectando de todos los equipos de mantenimiento, que era lo que tan sólo lo convertía en un ser vivo, hasta que únicamente, fuera cuestión de minutos el que pereciese.

Así fue como su corazón, en un último intento por recuperar la normalidad, dio una fuerte sacudida y entre espasmos, por fin murió. Me quedé frente a él. Decidido a contemplarlo durante todo el tiempo que fuera necesario. Si bien, no sé porqué, me sentía apático y sumido en una curiosa taciturnidad. No me alegraba en absoluto de lo que acababa de realizar, y sin embargo, había algo dentro de mí, que me decía que todo aquello había sido necesario. Entonces, comenzó a dibujarse una mueca en mi rostro. Notaba como mis músculos faciales se arqueaban. Yo sonreía sin ganas. Pronto me desbordó una incesante carcajada y luego recludo en mi tormento, aquella risa sarcástica se convirtió en un llanto pesadumbroso.

De repente su mano se alzó hasta que prendió con fuerza mi muñeca. Comencé a gritar totalmente exaltado, lleno de terror. Sus párpados se habían abierto, y me contemplaba con una mirada penetrante. Yo por extensión en mi sobresalto, le golpeaba profusamente. El pánico me desbordaba.

Cuando ya me tranquilicé, quise pensar que aquella reacción en el cadáver, no había sido más que un movimiento reflejo. Si bien, seguía con los ojos entreabiertos. Tuve que romperle los dedos de la mano, para que me soltara. Luego, le cerré los párpados. Su piel ya había tomado un tono azulino. Minutos después, cubrí su cuerpo con una sábana blanca y retiré los aparatos del mismo.

Sin embargo, jamás podré olvidar aquella mirada espeluznante, venida desde lo más recóndito de su ser. Y aunque ahora soy yo el número uno, cada vez que le recuerdo, me siento el hombre más ruin de toda la humanidad.

Una vez que me sacié con su muerte. No supe qué sentido darle a mi vida porque no puedo olvidar aquella luz en sus ojos. Y si bien, tengo pánico a vivir con la angustia de su recuerdo, la muerte me aterroriza aún más, porque no soportaría la eternidad junto a su inflexible mirada.»

ES SÓLO UN RESFRIADO

6:30 A.M.

Había pasado la noche dando múltiples vueltas en la cama. Siempre de un lado para otro. Intentando sentirse cómodo, lo que nunca llegaba a suceder. Pero tantas veces como pudo conciliar el sueño, otras tantas se desvelaba alterado, entre sudores y escalofríos. Una pesadilla tras otra le habían impedido dormir. Así que cansado como

se encontraba con aquella situación, prefirió levantarse y tomar algo refrescante, algo que le hiciera experimentar una agradable sensación, quizás su bebida favorita, «el batido de chocolate».

Se incorporaba con desdén sobre la cama, cuando sintió cómo le sobrevénía un fuerte dolor de cabeza que al menos durante un tiempo le mantuvo inmóvil. Obligándole a llevarse, en un movimiento reflejo, las manos a la cabeza. No obstante, aquella jaqueca no le era extraña. Y por supuesto, no se trataba de la primera vez que le sucedía. Éstas se le habían prodigado con bastante frecuencia desde hacía unos meses. Aunque él, había tomado la firme decisión de no administrarse las píldoras que el psiquiatra le mandó por si aquellos crueles dolores reaparecían. Y ante todo se propuso no contarle a nadie, ni siquiera a mamá, que los fantasmas de su cabecita habían regresado.

Aquel monstruo perezoso que se movía torpemente por su imaginación, arrastraba su pesada cola produciéndole un intenso zumbido, altamente molesto, que nadie hasta entonces, había sido capaz de estirparle. El extraño intruso incrustaba sus fauces sobre sus doloridas sienas. Sin embargo, al cabo de unos turbulentos minutos, pareció recuperarse y sentirse algo mejor.

Aún maltrecho tras la sacudida, a duras penas consiguió ponerse en pie. Pero no sin dificultad, pudo colocarse las zapatillas y salir del dormitorio. Procuró no hacer ruido para no despertar a mamá. Era necesario que ella no lo escuchara salir de la habitación, porque sino le preguntaría y pronto se daría cuenta de todo, pues a pesar de que con frecuencia mentía, una nada discreta ingenuidad siempre le delataba. Entonces ella lo descubriría todo, y «miraría en su cabeza, y le diría que tendría que volver a medicarse. Y él no quería ir otra vez a la casa de los hombres malos, a los hombres que hacen la terapia para curarse» pero hasta el momento, ella dormía plácidamente, ajena a todo.

Su paso era descuidado, casi zancadilleante. En un vaivén mofoso, quedaba su brazo izquierdo torpemente retrasado con respecto al resto del cuerpo. Y cabizbajo como se encontraba, con el pelo largo y grasiento, hacía de él, una imagen burlesca. Se detuvo entreteniéndose durante un rato para recomponer la camisa del pijama, la cual había quedado excesivamente holgada sobre el hombro derecho.

Al llegar a la cocina se sintió enormemente desdichado, como una criatura enjaulada, consciente de su eterna prisión. Porque aunque «él sufría un simple resfriado era incapaz de encontrar el batido de chocolate». No obstante, se afanó en su búsqueda y por fin dio con él. Dejó sin embargo la puerta de la nevera abierta, escapándose el frío del electrodoméstico.

Se sentó en una incómoda silla de anea y mientras engullía con verdadera desesperación el resfresco, comenzaron a llegar a su vago cerebro, algunas imágenes que aunque eran confusas y distantes en el tiempo, retomaban con total fidelidad el sentir de aquel preciso instante.

Y rememoró el día en que eligió, con la intención de dar una sorpresa a mamá, aquellas sillas para la cocina. Y una vez más se equivocó, porque no pareció que aquel gesto de buena voluntad la agradara en lo más mínimo, y se sintió desdichado. Ella se lo reprochaba a menudo, sin ninguna piedad. Las cosas habían cambiado mucho desde que fue presa incondicional de aquel maldito resfriado. A partir de entonces, ni él fue ya el mismo, ni su familia ni amistades eran las mismas.

Rebañaba el interior del recipiente ruidosamente con la cucharilla. Daba la

impresión de que aquel acto tan infantil le divirtiera. Pero su convulsionada mente, surcó de nuevo los confines del recuerdo, traspasando a la velocidad de la luz la enmarañada nebulosa que cubría su memoria. Mientras, hacía hincapié por limpiar del fondo de la tarrina de plástico, los exiguos restos del batido de chocolate.

Antes de caer «resfriado, como a él le gustaba referirse a su enfermedad, podía recordar sin problemas todo lo relativo a su pasado. No siendo así hoy, pues se debía a un gran esfuerzo para imaginar y preguntarse ¿quién fue antes?, ¿cuáles eran las cosas que me gustaban?, ¿quiénes eran mis amigos?... pues ya, aunque recibía visitas, no conseguía recordar a nadie. No obstante, guardaba celosamente algún que otro diario de su juventud. Y le agradaba recordar su boda. Miraba casi con obsesión los álbumes de fotos. Veía repetidamente el video en que mamá y él salían de la mano de la iglesia bajo una copiosa lluvia de arroz. Quizás era la cosa que más le mantenía entretenido.

«Normalmente, en los sitios más imprevistos acababan abrazados el uno con el otro, en un apasionante beso de imprevisibles consecuencias. A menudo solían echarlos de los lugares públicos cuando esto sucedía. Y ellos, llenos de juventud y amor, sorteaban los escándalos con sonrisas y caricias».

Se acercó al salón con el batido vacío en la mano, dejándose caer sobre el sofá, y comenzó a tararear una vieja canción que había oído profusamente en la radio. Pasaba interminables horas frente a la radio o la televisión.

«... Hoy nieva en Crest Rock,
iremos por la mañana a la montaña.
Iremos a ver a los alces y a las
águilas....

Pero de pronto dejó de cantar y fijó su mirada en los retratos que habían colgados en la pared.

Eran fotos del matrimonio. Y recreó su vista en la figura de Jéssica, su mujer. Al final acabó llamándola «mamá». Y recordó la noche de bodas... fue de los momentos más maravillosos de toda su vida. Al instante una expresión sardónica tomó forma en su cara al retomar puerilmente las escenas de cuando se acostaron. Si bien, el hecho en sí de acostarse con Jéssica, en otra época no le hubiera hecho sentirse avergonzado.

Una noche en una fiesta, le presentaron a Jéssica. Podría decirse que fue un amor a primera vista, y aquella misma noche hicieron el amor hasta quedar rendidos en su viejo Ford. Sudorosos y apiñados entre los asientos traseros. Fascinados el uno con el otro. Pero todo fue bien hasta que un triste día aparecieron esos misteriosos dolores de cabeza. Aquellos dolores que ningún médico supo diagnosticar con exactitud. Cada vez reaparecían con más frecuencia. Implacables con su dolorida cabeza.

Al principio, eran soportables y aparecían de tiempo en tiempo. Luego casi todos los días. Hasta que ese dolor, ese terrible dolor se hizo persistente. Le apretujaba el cerebro. Le exprimía el cráneo, y él gritaba en su agonía buscando un refugio en sí mismo, porque tenía miedo. Con aquellos aconteceres, había desarrollado un profundo pánico a todo lo que no fuera su silencioso intimismo. Por lo que se volvió desconfiado, irreflexivo y taciturno.

Entonces empezó a frecuentar el alcohol para hacer más fácil el paso del dolor. Pronto se dio cuenta de que el whisky era demasiado flojo para sus terribles jaquecas. Así que acudió a algo más fuerte, a las anfetaminas, que además de contener unos efectos más devastadores y apabullantes, se los proporcionaba en un menor tiempo.

Solía pasarse la mayor parte del día viviendo en una gran nube, que lo envolvía por completo. Casi no comía y comenzó a faltar por grandes períodos de tiempo a su trabajo. Para colmo fue embarcándose en préstamos para costearse el consumo habitual de estupefacientes.

No obstante, tenía ciertos momentos de lucidez, en los que lloraba su pena amargamente y se sentía la persona más desdichada de toda la Tierra. Y ciertamente lo era de un modo especial, porque esos malditos dolores no eran nada corrientes y para su desgracia le había tocado vivir con aquel suplicio de por vida.

Con la ayuda de sus familiares pudo asistir a un centro de rehabilitación. Desquitándose de las drogas. Y consiguió que un experto Psiquiatra tratara sus jaquecas. Y misteriosamente éstas, desaparecieron tal como vinieron, sin avisar. A pesar de todo, él ya nunca volvió a ser el mismo. Su personalidad había sido truncada, transformando su carácter para siempre. Se convirtió en un niño de 41 años. Quizás era mejor así, pues nunca sabría entender del todo qué le sucedió, y el porqué de la sórdida condena a la que se veía sometido.

Hasta que recientemente y de un modo casi inapreciable, aquella conjura de los infiernos volvió a minar su exclavizada cabeza de pinchazos. Pero esta vez tomó la determinación, como lo haría una persona mayor, de no contar a nadie que aquellas explosiones de luz se habían alojado de nuevo en su mente.

Seguía mirando los retratos colgados en la pared del salón. Las fotografías felices de otro tiempo. Cuando el recipiente vacío que sujetaba entre sus gruesas manos, cayó al suelo y de sus babeantes labios salió un terrible grito. Había comenzado de nuevo el tormento... Pasaron varios minutos hasta que pudo moverse, aunque tortuosamente. A pesar de que lo peor había pasado, tenía miedo de abrir los párpados y encontrarse otra vez con aquellos espantosos dolores. Hasta que lo hizo lentamente, y pareció encontrarse mejor.

Aún temblando y entre lastimeros quejidos. Como los de un animal asustado, fue incorporándose hasta poder ponerse en pie. Y se dijo: «es sólo un resfriado, es sólo un resfriado...»

Poco a poco entre zigzagueos, recompuso su paso para llegar hasta el cuarto de baño, y una vez allí se refrescó como le había enseñado mamá. Y cuando hubo estado frente al espejo, se vio reflejado con la cara totalmente bañada en sudor. Quizás por ese breve momento recordó al otro yo que fue un día. Quizás ahora lo añoraba con desesperación, pero era realmente incapaz de invocar a la personalidad de antaño. Sin embargo, se limitó a modelar con las yemas de sus dedos cada hendidura, cada forma sobresaliente de su faz. Tal como lo haría un ciego con la cara de un extraño.

El agua que caía del grifo le sacó del estado abstraído en el que se encontraba. Dejó la palma de la mano tendida bajo el refrescante chorro, y contempló eclipsado el ávido discurrir hacia el sumidero. Y por fin cerró la llave de paso. Cuando inesperadamente, una nueva explosión de luz criminal estalló en su mente. Se trataba de miles de lamparitas, que con su caprichoso revoloteo le destrozaban sin piedad.

Era como si millares de abejas ferozmente le clavaran un potente aguijón, prodigando sus acciones con un alocado zumbido. Con un murmullo incesante.

Y cuando la plaga ha acabado por devorar el maizal. Bellas vírgenes de siluetas ilusorias circundan un gran corro. Y una y otra vez, suspendidas en el aire repetían una melodía llena de intemporalidad, hasta que desaparecen en la lejanía con un soplo de viento. Quedando un eco casi imperceptible.

«... Oh mamá no dejaré que me lleves otra vez a la casa de los médicos malos. Sólo es un resfriado. Estaré en la cama como un niño bueno y me tomaré las pastillas, pero no me hagas más daño, no me hagas más daño...» se dijo a sí mismo.

Aquel odio acumulado durante tanto tiempo por el mal trato que le habían dado. Aquella profusión de fatigosos dolores, aquel sentirse reducido a la nada, convertirían a un ser incapaz de algo maligno en la bestia que dormía dentro de su cerebro y que únicamente esperaba el momento propicio para despertar. Y por un instante se dio cuenta de lo triste que era su situación. Jamás podría librarse de aquella injusta carga, pero lo peor de todo, era que no podía soportar que la gente a la que tanto había amado, lo acosara y lo tratara como a un estorbo.

Lleno de ira, subió las escaleras hacia el dormitorio. Lentamente, repitiendo casi en un susurro: «sólo es un resfriado, un resfriado». Ni siquiera él podía predecir cuál era su intención. En su ascender escalón por escalón, dejó caída una zapatilla, pero no por ello desvió su atención. Continuó su ascenso.

Arrastraba su pierna inútil por el largo pasillo, provocando un escalofriante sonido. Zaaag, zaaag, zaaag, zaaag. Hasta que estuvo frente a la puerta de la alcoba.

Abrió la puerta con sigilo y vio tendida a Jéssica en la cama. Estaba tan hermosa...; no obstante, tomó las tijeras que había sobre de la mesita de noche de Jéssica. Y las levantó prendiendo fuertemente el arma, pero a última hora pareció no decidirse. Quedó largo rato así, inmóvil y casi sin respirar. Sus ojos la contemplaban con pena. Y cuando pareció que Jéssica se movía sobre el lecho, cuando parecía que iba a despertarse, hundió con violencia la herramienta de costura en el pecho de ella. No cesó en su acción hasta que vio consumidas sus fuerzas. Dejando un rastro indeleble del crimen por toda la habitación. Pero aquello no le preocupaba. Ni siquiera se percataba de lo que acababa de acontecerle. Estaba sumido en un profundo letargo y la realidad se le mostraba lejana y diáfana. Luego, como la cosa más natural del mundo, se recostó junto al cadáver de Jéssica.

REMINISCENCIA

Anhelaba dormir con placidez, sin trabas en mis sueños. Estaba realmente agotado y nunca como entonces había sentido la necesidad de descansar. A pesar de todo, un sugerente sopor me arrastraba hasta el submundo de los sueños, pero yo me resistía. Y no es que no lo deseara. ¡Por Dios que lo deseaba!, pero era tal el pánico a dormirme, que no me importaba sufrir las inclemencias de la vela.

Tan querido como aborrecido. Y es que me era tan temeroso por aquellos días caer preso de las pérfidas garras de mis pesadillas, que no dudaba en combatirlo. No en vano inventaba cientos de estrategias para ganarle batalla a batalla en su propio campo. Pero que débil es la carne. Al final resultaba ser una lucha inútil y desigual.

Créame si les digo que aunque trabajaba en mi próximo libro, no pude más que escribir unas pocas líneas. Tan persistente se hacía mi angustia, que me obligaba a desistir de cualquier intento postrero que no fuera el pensar en ella. A estas alturas, había llegado a una situación irresoluta. Inequívocamente tenía que prestarle atención a aquello que con tanto esfuerzo había querido evitar.

Poco a poco iba siendo testigo incondicional de mi cansancio hasta que rendido caí en un profundo sueño, qué fantástico viaje:

«...Me introduzco en un lóbrego túnel. Avanzo y en su inmensidad sin embargo, percibo una débil claridad al otro extremo. Una luminosidad que me reclama. Prosigo mi andar hacia ella. Por un momento soy consciente de lo que está sucediendo pero no puedo oponerme al poderoso influjo que representa. Al final de mi camino, es decir, cuando llego hasta la luz acechante, una extraña puerta se abre ante mí. Escucho una melodía y por un momento me detengo antes de entrar en la estancia. Creí que el interior de la casa estaría iluminada, pero por contra, una masa oscura nubla mi vista. Por un instante no veo más que negrura a mi entorno. Mi pulso se acelera y siento como si fuera vigilado por miles de ojos. Y entonces comienza la avanzadilla de mis escalofríos. Presiento que a tan sólo un paso de mí, hay algo pero, por más que avanzo no llego a toparme con nada. Quizás jamás me topara con ello. A pesar de todo, extendiendo mis brazos como lo haría un ciego. Y de repente escucho una dulce melodía...»

Se trataba de una pesadilla, quizás hasta sería un sueño estúpido, pero que desde tiempo atrás no cesaba de atosigarme.

Así pues decidido, me vi en la obligación de darle un sentido a aquello que tanto me atormentaba. A veces creía tener la sensación, de que mis sueños significaban algo. E igualmente presentía que alguien deseaba que yo fuera el apóstol mensajero de aquello que debía suceder prontamente. Pero, ¿por qué yo? Al principio no supe entenderlo, pero creo estar ahora en posesión de la verdad. Yo debía ser el transmisor de esta historia. El único espectador imparcial capaz de vivirla.

Viéndome en la necesidad de acometer esta aventura, me deshice de la novela que tenía entre manos durante algún tiempo, y le dediqué mi energía a este extraño suceso. Pero sin duda, la vida holgada me había convertido en un vago empedernido y quería a toda costa eludir una investigación. Para ello necesitaba tiempo, mucho tiempo, todo el tiempo del mundo.

No sé cómo llegaron hasta mí aquellas connotaciones. Creo recordar que fue una revista de arte la que me proporcionó un camino a seguir. Alguien la había dejado olvidada en mi casa. Y entre sus hojas, cuando le echaba un vistazo, hallé una lejana pero posible relación entre mis sueños y aquel misterioso cuadro al que la ilustración del semanario hacía referencia. A partir de entonces, «el enigma de los Vitteli», me acompañaría en lo sucesivo.

Un taciturno pintor anónimo había gastado horas de su vida en retratar una fachada de la que como descubrí posteriormente, fue la casa de Vitteli. Sin embargo, un extraño y nunca aclarado incidente en el seno de aquella familia, hizo que aquel apellido pasara a ser una leyenda insoslayable.

De esta curiosa manera Vitteli, no dejaba en paz mi mente. Así que decidí, acabar de una vez por todas con mis pesadillas. Lo eludible se había convertido en una obsesión.

Me prometí a mí mismo que no dejaría el caso hasta que no encontrase algo que fuera mérito suficiente para mi ocio. Quería hacerme consciente de la necesidad de trabajar a la vez que, librarme de aquella persistente pesadilla y la única manera que conocía era investigando hasta convencerme de lo estúpido de mis sueños.

No tenía por dónde iniciar la pesquisa y cualquier idea por vaga que fuera sería un adelanto. Por otro lado, aquel rompecabezas pondría a prueba mi ingenio.

Me trasladé al lugar de los acontecimientos para trabajar sobre seguro. Y sobre seguro

significaba para mí, relacionar cualquier noción por difusa que pudiera ser. Así fui creando mi propio archivo del caso.

La turbia letra de un funcionario impresa en el Padrón Municipal, había datado el último domicilio conocido el 9 de enero de 1932. Sin embargo, tras este singular descubrimiento un océano de dudas se amontonaban en mi cerebro que aún no acababa de procesar lo misterioso de los hechos. Si algo en todo este embrollo había seguro, era que la falta de información en el registro no era fortuita. Las sucesivas hojas que completaban dichas anotaciones habían sido arrancadas deliberadamente del archivo. Tan sólo, quedaba el rastro del amputado trozo de papel. Por lo pronto un indicio más que suficiente para sospechar. De entre lo que aún quedaba a salvo, estaba la dirección. La misma hacía referencia a un pequeño pueblo sometido, como tantos otros, a la tiranía del tiempo.

Los del campo, son personas de cosechas y simientes, de olivos y aceites. Gentes atrapadas en el caprichoso juego estacional. De costumbres pretéritas. Donde la faena diaria no puede sino convertirse en un suceso destacado. Y donde a menudo es difícil distinguir entre la religiosidad y una malsana superstición.

Mientras avanzaba con el Lancia de alquiler por la carretera general, no era difícil advertir, que sobre un gran promontorio se apostaría un recinto amurallado con un esbelto torreón. Como tampoco lo era, que tras desviarme de la carretera aquel gigante, no sería más que el vestigio de que en otra época, éstas fueron tierras de señoríos. Sus murallas, habían sido testigo del inevitable paso del tiempo. Y ya no emergía con tanta grandiosidad. Ni siquiera, había podido conservar enteras sus ruinas, porque sus piedras quedaban esparcidas por los alrededores. Tan sólo, un pequeño torreón, todavía albergaba cierta dignidad. Ahora era refugio de las cigüeñas que anidaban en lo alto, y de cientos de pájaros que lo sobrevolaban de linde a linde con cada estación.

... Pasé próximo a él y sentí pena.

Sin embargo, tras la loma que representaba el señorío pétreo, se extendían en la tortuosidad del barranco, varias hileras de casas de un estricto medieval.

Al llegar al pueblo pasé la mañana indagando entre la vecindad a propósito de la estirpe Vitteli, pero fueron pocos los que me supieron dar alguna seña más o menos correcta. La mayoría o no sabían, o preferían no saber. Sin duda, se trataba de un recuerdo que había quedado anclado en la memoria de aquellas personas.

En conclusión, divagaciones. Pero si en algo coincidían todos era en el poderío y en el oscurantismo que rodeaba a aquel apellido. Algún extraño suceso debió convulsionar las almas de aquellas gentes.

Para el Orto ya me sentía cansado y totalmente confundido. Quise desquitarme de la sombra persistente de aquella casta, con la convicción entre otras, de poder sosegar el enfurecido ánimo de mi estómago, por lo que entré en un viejo mesón. En él, se respiraba un aire fresco, como el de las cuevas en el roquedal.

Apuraba mi vaso de vino, cuando un hombre alto, corpulento y de aspecto barbado, se me acercó a la mesa y tras desearme las buenas tardes en un seco andaluz, me dijo que no preguntara mas por «la familia, y que me marchara enseguida. A la vez que dejaba sobre el tablero diez mil pesetas para el viaje de vuelta, y sin más se fue. Inmediatamente le seguí a la puerta y para cuando me asomé a la calle, él ya había desaparecido. Aquel incidente contrajo más mis neuronas.

Al volver a mi asiento, me di cuenta de que todo el personal del local me miraba

bajo un silencio absoluto. El camarero que me sirvió anteriormente se aproximó a mí, y me hizo saber discretamente que la casa invitaba, y que lo más inteligente por mi parte sería marcharme en seguida. Al parecer, en un claro intento por evitar mi incómoda presencia en aquel lugar. Yo comenzaba a ser molesto para alguien, Pero, ¿porqué y para quién? ¿O tan sólo se trataba de una amarga superstición pueblerina?

Me invadió una intensa sensación de incertidumbre que hizo que me sintiera solo y completamente desconcertado. Estuve recapacitando, mientras paseaba por la aldea, acerca de lo que hasta ahora sabía que en general era ínfimo, y de dudosa credibilidad. No obstante, me intrigaba de manera exorbitante el hecho de saber qué era lo que tanto miedo proporcionaba a estos hombres. Qué era lo que hacía bullir sus corazones, y por qué se mantenían tan reacios al contacto con los visitantes.

Se había levantado un poco de viento y el sonido de papeles rodando por el parquecillo al que había ido a parar en mi paseo, me despertó de mi ensoñación. Por entonces, declinaba la tarde y el Sol iba ocultándose en un bello ocaso.

Al principio me pareció que un anciano que estaba sentado próximo a mí, me observaba desde hacía largo rato, pero no le di importancia, porque no había motivo para ello. A pesar de mi descreimiento, hice un intento por verificar aquella sensación y ciertamente, un hombre algo encorvado y de pelo canoso, me contemplaba desde el otro banco. Así que despejé mi vergüenza y le miré con tan poca discreción como él hacía conmigo. Entonces para mi sorpresa, sobrepasando con creces mi osadía, se levantó no sin dificultad de su asiento y se encaminó hacia mí con un paso lento, apoyándose constantemente sobre su bastón de puño blanco y aleonado.

Cuando hubo llegado a mi altura, se dirigió a mí con voz quebrada: «Vitteli vive, sí aún vive. Si lo buscas, él guía las almas de este pueblo, al igual que a otros, él te guiará a ti. Y tras quedarse un rato en silencio, como abstraído, puso sus pequeños ojos negros en mí y continuó diciendo: «la maligna esencia del diablo, sí..., la maligna esencia del diablo... Y sin más, se marchó dejando un profundo hueco en aquel lugar. Perdiéndose entre las callejuelas rústicas con un paso corto pero continuado.

Aquel incidente sin precedente me había sumido aún más si cabe, en el pánico que comenzaba a acecharme despiadadamente. De algún modo, aquel viejo, quizás desequilibrado, me advertía de lo que confesó ocurrirles a otros antes que a mí.

Quizás hubo otros, a quienes de forma similar, el enigma de la casta familiar, los había absorbido de tal manera, que irremediablemente serían presa de algún extraño descalabro.

A pesar de lo inusual del suceso, me sentí por primera vez desde que llegué al pueblo, con un sitio a dónde ir, un sitio dónde comenzar mi búsqueda. Y aunque pudiera parecer estúpido, tomé un camino al azar. Haciendo por otra parte caso a lo que me confiara el viejo. Porque aunque sus palabras no eran nada esclarecedoras, era más de lo que hasta ahora pude conseguir, así que me dejé llevar por aquella confusa relación de ideas.

Anduve largo rato, no podría decir con exactitud cuento. Por entonces, un vago resplandor rojizo, como un rastro de sangre, iluminaba un tercio de la bóveda celeste. Y las estrellas, de un extremo al otro, brillaban en un humilde repique de luces.

Cuando a la vuelta de un elevado cerro me topé con una gran caserona. Un verde césped lo cubría todo como si se tratase de una gigantesca alfombra herbácea. Incluso las paredes residenciales estaban cubiertas por un fantástico manto de largas enredade-

ras. De entre aquel jardín casi virginal, nacía una regia fachada, con seis grandes ventanales y con una amplia puerta señorial en el centro, además de un gran blasón de bronce, rúbrica de otro tiempo.

No cabía duda, se trataba de la portezuela de mis sueños. Aquello me motivó más aún. Ahora más que nunca, tenía una razón para continuar con esta aventura.

Ante la aldabada nadie contestó, por lo que opté por introducirme en su interior receloso, e intimado por el consejo del misterioso hombre del parquecillo.

Apelé a la atención de quienes habitasen en la casa. Pero a mis llamadas nadie contestó. No obstante, a mis oídos llegaba el sonido de un violín. Alguien interpretaba una obra con inigual destreza. Me guíé por mi sentido y llegando a un pequeño salón, un atractivo joven, fornido y de rubia melena, tocaba con total ensimismamiento el violín.

Descamisado y sudoroso, era tal la habilidad que arrancaba valor, brillantez, sonoridad, nobleza y elegancia, a aquel instrumento que parecía haber sido creado tan sólo para él. El arco incansable subía y bajaba sin detenimiento. Sus largos dedos recorrían las octavas imparable y arduamente, sentenciando al oyente y dominando sus sentimientos.

No osé interrumpir aquel ensayo. Ciertamente disfrutaba de aquella conjura atrapado por la magia del artificio. Hasta que una voz grave próxima a mí, me sacó de mi ensueño. Creo recordar que me alertó preguntándome por la obra que sonaba, pero no le supe contestar.

Pensé que debía ser pariente o amistad, ¿quizás el mismo Vitteli?

Ciertamente se trataba de Jacobo Vitteli, el último eslabón de la cadena Vitteli. Le fui explicando el porqué de hallarme en su propiedad, mientras él, lleno de majestuosidad, me conducía a una habitación contigua. Allí había una tetera y cómo si me esperase, igualmente había dos tazas sobre la mesa. El sirviente proporcionaba sin yo haberlo anunciado, las cucharadas de azúcar que a mí realmente me apetecían. Y por un momento me sentí espiado.

Nos sentamos el uno frente al otro. Sus ojos refulgían misterio, eran de una seca y penetrante mirada. Su altanera presencia, me empequeñecía. A su lado sentía una plácida sensación aunque artificiosa. Como si estuviera siendo víctima de los efectos de un fuerte narcótico, sentía un ambiguo y difícilmente descriptible bienestar.

Discreta pero constantemente, intentaba aunque sin resultado, sonsacarle información sobre la leyenda de su stirpe. Pero en ningún momento atendió a mis consultas, siempre con cortesía, desviaba la conversación. A veces tan sólo se limitaba a sonreír con una amplia mueca que hacía detener el tiempo a nuestro alrededor.

Aún continuaba en aquel raro encuentro, cuando su mayordomo entró y le cuchicheó algo al oído. Disculpándose, Vitteli se levantó y siguió al mayordomo fuera de la estancia. En un descuido, dejó la puerta medio entornada, Por lo que no me fue difícil, ver lo que sucedía. El afán curioso que me dominaba, había sobornado a la inmutabla discreción de la que creía, era fiel reflejo.

Había una bella mujer, de unos treinta y cinco años. Vestía un traje de raso de color negro algo escotado. Sobre sus hombros descansaba una bella melena de color castaño oscuro. Estaba al pie de la escalera y parecía exaltada. Junto a ella quedaba próximo el violinista que rodeaba con su brazo la cintura de ella. Vitteli, con exarcervada saña lo increpó.

Sin atender a miramientos, el señor de la casa abofeteó el rostro de la mujer. Un arrollador mutismo inundó la habitación contigua, pero al instante, el corpulento músico se echó encima de él. Y en la lucha alguien tiró al suelo una lámpara de aceite, que inmediatamente se extendió por todo el pasillo, prendiendo en seguida todo cuanto había.

En pocos segundos el fuego dominaba la estancia. De entre las llamas pude ver como mantenían la lucha sobre el suelo. Pero era el músico quien, con las manos sobre el cuello de Vitteli atenazaba su garganta. Entonces, las llamas se interpusieron, y no pude ver más.

Quedé totalmente paralizado, no sabía qué hacer. Hubieron de pasar algunos segundos, hasta que por fin pude reaccionar.

Oí voces pidiendo auxilio que provenían del piso superior, pero el incendio ya se expandía con rapidez e iba consumiendo la escalera.

Pronto me vi atrapado por las llamas que lo devoraban todo. En poco más de cinco minutos el ígneo había alcanzado las vigas de madera, que empezaban a desmoronarse, llegando al extremo de sentirme acorralado, por lo que mi única salida era lanzarme por la ventana y en el mejor de los casos resultar ileso.

Tiempo después desperté en un hospital, dónde al parecer llevaba dos semanas en coma. Y según me contaron más tarde, fui encontrado sin sentido.

Cometí la torpeza de comentarles a mis enfermeros lo sucedido en la mansión de Vitteli. Rieron grotescamente, aquellas risotadas no parecían terminar nunca, embargándome una profunda enojación. Según me decían entre risas mal intencionadas, aquella casa se había incendiado hacía 60 años. Aquello no podía ser posible. ¿Cómo explicar que horas antes yo había estado allí?

Casi me convencieron y a punto estuve, tras unos segundos, de reír con ellos. Pero mi mente no me había fallado. Mis ojos habían visto aquel incendio, y aunque recordaba el hecho distante en el tiempo, en mi cuerpo había huellas inconfundibles de que realmente algo había sucedido y yo, de ninguna manera, había sido ajeno a ello.

Conforme más y más vueltas le daba al tema, no podía evitar sentirme amargamente engañado. Sin embargo, aún no siendo capaz de explicarlo, una ardiente corazonada rondaba insistentemente mi corazón. De igual manera, despertó en mí una desconocida Fe ciega en mis posibilidades.

Tras el alta del hospital y mi presumible recuperación, acepté pasar unos días de vacaciones en la costa, aprovechando la invitación de un buen amigo mío. Así es que me puse en sus manos y me sometí a los rigores de la vagancia. El plan consistía tan sólo en olvidar. Pero, ¿olvidar algo qué jamás ocurrió? Debía de estar volviéndome chiflado.

A menudo me despertaba sofocado en la madrugada, retomando una y otra vez aquellos instantes pasados. No podía creer que lo vivido, fuera únicamente una leyenda, un mito inmutable que durante tanto tiempo fue adquiriendo vida propia entre las gentes del pueblo. Pasaba las noches desvelado en el balcón, secando mi sudor con el aire cálido del verano, y haciéndome interminables preguntas sin hallar una respuesta que me dejara completamente satisfecho. Entre cabezadas, rememoraba los hechos y me volvía a interrogar repetidamente. Mis párpados ansiaban un descanso que yo no podía otorgarles.

Decidido a averiguar que había de cierto en toda esta historia, me propuse reconstruir mi sueño desde el principio. La psicología tenía multitud de procedimientos

para que encajara mi puzzle, y si bien la hipnósis era el mejor de ellos también era el más desconocido. Pero afronté el riesgo.

«Seguía a aquella curiosa perla piramidal con los ojos fijos en ella. Era propulsada pendularmente desde una cadena dorada y una voz tenue casi apagada, me animaba sumergidos en una profunda oscuridad a dejar este mundo y a penetrar en el ambiguo y retorcido umbral de la mente. Sólo su voz me unía a la vida, sólo sus «órdenes eran mi razón de vivir, sólo como estaba ante la muerte». La hipnósis fue la llave maestra que abrió la caja negra de mi subconsciente. Aquello fue algo más que una visión subrealista. Y descubrí, que yo era el nexo de unión entre dos mundos. El pasado reclamaba algo que le pertenecía en el presente y era el futuro quien se lo debía dar. Extrañamente mi presencia, daba pie a que aquello fuera posible. Después de todo, era un alivio saber, que estaba dentro de los límites normales, psicológicamente hablando.

Sin embargo, yo seguía precisando saber qué fue lo que ocurrió allí.

Poco después averigüé que tras ofertárseles el funeral, jamás se encontraron los cadáveres. Se dedujo pues, que sus cuerpos habían sido consumidos por las llamas. A todas luces, se trataba de una explicación poco elocuente. Una vez más aquel misterioso silencio y aunque angosto, no por ello sin aliciente para un alma tan apasionada como la mía, hacía de los indicios, de las meras suposiciones, una razón para seguir la investigación.

Cuántas veces había repasado ya mis notas. ¡Y a la vez cuántas, lo había arrumbado cansino sobre la mesa de mi cuarto en el hostel donde me alojaba! Ya el aburrimiento me había hecho caer en el ridículo. Jugaba torpemente con mi vaso de cerveza. Perdía el tiempo haciendo remolinos entorno a las burbujas. Pero, ¿cuán estúpido había sido al no darme cuenta de los hechos? Quizás aquella burbuja que explotara ante mi aturdida mirada, fuera mi hada madrina.

Había repasado mis anotaciones cientos de veces y no había sido capaz de verlo.

Como hasta ahora, había subrayado la fecha clave, 9 de enero de 1932, hasta la saciedad, sin percatarme de lo que aquello significaba.

Mi masoquismo me había llevado hasta tal punto en la investigación, que cualquier referencia por necia que pareciese era causa suficiente para apuntarla en mi bloc. Después de todo es lo que haría un buen investigador. Pero mi torpeza había hecho, que las inscripciones en las lápidas de cuando visité el cementerio, quedasen encubiertas por cientos de rayajos incontrolados alrededor de las letras.

Mientras la esquela en el mármol argumentaba como fecha del fallecimiento aquel crudo día de invierno, también al margen izquierdo y casi invisible a la vista, albergaba unas reveladoras notas. Tan sólo había que molestarse en limpiarlas y aparecerían totalmente esclarecedoras. Se trataba de la terminación de la obra y las siglas del nombre de quien las realizara. Algo que sin duda se le podría haber pasado por alto a cualquiera. Descubrí pues, que el mausoleo y las lápidas habían sido terminadas días antes a la supuesta fecha del fallecimiento de todos.

¿Cómo no me había percatado de lo curioso del hecho?

Es decir, alguien sabía de la muerte de aquellas personas, antes de que estas ocurriesen. ¿Sino cómo se explicaría que se hubiese encargado el mármol para quienes aún no habían muerto?

Era necesario ahondar en la interpretación posible a este asunto y para ello era necesario acercarse a la marmolería que realizó el trabajo.

Nuevamente mi inusitada capacidad intuitiva había resuelto apuntar, que el anagrama escrito sobre el mármol consistía en dos letras «R.R.», que sin duda designaba al artesano. Así pues, no sería demasiado difícil averiguar en un pequeño pueblo como este, quién las realizara.

A juzgar por las fechas, era posible que dicha marmolería hubiera desaparecido. Y efectivamente así fue. Desde hacía varios años, las lápidas eran encargadas a una marmolería de un pueblo próximo. Y así es que, tal como vino la inspiración se fue.

Por un momento creí haber solucionado el embrollo, pero el mismo, no había hecho más que comenzar.

Estaba del todo claro, que lo interesante ahora era el albarán y la factura del encargo. Pregunté por el antiguo dueño de la marmolería, sin ningún resultado. Sin embargo cuando ya me disponía a marcharme apesadumbrado por la decepción, una voz rota por el tabaco y los años, resonó detrás de mí. Me volví y me encontré con un anciano de agradable aspecto. Tras presentarse me confesó, que él había sido íntimo amigo del señor Ruiz, dueño de la marmolería, y supuso que mis referencias hacían alusión al tiempo en que él la gestionaba. Sin duda, suponía una nueva esperanza para encontrar lo que tan afanosamente buscaba. Inesperadamente aquel hombre me llevaría hasta la clave.

El señor Ruiz había fallecido, pero su viuda una mujer de avanzada edad aún vivía. Lo lógico era, que después de tanto tiempo no quedase rastro alguno de dichas facturas. Si bien, una vez más, la fortuna me sonreiría, porque lo lógico, a veces no es lo evidente.

Por suerte, la señora no se había deshecho de los papeles de su marido, y aún los guardaba. En un baúl en lo alto de un trastero, reposaba el recuerdo de años y años de trabajo en la vida de aquel hombre, y ella me lo confió. Jamás le estaré a aquella mujer lo suficientemente agradecido. De manera que una vez más gracias a su pericia al anotar todo y a la suerte de que su mujer no se deshiciese de ellos, pude después de tanto tiempo ojear aquellos legajos amarillentos.

Tardé toda una tarde en encontrar lo que buscaba, e hizo falta más de una taza de café, que la anciana me proporcionó muy amablemente, para que dedujese de entre la tinta corrida, la verdad de lo ocurrido.

El encargo en la marmolería se había realizado el 25 de diciembre de 1931. Un suculento importe había hecho que como por arte de magia el trabajo estuviese terminado para el 6 de enero de 1932. Por lo que hemos de suponer, que el asesinato, puesto que no tiene otro nombre, se había estudiado con despiadada frialdad tiempo antes. Pero sin duda, al presunto homicida se le había escapado el detalle insignificante de las marcas al margen de la lápida.

Todavía aquella escritura maltratada por los años habría de darme alguna sorpresa. Llegados a esta altura del caso podríamos haber imaginado, que quien realizó dicho encargo no fue otro que el mismísimo Vitteli ¡Sí señor!

A menos que la rúbrica de Vitteli fuera una falsificación, haría indicar que él premeditó con suficiente antelación el horrendo hecho. Sin embargo, se habían encargado para tal sacrificio dos ataúdes con sus respectivas lápidas. Nuevamente eché mano a mi bloc de notas. Algo no acababa de encajar.

Según las facturas, Vitteli había encargado dos tumbas. Entonces ¿Cómo era posible, que en el cementerio hubiera tres de ellas? ¿Cuándo se encargó esta última y para quién iba destinada? Para asistir a esta segunda incógnita, nuevamente me dirigí

al cementerio y busqué entre el mármol desgastado de las lápidas, la fecha de ejecución de la tercera.

Elegí la noche para desatar las inquietas elocubraciones de mi mente. Acompañado únicamente con una barra de hierro para hacer palanca y una linterna. Me adentré pues, entre los muertos. Jamás presentí que un pequeño cementerio fuera suficiente para hacerme pasar miedo sin embargo, no podía achacar al frío el agarrotamiento que me producía aquel lugar. Me sentía como un violador de tumbas en tiempos de Kefrén y Micerino, y por un momento creí que todos los espíritus que pudiera albergar aquel reducido cementerio me mirasen desde sus tumbas. Fuera como fuera, aligeré mi paso entre las lápidas.

Por fin ve mí frente a las tres tumbas. Dos de las lápidas, efectivamente se habían realizado el 6 de enero de 1932 mientras que la tercera, se terminó el 19 de enero del mismo año. Es decir, que mientras dos de ellas ya estaban terminadas antes de la muerte de los miembros de la familia Vitteli, la última de las lápidas se acabó días después del controvertido suceso. Esto me sugería que había algo que la paranóica mente de Vitteli no había sospechado.

La muerte de dos de las personas de los que convivían con él en la mansión, concretamente Mariel Vitteli y la de él mismo. La tercera estaba destinada a otra persona, ¿a su mayordomo? No obstante, resultaba absurdo que Vitteli programase también su muerte. Él no era el tipo de hombre que moriría por la pasión de una mujer. No lo acababa de entender.

¿Porqué iba a suicidarse?, aunque eso era lo que parecía, sino fuera por un detalle que no advertí.

La lápida de Vitteli soportaba una placa dorada en su parte superior. Sin embargo, aquello respondía a una conducta de lo más disculpable y estoy convencido que inocente.

Tuve la audacia de arrancar aquella pesada plancha. Y quedé perplejo cuando descubrí que bajo el bronce se ocultaba una vieja inscripción. Me sobrecogí. Extenuado por el esfuerzo resoplé y nuevamente tomé aire. Comprendí por completo lo que había sucedido.

La lápida estaba destinada a Bernard Lucci, el músico protegido de Vitteli. Y que sin duda, había sabido conquistar el corazón de Mariel, la esposa de Vitteli. Al parecer los dos mantenían relaciones, por supuesto a espaldas de su marido. Pero como era de esperar, la sagaz mente de Vitteli ya hacía tiempo que se había percatado de ello, y como es evidente, no creo que estuviese dispuesto a consentirlo.

Vitteli había planeado concienzudamente la muerte de su esposa y la de su amante. Y aunque semejante relación podía haber terminado de mejor manera, era de esperar que el carácter arrebatador y por el que era temido, proyectase un final no tan pacífico para todos.

Sin embargo, puedo imaginar a Mariel como aquella mujer hermosa que tan sólo estaba a disposición de Vitteli. Sometida por demás, a una conducta sexual depravada. Llegados a este punto, no me cabe más que pensar en Mariel como una inocente víctima de aquel hombre.

Al parecer, el destino le jugaría una mala pasada. Y es que como los otros, él fue también presa de su propia ansia de muerte.

Sin embargo, cabía averiguar el paradero de Bernard Lucci. Puesto que si como

se supone, falleció también en el incendio, ¿Cómo es que su lápida no se encontraba entre las demás?

Mi extenuada búsqueda daría poco a poco sus frutos. Y ello, no podía ser de otra manera.

Descubrí que Bernard había dado su testimonio para dilucidar lo acaecido aquel fatídico día. Por lo tanto estaba claro que él no había fenecido aquel día. Bernard pudo escapar cuando las llamas consumían la planta baja de la casa. Así lo atestiguaba la toma de declaraciones que realizó la policía.

Bernard acabó por ser internado en un manicomio. Según los dictámenes médicos a los que fue sometido y a los que tuve acceso tras sobornar a una guapa enfermera. El paciente presentaba claros indicios de perturbación mental. El traumático incendio donde pereció Mariel, había sido la causa de su enajenación. Pero el caso aunque próximo a su conclusión, me aguardaba una no muy grata sorpresa. A expensas del cierre definitivo del mismo, tan sólo me quedaba presentarme en el Centro Psiquiátrico y buscar en aquella persona las respuestas que tanto deseaba.

«Allí estaba él, sentado frente a una ventana por la que entraba un radiante Sol, perdida su vista en el infinito, inmóvil ante mi presencia. Su violín ahuecaba la colcha de la cama, que acabara de hacer una enfermera. Y de una percha colgaba un largo gabán pretérito. Mi voz no inmutó para nada a aquel anciano de larga melena plateada. Su vida quedaba retratada en su rostro. Sus facciones eran rudas, pero en sus cansinos ojos había un atisbo de fe y arrepentimiento.

Mi tiempo no daba para más, esperaba que algo en él me delatara no sé qué. Pero era inútil, no parecía dar muestras de entendimiento. Y por primera vez, me sentía abatido, desesperanzado. Así que me acerqué a él y le puse la mano en el hombro, como intentando despedirme, porque entendí que había acabado mi trabajo. Pero él seguía absorto a todo. Me di la vuelta y salí de la habitación renunciando a saber algo más.

El pasillo se me hacía interminable. Había un olor desagradable a desinfectante. Las caras de aquellos enfermos asomándose desde cada cuarto para verme. Algunos me sonreían pero otros al contrario, gritaban con una faz asustadiza y con gestos exorbitados. Hasta que al fondo, entre una multitud de zombis que iba encotrando a mi paso, vislumbré la entrada del psiquiátrico. Cuando aquella música... Un violín trastornó mis sentidos, era aquella melodía que escuchara en la residencia de los Vitteli aquel funesto día.

Retorné a la carrera a su habitación. Estaba en pie junto a la ventana extrayendo con el arco las más hermosas notas que jamás había escuchado. Ante mi presencia cesó de tocar y con una grotesca voz, como la de un animal herido, me dijo: «Yo te llevaré... sácame de aquí.»

¿En qué nueva locura me metería? ¿Adónde habría de llevarme?

No me lo pensé más, le puse sobre sus anchos hombros el gabán que colgaba de la percha y nos fuimos esquivando a los enfermos, esperanzados de que nadie se diera cuenta de nuestra huida, hasta que llegamos a la salida del sanatorio.

Cuando abrimos la puerta, la luz del Sol penetró hasta el pasillo. En aquel momento me dio la impresión de que nunca antes había entrado la luz de Sol en aquel lugar.

Tomamos un taxi que nos dejaría por referencias del músico en las cercanías de un acantilado. Creo recordar que se llamaba el acantilado del minero o algo así. Durante todo el trayecto no comentamos nada, él seguía con la vista perdida tras el cristal. Ni

siquiera el taxista se atrevió a decir nada, se limitaba a contemplarnos desde su retrovisor. Me imagino que pensaría que éramos dos locos que nos habíamos escapado del manicomio. Pero lo cierto es que no iba mal encaminado.

Un extraño presentimiento me animaba a seguirle.

Anocheecía mientras descendíamos por un tortuoso barranco lleno de lodo. Pronto llegamos a una ladera que daba al mar, donde había un pequeño embarcadero medio derruido. Desde el puerto, unos raíles de vagonetas conducían hasta un túnel excavado en la roca. Por un momento nos detuvimos frente a la entrada de la cueva, lo suficiente como para coger algo de aire en los pulmones, pero enseguida penetramos en ella. Se trataba de una antigua mina casi desprendida, tan sólo viejas vigas de madera casi podridas angustaban todavía el techo del mineral. Él se internó inmediatamente y yo lo seguí entre las vías oxidadas.

Cojeaba de la pierna derecha, pero eso no supuso impedimento para su rápido avance por el mineral, al contrario. Arrastraba su pie por el suelo levantando el polvo de carbón del suelo, y conforme más se adentraba en la mina, más aumentaba la cadencia de sus pasos.

Un desagradable aroma lo impregnaba todo. Aquel lugar era habitat natural de ratas y murcilagos. Se había instalado en las paredes y en el suelo de la cueva un verdín, que daba cobijo a todo tipo de nauseabundos organismos, y que amenudo oíamos crujir con cada zancada que dábamos.

De pronto se dejó caer sobre un recodo en la roca, y allí comenzó a excavar sobre el escombros como un poseído. Apartaba con rudeza pesados maderos y grandes bloques de la piedra negra del lugar. Y de entre los desechos, me señaló algo. No acertaba a ver por la intensa oscuridad que había. Pero me lo aproximó a las manos y de sus carnosos y gruesos labios salió el nombre, Vitteli. Aquel endemoniado repetía y repetía el mismo apelativo.

Dios Santo... Había descuartizado a Vitteli y al mayordomo. Sin embargo me pareció contemplar a un lado el esqueleto completo de la que supongo era Mariel Vitteli. Y sin duda, aquello que antes había posado sobre mis manos, no era otra cosa que el cráneo del mismísimo Vitteli.

Dejé que cayera al suelo horrorizado, al tiempo que me sobrevinieron unas enormes ganas de vomitar y salí corriendo a la superficie para respirar aire puro, y cuando aún no me había recuperado, escuché un grandioso estruendo. La cueva se hundía y aquel monstruo quedaba dentro. Y todavía, sintiendo la mayor de las repulsas por aquel individuo, penetré en la mina para intentar salvarlo, pero el constante caer de piedras me impidió que pudiera acceder hasta él. Una gruesa pared de escombros nos separaba al uno del otro. Desde el fondo de la cueva llegaban insistentes gemidos lastimeros. Pero resultaba del todo inútil el querer desalojar las toneladas de piedra y arena acumulada en la entrada de la mina. Yo no podía hacer otra cosa que esperar. Esperar a que aquel angustioso sonido gutural fuese disipándose hasta no ser más que una respiración cadenciosa, y por fin nada.

Días después, cuando todo este curioso asunto pasó a tomar parte de mi novela, aquel persistente desasosiego que tanto me había atormentado, desapareció para siempre.

Alguien más tarde, acertó a decirme: «Los espíritus son vengativos, y el de Vitteli nunca descansaría hasta conseguir su propósito».

*** NE NOS INDUCAS IN TENTATIONEM:**

Parte I LOS SANTOS INOCENTES

Parte II SANTOS Y PECADORES

Parte III TIEMPO DE RECOLECCION

Parte I

SANTOS INOCENTES

Cruzó la calle sin atender al impetuoso tráfico. Los vehículos se amontonaban frente al semáforo, y entre ellos, uno frenó violentamente a tan sólo un metro escaso de él. El hecho de que estuviera a punto de ser atropellado no parecía afectarle en lo más mínimo. Estaba abstraído e inoperante, y solamente la inercia consiguió hacerle que llegar a la otra acera.

Su vista se alzó a los cielos, buscaba la cruz alta de la iglesia, que como según creía recordar haber visto, no estaba muy lejos de allí. En efecto, entre los edificios de la gran urbe, un pequeño y alargado campanario sobresalía a pocos pasos de donde se encontraba.

Llegado a su pórtico, acarició con ternura la madera compacta de la puerta, como el que tras vagar por el inhumano desierto, por fin llega a un oasis. Ciertamente eso era lo que para él representaba. Era su oasis, su descanso.

Traspassó el umbral con un caminar lento pero seguro. No había más remedio, era la última tentativa para aliviar su corazón de los tormentos que durante tanto tiempo le habían perseguido. Puesto que era él, el superviviente de una odisea inconcebible, pero tan cierta...

Un aire de santidad, pureza y virginidad, se respiraba en aquel interior. La mezcla siempre sabia de tantos siglos había constituido el ámbito propicio para la reflexión, la ecuanimidad religiosa y la redención mística.

Conforme penetraba en el santuario se sentía más tranquilo y fortificado, pero su espíritu no podía olvidar tan de repente lo sucedido días atrás. A pesar de todo continuó andando, provocando con sus zancadas un eco, que recorría todas las alas del recinto de culto, reportándole seguridad y arrojo. Se detuvo justo cuando comenzaban las hileras de bancos a cada lado.

No muy distante, estaba el elemento húmedo, administrador del primer sacramento, al que se aproximó con timidez y respeto. Pensó para sí, que introducir sus pecadores dedos en él, no podía hacerle ningún mal. Y acto seguido se santiguó con el agua bendita.

Lo cierto es que nunca había creído en las propiedades del agua, pero en su actual situación no se podía permitir fluctuaciones estúpidas. Estaba en juego su alma.

Al momento regresó al pasillo y prosiguió su caminar. Se dio cuenta de que la iglesia, una vez dentro no era muy grande, como desde la puerta daba la sensación. El ábside final, las columnas, el corredor, la luz, la cúpula, el eco. Transformaban lo

incierto en verdadero, como ocurre con cada plegaria del creyente. Se trataba de todo un Universo creado con el único propósito de reencontrar al hombre consigo mismo, ya sea a través de un esquema tradicional o por el más primitivo de los sentimientos.

Tras una mecánica genuflexión ante el Cristo. Se introdujo entre los bancos con dificultad, y se arrodilló juntando las palmas de sus manos y entrecruzando sus largos dedos.

Y por un momento cerró sus cansados ojos. Hacía varios días que no había podido dormir nada y ese instante era realmente reconfortante.

Al lacrar sus párpados quiso con ello que de una vez por todas acabara aquel hostigamiento infernal, al que se veía sometido. Con su intento deseaba abandonarse al destino. Pensó que estando en la casa del Señor, ya él y sus problemas eran asunto de Dios.

Con cierta ironía recordó la tan famosa cita de los Apóstoles que ponen en boca de Cristo antes de expirar en la cruz: «Padre, hágase tu voluntad». Realmente no quería que se hiciera en él la tan horripilante voluntad que hasta ahora habían sufrido sus amigos, la *inmisericordie* realidad, que uno a uno había ajusticiado implacablemente.

Él nunca había sido devoto, ni siquiera practicante de la moral de Roma. No obstante, una incertidumbre casi obsesiva le había confundido desde niño.

Vivía perpetuamente entre dos mares, entre su moral moderna, informatizada, desdeñando la supersticiosidad pueblerina y supercherías de índole mitificadora. Y la otra, que le imposibilitaba el poder dar una respuesta científica a los misterios divinos, otorgándole un margen de credibilidad a todo lo desconocido y que muchos lo resuelven sencillamente declarándolo «Fe».

Ante todo aquello, no encontraba un resquicio para su salvación. Ni mediante la eternizante celestialidad, ni a través de la ínfima temporalidad del hombre. Y rememoró que hacía bastante tiempo que no se confesaba. La verdad es que siempre creyó que nadie, ni siquiera un representante de Dios en la Tierra debía saber sus pecados por muy insignificantes que estos fueran.

Pero ya no era cuestión de obstinarse. No le quedaba mucho tiempo, y él lo sabía. Así que se apresuró hacia el confesionario. Y mientras se dirigía hacia él, se dio cuenta de que el templo estaba vacío, como su ser, pero no le dio más importancia.

Los haces de luces rompían en multitud de colores al pasar por las vidrieras. Dándoles vida a las imágenes bíblicas. Miles de rayos tejían un transparente telar a media altura. Y en lo alto, como en un abismo, una cúpula central recogía cada arteria, cada viga, cada suspiro... en su ascender hacia los cielos.

—No, no diga nada Padre y déjeme que sea yo quien hable...

Lo cierto es que no sé como comenzar. Y si lo que le voy a relatar tuvo alguna vez un comienzo, aún no sé como explicar el final, porque creo, jamás terminó:

«Sucedió hace tres años cuando yo me encontraba en mi oficina despachando unos documentos.

Un compañero de trabajo se me acercó y con una media sonrisa en la cara, me preguntó por el día a que estábamos. Recuerdo que era 20 de Diciembre, me insistió sinuosamente si aquella fecha no me decía nada. Por supuesto que me decía: las fiestas navideñas, las vacaciones, la paga extra, las uvas con la familia, y qué sé yo...

Reiteró de nuevo la idea. No le contesté, pero levanté la cabeza para mirarlo. ¿Qué estaría pensando? Sus ojos brillaban intensamente. Y luego con algo de socarronería,

mientras se dirigía a una silla para sentarse, me dijo: - - Pues amigo mío..., el día 28..., Los Santos Inocentes...

Teníamos todos un compañero de trabajo que gustaba de bromear continuamente, siendo sus bufonadas pesadas y cargantes. El que más como el que menos había pasado un mal rato a costa de su estúpida risotada.

Así que decidimos anticiparnos a él en ese día, y ser en esta ocasión nosotros quienes nos riéramos. Por lo que preparamos un plan bastante audaz. Pretendíamos, desde luego inconfesamente, hacerle pagar por todos los finales de año tan amargos que nos había dado.

Nuestra estrategia consistía en hacerle pasar todo el día entero de «los Santos Inocentes» con una broma tras otra, y al final revelarle todo nuestro tinglado. La verdad es que queríamos darle una lección. Que tan sólo a última hora se nos escapó de las manos fatalmente.

Parte II

SANTOS Y PECADORES

(28 de diciembre, Día de los Santos Inocentes)

La mañana amaneció lloviendo copiosamente, lo cierto es que no había parado de llover en toda la noche, y las previsiones meteorológicas, pronosticaban que éstas no iban a cesar en todo el día, por lo que tendríamos fiestas pasadas por agua.

La artimaña había sido concebida con todo esmero para cuando llegara «el gran bromista», así que pronto daría comienzo al acto primero de esta fúnebre sesión. Atravesó la entrada de la oficina esbozando una ligera pero maliciosa sonrisa, y fingiendo como nadie, un abatimiento encolerizado, —qué bien interpretaba nuestra obra— se dirigió a la percha para colgar su gabardina gris, y todo con la única pretensión de cautivar al personal con su presencia. Seguía deleitándonos con su increíble capacidad para decir necedades, cuando le asestó un fuerte golpe a la máquina de café, porque a su juicio era demasiado lenta.

Y tras darle un sorbo al café nos reconfortó con su primer chascarrillo. Para él, siempre había otras mejores oficinas con mejores servicios, otros más eficientes compañeros, otros mejores salarios, en fin, gustaba de criticarlo todo, y no de una forma constructiva, sino desprestigiando a quien hiciera falta con el propósito de quedar bien. Luego y como suele ocurrir en estos casos, el poco eficiente resultaba ser él. Y a menudo, cuando se le llamaba la atención a propósito de sus errores, éstos se los adjudicaba con descaro a otro u otros entre carcajadas y estúpidas alusiones poco afortunadas. Sin embargo, en esta especial ocasión seríamos nosotros los bromistas.

El director de la empresa muy alterado, salió de su despacho ofuscado y concertó una cita inmediata con Carlos, que así es como se llamaba. Posteriormente cerró con violencia la puerta. Un largo silencio se hizo en la sala, y la faz de él fue tomando otro cariz. Así es que pronto se le quitaron las ganas de reír. Todo lo contrario nos pasó a nosotros que comenzamos a sonreírnos. La venganza no había hecho más que empezar, y lo irreversible de la historia también.

Llamó a la puerta del director con cierto temor. Desde luego algo que él no podía haber imaginado, estaba ocurriendo, y es que estábamos todos de acuerdo en que era necesario darle un escarmiento a aquel engreído y elegimos, como los más despiadados de los criminales, el día en el que se debía llevar a cabo nuestro complot contra él, y la manera de hacerlo.

Lo que se llegó a decir en el interior del despacho siempre fue algo que jamás pudimos averiguar, pero la expresión del rostro de Carlos, lo delataba. Él por supuesto, no llegaba a entender nada de lo que sucedía. Pero en nosotros estaba la ansia candente de llevar a feliz término nuestra hazaña particular.

La primera parte se llevó a cabo a la perfección. La interpretación de nuestro jefe fue fantástica. Todo había salido a pedir de boca. El segundo acto daría comienzo aquella misma tarde, y consistiría en la ya acostumbrada partida de cartas de todos los miércoles. Por lo pronto aseguramos su presencia. Nos costó convencerle de que lo mejor para pasar el mal trago de aquella mañana, era compartir con sus amigos una buena tarde de fortuna, y pareció hacerse a la idea. Evidentemente, sin él, nuestra particular fiesta de los Santos Inocentes no tendría sentido. Sin un inocente, víctima de nuestro odio no podría haber Santo que consagrar.

Queríamos desplumarlo entre todos, y divertirnos con su mala suerte. Deseábamos irritarlo. Y así fue, durante las tres horas que duró el juego. Carlos no concebía como era posible que perdiera de aquella forma tan escabrosa.

«Casi somos descubiertos entre los gemidos espontáneos de la risa acumulada y las torpes circunstancias que abatían el ánimo de nuestro amigo. Así pues se hacía casi imposible aguantar el fluir natural de nuestro interior. Una y otra vez maldecía su fortuna, y se increpaba violentamente. Su transformación hacia la locura era progresiva y atormentadora. Provocando en nuestros corazones verdadero terror. Nos sentíamos aislados por completo, y en manos de un sicópata. Pero cómo íbamos nosotros a saber que su estado de nervios aguantaría tan poco, cómo íbamos nosotros a imaginar ni por asomo que la virulencia de los acontecimientos iban dirigidos a destrozar aquella vida y posteriormente la nuestra.

Hubo un instante en concreto en que su furia se desató, para jamás retornar al submundo del que procedía. «Se levantó del asiento arrastrando con virulencia la silla hacia atrás, elevándola por encima de su cabeza, para estrellarla posteriormente contra el suelo, haciéndola añicos. Luego se produjo un frío silencio en el que sus ojos inyectados en sangre, nos miraban pérfidamente. Su cara palidecía ante nosotros que le contemplábamos con pavor. Hizo que aquellos minutos se eternizaran. Mientras, reía entredientes.

Aquella risa poco a poco fue creciendo más y más hasta dar paso a una sonora carcajada que creímos jamás terminaría y que se nos antojaba terriblemente sobrecogedora. Parecía provenir de sus entrañas, de lo más recóndito de su ser.

Era evidente que se traba de un hombre totalmente diferente al que vimos aquella misma mañana. Se trataba de un personaje enfermo y que tan sólo precisaba de la crispación que nosotros le proporcionamos para, que su extraña patología tornara por completo su carácter. Oh qué grave error el nuestro ¿Pero cómo íbamos a imaginar que iba a suceder ésto y por extensión, cómo podíamos nosotros, pobres desdichados, saber del tan horrendo fin que le esperaba a nuestro amigo y que tan íntimamente estaba ligado con el nuestro propio?

A partir del aquel momento, ya no sería el mismo. No obstante, conseguimos tranquilizarlo pero él se ofuscaba en querer seguir jugando. Con cada palabra se reafirmaba más y más el hecho de que su tono era lejano, distante. Nosotros por su seguridad y quizás también por la nuestra, queríamos terminar la partida que en tan mala hora comenzamos, pero nos obligó a continuar.

Consintió sin embargo en que le prestáramos algún dinero. Esta vez, dejamos que fuera el azar quien nos guiase, pero seguía perdiendo y él siempre doblaba de nuevo sus apuestas. Hasta que quedó arruinado. Y en un acto pleno de violencia, destrozó todo lo que estaba a su alcance. Dándose posteriormente a la huida.

Al salir de allí, rezumaba un odio incontrolable. Jamás pensamos que nuestro pequeño «concilio vengador» pudiera haberle afectado de aquella siniestra forma.

Más tarde pude saber que tras desaparecer, se dirigió a su casa. Allí le teníamos preparada otra sorpresa. Encontraría a su esposa, que estaba enterada de todos nuestros planes y que accedió a ayudarnos, acostada con otro hombre.

No pudimos avisar a su esposa de lo sucedido, porque curiosamente, como si todo estuviera en una confabulación macabra, el teléfono se estropeó y nuestros automóviles no arrancaron por más intentos que hicimos. Qué extraño proceso había de transformar nuestras vidas desde aquel instante.

Y así fue como Carlos los encontró, pero su estado de nervios le hizo cometer una locura. Tras presenciar la escena preconcebida y sin atender a razones, se dirigió inmediatamente a la cocina, de uno de los cajones sacó un cuchillo y con él, empuñándolo se avalanzó brutalmente sobre los dos supuestos amantes. Pero no quedó tranquilo. Una vez que provocó las incisiones en los cuerpos de las víctimas, los desgarró. Acompañando a lo devastador de su acción de demoníacos gritos.

Una vez harto de su festín macabro, arrastró los cuerpos hasta el salón, dejando huellas indescriptibles de su arrebató por doquier.

Por fin pudimos avisar a la policía y ponerles en antecedentes, de tal manera que en cuestión de minutos se hallaron allí. Él seguía perdido en el extraño estado de incoscienza que lo poseía. A la llegada de las autoridades, se subió a lo más alto del tejado de la casa, y desde allí mostró a la gente que se congregaba en la calle, como si de un trofeo se tratara, su horrenda masacre.

Vociferando, convocaba a Dios y lo retaba, pero aquella atormentadora mente, no podía comprender cual sería su fin. De repente una ventisca huracanada desequilibró a aquel demente, precipitándolo al vacío. Una vez en el suelo, su cuerpo era reticente a perecer, y mantenía a duras penas entre convulsiones. Minutos después falleció.

Parte III

TIEMPO DE RECOLECCIÓN

A partir de aquel día tan desdichado, los que de una u otra manera participamos en la ocurrente broma, nos sentimos culpables.

A menudo nos reuníamos en una cochambrosa taberna, cercana a la oficina y recordábamos tristemente lo sucedido, sobornando a nuestros aflijidos corazones con

cerveza. Porque a pesar de todo, nuestra intención jamás fue la de hacerle mal a nadie, nada más lejos de nuestro interés. Se trataba tan sólo de hacerle comprender... aunque quizás, lo más correcto hubiera sido de otro modo.

Pero ahora, sí..., ahora ya era inútil.

No obstante, mi alma con cada mañana, cuando en el horizonte sale el Sol, cuando con cada amanecer nace un nuevo día, se pudre. La carcome una extraña oscuridad. La hiere de muerte lenta pero progresivamente. Ni los más expertos médicos han sabido diagnosticar lo que padezco. Sin embargo, yo siento que es imposible detenerlo, ni tan siquiera robar un sólo día más a la vida de mi pronta muerte.

... Por ello si cada noche vomitas una sustancia viscosa y oscura. Si sientes tu piel cuartearse. Si por mucho que quieras evitar tu nauseabundo olor, tienes que ocultarte de la gente por tu aspecto. Si todo esto destroza tus entrañas, entonces, sabrás que tu final está próximo y que morirás sin aviso y de la manera más insospechada.

Así, con tan extraña muerte, fueron falleciendo cada uno de mis compañeros que junto a mí tejimos aquella sarcástica red. Y el primero en dejar este mundo fue el jefe de la agencia. Afectado como he descrito y como cada uno de nosotros estábamos de tan curiosa patología.

Al parecer, mientras observaba las rápidas evoluciones de sus tumores en la piel frente al espejo, éste le estalló en la cara, muriendo en el acto de las profundas incisiones.

Más tarde le siguió mi compañero de oficina, el que en tan fatídico día me recordó «los Santos Inocentes». Preparaba el baño para lavar sus heridas. El agua caliente caía fluida del grifo, e iba llenándose el recipiente. El líquido ya había revasado los límites de la bañera y se abatía sobre el suelo como una cascada. Él entró presto para cerrar la llave de paso, pero por más intentos, del grifo no cesaba de brotar aquel manantial incontenible. El calor era cada vez más insoportable. Se instalaba en la pequeña habitación una densa masa de vapor que poco a poco le axfisiaba. Deseaba pedir auxilio, pero aquel vapor en sus pulmones, impedía que el más ínfimo de los murmullos saliera de su garganta. Por fin cayó abatido al suelo.

Todos ellos fenecieron en extrañas circunstancias. Donde no había cavida para la casualidad y donde sólo algo o alguien pudo acometer tan siniestros actos. Qué podía hacer, ¿ir a la policía y contarles esta increíble historia?

No obstante, sé afirmativamente lo que ocurre. Él ha vuelto para vengarse, y sólo quedo yo. Cualquier esquina solitaria es buena para darme fin, cualquier momento es el oportuno para asesinarme...

...Pero esto que hoy me sucede a mí, cualquier otro día puede sucederle a otra persona. No estamos a salvo de los designios del más allá.

¿Quien dice que un simple rasguño no puede empeorar, abrirse, cangrenarse y morir el paciente, ante la extraña mirada de su médico, por la estúpida casualidad de haberse cortado mientras se afeitaba? ¿Cuántas veces hemos escuchado que un resfriado mal curado ha matado a una persona?

Sólo él y los que hoy están con él, son los culpables de nuestro fin.

—... Oh Padre, Padre ayúdeme, me arrepiento de mi pecado. Oh Padre, sálveme de mi muerte segura, sé que jamás me buscará en una iglesia, pero sin duda me matará al salir de ella, Oh Padre. Descorrió la cortina oscura que mantenía en el anonimato a su confesor, y era él..., sus poderosas manos se apoderaron del cuello de su inofensiva víctima, y lo estranguló lentamente, saciándose en su larga agonía.

«Del mismo modo que Dios está en todas partes, también lo está el Mal. Temblemos cuando le escuchemos pasar a nuestro lado. Cuando caiga el Ángelus.

EL CASO DE LOS PENCILS

Llevaba varias semanas buscando alojamiento por todo París. A ser posible, que fuese un poco más desahogado en cuanto a espacio, y limpio en cuanto a piojos y otro tipo de habitantes de disciplina similar, que fui encontrándome en los demás cuchitriles en los que había estado.

Así es por lo que anduve un tiempo de puerta en puerta preguntando por el Sr. M. o por la Sra. L. o si simplemente alquilaban habitación. Hasta que un día llegué a una casa, cerca del «*Quartier Latin*», donde una anciana, la viuda de Louis de F., me dijo que el segundo piso quedaba a mi entera disposición, si ante todo, no traía fulanas a casa y pagaba rigurosamente el arriendo de treinta francos mensuales.

Le aseguré que por lo primero no tenía que preocuparse, puesto que soy un caballero, y en cuanto a lo segundo, mis últimos trabajos habían adquirido bastante éxito, y se habían vendido muy bien, por lo que mi editorial consideró que valía la pena mantenerme contento aumentándose en algo el sueldo, que por otra parte casi se esfumó cuando me vi en la obligación de celebrar mi triunfo literario con mi editor, su mujer y algún que otro amigo.

Le pedí a la buena señora que me enseñara las habitaciones que correspondían a mi piso, y esta de muy mala gana, quejándose continuamente de su artritis, por fin accedió.

Subir cada escalón resultaba eterno, la capacidad motriz de aquella mujer era verdaderamente exigua, no siendo así su aptitud charlatanera, la cual me parecía asombrosa. Supongo que habría que dar toda la razón al Sr. Darwin, cuando decía que una especie podía sufrir una amputación de una de sus facultades en favor de otra que se revelaría superlativa.

Llegado ya a lo que sería mi estancia, fue abierta la puerta no sin antes darle exageradas vueltas a la llave que desmontaba el cerrojo.

Lo cierto es que mi piso no era nada del otro mundo, pero por treinta francos y en pleno París, difícilmente iba a encontrar algo mejor, así que quedé conforme en el trato y aquella misma tarde me instalé.

La dueña de la casa asignó a nuestro acuerdo los muebles que los antiguos inquilinos habían dejado. Se trataban de algunos enseres de poco valor y casi roídos por las termitas. Tan sólo la cama, se conservaba en mejor estado que el resto de las cosas y para mí, era más que suficiente.

Antes de ordenar convenientemente mi escasa ropa en el armario y buscar un lugar a mis libros, se hacía necesario empezar con la ardua tarea de desalojar la enorme cantidad de polvo y suciedad existente.

Terminé bastante entrada la noche y creí merecido un provechoso descanso. Por lo que diseñé un plan para mi laxación. El mismo, consistía en un buen vino «generoso» (de la secadez y fortaleza de la garnacha diría que posee cualidades curativas, casi milagrosas), que el ardid de muchos años me ha llevado a buscar entre los mejores de

su género. Y en la buena compañía de la literatura de Daudet, que caricaturiza como nadie el sentir provenzal.

Recordé que no muy lejos de allí había una taberna famosa en París por su variedad vinatera, «Les Quatres Saisons». Y decidí ir hacia ella en busca de mi recompensa.

La ida fue rápida y llena de ignorancia con respecto a lo que de noche es París, y más este barrio. Así que tras conseguir que le hicieran una sangría a la cuba del generoso, exasperado por la presencia de putas, chulos, borrachos, soldados y demás calamidades de la humanidad, salí victorioso de entre el bullicio con una botella de mi añejo elixir. Y me encaminé venturoso entre las callejuelas.

Mis pasos aunque continuados, parecían no poner fin a la maldita calle. Entonces ésta, se me antojaba oscura y desierta y tan sólo la iluminaria de algunos faroles que aparecían de esquina en esquina, cuya tenue luz a penas si daba para leer el nombre de la calle, dispersaba en algo la niebla. No me quedaba pues, más recurso que encomendarme a todos los Santos lo mejor que pudiera. Y en aquel preciso momento me sentí ilota de mi propio miedo.

El eco de mis pasos era lo único que hacía mantener mi firme decisión de no transgredir mi caminar regio. Me impuse esta norma, para así dominar mi pánico y no echar a correr como un niño asustado.

Y cuando a pocos metros de mí, bajo la liviana luz de un farol observé con dificultad el contorno de tres formas, disminuí considerablemente mi profuso andar. Y si bien mi cuerpo se estremecía por momentos, mi atormentado corazón de escritor cabalgaba a lomos de mi congoja.

Ya me encontraba cerca de ellos y el miedo cada vez era mayor. Hurgaba la sangre con violencia en mis arterias. Y entonces me asaltó una duda que podría haber variado el lógico devenir de los acontecimientos. ¿Debía aumentar la celeridad de mis pasos? No quedaba mucho hasta el portal donde me alojaba. Algo dentro de mí hizo que no volaran mis pies y me mantuviera mesurado.

Con astucia escondí en mi bolsillo la botella del generoso, y cerrando completamente las solapas de mi capote, cabizbajo, continué el camino por los escarchados y desiguales adoquines del suelo.

Pasé de largo mi perturbación y por fin llegué a casa. Crucé presuroso el patio que da a la escalera, y cuando subía el primer piso, observé que la puerta de mi vecino, misteriosamente quedaba entreabierta y un rostro se escondía en la penumbra. Permanecí por un momento quieto, atento, acechante, pretendiendo ver en la oscuridad, pero de inmediato, quien fuese, cerró la puerta. Quizás fuera mejor de esta manera. Así que proseguí mi ascenso. Por fin, cuando ya estuve en mi habitación, aún tembloroso, suspiré aliviado y me reproché lo estúpido de mi comportamiento.

Una vez que pasó la inquietante sensación que me doblegaba, me dirigí a la mesa circular de la salita y di luz con la bugía. Enseguida el áureo resplandor tomó posesión de la estancia y pude encontrar un vaso perdido entre las viejas estanterías. A ella me aproximé para asir el recipiente, que una vez limpio haría honor al generoso.

Erguido sobre la válvula de escape, el ígneo de la lámpara se mostraba majestuoso, arrogante. Parecía bailar una extraña danza al son del silvante viento. Si bien, interrumpí el caprichoso divagar, para encender mi chibúquí. Y cuando todavía no se habían elevado del todo las primeras bocanadas de aquel blanquecino humo, golpearon

la puerta. Ergo retornó a mí aquella extraña sensación. Era evidente que no podía ser alguien a quien yo conociera, puesto que no había dado a nadie mi novel dirección. ¿Quizás la casera...?

Reconozco que el temor se apoderó de mí. Nunca he querido disimular algo que todos, por naturaleza poseemos, el miedo. Y que en ocasiones como ésta nos hace olvidar quines somos y nuestra falsa moralidad. Ahora, por un momento nos encontramos con el ser que realmente llevamos dentro. Aquel primigenio aterrorizado que se ocultaba en lo más profundo de las grutas, cuando la impenetrable oscuridad nocturna hacía acto de presencia.

Así que me contuve de abrir la puerta. No obstante, me arrimé a ella y pregunté de quien se trataba. Mi mal intencionada mente me hizo creer que nadie respondería, pero una voz quebrada por la edad, me anunciaba que era la vecina del piso de abajo, y abrí sin duda temeroso. Aquella anciana penetró en mis dominios con desdén, cosa que me mantuvo algo reacio. Se presentó como la Sra. Marie S. y su *modus vivendi*, era el querer saludar a su nuevo vecino. Al momento convine en que el perfil penumbroso que antes se ocultó tras la puerta al subir las escaleras, era el de mi vecina. Reí aliviado para mis adentros. Y sin más, comenzó una charla que a mí poco me interesaba, pero su intromisión, me obligó a dedicarle tiempo.

Pasó a contarme las mil y una batallas de la arrendataria. Mientras, yo veía nostálgico la botella de mi generoso sobre la mesa. Y tan sólo, de entre aquella inoportuna velada mis oídos dejaron hueco para el relato, que llena de estupor me contó aquella anciana mujer, y que únicamente después de lo que me aconteció, me atrevo a exponer:

«Hace unos meses la familia Pencils vivía en esta misma casa que hoy ocupo yo. Pues bien, según fue relatándome mi invitada, los Pencils consistían en un matrimonio joven de recién casados, que fueron víctimas de un extraño altercado:

La noche se mostraba tormentosa y hacía días que no había cesado de llover a cántaros. El viento soplaba impetuoso, y ante una noche similar lo más cabal era hacer amainar la borrasca con el sueño, así es que pronto apagaron las últimas luces de la casa y abarcaron la tersa cama con sus cuerpos cansinos.

Un silencio criptal se hizo en el dormitorio. Tan sólo se escuchaba el tronar del cielo, el golpear incesante de las ramas de los árboles contra el cristal de la ventana, y el respiro cadencial de los Pencils en la alcoba. Pero bien entrada la madrugada.

Gerard Pencils se despertó alterado, nervioso, aún cuando pudo darse cuenta de que tan sólo había consistido en un mal sueño, se sentía estremecer. Si bien, aquella pesadilla había sido tan real...

Un reguero de sangre se extendía hasta la cocina. Sin embargo, mayor pavor le había provocado vislumbrar entre la amalgama de imágenes la del malhechor, que cruelmente se abatía sobre su víctima, yaciendo ésta sin vida en el suelo. Si bien, se trataba de una sombra irreconocible.

No obstante, pudo tranquilizar su ánimo. Y aunque todavía algo nervioso, probó a seguir durmiendo. ¡Porque ¿quién no tiene de vez en cuando una pesadilla?

Al poco, se despertó nuevamente sobresaltado y con escalofríos, su mujer se incorporó también ante el grito de espanto de su marido. Se sentía impotente para controlar su estado emotivo. Y por más que intentaba relajarse, veía con asustadiza pasión, repetidas una y otra vez aquellas horribles imágenes que antes, tanto le habían turbado.

Aquel cuerpo caía al suelo desgarrado por la mano impasible de su asesino. Empero aquella faz, aquella faz... -Oh Dios, aquella faz que se le reproducía en los sueños no era otra que la de su mujer muerta. Aunque la señora Pencils en la realidad más absoluta, le procuraba a su lado tranquilidad. A pesar de todo, la congoja había hecho mella en él, desbordándole a un miedo primitivo.

A pesar de estar sometido a tan alta tensión pudo de nuevo conciliar el sueño. Pero no habían transcurrido aún tres horas desde el último suspense, cuando el Sr. Pencils sufriera otro violento ataque. Se despertó agitado, fuera de sí, no era él, estaba poseso, lanzaba alaridos y vomitaba como cualquier perro rabioso. La Sra. Pencils, atemorizada llamó a los vecinos. Pero mientras llegaban, Gerard la increpaba: «tú eres la víctima de mis sueños, tú eres la víctima de mis sueños...». Y cuando llegaron, hizo falta la fuerza de varias personas para hacerse con él, finalmente la dosis de un sedante fue lo que acabó por calmarlo. No obstante, gritaba su alucínea visión ante la angustia contenida de los que allí le aguardaban:

Esta vez, la ventana reventó ante el estruendo más poderoso de toda la tormentosa noche. Y de entre la oscuridad tan sólo iluminada a ráfagas por los cegadores rayos, divisó el esbozo mortecino del perfil de la mismísima muerte. La misma se abalanzó sobre su mujer, sólo entonces pudo ver su propia faz reflejada en aquel tenebroso rostro. La Sra. Pencils, a penas pudo responder a las embestidas de aquel demoníaco ser. Y cuando les fueron hechas las incisiones, no sin dificultad pudo arrastrarse hasta la cocina. Así es como de esta pérvida manera, le fue arrancada a la Sra. Pencils el último soplo de vida.

Por fin el Sr. Pencils cayó bajo los efectos del narcótico, y aunque nerviosos por lo sucedido, todos abandonaron la estancia.

Cuando a la mañana siguiente le hubo pasado el efecto del calmante, encontró sobre las sábanas de la cama un rastro púrpura que continuaba hasta la cocina, y en ella vio tendida a su mujer. Tenía el cuello destrozado, había sido víctima de una violencia desaforada. Y aún, junto al cadáver permanecía el instrumento de cocina, el arma letal y apéndice del asesino con el que él había soñado.

Pocos días después, Gerard Pencils ingresó en la cárcel, acusado de asesinato. No obstante, el recuerdo de los hechos le inquirían más que el hecho de saber que él no había cometido aquel vástago suceso. Así que prefirió el castigo mundano del suicidio a vivir con el tormento del recuerdo.

No obstante, mi anciana vecina sigue hoy pensando que el criminal de esta casa no fue él, sino los sueños. El ansia asesina que habita en esta morada.

¿Qué diabólico misterio envuelto en un sueño aconteció aquella noche a los Pencils?

He de confesar que tras irse mi visitante, la historia no hacía más que atormentarme, pero lo curioso es que esa misma noche, soñé que moría alguien a manos de un violento matador. A la mañana siguiente, cuando desperté, contemplé asustado mis manos llenas de sangre.

MIMUNA¹

por LEÏLA HOUARI

Mimuna es una joven muy guapa, vive en una pequeña aldea del sur de Marruecos. Sus senos son firmes y sus ojos negros. Sonríe todo el tiempo sin preocuparse de las habladurías de las mujeres mayores, que empiezan a encontrarla ya mayor y todavía soltera.

Esta mañana va al *hamman* a reunirse con sus amigas; el baño está lejos de su casa, por eso se levanta con el primer canto del gallo.

Vive con la vieja Rahma, quien se ocupa de ella desde que era bien pequeñita. Mimuna quiere mucho a la vieja, a pesar de que piensa que es muy charlatana. Todos los días la vieja le cuenta historias... Ella también ha sido muy guapa. Y se acuerda de un soldado, que tenía los ojos muy claros, con quien pasó noches maravillosas...

—Sí, ya lo sé, dice Mimuna, pero eso fue hace ya mucho tiempo.

—*La binti*, en aquellos tiempos, todo me parecía más fácil. Siempre he hecho lo que he querido... Las mujeres me señalaban con el dedo... Elegí el placer y lo he pagado con mil años de soledad y de humillaciones, pero me da igual... He amado... El era guapo... Acariciaba mi cuerpo con palabras dulces como la miel...

Aunque Mimuna encontraba a la vieja un poco pesada, a menudo pensaba en las historias que le había contado, y algunas noches ella también se ponía a soñar.

—Me voy al baño, ¿no necesitas nada?

—No, no necesito nada, ya soy vieja... Sólo la paz, y espero que Alá acepte a una mujer vieja como yo.

—Pues claro, no te preocupes, *muima*², te deseo un buen día.

—Sí, adiós, hija mía... No tardes mucho.

Mimuna es feliz viviendo junto a esta vieja, con un pasado algo particular. Sin embargo, la gente del pueblo pensaba que la vieja Rahma ejercía una mala influencia

sobre la joven. Imaginaros, una mujer que había pasado sus noches en brazos de soldados... franceses incluso.

A Mimuna no le importaba. Estaba segura de que algún día un hombre guapo, joven, vendría a raptarla para llevarla lejos del pueblo... Cerca del mar. A Mimuna le encanta el agua, así que a menudo sueña con el mar desde esta tierra seca. De momento, el único agua que la esperaba era la del baño. Confía en que haya mucha. La última vez, dos mujeres se pelearon por un poco de agua caliente hasta hacerse sangre.

Para llegar al pueblo, Mimuna debía atravesar una vasta extensión en la que los olivos y las higueras se rozaban entre sí sin molestarse. Había un sitio por donde a Mimuna le gustaba pasar. Era cuando llegaba cerca de los raíles del tren. Sabía que era el lugar de citas de una pandilla de muchachos. Al llegar a la altura de ellos, ceñía su chilaba en las caderas para atraer sus miradas, no tenía miedo alguno pues en el pueblo las vírgenes son sagradas... Se hacía la arrogante al pasar cerca de ellos. Los muchachos se agarraban la bragueta y la insultaban por ser tan bella y no ser puta... Ella no se daba la vuelta; simplemente se alejaba con un estallido de risa guasona.

Las muchachas y los muchachos se rozan entre sí sin poder tocarse... Así que por la noche ellos sueñan... Luego a la mañana, las sábanas han estado derramando lágrimas.

Piensa en Haiat, Rachida, Zohra y Zineb, que ya están de guasa entre ellas en el calor del baño. Mimuna es feliz. Respira a pleno pulmón; rebosa juventud... El silencio la acompaña... Pasan unas golondrinas... Es primavera.

El baño está junto a la pequeña mezquita pintada de verde claro. Hay dos baños, el de los hombres y el de las mujeres. Antes de entrar, Mimuna se detiene siempre un momentito para escuchar las risas de los hombres. Sonríe. Los imagina en esas salas oscuras, desnudos, con su verga solitaria. Suspira y entra de buen humor en medio de los gritos de los niños que se mezclan con las risas y palabras de las mujeres en plena agitación. Aicha la *teiaba*³ está en la recepción; pronto cumplirá los cincuenta. Siempre se está metiendo con las muchachas.

—¿Así que vienes a enjabonarte la rajita, guapa? Cuidala bien, porque, dice con una sonrisa la vieja viciosa, sin duda habrá alguno que un día te la frotará con una cosa bien diferente del guante de baño...

Mimuna estalló de risa, pero a Zineb no le gustan esas cosas y la reprende:

—Que Dios te maldiga, so vieja, la tuya está desgastada de tanto uso.

—Bueno, dice Aicha riendo, os deseos todos los goces del cielo, porque más vale usarla que verla secarse.

Todas las mujeres se echaron a reír. Aicha es invencible en sus réplicas.

—Venga, date prisa, dice Zineb a Mimuna, las otras ya están dentro desde hace un buen rato.

Mimuna se desnuda muy deprisa. Hace un bulto con la ropa sucia. Después, se pondrá la nueva blusa blanca comprada por la vieja Rahma en el zoco del martes.

—No tardes tanto, ven, dice Zineb, crispada por la calma de Mimuna, Haiat tiene algo que decirnos.

—Sí, sí, ya estoy.

Zineb tira de la gruesa puerta de madera. Súbitamente las envuelve un calor fuerte y penetrante.

—Oh, está muy caliente hoy, dice Zineb.

—Mejor, así sudaremos mucho.

—¿Dónde es que se han puesto?

—Donde siempre, dice Zineb. Qué bien, hoy no hay muchas mujeres.

Mujeres desnudas se frotaban la piel con una piedra, untándose el cuerpo con arcilla, enérgicamente, en todas las posiciones. Masas de carne brillando en el calor reparador del *hamman*.

—Por fin, dijeron a la vez Haiat, Rachida y Zohra.

—Sí, hago lo que puedo, chicas, yo no vivo en el pueblo como vosotras, dijo Mimuna un poco enfadada.

Tenían la costumbre de darse un beso en los labios, para señalar su profunda amistad, pero también por el gusto de regodearse en las cosas prohibidas.

Mimuna echó una mirada llena de ternura a sus amigas, las quería mucho. Pensaba que a no ser que ocurriera algo extraordinario no se separaría nunca de ellas.

—Venga, siéntate, dijo Zohra sacando a Mimuna de su ensueño.

—Y bueno ¿qué? —dijo Zineb, impaciente por saber lo que Haiat tenía que decirles. Haiat bajo la vista sonriéndose...

—Venga, no te hagas de rogar.

Zohra, que era tan pícara como Aicha la *teiaba*, lanzó:

—No será para decirnos que le vuelven a hacer la circuncisión a tu padre que nos tienes aquí en ascuas.

—Pues claro que no, so burra, deja a mi padre tranquilo.

Además, ya no voy a calentar mucho el asiento en casa de mi padre...

—¿No? ¿Es que te casas? —dijeron todas a coro.

—No vayáis tan deprisa, chicas, es sólo una petición de matrimonio. «Todavía no hay nada en la olla para decir que huele a quemado».

—¿Quién es él? —dijo Mimuna un poco decepcionada.

—No pongas esa cara —dijo Zineb—, es una suerte casarse.

—Sí, todo depende con quien te toques —dijo Zohra—, conozco a algunas que no han durado ni un año, sobre todo cuando se trata de esos jodidos trabajadores en Europa.

—Por ese lado no hay problema —dijo Haiat con aire tranquilizador—, es alguien de aquí, no del pueblo sino de la gran ciudad; tiene un taxi.

—La gran ciudad —exclamaron ellas maravilladas.

Después hubo un largo silencio, estaban pensativas. Zohra se decía a sí misma que a ella también le gustaría casarse con alguien de la ciudad. Las otras pensaban lo mismo. Para Mimuna esto significaba que el grupo quedaría amputado de uno de sus miembros. Y justamente Haiat, su preferida, con su piel tan blanca, su naricita, sus grandes ojos negros, un cuerpo de niña, dijo:

—¿Así que, no nos veremos más?

Las otras agacharon la cabeza. Ellas también se daban cuenta...

Los ojos de Haiat se llenaron de lágrimas.

—Pero esto no cambiará nada entre nosotras.

—Sí, pero ya no nos veremos como antes.

Zohra habló sensata:

—Basta con que Haiat se case para que las otras la sigamos.

Nosotras también estamos listas para el matrimonio. Es muy posible que en tres años estemos todas casadas.

—Oh sí —dijo Zineb—, que Dios te oiga.

—Pues bien, no será a mí a quien eso le vaya a ocurrir —dijo Mimuna.

—No digas eso, Mimuna, yo también pensaba así, pero en el fondo todas esperamos dejar un día a la familia. Hoy soy yo, mañana será una de vosotras.

—Lo malo —dijo Zineb dando un resoplido—, es que dejar a la familia no quiere decir siempre que una vaya a encontrar la felicidad.

—Oh, ya basta, no sois amables conmigo. Normalmente se lanzan yuyús, y vosotras cualquiera diría que os he anunciado la muerte de alguien.

Todas la consolaron. Para hacerse perdonar decidieron ocuparse de ella desde la cabeza a los pies. Zineb se encargó de ir a buscar los cubos de agua caliente y fría. Zohra le lavó el cabello poniendo mucho cuidado en que no le quedara ni rastro de alheña. Rachida y Mimuna se aplicaron en darle masajes por todo el cuerpo. Sus amigas colmaron de atenciones a Haiat.

Mimuna está triste, pero no quiso que se le notara. Según le estaba dando el masaje pensaba que pronto un hombre acariciaría el cuerpo de Haiat. Las palabras de la vieja Rahma vinieron a su mente, ¿iría a hacerle él todo lo que ella le había contado? Sonrió de felicidad. Haiat tenía realmente suerte, pensó. Se esmeró en cada parte de su cuerpo. Qué bella era Haiat. Daban ganas de tocar su piel blanca y suave con la yema de los dedos.

—Tiene suerte él —dijo Mimuna—, nuestra Haiat es una verdadera perla.

Cuando hubieron terminado, sacaron a Haiat entre resonantes yuyús para festejar el acontecimiento.

Por las mejillas de Mimuna corrían cálidas lágrimas, no podía detenerlas, menos mal que el *hamman* está mal iluminado. Para ella, el matrimonio de Haiat marcaba el fin de un período de su vida, cual si de golpe hubiera envejecido diez años. Hizo por estar alegre. Había traído naranjas para repartirlas entre sus amigas, a fin de refrescarse tras el baño. Aicha la *teiaba* buscó el modo de hacer algunas observaciones sobre la cercana boda de Haiat, de darle algunos detalles de lo que le esperaba...

—Sobre todo, no tengas miedo de ese animal —dijo—. No es algo muy agradable la primera noche, pero si es un buen muchacho será amable contigo, sobre todo si es joven. Si es un viejo, entonces te compadezco. Pero si tienes suerte, después eso hace mucho bien, sobre todo si eres hábil... Aunque las que tienen suerte... En fin, no quisiera nublarle el corazón... Sobre todo no te preocupes, hija mía, si tienes problemas ven donde *jalték*⁴ Aicha, que te dará buenos consejos. Puedes tener confianza en ella.

Todas se echaron a reír. Salieron del baño completamente frescas, con las mejillas rosadas. Un perfume de flores frescas emana de un grupo de chicas... listas para la rueda de la fortuna...

Mimuna cogió de nuevo el camino de su casa, iba reflexionando:

—Qué quería decir Aicha la *teiaba* con «si tienes suerte...», «después, eso hace mucho bien». ¿Entonces? Es posible también que... Se sintió llena de ira, y pisoteó el suelo con furor.

—¿Entonces eso significa que mi pequeña Haiat puede que sea igualmente desgraciada? No, es preciso que le pregunte a la vieja Rahma... Nunca he prestado atención a sus palabras y he aquí que ahora todo me viene a la memoria:

«El amor en este país, hija mía, cuando uno está por ello de verdad, hay que luchar; yo no tuve valor, y me ofrecí al primero que vino a mí. He cargado con la reputación de

mujer mala pero después era yo quien elegía... Y te aseguro que eso es una dicha. Una lástima es que la gente aún no se haya dado cuenta. Habría menos parejas desgraciadas y los hombres no andarían buscando por ahí lo que no se atreven a hacer con sus mujeres. Comprendes, hija mía. He visto a hombres casados venir a llorar sobre mi pecho, pero son unos hipócritas. No merecen ser felices».

La joven decía entonces:

—Pero todos no son así.

—Claro, le replicaba la vieja Rahma, desde luego, pero eso depende de la suerte que tengas.

Mimuna echó a correr para reunirse con la vieja Rahma. Deseaba saber, hacerle preguntas. El sol se ponía majestuosamente por el horizonte. Una joven corría dejando tras ella un ligero perfume. Una mariposa nocturna la perseguía. Cuando llegó, la vieja Rahma estaba acostada. Le extrañó, no era todavía su hora de dormir.

—*Muima, muima*, tengo que hablar contigo.

La vieja se volvió hacia ella con doloroso esfuerzo.

—Te...esta...ba espe...rando, hijita.

Mimuna comprendió enseguida.

—*Muima*, ¿estás enferma? Voy corriendo al pueblo a buscar al médico.

—No, no merece la pena. La muerte está aquí, la siento muy cerca de mí. Ya he tenido mi parte de vida, soy vieja. Sólo le pido a Dios que me acoja en su seno, pues si he gozado de los placeres de la vida, también es verdad que nunca he mentido. Nunca he robado ni hecho mal a nadie. Siempre he sido honesta con los demás. Ellos no han sido siempre buenos conmigo pero los perdono. Dios hará el resto.

Era demasiado para un solo día. Y sin embargo, la vieja solía decir que un día que empieza bien, bien termina.

—Escucha, hijita, sigue siendo honesta, escucha la voz de tu corazón. Casi siempre tiene razón, incluso si al final del camino nos traiciona.

—*Muima*, no digas nada, no te canses.

—N... no, hija mía, escúchame, la muerte me está dando ya su mano. Tú eres joven, guapa... Sé que la gente del pueblo te dice que no me escuches... Sólo son palabrerías... Elige lo que te convenga; nadie puede decidir por ti.

—¿Pero, qué será de mí?

La vieja sonrió.

—Confío en tu suerte. Naciste bajo una buena estrella. Le consulté sobre ti a la ogra de las *djebels* que no es tan loca como la gente se cree. Ella me lo dijo una noche. Bebimos el brebaje de los higos, ese que abrasa el vientre y da la paz al espíritu. Era en aquellos tiempos en que yo todavía andaba bien. Mimuna, la muerte está aquí, enseguida se apoderará completamente de mí. Una cosa más... Mi mortaja está en el cofre de madera. He hecho mis abluciones y mis rezos. Quisiera que tú me enterraras con tus manos. En el fondo del cofre hay un vestido donde he guardado un poco de oro. Está bien cosido... Guárdalo contigo, es para que te vayas de aquí. Esto te ayudará para no depender de los hombres.

Y empezó a rezar para alejar al diablo. Mimuna estaba abatida. Sabía que la vieja no podía tenerse en pie, pero de ahí a que fuera a morir tan rápido... Nunca se había sentido tan triste, nunca había imaginado que se pudiera albergar tanta pena. Sus lágrimas no cesaban.

—No llores, Mi... muna, ya he vivido bastante. Prométeme que te irás... Prométemelo.

—Ay, te lo prometo, Muima.

Le cogió las manos para besárselas, estaban heladas... La vieja se marchó con una sonrisa...

Fuera, los perros empezaron con sus ladridos nocturnos. Mimuna permaneció mucho tiempo velando el cuerpo de la vieja Rahma. La lavó entera. Nunca la había visto desnuda del todo. Su cuerpo era tan blanco como el de Haiat, sus pechos eran pequeños, todavía muy bonitos para una mujer tan vieja. Mimuna lloró mientras le ponía su mortaja. No quería enterrarla enseguida. Antes iría a buscar un alfaquí para que le recitase algunos versículos del Corán. En el cementerio podría encontrar alguno que aceptara acompañarla por unos reales. Tendría que darse prisa. Las noticias se expanden deprisa en el pueblo. Nadie llega a saber jamás cómo corren tan rápido.

La estuvo velando toda la noche. En su cabeza, el mar daba vueltas... Una mujer corría desnuda hacia el agua... Al alba decidió ir al cementerio. No encontró ningún alfaquí. ¿Era preciso que la vieja Rahma se marchara en silencio? Luego, rodeando las tumbas, vio un hombre agachado que salmodiaba unos versículos; había un chiquillo con él. El hombre era ciego. En lugar de los ojos no tenía más que dos huecos vacíos.

—¿Qué ocurre, muchacho? —preguntó el viejo pasando su mano sobre la cabeza pelada del chico.

—Es una joven, *sidi* alfaquí.

—¿Qué quieres, hija, mía?

—Mi madre ha muerto, Dios la tenga en su gloria. Quisiera que usted viniera a rezar por ella, le daré unos reales, se lo suplico.

—Muéstranos el camino, te seguimos. Que se haga la voluntad de Alá.

Mimuna no dijo nada más, fue andando delante de ellos. Un hombre lleva la mano puesta sobre la espalda de un niño. Es ciego. Una mujer les muestra el camino.

Todo transcurrió en el recogimiento más total. Mimuna preparó un plato de alcuzcuz para el ciego y el niño. El hombre no paraba de rezar. Sus labios se movían sin cesar. La vieja Rahma descansaba en su mortaja blanca. Entre los tres cavaron la tumba.

Ellos dos comieron con mucho apetito el humeante alcuzcuz, sobre todo el chico. En cuanto a Mimuna, no pudo tragar bocado. Sólo pensaba en irse... ¿Adónde? No lo sabía. Había oído decir que el país era grande... Una vez que estuviera en la carretera ya vería. El ciego y el niño cogieron de nuevo el camino del cementerio... Mimuna los siguió con la mirada durante largo rato... Pensaba en el niño.

Barrió por última vez la casita. Puso el oro en su cintura.

La vieja Rahma había dejado también un poco de dinero. Se las arreglaría bien con eso.

Dejó la casa sin volverse a mirar ni una sola vez. Andaba derecha hacia adelante. Cruzó los raíles del tren. Pensó en el grupo de muchachos, debían de estar durmiendo todavía... Con la verga al acecho... Mimuna miró fijamente el sitio donde tenían la costumbre de juntarse.

—Se acabó, dijo, no volveré a veros más.

Su pueblo se fue quedando lejos, lejos, lejos tras de ella.

Diez años más tarde...

En París, en un apartamento elegante, una joven mujer radiante, con el pelo muy corto, escruta el horizonte desde su ventana. Sus ojos brillan bajo el khöl, le sienta bien. Un disco dice: *La ilah illa Allah, Mohamed Rasúl Allah...* Un negro africano canta el Corán a ritmo de *reggae*... Una vieja mujer viene a su memoria... Risas de mujeres en el baño moro... Mujeres desnudas, relucientes, peinan sus largas cabelleras. Una llave da vueltas en la cerradura. Ella sabe. Sonríe.

Una voz de hombre grita:

— ¡Cariño, tengo una buena noticia para ti!

Viene hacia ella. Está muy sonriente, tiene barba y los ojos azules, azules, azules...

¹ «Mimuna», del libro de relatos de Leïla Houari: *Quand tu verras la mer*. Paris: Editions L'Harmattan, 1988. La autora nació en Casablanca en 1958, en el seno de una familia marroquí originaria de Guercif. A los siete años emigró con sus padres a Bélgica, y desde entonces vive en Bruselas. En 1985 publicó *Zeïda de nulle part*, novela corta, y en 1993 la pieza de teatro *Les cases basses*, siempre en la misma editorial parisina.

La traducción del original francés ha sido realizada especialmente para *El Vigía*, por Encarna Cabello.

² mamaíta

³ mujer que cobra en el *hamman*

⁴ tu tía

LAS ERRADAS*

por JUAN GUERRERO ZAMORA

SEGÚN el parco censo de los fondos
documentales que aún se conservan,
en 1556 residían en la ciudadela exactamente 10 erradas.
Lo que, para 645 pobladores,
a descontar por razones naturales 100 niños y 70 mujeres,
suponía 47 coma 5 yerros por cabeza y –suponemos– mes,
dada la economía vital prescrita por el avituallamiento de la plaza.
Restemos a las propias erradas,
pues nadie puede ser juez y parte en ningún yerro,
y a los 2 curas por aquellos del voto,
para obtener la cifra de 46 coma 3 presuntos afectados,
en la que el decimal pudiera despreciarse
como índice de eventuales eyaculaciones precoces.
Dado que en tan delicada cuestión todo matiz es poco,
afinemos considerando el número de veces
–sustrayente sin duda–
que los cónyuges cumplieran con su débito,
otrosí que algunos,
como manda la Santa Madre Iglesia,
no infringieran jamás la higiénica costumbre
de mantenerse fieles a sus esposas.

Casos

dignos de encomio por su ayuno debieron producirse
entre los 30 azadoneros, canteros (7) y 28 esclavos
–aunque en éstos las crónicas no discriminan sexos,

con lamentable confusión de la estadística—,
debido a los precarios sueldos —en resumen— de hambre
y a la supuesta prioridad castrense
del capitán alcaide —derechos de pernada—
y, tras él, en correcta alineación,
de los restantes especialistas bélicos:
los 15 cabos,
los ballesteros y piqueros (167),
ítem más 163 arcabuceros, 25 jinetes,
artilleros (9), 18 marinos
y, entre los oficiales de Frontera o del Rey,
otros 9 aspirantes a errar
con menor o mayor comedimiento.

La Historia, luego, así lo certifica
pues, por graciosa Cédula de Felipe II,
con fecha 1595, ordena
que las antes erradas y ya mujeres públicas
—designación debida al número creciente—
sean *comunes a todos los soldados*
mas *sin amancebarse con ninguno*.

Este segundo precepto de la Cédula se entiende fácilmente
ya que la vil ocupación de amancebarse
siempre quedó reservada a los civiles.

Volviendo a las primera erradas, cada una pudo dar cuenta —en números redondos—
de 40 clientes mensuales,
o sea otros tantos yerros duplicables en períodos de tregua,
fiestas de guardar y conmemoraciones,
aunque el imprevisible factor ritmo prohíba
establecer un coeficiente serio,
sujeto a reincidencias, invitados, apuestas y otras virilidades
como las del citado alcaide capitán
que, en razón de su cargo y periódicamente,
habría de dar ejemplo con alardes
que elevaran el espíritu a la tropa.
Poco más de un cliente cada día
no parece agobiante y el ejercicio de errada, en consecuencia,
no incita mi piedad,
pero la mueve el que la Cédula las sepultara vivas
—*no salgan de sus casas*—,
emparedándolas, negándolas al sol. ¿ Por qué delito?
¿ Se temía quizá que su presencia
en la Plaza de Armas o de Alafía
tentaran al moro cristianable
que en son de paz allí mercadeaba, sólo interinamente tolerado?
¿ Que fueran ellas las tentadas en sus viles pasiones

por aquellos, en cuanto circuncisos, míticamente erectos?
Por mera coherencia con el Bosco, su Majestad bien pudo,
en vez de emparedarlas, otorgarles por juro de heredad un mayorazgo
en el Jardín de las Delicias, pero,
si a España le conviene el ascetismo,
tanto más debería su Adelantada
precaverse de locos amadores, sobre todo solares.
Y el Soberano, prudente y cautelar, los toleró nocturnos:
*Que ellas tengan candil junto a su puerta
hasta dos horas durante la noche*
—lo que es un dato inapreciable para las anteriores estadísticas
ya que concreta en dos las horas laborales.

Mujeres con alcuza
—si de aceite, refrito; sebo más bien, que todas pensaban despilfarro—
alumbraban la senda al visitante
a la par advirtiéndole
—campanilla al leproso, carraca al penitente—
de que en aquellas casas, contagiosa,
residía Doña Concupiscencia.
Después, ayes del gozo
al fin extenuados para dar paso a una sombra saciada.
Qué escándalo— diría doña Adriana, cuyo nombre pondrían a una calle,
tras visillos celestes.
Doña sin apellidos —como Godina, la dueña de una almunia—,
quizá fue también dueña. De diez o más erradas
con cuyo lenocinio obtuvo sus ahorros,
pudo rehabilitarse y cederle la mano al veedor reciente,
consiguiendo la alcurnia
de veedora, oh doña Adriana.
Mas como dedicarles una calle a las mujeres públicas,
aun bajo el nombre de su celestina,
hubiera resultado de una justicia insólita en exceso,
volvamos a la doña sus honores
—farera de aquellos ebrios, nocturnos, erráticos navíos
a los que inútilmente buscaba disuadir de los escollos
del pecado carnal—
y respetemos los anales probados.
Al ser la ciudadela *plaza de mucho empeño y ninguna utilidad*,
como habría de escribir el benemérito Conde de Aranda
en el año de gracia de 1775, las cédulas reales
llegaban con desidia: lógicos avatares del correo,
y así cundieron tolerancia y putas.
Con la expansión fuera de las murallas,
nuevos burdeles desencandilados
sustituyeron a los que ya eran reliquias de otra época

cuyas pupilas, obligadas al éxodo,
hubieron de integrarse con las recién llegadas
abandonando sus antiguas funciones de vigías de la aurora
y nocturnas pitonisas sufragáneas
para trocarse, en toda la extensión de la palabra, putas.
Soplo a soplo, los vientos
mataron la inocente luz de aquellos candiles, uno a uno.

Pero el destino reservaba a la nueva ciudad
suertes extremaunciales semejantes
a las que tuvo que sufrir la vieja,
ya con desdén rebautizada Pueblo.
Nada en el fondo había cambiado y pronto,
al paso de los buitres,
quedó surcada –ay Annual– de espesos ríos de sangre.
Y el Barrio del Real fue acogiendo a los jóvenes
héroes con la misma, pródiga, consoladora entraña
que los antiguos burdeles abrieron a sus antepasados,
sargazos que la guerra abandona en las playas,
supervivientes rotos, las heridas de asperón ocre, seca
la boca, y la arrogancia
descubriendo al niño
que ya no encuentra el rastro de la vida.
Sólo era diferente la apariencia:
en lugar del jubón, el terno caquí del recluta que no quiere morirse
sin aprender sus primerizas letras sensuales.

Don José del Río Sáinz, experto en mancebías, así lo narra:

*...a una ramera di que te muestre
la sala donde se celebraba
la bacanal,
el mismo día en que Silvestre
se suicidaba
al ver su ejército roto en Annual.*

Comprendo que el extraño se escache de agria risa,
pero yo que en las uñas llevo aún, y me duele, aquella tierra,
no concedo a Solana esta pintura.
Nadie se despioja en este lienzo.
Ni cuando, con la paz, las moras se pasaron
con armas y bagajes
–es un decir– montándose un Polígono
donde abrir –consecuente
geometría gestual– sus poderosos muslos
sobre grandes bandejas de metal repujado,

luciente fondo para la verbabuena de su sexo.
Pese a la seducción de su exotismo,
años después nosotros, los poetas
—permitidme el inciso biográfico—,
nos decantamos siempre por las otras
sacerdotisas, las del Real, cristianas, familiares,
sin otro fin que el de acunarnos en sus mecedoras
y, entre sorbo y sorbo de buen café de filtro,
recitarles a Juan Ramón Jiménez.
Doy fe de que jamás he visto
tanta ternura sin entendimiento
frente a una gaviota con el ala quebrada.

Lo demás es silencio,
Cuando la paz fermenta, hay quien arroja el vino.
A ellas las arrojaron,
sus casas ya corrales de golondrinas tristes,
con ventanas y puertas precintadas por maderas en cruz, aspas del anatema.
Nadie ha perpetuado su memoria.
Los anales censan espadas, convoyes, y hasta víveres,
pero nunca ese alimento, necesario sobre todo en un sitio
que recibió su nombre mismo de la fiebre.
Cuando miro el escudo que a la villa
diera la ducal casa de Medina Sidonia,
imagino que, de sus dos calderas
jaqueladas en oro y gules, penden
sus largos, inabarcables lutos de viudas.
De viudas de todos y concubinas de ninguno.
Fieles como el desnudo de la espuma.

Así acabo esta crónica sentimental y justa y bien documentada
de unas mujeres que encendían candiles
y, acaso en más de uno,
resplandores.

* Poema incluido en: GUERRERO ZAMORA, Juan. *Almenara*. Madrid: Rialp, 1994 (Adonais; 514)

EL RITO*

por MIGUEL FERNÁNDEZ

EL RITO

BAJO la jaima,
se pasa el té de la paz.

Hay una lumbre ahuyentadora
y encima van los cielos luminarias.

Quema el vaso en las manos
con su menta olorosa,
como arde en los ojos tanta estrella
que aquí en el desierto
nos ciega los sentidos.

Pero no me estremezco de ese batir vorágine
de las tribus amigas, del leopardo que llega
oliéndome la mano y acaricio su boca.

¿Hasta cuándo yo quieto
sólo viéndome a ciegas y no entrar en el baile?

Es tu gran recompensa,
solitario del ansia.
Es el ansia más sola,
como la patria África donde un día naciste.

ÁFRICA

MI África patria,
génesis del mundo,
donde sigo viviéndome en las muertes diarias.
Yo moriré en el tótem de máscara bermeja
cuando lleguen las selvas a poblar las sabanas.

Sigo con mi rosario de guijarros perlados
rezándote en el porche,
con la sura colgada y la cruz y el levítico
cuyas sabidurías en el vaho del anafe
dejan para mí solo un cielo por los cirros.

Como el descanso de los dioses,
me quedo en la quietud donde el tiempo no existe,
y es como ese grano de arena en el desierto
que en sí es universo, pues se dora en los soles.

Pasa la vida en su clamor
y oigo
su fanfarria a mi lado.

* «El Rito» y «África» son poemas incluidos en: FERNÁNDEZ, Miguel. *Solitudine*. Melilla: Ayuntamiento; UNED, 1994 (Col. Rusadir; núm. 24).

QUEBDANI*

por ANTONIO ABAD

1

LA primera turgencia del cinabrio,
la roja luna, el brío roto,
aquel lugar incierto de los templos
caídos, la augusta frente
alzada en la desolación de algún vergel,
los limpios cauces.
Quebdani como un sol lleno de estatuas,
resquebrajado el patio de un laurel damasquino,
enhiesto en la porción de la música extrema:
un sollozo, un cristal, altas
las torres de líquidos murciélagos,
hirviente la bondad del arroyo sin agua:
las dunas destrenzadas, los muros
en ruina...

2

CRUZÓ la estirpe la tierra de incautos vegetales,
las palmeras volcadas en racimos de estrellas,
los agaves, las palas del nopal.
Cruzó también los límites del tiempo

aunque el desierto empieza aquí,
bajo la misma línea dormida de tus ojos,
en las tardes doradas, cuando el té
prevalece en su aroma picante.

Como vano destello de los plenilunios
cruzaron espejismos, doblegaron las rutas
de las nieves cerradas —ellos que eran de nieve—
y en sus rostros otra nieve (la arena) pálida,
triste los fue cubriendo
con un velo de sándalo.

3

EBRIO asciende un vapor,
asciende y no termina de envolver, sinuoso,
el rito que palpita
(la alfombra desplegada cachemir y austera,
los cántaros de leche
vacíos), asciende en el rincón de la nostalgia
algún sonido místico, algún sorbo
de duda.

Los hay
que están bebiendo mansedumbre y se queman
los dedos al tacto apresurado
por el vidrio caliente.
¡Que cerca suena dulce la flauta de un muchacho!
Ellos no se percatan:
sorben sólo el acíbar febril de la bebida,
el aroma pausado de la hierbabuena,
platican las mujeres en otra habitación:
así ha sido siempre.

Llegaron con turbantes y paños macilentos,
las monturas cansadas, las grandes mercancías
a lomo de las bestias. Las plazas se quedaron
atrás como un reguero de miel ácida y sucia.
Llegaron de los oros alberos, de los zocos,
las cabilas, los médanos del Norte:
el oasis palpaba en la sed del espejo
un antiguo cansancio:
aquí se agita aún, en las calles vacías
donde el siroco aílla

de un cerrado paraíso:
tapias, surtidores, mirtos, cortezas
de alcanfor, bello lugar celeste
donde el remanso de las frondas
que cae sobre el estanque
y los perfumes puros embelesan el alma:
*afuera el reino del reptil,
los páramos, la púa amenazante
de este rubio escorpión.*
¡Quién lo diría!, el árabe
de labios afrutados y remilgada barba
pasea con un libro sagrado;
¡quién lo iba a imaginar!: *incultos
pedregales, yertos caminos,
la curva de la espalda inclinada
de tanta pesadumbre tan cerca de macizos
soberbios y fuentes que se pierden
en los prados sin sed:
los lagartos, los élitros
silbando en los espinos, la vida en el erial
tan mísera que ignora la presencia cercana
de otra vida abundante:*
velas y anafes, frutas en los cestillos,
pájaros ruidosos y tigres en las ramas;
una antífona que flota por el aire
como delicia única, como si fuera el mundo
tan sólo esta belleza.

7

ANTES de los metales, cuando termina el gesto
del motor y resuella una rueda, el autobús
no era el ave del viaje,
no era aquel verano.
Se inició la conquista de las altas mesetas,
una puente en el aire, una ancha angostura
de sacrílego vértigo;
se inició aquella huida con la misma certeza
de los ríos que dejaban, alígeros los campos,
un surco sin piedad.

Tú debías concebir la vida
a tu manera para escapar

no tan sólo de ti,
 —de ti las avenidas que construyen las lluvias—
 no tan sólo del miedo, las treguas,
 sino también de la llama ascendente
 de aquel sol derrotado.
 (Lo decías sin consuelo poniéndote una mano
 donde tu corazón).

Y el autobús rezonga
 en medio de un estrépito que parece una manada
 brutal y luego se adelanta a su torpe costumbre
 de calentarse mucho y, ay, tenemos que parar,
 bajarnos, desnudarnos de él
 como si nos sobrara su metálica ropa.
 Dijiste en la distancia: *mucho nos falta aún*.
 (Bullía en los volcanes del refrigerador
 la música vencida). Y Quebdani llevaba
 esperándonos siglos:
 una anciana planicie de orfandad
 eran sus calles.

8

YA era tarde.
 Se hizo más que la noche
 la sucesión secreta de los años:
 viejos almanaques de hojarascas espléndidas.
 Era tarde, dijiste,
 todavía serpentean luminarias nerviosas
 y el quinqué se ha ocupado del sueño
 transitando en los muros imágenes de muerte,
 figurillas atroces, multitud de un dibujo
 infernal. Vibra por los sentidos,
 en esta alta hora en que toda renuncia
 responde a los desvelos,
 un rumor de homicidios,
 y comienza a crecer, se agolpa
 entre cuchillos de ufana muchedumbre,
 —¡cuánto arrepentimiento que malgastaste en vano!—;
 y fue más tarde aún, cuando no había remedio:
 rugían las tempestades de los negros fusiles,
 tronaban los caballos,
 cuando el cuello sesgado de la luna brillaba

9

Adiviné su nombre rezumado de sal
en la línea del llanto.

10

Sobre el añil
horizonte los muros eran adobes
y las ventanas se adornaban con franjas
de vivísimos tonos.

No era por esa puerta
de azul junto al desierto,
enjalbegada toda la pared de una luz
radiante;

no era,
no podía serlo para habitarte tanto.
Estaba en otro sitio el aldabón de bronce
con que golpear,

la llave igualmente

perdida, empapados los goznes
de un áfrico orín: patios y azoteas,
las cúpulas tenían remates de cerámica
y abombados recursos para flotar ajenas
en las blancas terrazas.

Dejamos las costumbres de los occidentales,
qué lejos ya los muebles, el *boiserie*
turquesa, los libros alineados en las estanterías
agrupando los gestos de mi querida Europa.
Nos quedamos descalzos,
crepitaba el sahumerio,
se vencían los cuerpos en vistosos cojines.
No era aquella estancia culpable, no lo era,
y el cuscús se fue haciendo familiar como un pan.

11

TAN sólo era la higuera, chicharras
enjauladas, amaestrados
cuchillos del calor
derritiendo en las piedras la huella de los cárabos.
Hervía así la sangre
y pasó por tu frente la avalancha del mar.
Pasó un carro de fuego, los ojos como llamas.
Dijo el león ardiente que tus manos tenían
tallados alabastros.
Y fue cuando en nosotros la explanada cundió
incalculable hasta perderse el número
de su soledad, hasta quedarse distendida y remota
en su viciosa lámina;
pues todo era extensión de áspero universo,
planeta luctuoso.

Arder también ardía
una inocente música.

12

SE turbaron los rostros,
penetró la inocencia de los cálices ebrios
en la habitación,

ceñía la misma cinta
el júbilo tan joven y el cofre
de recinto doméstico y alguna taracea
estaba aún cerrado.
Se turbaron las manos en la sala
con aromas recientes, con cenizas y frutos;
los tapices de árabes motivos,
plateles platerescos,
la poca luz dudando sobre el almenar.
Se llenó todo el cuarto de agua de alhucema,
latían las miradas,
estaba el mundo oliendo a cúrcuma y anís,
a salvia y bergamoto.

La vida era un olor penetrante de arcanos,
un color envolvente de tímido azafrán.

13

DEBIÓ ceder la sangre.
Asediados los muros, las tropas de tu pecho
no tuvieron valor.
¿De quién fue la derrota?
El general no sabe, no lleva
su caja de rapé, ¿la viste?,
¿viste los campos de humo, las nubes de grajillas
sobre el aduar, los extensos campos de la muerte,
los trigos lacerados, tronchadas las acacias?
Llevaban los jinetes prisioneras desnudas,
sonaban los clarines,
venían de la victoria pero también del miedo;
llegaban los vencidos, sus lágrimas y heridas
siniestramente ocultas.

Un muecín levanta su palabra, levanta sus dos manos,
quisiera levantar una palmera, una paloma,
una ruidosa fuente.
Han venido hasta ti veloces dromedarios,
el trono de la noche dorado más aún
que un astro de oro,
el patio no tenía abierta la cancela,
los perros no ladraron: mudos como los mármoles

parecían idolillos cerca del surtidor.
La media luna hería (dama puñal) en la boca
del pozo, amante en las insignias:
en Quebdani quebró miles de espejos,
azabaches pupilas de ojos casi tigres,
fue dejando en los cuartos la estrepitosa turba
con su roja señal: desvencijadas arcas,
violadas alacenas.

¿Viste el jardín,
los parterres sin flores, las estatuas,
las ramas de los sauces por el suelo,
un pequeño rincón donde la fronda concluía
a manera de auspicio,
desmelenado y roto?

Había sido la nieve sulfurosa (la arena),
los cientos de conejos,
todo el temblor de los vivos colores
destrozados,
un fiero jabalí.

Sid Mohammed ben Abd-el-Krim el Jatabi
cabalga todavía. Los cerros plateados
se alargan con su sombra,
verdean las vaguadas al paso del corcel,
¿de quién fue la derrota?

Después de la vendimia de los sables
recogimos un poco para esto
tan frágil que se llama vivir.

Quebdani en el cinabrio de sus lomas angostas
—el autobús enfila una cuesta y relincha—.
Se va quedando un té de aturdimiento
reseco por los labios.

* «Quebdani» es un poema incluido en: ABAD, Antonio. *El Arco de la Luna*. Melilla: Ayuntamiento; UNED, 1987 (Col. Rusadir; núm. 14).

UN PARTO EN EL RIF¹

por URSULA KINGSMILL HART

«Ya lo sé, ahora estoy segura», dijo Aisha con tristeza según entraba yo en la estancia para empezar la rutina diaria con las mujeres.

«¿De qué estás segura?», pregunté tras cerrar la puerta.

«Aisha se ha vuelto a quedar embarazada». Fatima se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Estaba llorando y parecía tan desgraciada como Aisha ante la perspectiva de su embarazo. Evidentemente la realidad no coincide con el ideal, que es tener un niño casi cada año... ¡desde el punto de vista del marido! Este sería ya el cuarto hijo de Aisha.

«¿Es tan terrible eso, Aisha? Tu marido debe de estar muy orgulloso de ti, ¿no?».

«Todavía no se lo he dicho, a pesar de que lo vengo sospechando desde hace unas semanas. Bajó la voz: «¿sabes? He estado pensando en ir a visitar a la partera para que me deshaga de ello».

«¡Ay! ¡Ay!», gemía Fatima, retorciéndose las manos con fuerza.

«¡Oh, no hagas eso!», grité sin querer ante la visión de alguna inmunda mujer hurgándole a Aisha y haciéndole una chapuza, que muy posiblemente podría causarle la muerte como resultado de alguna infección. Aunque yo sabía que tal acto es *haram* (prohibido), las mujeres desesperadas recurren a él; sin embargo, es muy difícil que en una pequeña comunidad rural no acabe sabiéndose. En el Rif no hay comadronas cualificadas médicamente, sólo mujeres mayores que tienen experiencia en partos—y en supersticiones—según van entrando en años. No saben nada sobre esterilización y, sólo

el cielo puede ayudar a la pobre mujer que pare si hay complicaciones; suele acabar muriendo tras días de agonía.

«Pero, ¿qué otra cosa puede hacer? Lo pasó tan horriblemente mal la última vez», se quejó Fatima, que estaba muy unida a su hermana.

«Sufro tantísimo en cada parto, y cada vez es peor. Casi me muero la última vez», reiteró Aisha. «Pierdo mucha sangre en las contracciones. ¡Tengo miedo de pasar por ello de nuevo! Mira a Muhammad, qué pequeño y débil está».

Era cierto, ninguno de los niños de Aisha parecía gozar de buena salud. Muhammad estaba siempre llorando de un modo agudo y enfermizo, a pesar de que ella le daba de mamar a todas horas. En cuanto a los otros, constantemente les caía el moco por la nariz o tenían los ojos malos. ¿Qué podía decirle yo para animarla? Un parto difícil debe ser toda una tortura y ni que decir tiene que Aisha estaba aterrorizada. Yo no era la persona mas indicada para aconsejarla, en este difícil problema de mujer.

«¿Has intentado hacer algo tú misma para deshacerte de ello?, ¿con poleo caliente?», pregunté con el objeto de subirle el ánimo.

«Lo he intentado y he bebido el agua amarga de cáscaras de granada y también he comido semillas de casia, pero son venenosas y sólo consigo ponerme enferma. ¡Incluso he probado levantando y bajando pesadas cántaras llenas de agua, pero nada!». Aisha se puso ahora a sollozar desesperadamente.

«Bueno, bueno, Dios es clemente, quizás esta vez no lo pases tan mal», dijo Hadduma, la mejor amiga de Aisha, intentando consolarla. Me miró para que yo sugiriera algo, pero lo que había mencionado yo Aisha lo había puesto en práctica. Sólo quedaba la conseja de las viejas esposas sobre el aceite de castor, que no era asequible aquí de ningún modo. Quizás el acre aceite de oliva que usaban podría tener el mismo efecto tomado en grandes cantidades.

Lo propuse como única cosa que se me ocurría. «¿Has probado bebiendo el aceite de oliva, tan fuerte y verde, que tenéis? En mi país algunas mujeres prueban con ello, debes tomarlo por la mañana antes de comer o beber nada. Tiene que estar muy caliente. A veces la cosa funciona, ¡pero no siempre!».

«¡Uf!», exclamó la joven y frívola Arquía, tapándose la boca cual si estuviera dando arcadas sólo de pensarlo.

«Si lo puedes soportar tómallo durante varios días seguidos».

—¡Cualquier cosa, cualquier cosa, si con ello consigo librarme de esto!», gritó Aisha desesperada. La visión del penoso trance que se le venía encima era demasiado horrible para su pensamiento.

—La previne: «te hará sentir muy mal, pasarás la mayor parte del tiempo detrás de los árboles, y...»

«¡No le importará perder los intestinos con tal de perder el niño!», interrumpió Arquía otra vez de manera insensible.

—«Sólo es una sugerencia, así que no te enfades conmigo si la cosa no marcha y sólo consigues pasarlo muy mal...». Me volví entonces hacia Fatima para preguntarle si se sentía nerviosa respecto a su próximo parto. El parto entre las mujeres de la tribu no es un asunto privado y ella ya había tenido ocasión de presenciar los sucesivos sufrimientos de su hermana.

«¿Por qué tener miedo?, respondió Fatima, un poco sorprendida por tal pregunta. «Se supone que estamos aquí para parir niños y Alá nos da la fuerza necesaria para

aguantar los dolores, así pues su deseo debe ser aceptado, que venga lo que quiera. Hadduma trae los niños al mundo con la misma facilidad con que las gallinas ponen huevos, pero en cuanto a Aisha... Dios ha querido que sea de otro modo».

Fatima aguardaba contenta el día en que su marido pudiera colocar con orgullo una bandera en el tejado de la casa en señal de que habría nacido un varón en la familia. Pero, mientras tanto, no hacía para que el tiempo pasara más deprisa confeccionando ropita de bebé y preparando una canastilla. Los bebés del campo no tienen una ropa especial, los visten con cualquier ropa disponible. Al principio son envueltos en una tela bien prieta, y, se les guarda abrigados. Después se les viste con ropa usada que hay que arremangarles para que les sirva, o van a gatas semidesnudos, no importa el tiempo que haga.

Todas tenían algo que decir sobre cómo ocurre el alumbramiento entre las mujeres rifeñas. Hadduma removió el caldero que permanentemente estaba puesto sobre las ascuas. Siempre tenía en su interior potaje o estofado, dependiendo de la hora del día. Las mujeres se juntaron aún más entre ellas, ya que contaban con una nueva oyente que deseaba oír todo sobre suceso tan universal.

Los tristes ojos de Hadumma miraron fijamente a los míos y súbitamente vi, en su expresión, a Hamid, su hijito mayor. De ella venían su comprensión y simpatía innatas hacia los menos afortunados y los más proclives a equivocarse, como me pasaba a mí en aquellos primeros días (realmente, en opinión de ellas, yo todavía era considerablemente inepta como ama de casa, incluso al acabar nuestro trabajo de campo).

Como era la mayor de las mujeres y la que tenía más experiencia en partos, Hadduma empezó a hablar, lentamente, y con la pequeña Fadila agarrada a sus caderas: «cuando la mujer se pone de parto envía a alguien a buscar a dos mujeres de su familia, o a mujeres que ya han tenido niños y que hacen de parteras. Mientras dura el parto no se le da nada de comer, ni de beber, a la parturienta, ya que se considera de mala suerte si la mujer defeca durante los dolores del parto. La partera, que suele ser la madre de la chica, anuda una cuerda a una viga de la habitación, para que esta tire de ella. Según aumentan los dolores tira cada vez más fuerte de la cuerda. Ello ayuda a que el niño baje.»

—«¿Entiendes?», me preguntó Hadduma. Asentí con la cabeza y pregunté: «¿qué hacéis si la cosa se pone mal y el niño no viene de la manera que debiera venir?».

«¿Qué puede hacer una? —me responde Hadduma—, si el niño está atravesado, la partera intentará sacarlo del cuerpo de la madre, pierna a pierna, o brazo a brazo».

«Como me pasó a mí una vez que alguien me dio una patada en el estómago», interrumpió Aisha. ¡Que miedo debía tener!

Hadduma continuó: «de todos modos, cuando el parto dura días, la madre suele morir y el hijo también». Aisha permanecía callada, pensando en su última y penosa experiencia. «Cuando el momento se avecina —siguió Hadduma— una de las parteras agarra las rodillas de la mujer y, en el momento de dar a luz, su madre o su suegra, la sujetan con fuerza alrededor de la cintura con un brazo, para ayudar a que salga el niño. Con la otra mano aprieta fuerte en el ano para que el niño no aparezca por ahí». Me apresuré a toser para ocultar la risa que me vino, pues Hadduma hablaba en serio y estaba muy concentrada en lo que iba contando.

«Nacer de ese modo es vergonzoso y, además, trae mala suerte», añadió Tamimunt.

«Y qué sabes tú de eso», le espetó Aisha con acritud.

«No nos peleemos», se interpuso Hadduma. «Munat quiere saber cómo hacemos nosotros las cosas». Aisha entonces siguió el relato: «Si es un niño la partera corta el cordón con las tijeras. Si es una niña, lo corta con una hoz para que, la próxima vez, la madre tenga la suerte de parir un niño. La partera frota entonces, con un poco de sangre, las mejillas de la madre para que le vuelva la fuerza».

—Supe que, como ocurre en la mayoría de las culturas no letradas, la placenta juega un papel importante en el nacimiento. Es llevada por una de las parteras a cierta distancia de la casa y allí la entierra profundamente a fin de que no sea desenterrada y comida por los perros, ya que ello volvería estéril a la mujer.

Cualquiera que haya sido la duración del parto, a la partera se le pagan dos duros (un chelin, o diez céntimos, en 1965). En el séptimo día, cuando se le pone el nombre al niño, es recompensada con la cabeza de un cordero o de una cabra, para darle sabor al alcuzcuz.

El parto es un gran acontecimiento y todos los miembros femeninos de la casa, incluyendo a los más pequeños, están presentes, llenando la habitación donde tiene lugar. Ayudan a hacer recados, a preparar el té, y tocan y retocan en la anatomía de la futura madre. Los hombres, y los niños que han pasado la edad de mamar —alrededor de los dos años— son estrictamente excluidos, incluso del patio central de la casa.

Las mujeres hierven albahaca, hierba astringente, y utilizan el agua para formar una pasta con alheña y tierra. La extienden sobre un trozo de tela fina y la aplican a la vagina para cortar la hemorragia y prevenir infecciones, porque con las cabras, burros y gallinas campando a sus anchas por allí, el tétano debe de ser algo corriente. Para las curtiduras mujeres rifeñas, el parto es indudablemente un azar, y la muerte debe ser un feliz desenlace de la insufrible tortura si las cosas salen mal.

—«¿Si el parto se prolonga mucho tiempo y la muerte no es inminente, se sigue sin darle nada de comer ni de beber?», pregunté. «¿Ni siquiera un sorbo de té dulce para sostenerla?».

«¡No, nada!, trae mala suerte», fue la rápida respuesta de Hadduma, que, continuó: «la madre bebe un poco de manzanilla cuando ya ha pasado todo y no está demasiado agotada, porque ayuda a bajar la leche».

—«¿Quién lava al niño? ¿Las parteras?», fue mi siguiente pregunta.

«¿Lavar al niño?, gritaron todas horrorizadas. Todos los ojos se clavaron en mí, airados y estupefactos de que, con todo lo que habíamos charlado juntas, yo planteara a estas alturas pregunta tan ignorante.

«A un niño no se le lava nunca durante el primer año», me informó Fatima con una voz relamida, que no era propia de ella.

—«Lo siento, yo no lo sabía, para nosotros el primer baño es muy importante. Lavamos al niño en cuanto nace, sobre todo los ojos. Se le lava con un agua especial, para evitar el mal de ojo», añadí para suavizar la cosa. Mis palabras fueron recibidas con un reprobador silencio. Me apresuré a decir: «pero, seguid, por favor. Quiero conocer vuestras costumbres. No os estoy censurando». Aisha me miró pensativa por un momento, luego aceptó mis disculpas.

«Sí, de acuerdo, vuestras costumbres son diferentes y la mayor parte de ellas no son buenas. En cualquier caso... Bueno, después del año la madre puede bañar al niño, pero, incluso entonces, no lo hace más de dos o tres veces al año, ¿te das cuenta?, porque el baño debilita. El niño, por supuesto, permanece en la habitación donde ha

nacido durante dos semanas y en la primera semana nunca se le saca a la luz del sol. Está envuelto y cubierto con ropa todo el tiempo. Los espíritus malignos están siempre rondando a la espera de la menor ocasión para lanzar un hechizo».

Fatima apostilló con lo que ella sabía: «un bebé no debe estar nunca expuesto a la fuerte luz del día cuando aún es demasiado pequeño, o ser enseñado a demasiadas mujeres —aquí Fatima lanzó una mirada intencionada a Tamimunt, que dio un respingo hacia atrás con aire retador— porque alguna puede estar celosa y echarle mal de ojo para que se muera». Aisha se inclinó hacia delante y tocando la camisita del pequeño Mohamed añadió: «naturalmente le lavamos la ropa una y otra vez, constantemente, pero lavar al niño sería hacerle desaparecer su fuerza, entonces se pondría enfermo y moriría. El mal de ojo ataca sobre todo a los bebés». Aisha dio un gran suspiro por como la suerte era injusta. Permanecí en silencio no atreviéndome a hacer comentario alguno.

Se puede añadir que la relación sexual está permitida durante el embarazo, pero está estrictamente prohibida y es algo vergonzoso durante las seis semanas —cuarenta días— siguientes al parto. Es un precepto coránico que se sigue rigurosamente.

«Una cosa se me ha olvidado contarte», me dijo Aisha según estábamos amontonando las cántaras de agua y la ropa sucia para ir a lavar. «Si dos mujeres que viven en la misma casa dan a luz en el mismo día, ponen mucho cuidado en evitarse la una a la otra durante los siguientes cuarenta días. Si tienen la desgracia de encontrarse, es seguro que una de las dos o uno de los niños caerá enfermo y morirá».

Cuando repetí a las mujeres de El Ass que las cristianas permanecen en cama descansando por lo menos una semana tras el parto, no podían creerlo.

«¡Qué maravilloso! —exclamó Aisha—, sobre todo si la mujer lo ha pasado muy mal y necesita descansar».

«Sí», resonó la voz de Hadduma, pensativa, para añadir que a los pocos días de haber nacido su último retoño ya estaba ella en pie rodando de un lado para otro, con la leña a cuestas y Fadila en su pecho. «Y, hablando de leña —dijo Hadduma—, será mejor que vaya a recoger una poca». Diciendo lo cual se levantó de mala gana para seguir su trabajo.

«Como todavía no tengo niños, yo quiero permanecer en cama una semana como las extranjeras —bromeó Fatima—. ¡Pero de qué serviría eso si Mimún no podría estar también en la cama conmigo!». Se rió alegremente mientras levantaba la cántara del agua y la colocaba sobre su espalda. Ni siquiera se paraba a pensar por un momento lo malo que resultaba tanto peso para su embarazo, al igual que no lo pensaba ninguna de las otras. Las mujeres seguían en activo hasta que se ponían de parto.

Así pues, nos pusimos en camino hacia la fuente que tanto me gustaba. Tamimunt encabezaba la marcha, andando orgullosa, adornada con sus brillantes joyas, mientras yo avanzaba en medio del grupo con la mirada puesta en los pequeños. Permanecía callada, insignificante, pensando en el trance tan penoso por el que las mujeres de las tribus rifeñas tenían que pasar para dar a luz. Siempre con el continuo temor de que, después de todo, podría ser simplemente una niña, mientras que a nosotras, las occidentales, tanto se nos mima en los embarazos y partos.

Yo no tenía que rebatir sus creencias. Porque, a mediados de los años sesenta, algunos dispensarios con enfermeras y médicos marroquíes, de ambos sexos, iban apareciendo poco a poco en los lugares más remotos del país. Sin embargo, puede

todavía pasar algún tiempo antes de que las mujeres del campo y las de las tribus tengan el valor de dejar de lado creencias y costumbres ancestrales, en favor de los adelantos de Occidente, especialmente cuando se trata de creencias y prácticas relacionadas con el parto, que están todavía fuertemente ancladas en la tradición.

¹ Traducido del original inglés por Encarna Cabello, «Un parto en el Rif» («Birth and Baby Care») corresponde al capítulo XIV del libro de Ursula Kingsmill Hart, *Behind the Courtyard Door: The Daily life of Tribeswomen in Northern Morocco*. Ipswich, Massachusetts: The Ipswich Press, 1994. Este libro recoge la vida cotidiana de las mujeres rifeñas de un aduar de la tribu Aith Waryaghar a mediados de los años sesenta, como resultado de la estancia en Marruecos de la autora inglesa, acompañando a su marido, el antropólogo norteamericano David M. Hart.

Ursula Kingsmill ha publicado también *Two Ladies of Colonial Algeria: The Lives and Times of Aurélie Picard and Isabelle Eberhardt*. Athens: University of Ohio Press, 1987.

OTRA LECTURA DE LA HOJA DE SERVICIOS DE MI PADRE, EL CORONEL BLANCO DE IZAGA

por AGUSTÍN BLANCO MORO

*Mi lectura está tamizada por el filtro
algodonoso de los recuerdos lejanos.*

El penúltimo día de agosto de 1910 ingresa en la Academia de Infantería un joven vizcaíno. De la verde campiña vascongada al ocre amarillo del burgo toledano. Europa está terminando los días de la *Belle Époque*. España está iniciando un triste siglo en su historia plagada de tristezas. ¿Qué opciones tienen los retoños de la burguesía pobre? La Iglesia o el Ejército. La Universidad, igual que ahora, ya resulta más cara para ellos.

Promovido Oficial en 1913 es destinado a Marruecos, donde permanece hasta 1916. Allí transcurre una especie de guerra en la que participa como Teniente del Grupo de Fuerzas Regulares Indígenas de Larache nº 4. No encuentro fotos de esa etapa de su vida, pero sí algunas hojas de su diario de campaña. Digo «una especie de guerra» porque no había frente a nuestras tropas ni un Estado ni un Gobierno normalmente constituidos. Tampoco había un ejército regular como enemigo. Las *kabilas* virtualmente autónomas, no admitían la autoridad del Sultán ni la del Majzén, pero tampoco soportaban la presencia de las tropas españolas y francesas que pretendían actuar en su nombre. Pero sí había, como en todas las guerras, tiros, muertos, heridos, enfermos, traficantes de armas, comerciantes de víveres y todos los demás etcéteras.

Ya en 1912 se le había impuesto al Sultán la firma de un tratado de protectorado de Francia sobre Marruecos y Francia nos había subrogado a nosotros un cachito al Norte. Pero este Protectorado no se logra hacer efectivo hasta 1927. Transcurren pues quince años desde que se firma hasta que puede ejercerse.

Las cosas iban peor en la Zona Oriental de ese cachito. Tanto peor que, cuando el Teniente Blanco regresa a España después de su trienio guerrero, sólo faltaban cinco años para que se produjera el hundimiento de la Comandancia General de Melilla con el desastre de Annual. Posiblemente el mayor desastre militar de la historia de España, tan rica en ellos.

Es obvio que nunca llegaron a depurarse a fondo las responsabilidades. De haberse hecho, o simplemente de haber existido una documentación fotográfica (no digamos una cobertura de televisión) la monarquía no hubiera podido resistir diez años más, ni el ejército, humillado por la derrota del veintiuno, hubiera tenido la osadía de levantarse en armas contra su propio pueblo en el treinta y seis.

Durante la década siguiente (1916-1927) y según puede leerse en la *Hoja de Servicios*, es evidente que mi padre procura no ser arrastrado por la rutinaria vida de guarnición, de regimiento en regimiento.

Acumula antigüedad, conocimientos y sobre todo, ya recuperado de su primer paludismo, cultiva el entusiasmo y la alegría de vivir. No hay muchas perspectivas dentro de un ejército moral y materialmente derrotado y de una España cada día más cutre. Tal vez intentar la regeneración desde la base, es decir la enseñanza y la formación.

Así es su trayectoria: Academia de Infantería como Ayudante de Profesor y Profesor Titular; Escuela Central de Gimnasia como alumno primero y como profesor después. No hay muchas fotos de la Academia, sí algunas de la Escuela de Gimnasia que da risa contemplarlas. En una de ellas se ve a un controlador luciendo una elegante capa mientras que los participantes en el ejercicio, embutidos como salchichones en uniformes que parecen de presidiarios, saltan las vallas. Sin embargo... situemos la época en la historia: tenemos de Rey al más gafe de los Borbones que en España han sido y de Jefe de Gobierno a un salvapatrias con corraje. En estas circunstancias, el salto con pértiga o el salto del potro, la carrera de relevos, etc, deberían ser doblemente gratificantes.

Yo sé que el Capitán Blanco, vivió aquella época con absoluto entusiasmo y plena fe en la importancia de la preparación física y psíquica en la formación del oficial. En un ejército que todavía no había salido del ros y de los uniformes de opereta, era la suya una labor de pionero.

Por aquel entonces yo estaba naciendo como el que dice. Sin embargo recuerdo claramente el color de los sueños del Capitán aquel, porque algunos años después (por clonación) los soñé yo del mismo color: servir al Estado con lo mejor de uno mismo.

Civil Service (que con dos centenares de hombres sostuvieron y mantuvieron la India para el Imperio Británico), *Officiers des Affaires Indigènes*. Hombres capaces de embellecer con su conducta la basura de las relaciones internacionales. Como diría Azaña, capaces de sentir la pasión del bien público y de regirla con lucidez.

De su paso por la Escuela de Gimnasia quedó, además del recuerdo de generaciones a las que enseñó a desentumecer sus músculos, un pequeño librito: *Esquíes* (Toledo, 1927). Fue como casi todo lo suyo pionero en su época.

Posiblemente esta faceta de docente deportivo y un *memorándum* que con el título de «Colonias Indígenas de montaña» dirigió al mando militar, contribuyeron a que en la primavera de ese año se le destinara al «Servicio del Protectorado de España en Marruecos». En todo caso es un año crucial que marca un punto de inflexión en su biografía. Yo diría que pasa de ser un conductor de hombres a la voz de «ar» según le

habían enseñado en la Academia de Infantería, a ser un estudioso de los hombres, de sus maneras de vivir y de las relaciones sociales y culturales que el vivir acarrea, para llegar a comprenderlos.

Desde esa fecha el Capitán Blanco es Interventor. Etimológicamente significa persona que interviene. Política y militarmente también quería decir lo mismo en aquella época. Tenía que intervenir en la vida de unos montañeses, orgullosos de su libertad, que nunca habían obedecido a nadie más que a sus propios pares, circunstancial y democráticamente elegidos por ellos y entre ellos. Y lo hizo con tal honestidad, con tan escrupuloso respeto a la cultura indígena, que al correr de los años el Rif entero le veneraba y le consideraba como algo propio.

Esto no lo escribe, naturalmente la *Hoja de Servicios*, pero yo lo he leído. Primero en todos los días de la parte de mi vida que pasé a su lado. Seis años después de que él dejara Marruecos, yo volví a leerlo en sus coetáneos del Rif. Y cuarenta años después, en los hijos y nietos de aquellos hombres, volví a leerlo una tercera vez.

Lo digo como lo leí de viva voz, de labios de otros hombres, con un orgullo filial que rezuma por todos los poros de mi cuerpo. Pero también, pienso yo, con absoluta objetividad. Porque además de estos testimonios orales, que no fueron registrados en ningún sitio, hay un hecho que sí consta en el manuscrito cuartelero que pretende narrar su vida profesional, pero que puede pasar desapercibido.

Hay que saltarse unos años, nueve páginas de la *Hoja de Servicios*. En el año 1939, acaba de terminar la guerra civil y, casi a renglón seguido, ha empezado la segunda guerra mundial. No dice la *Hoja de Servicios* por orden de quién pero sí que «organiza la movilización total de la región del Rif y su encuadramiento en *Harkas* cuyo mando ejerce».

La *Harka*, si bien no es un invento bereber sino que existió antes y después en otros lugares y circunstancias, sí alcanza entre ellos la perfección social y la eficacia operativa en el combate. Recuérdese que fueron ellas las que hicieron correr desde Annual hasta Melilla a nuestros espectaculares escuadrones de húsares y de dragones y a nuestros sufridos batallones de África, Ceriñola, etc.

En 1940, tres meses después de haber sido promovido al empleo de Teniente Coronel, se le nombra (por el propio General en Jefe) Jefe Militar de la zona central del Rif. En aquel momento hay en dicha zona un General y al menos dos Coroneles, que yo recuerde. Para explicarnos el porqué de aquella orden, tan extraña a los usos y costumbres del ejército hay que situarse otra vez en el contexto histórico de aquellas fechas. El ejército alemán está arrollando Europa y el General Franco, siempre tan perspicaz y oportunista, cree ingenuamente que Hitler le va a permitir anexionarse el Marruecos francés. El mando militar español sabe que Blanco es el jefe natural y señor del Rif. La citada orden le confiere el poder militar, pero el poder efectivo, derivado del respeto y del cariño de los habitantes de las montañas del Rif, ya le había sido conferido por ellos. Al igual que Lawrence de Arabia, que era capaz de arrastrar las tribus beduinas tras su persona contra el poder turco, Blanco hubiera sido capaz, con un sólo gesto, de lanzar aquellas *harkas* más de quince mil hombres someramente armados y con unos cuantos higos por ración de campaña, por el corredor de Tazza hasta las fértiles tierras de la burguesía rica y arabizada de Fez. Estaban ávidos de rapiña y de pillaje y muy posiblemente hubieran llegado, al menos de momento. Afortunadamente para el curso normal de la historia, para Marruecos y para el prestigio de España, no se dio la orden

para provocar el gesto del Teniente Coronel Blanco que hubiera desencadenado la marcha. Debió ser que en la pugna del Alto Comisario Beigbeder con el cuñadísimo Serrano Suñer, triunfó el buen sentido del primero.

Retomo el hilo cronológico de la *Hoja de Servicios*. Decía que 1927 representa un hito en la historia del Capitán Blanco, que marca un antes y un después. Es destinado a las Intervenciones Militares de Marruecos. Éstas habían sido antes Policía Indígena y fueron después Servicio de Intervenciones. A cada cambio de nombre correspondía un cambio en los colores de la gorra; del caqui y azul cielo al rojo y verde y de este otra vez, me parece recordar, al caqui-azul, pero la tarea permanecía la misma.

En Punta Pescadores (que después fue Punta Capaz), Metiwa, Mestaza, Beni Ersín, Beni Grir y Beni Haled, tiene que realizar todavía labores de desarme entre los últimos combatientes de la región de Gomara.

Organiza una Mía de Nieve en Bab-Tisichen, ya en el Rif y Aducán, Tagsut, Imasinem..., son nombres citados en la *Hoja de Servicios* del ya veterano Capitán. Parecen no significar más que las incertidumbres de una balbuciente administración que no acaba de estructurarse, pero la mayoría de los lugares son visitados por primera vez por un extranjero, que es él. Y volverá a recorrerlos una y otra vez al paso de su caballo hasta 1936 que ya puede hacer trayectos en automóvil.

Blanco se sustancia con el Rif desde el primer día de su larga estancia en él. Quince años de presencia permanente, en jornadas intensas e intensivas, sin vacaciones laborales, ni fines de semana ni puentes y cuatro años más de visitas tan frecuentes como le permite su cargo en la cumbre política de la Alta Comisaría.

Su alma y sus retinas de artista se impresionarán fuerte y apasionadamente con la diáfana luz y la majestuosidad de sus altas cumbres, con los senderos escarpados y rocosos por los que trepa incansable, con las reposantes sombras de algarrobos, higueras y nogales, con «las humildes viviendas que apretadas y medrosas se incrustan en el terreno», según las propias palabras escritas por Blanco Izaga en su ensayo sobre *La Vivienda Rifeña* publicado en Ceuta, en 1930

Y que decir de la orgía de color de sus zocos hoy ya desaparecida. Sólo se venden en ellos pantalones vaqueros y camisetas de serie, el uniforme de todas las juventudes del mundo.

Le impactan con más fuerza todavía, los hombres y las mujeres que pueblan aquella tierra agreste, los cuales, que ellos recuerden, no han llamado a nadie para que les proteja y que sin embargo le acogen con la generosa hospitalidad de las gentes sencillas que dan todo lo que tienen.

Blanco se entrega al Rif en cuerpo y alma. Estoy seguro de que hizo suyas las palabras del Dr. Chatinières que cita Saïd Guennoun en uno de sus libros: «al contactar a los bereberes se experimenta una sensación refrescante, natural y de espontaneidad que es una caricia para nuestras almas de civilizados». Sin otro bagaje específico previo en antropología social que su enorme curiosidad y sus extraordinarias dotes de dibujante, se lanza a la tarea de aprehender todas las manifestaciones culturales de la vida de aquellos montañeses.

Los trabajos de Blanco le califican como el primero y más meritorio antropólogo del Rif. Otro viene después, el Dr. Hart, con una preparación específica en este campo del saber, que reconoce el valor de estos trabajos, que le sorprenden por ser en su mayor parte inéditos y desconocidos y que al mismo tiempo le sirven de guía en sus

investigaciones. La artesanía del hierro y de la madera en Tagsut, los tatuajes, las danzas, la vivienda rifeña en Beni-Ammart, la alfarería en Bokoia, el Derecho consuetudinario en Beni-Urriaguel y allí también la expresión material de la arquitectura bereber que hubiera sido la arquitectura rifeña.

Sin cesar de tomar notas, diseñar bocetos, pregunta y escucha, ríe con aquellos hombres en interminables veladas y comparte con ellos su pan de cebada, como única pitanza más de una vez, y sus aguas cristalinas todavía sin contaminar. Y como recompensa a su entrega y dedicación, el Rif, desde las orillas del río Nekor hasta los montes de Ketama, le distingue a Blanco con su fidelidad y respeto absolutos a su persona más que al cargo que representa. Por aquel entonces, nosotros, su ya numerosa familia a la que todavía nos faltaban dos más para completarnos, desembarcamos en Melilla. Recuerdo muy bien que al atracar el *Vicente Puchol* en el puerto africano me precipité al ojo de buey del camarote con la ilusión infantil de ver algún moro o algún león.

Después, en 1930, ya muy veterano capitán con diez años de antigüedad en su empleo e Interventor muy maduro (la *Hoja de Servicio* dice Interventor Principal), le destinan a Beni-Ammart. Recuerdo como si la estuviera viendo ahora aquella intervención por dos circunstancias; yo me incorporo a ella como si dijéramos en comisión de servicio o avanzadilla del resto de mi familia que permanecía aún en Melilla. Yo tenía ocho años. La otra circunstancia grabada en el recuerdo, es la proclamación de la Segunda República Española. Al fin se ha conseguido, en medio del entusiasmo general, echar a Su Majestad, el majestuoso Don Alfonso XIII, y asisto a la ceremonia emotiva del cambio de banderas: era una explanada circular con dos banderas, la del Majzén y la de los Borbones. Rinden honores una treintena de *mehasnis*, está en posición de firmes el Teniente Adjunto que se llamaba Epifanio y yo como representante de la población civil e infantil española, mi padre arría la bandera e iza la tricolor.

El 26 de abril promete por su honor (como el resto de sus compañeros) servir bien y fielmente a la República, obedecer sus leyes y defenderla con las armas. Nuestra historia no ha explicado todavía el porqué los militares españoles se pasan gran parte de su vida jurando y perjurando. De Beni-Ammart pasa a la kabila Bokoia (Izmoren) en 1932, dónde permanece hasta 1934. Allí crea una escuela de alfarería rifeña para tratar de conservar y fomentar un arte muy primitivo y de indudable mérito artístico, pero ella le acarrea maledicencias y problemas políticos con el ya naciente nacionalismo marroquí. De allí pasa en 1934 a la de Beni-Urriaguel (Axdir), lo que fuera diez años antes el feudo político y militar del gran cabecilla rifeño, Abd-El Krim. Yo recuerdo haberme adentrado en mis correrías de niño, por las cuevas húmedas y lóbregas dónde habían vegetado los cautivos españoles de la derrota de Annual.

En Axdir, por la gracia de Franco, nos llega la guerra civil, el «desastre» como decía una criada nuestra que había vivido el anterior, el de 1921. Hacía seis meses que se le había promovido al empleo de Comandante. En octubre del treinta y seis le nombran Interventor Regional del Rif. Es el punto culminante de su vinculación administrativa al Rif y permanece en él durante cinco años.

Debo recordar algo de la que era Villa Sanjurjo, cabecera de la región. Habíamos bautizado con el nombre de aquel general, aficionado a los golpes de Estado, lo que antes y después se llamó Al-Hoceima. Un pequeño puerto pesquero prácticamente despoblado, porque los rifeños de entonces preferían vivir en sus montañas, donde se

sentían más seguros, que a la orilla del mar. Después del desembarco de nuestras tropas en 1925, que había permitido la pacificación y el desarme total hacia 1927, se estableció allí un campamento militar que en menos de dos años pasó a ser la versión española de la colonización: los cantineros que habían seguido a las tropas y que habían ahorrado algún dinerillo montaron bares, una o dos tiendas de ultramarinos, un cine, dos sastrerías, dos hoteles, una perfumería, una estación de gasolina, otra de autobuses y un cabaret. Por no faltar, y como símbolo del esperpento celtibérico, también se estableció un barquillero natural de Orense. Otra alegría de aquella simpática villa que doró mi adolescencia era la playa, y el que por razones políticas comíamos pan blanco y no había cartillas de racionamiento, cosa indispensable en la España imperial de la post-guerra. Pero no había agua y fue Blanco, en uno de sus mayores logros como administrador civil y civilizado, el que consiguió llevarla hasta el grifo. Allí dio a luz mi madre a su último retoño. Blanco plantó árboles, escribió libros y tuvo hijos.

Allí en la Oficina Interventora del Arbaa de Taurirt, sobre la atalaya del Nekor, realiza Blanco la síntesis más perfecta entre la función y la forma, entre el color y el paisaje. Sus concepciones arquitectónicas, diseminadas por todo el Rif, fueron el adelanto de un futuro que no podía suceder. Hizo en arquitectura lo que los propios rifeños (bereberes a parte entera) hubieran hecho por sí mismos unos años después, de no haber mediado un acontecimiento histórico que rompió la unidad bereber durante 25 años: el Protectorado (francés al sur y español al norte) de Marruecos.

Los cuatro últimos años de su periplo marroquí los pasa en Tetuán, primero como Subdelegado de Asuntos Indígenas y Subinspector de Fuerzas Jalifianas y luego como Delegado de Asuntos Indígenas.

En el primero de estos destinos eran cinco *mehalas*, cada una de ellas al mando de un Teniente Coronel, y él, con el mismo grado militar, era más moderno que alguno de sus subordinados. Fue una constante en la vida de Blanco que le acarreó no pocos celos: el superar en todo, salvo en estatura, a casi todos los jefes militares que tuvo.

En agosto de 1945, a los treinta y dos años de haber llegado a Marruecos por primera vez como militar, y a los dieciocho de haber llegado por segunda vez, como Interventor, regresa definitivamente a España. Solo le quedaban cuatro años más para vivir. En el Alto Estado Mayor tiene que haber constancia de sus informes y análisis sobre la situación en Oriente Medio y de gran parte de lo que iba a pasar cincuenta años después.

La *Hoja de Servicios* termina diciendo que el 29 de abril de 1947 se comunica el fallecimiento de este Jefe, que causa baja en el Ejército. A pesar del frío de la muerte es tal vez la frase más cálidamente humana de la citada *Hoja de Servicios*. Causa baja en el Ejército, pero su memoria empieza a vivir en el Rif, al que tantas masacres le esperaban.

Yo prefiero terminar mi lectura con las palabras de Mowgli en el *Libro de las Tierras Vírgenes* de Rudyard Kipling: «... Tú y yo somos la misma sangre...»

Madrid, 1994

NOTAS SOBRE EL ARADO BEREBER DE BENI CHICAR

por JUAN MARTÍNEZ RUIZ

EDICION FACSIMIL

Publicado en la «Revista de Dialectología y Tradiciones Populares»
Tomo XXII, 1966, Cuadernos 3ª y 4ª

Madrid
Talleres Gráficos Vda. de C. Bermejo
J. García Morato, 122.- Tel. 233 06 19
1966

89

EL VIGÍA DE TIERRA
MELILLA, 1995. N.º 1

Notas sobre el arado bereber de Beni Chicar (Marruecos)

ABREVIATURAS

- R. y B. Aitken, *El arado castellano*.—ROBERT y BÁRBARA AITKEN, *El arado castellano. Anales del Museo del Pueblo Español*, I (1935) pp. 109-135.
- P. Alcalá.—PEDRO ALCALÁ, *Arte para ligeramente saber la lengua áraviga y Vocabulista áravigo en lengua castellana*, Granada 1505.
- M. Alvar, ALEA.—MANUEL ALVAR, con la colaboración de A. LLORENTE y G. SALVADOR, *Atlas lingüístico y etnográfico de Andalucía*, tomo I, Granada 1961; II, 1963; III, 1964.
- M. Alvar, Jaca.—MANUEL ALVAR, *El habla del Campo de Jaca*, Salamanca 1948.
- M. Alvar, Pirineo.—MANUEL ALVAR, *Los nombres del arado en el Pirineo (Ensayo de Geografía Lingüística)*: «Filología», año II, núm. 1, Buenos Aires 1950.
- Ma. Josefa Canellada, Cabranes.—MARTA JOSEFA CANELLADA, *El bable de Cabranes*, Madrid 1944.
- J. Caro Baroja, *Los arados*.—J. CARO BAROJA, *Los arados españoles. Sus tipos y repartición*: RDTP V (1949) pp. 3-96.
- M. Concepción Casado, *El habla*.—MARÍA CONCEPCIÓN CASADO LLOBATO, *El habla de la Cabrera Alta. Contribución al estudio del dialecto leonés*, Madrid 1948.
- H. Coray, VKR 3.—H. CORAY, *Bodenbestellung, ländliche Geräte, Ölbereitung, Weinbau und Fischerei auf den Liparischen Inseln*: VKR 3 (1930) pp. 149-231, y especialmente *El arado*, en pp. 159-165.
- Corominas, DCELC.—J. COROMINAS, *Diccionario crítico-etimológico de la lengua castellana*, Madrid 1954, 4 vols.
- Daramberg y Saglio, DAGR, t. I.—DARAMBERG et SAGLIO, *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines* París, Hachette, 1913.
- A. Dornheim, VKR 10.—A. DORNHEIM, *Die bäuerliche Sachkultur im Gebiet der oberen Ardèche*: VKR 10 (1937) pp. 247-369, y en especial pp. 248-252.
- W. Ebeling, VKR 5.—W. EBELING, *Die landwirtschaftlichen Geräte im Osten der Provinz Lugo (Spanien)*: VKR 5 (1932) pp. 50-151, en especial pp. 104-112.
- W. Giese, VKR 7.—W. GIESE, *Volkskundliches aus Ost-Granada*: VKR 7 (1934) pp. 25-54, y especialmente pp. 49-54.
- P. González, Aragüés.—P. GONZÁLEZ GUZMÁN, *El habla viva del valle de Aragüés* Zaragoza 1953.
- F. Krüger, *El léxico*.—F. KRÜGER, *El léxico rural del noroeste ibérico*, Madrid 1947. Traducción del estudio publicado en *Wörter und Sachen*, X, 1927.

- F. Krüger, *Gegenstandskultur*.—F. KRÜGER, *Die Gegenstandskultur Sanabrias und seiner Nachbargebiete*. Hamburgo 1925.
- Leite, BE.—J. LEITE DE VASCONCELLOS, *Boletim de Etnografia*, publicado por ——. Marçais, Brâhim.—W. MARCAIS, *Le dialecte arabe des Ulâd Brâim de Saida (Département d'Oran)*.—Extrait des Mémoires de la Soc. de Ling. de Paris. XIV y XV, pp. 97 ss. París 1908.
- H. Messerschmidt, VKR 4.—H. MESSERSCHMIDT, *Haus und Wirtschaft in der Serra da Estrêla (Portugal)*: VKR 4 (1931) pp. 72-163, y especialmente pp. 127-133.
- H. Meyer, VKR 6.—H. MEYER, *Bauerliches Hauswesen im Gebiet zwischen Toulouse und Cahors*: VKR 6 (1933) pp. 27-135, especialmente pp. 98-101.
- Nopcsa, Z. f. E., 51.—NOPCSA, *Zur Genese der primitiven Pflutypen*: «Zeitschrift für Ethnologie», 51 (1919) pp. 238-239.
- Salvator, Paxos.—SALVATOR, *Paxos und Antipaxos*. Wurzburg-Viena 1895.
- Steiger, Contribución.—A. STEIGER, *Contribución a la fonética del hispano árabe y de los arabismos en el ibero-románico y el siciliano*. Madrid 1932.
- Stuhlmann, Aures.—STUHLMANN, *Ein kulturgeschichtlicher Ausflug in den Aures*. Hamburgo 1912.
- Wagner, *Das ländliche Leben Sardinens im Spiegel der Sprache*. Heidelberg 1921.
- A. Zamora, *Léxico rural asturiano*.—A. ZAMORA VICENTE, *Léxico rural asturiano. Palabras y cosas de Libardón (Colunga)*. Granada 1953.
- A. Zamora, Mérida.—A. ZAMORA VICENTE, *El habla de Mérida y sus cercanías*. Madrid 1943.

1. INTRODUCCIÓN

Como es bien sabido, los dialectos bereberes se extienden por el Africa septentrional en grupos discontinuos, que van desde la costa atlántica hasta el oasis de Siwâh, en Egipto. El pueblo bereber se considera descendiente de la antiguamente denominada población líbica, que hablaba un idioma de la familia camítica. Dicha población indígena ofreció resistencia a la colonización romana; también más tarde ha seguido siendo un pueblo conservador, tenaz, frente a la penetración árabe; pero las voces latinas penetraron en los dialectos bereberes y se han conservado hasta hoy, testimonio bien valioso para darse una idea del latín hablado en el norte de Africa.

Desde el año 1918, fecha de publicación del memorable estudio de Hugo Shuchardt¹, pionero en los estudios de los elementos latinos en el bereber, hasta nuestros días, se ha enriquecido notablemente la bibliografía sobre las hablas bereberes. En esta línea de investigación recorde-

¹ HUGO SCHUCHARDT, *Die romanischen Lehnwörter im Berberischen*, en *Sitzungsberichte d. k. Akad. d. Wissenschaften de Viena, Phil. hist. Klasse*, vol. CLXXXVIII, 4.

mos los trabajos de Basset ², Destaing ³, Laoust ⁴, Loubignac ⁵, así como los más recientes de Wagner ⁶, Beguinot ⁷, Bertoldi ⁸ y Hubschmid ⁹.

Se ha notado que los elementos latinos conservados en el bereber muestran rasgos de acusado arcaísmo fonético, como son la conservación de la *ï* y *ñ* latinas, la persistencia del valor velar de *c* y *g* ante las vocales palatales. También se han encontrado en el bereber términos latinos que faltan en otras lenguas y sólo se habían registrado en el mozárabe. Pero donde el estudio de las hablas bereberes nos va a brindar mayores logros ha sido en aquellos estudios filológicos orientados hacia la historia de la cultura, como el de Bertoldi ¹⁰, que nos permite comprobar en el léxico bereber de las regiones costeras no pocos restos de la terminología agrícola latina. Después de pasar revista a una serie de nombres de plantas alimenticias y animales domésticos, presta Bertoldi especial atención a los aperos de labranza, cuyos nombres bereberes: *arirâo* (< lat. ARATRUM), *atmun* (< lat. TEMONEM), *uskir* (< lat. SICILIS), *tayuga* (< lat. JUGUM), *asbuyo* (< lat. SUBJUGUM), son pruebas bien elocuentes de la importancia de las hablas bereberes para el estudio de la latinidad del Mediterráneo occidental. El estudio que ahora ofrecemos sigue esa misma alianza entre lingüística e historia de la cultura, y sus

² ANDRÉ BASSETT, *La langue berbère. Morphologie (Le Verbe. Étude de Thèmes)* (Paris 1929); *Études de Géographie linguistique en Kabylie. I. Sur quelques termes berbères concernant le corps humain* (Paris 1929).

³ E. DESTAING, *Étude sur la tachelhit du Soûs. I. Vocabulaire français-berbère* (Paris 1920).

⁴ E. LAOUST, *Mots et choses berbères. Notes de linguistique et d'éthnographie. Dialectes du Maroc* (Paris 1920); *Cours de berbère marocain (Dialectes du Sous, du Haut et de l'Anti-Atlas)* (Paris 1921); *Étude sur le dialecte berbère des Ntifa. Grammaire. Textes* (Paris 1918).

⁵ V. LOUBIGNAC, *Étude sur le dialecte berbère des Zaïan et Aït Sgougou. Grammaire. Texte. Lexique* (Paris 1924-1925).

⁶ M. L. WAGNER, *Restos de latinidad en el Norte de Africa* (Coimbra 1936).

⁷ F. BEGUINOT, *Di alcune parole di linguaggi nord-africani derivati del latino*, en «Roma», 11 (1938).

⁸ V. BERTOLDI, *La glottologia come stoiria della cultura. Principii, metadi, problemi con particolare riguardo alla latinità del Mediterraneo occidentale* (Napoli 1946) pp. 75-76.

⁹ J. HUBSCHMID, *Lenguas no indoeuropeas. Testimonios románicos: ELH I*, pp. 27-66.

¹⁰ Cf. nota 9.

¹¹ Cf. el prólogo de R. Menéndez Pidal al *Diccionario español-rifeño* del R. P. Fr. Esteban Ibáñez (Madrid 1944) pp. IX-XV, con una breve, pero valiosa síntesis sobre los estudios del bereber del Rif

resultados vendrán a confirmar, una vez más, el conservadurismo del pueblo bereber.

Hemos de confesar que el propósito inicial de este trabajo fue el confirmar en qué medida se podían aceptar las conclusiones de Bertoldi relativas a los nombres bereberes de los aperos de labranza en la región de Benichicar, zona marroquí bereber lindante con la plaza española de Melilla. La proximidad geográfica a este núcleo de población española no ofrecía muchas esperanzas en el hallazgo de materiales lingüístico-etnológicos de positivo interés; era de suponer la introducción en dicha zona de los modernos arados metálicos de vertedera y demás aperos de labranza usados por los labradores españoles que cultivan las tierras feraces próximas al Río de Oro. Mi sorpresa fue presenciar un domingo, en el Zoco del Had de Beni Sıcar, la venta de arados de madera pequeños (fig. 1), con orejeras y telera, con reja de hierro fija al dental con un grueso anillo, de forma bastante semejante al llamado arado romano, común a todo el Mediterráneo, y muy parecido al de las islas de Lıparis, dado a conocer por H. Coray (VKR III, 1930, p. 163, fig. 15), y a los arados andaluces que M. Alvar recogió en el ALEA, tomo I, lám. 133, Gr. 507, Co. 600 y Se. 401 (figs. 7, 8, 9).

Dichos arados de madera, fabricados por artesanos de la misma localidad, con terminología bereber en la designación de sus distintas partes, se ofrecieron desde el primer momento como material de estudio interesante bajo los aspectos lingüístico y etnológico.

2. RECOGIDA DE MATERIALES

El material para el presente estudio fue recogido por encuesta directa en la cabila de Beni Chicar, al NO. de Melilla, durante los meses de mayo a abril de 1966. En el lugar llamado Zoco del Had de Beni Chicar se encuentra un pequeño taller de carpintería especializado en la fabricación de arados. La madera (eucalipto, algarrobo, ciprés), sin desbastar y ya de antemano seleccionada, se somete a unas rudimentarias operaciones que permitan ensamblar las distintas piezas. Las partes metálicas, como la reja, las dos anillas de sujeción, una para la reja y otra para la mancera, y los clavos, se fabrican en un minúsculo taller de herrería (vid. fig. 10) bastante cercano. El instrumental es rudimentario: un yunque, unos cuantos martillos de diversos tamaños, tenazas, una fragua. Por el suelo vemos restos de rejas totalmente desgastados y oxidados. Una de estas rejas, vieja, desgastada, de tamaño mayor

que la reja corriente y con la punta cuadrada, algo redondeada, tal vez debido al desgaste, es la que ofrecemos en la fig. 11, núm. 2.

Dejando atrás el Zoco de Beni Chicar y siguiendo una carretera que se precipita en gran declive hacia Trara, encontramos pequeñas parcelas de labor, escalonadas, y, desviándonos hacia la derecha de dicha carretera, bordeamos un profundo barranco flanqueado por casas rurales típicamente rifeñas. En una de estas casas fotografiamos el almiar (fig. 16) y el arado que ilustran el presente estudio (figs. 1, 2, 3). La vivienda tiene un ala en construcción, y sus muros de piedras sin revocar forman el fondo del arado que aparece en nuestra foto.

En el Zoco de Beni Chicar, nuestro informador fue un artesano que construye arados en su pequeño taller. Su nombre es Mimón Hassán Alhadi. Tiene cuarenta y cuatro años de edad, nacido en Ulad Mansor. Su única habla es el rifeño. Vive completamente entregado a su labor de artesanía, sin contactos con personas ajenas a las labores agrícolas. También agradezco las informaciones de los alumnos de cuarto curso de bachillerato del Instituto Nacional de Enseñanza Media Mohamed ben Mohamed ben Hammú, natural de Beni Chicar, y Mohamed Mohamed Amar el Buifruri, natural de Farhana, que favorecieron los contactos con mis informadores en el campo, artesanos y campesinos.

3. DESCRIPCIÓN DEL ARADO

En la figura 1 aparece un primer tipo (a) de arado pequeño, para ser arrastrado por un par de burros. Otro tipo (b) de arado, idéntico en la forma, pero de tamaño algo mayor, es el que es arrastrado por mulos (fig. 5).

Las medidas del arado pequeño de la figura 1 son las siguientes: *mancera* (1), 78 cm.; *dental* (2), 64 cm.; *orejeras* (3), 38 cm.; *travesaño* que une las orejeras (4), 27 cm.; *telera* (5), 35 cm.; *travesaño* posterior o segunda *telera*, 31 cm.; *timón*, 2'86 m.; *anillo de la reja*, 28 cm.; *reja*, 27 cm.; *clavija del timón*, 20 cm.; *clavija* de la telera, 5 cm.

El arado grande (fig. 5), propio para animales de mayor alzada, corrientemente mulos, aunque en otras cabilas utilizan el camello aparejado con el mulo, ofrece medidas semejantes a las que hemos registrado en nuestra encuesta, y son las siguientes: *mancera*, 98 cm.; *dental*, 80 cm.; *orejeras*, 41 cm.; *travesaño* que une las orejeras, 33 cm.; *telera*, 50 cm.; segunda *telera*, 36 cm.; *timón*, 3'23 m.; *anillo* de la

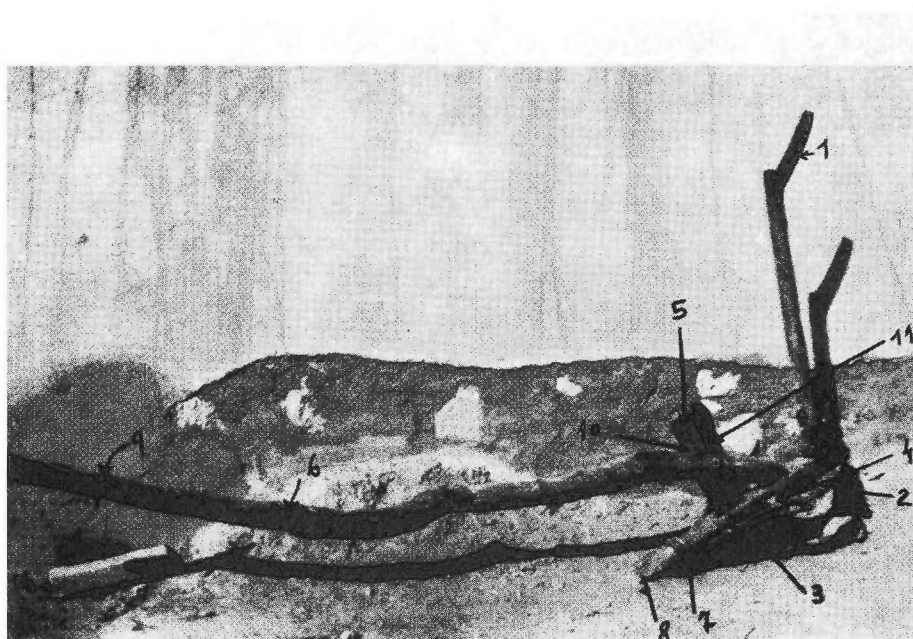


Fig. 1.—Arado bereber (a).

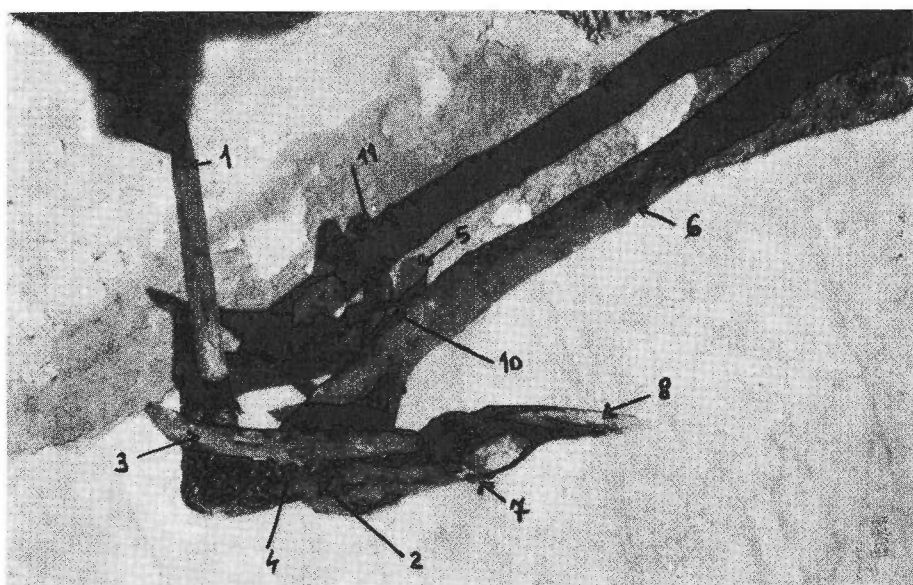


Fig. 2.—Detalle del dental, reja y orejeras.

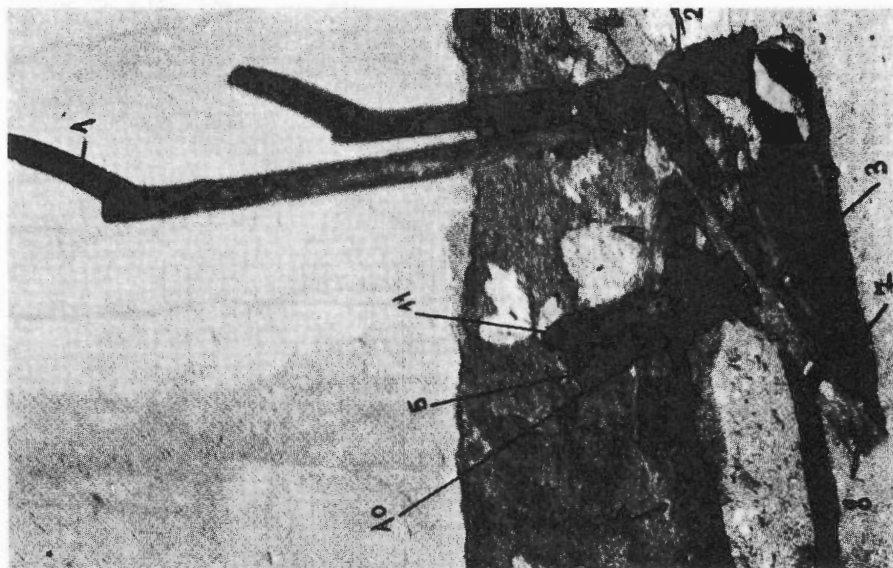


Fig. 3. — Detalle del arado bereber (a), telera y mancera.

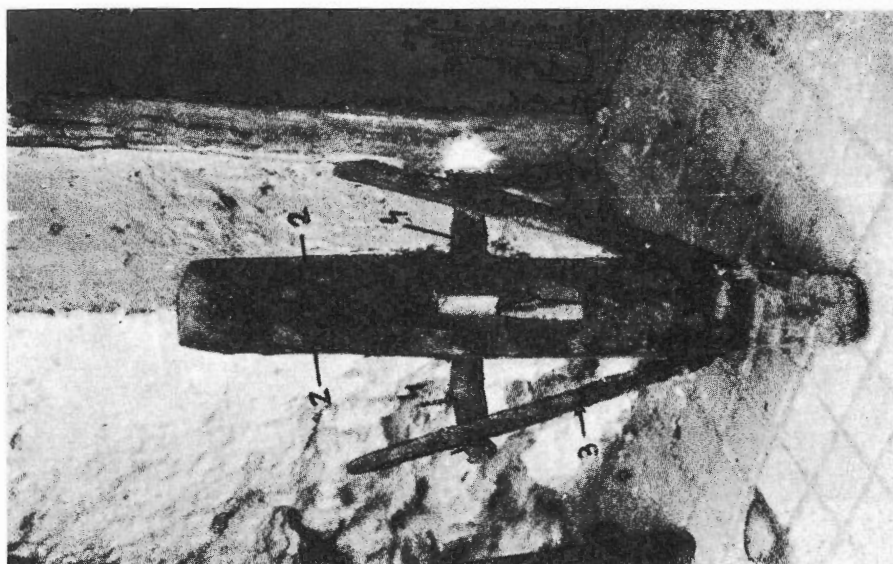


Fig. 4. — Detalle del dental con las orejeras.

reja, 30 cm.; *reja*, 29 cm.; *clavija* del timón, 24 cm.; *clavija* de la telera, 6 cm.

Las medidas de la reja, traduciendo al español los nombres bereberes con que se designan sus distintas partes, son en el arado pequeño las siguientes: longitud de la *reja*, 27 cm.; *hombros*, longitud 9 cm.; altura, 5 cm.; *casa* de la reja, anchura 6 cm.; *lengua* de la reja, anchura 6 cm.

La reja del arado grande presenta las medidas que se siguen: longitud, 29 cm.; *hombros*, longitud 11 cm.; altura 6 cm.; *casa*, anchura 7 cm.; *lengua*, anchura 7 cm.

Como podemos apreciar en la figura número 11, hay dos tipos de reja. El más corriente es el terminado en punta (1), pero hay otro tipo (2) con remate plano, que sólo se emplea en el arado tirado por un solo animal, y realiza un surco más profundo.

El arado cuyas medidas acabamos de consignar, es el que aún se utiliza en la cabila de Beni Chicar, y prueba la existencia en el Norte de Africa de un tipo de arado con orejeras insertas en la parte anterior del dental y con características muy semejantes al designado en España con el nombre de arado romano. Este tipo de arado es algo distinto del que se ha encontrado con más frecuencia en ciertos países mediterráneos, Africa del Norte, Argelia y Túnez (Stuhlmann, Aures, p. 67, fig. 21, tipos *a* y *b* de Argelia y Túnez; fig. 22, Túnez; fig. 23, isla de Gerba), en Cerdeña (Wagner, *Das ländliche Lebe*, p. 15), en las islas Jónicas (Salvator, *Paxos und Antipaxos*, p. 73). En todas estas localidades se ha encontrado el arado sin orejeras, el mismo que F. Krüger buscó sin éxito en el Noroeste ibérico, donde debió de existir, según se muestra en una escena de la vida real portuguesa del siglo XVI, reproducida por Leite (BE núm. 2, Lisboa 1923, p. 16) y recordada por el benemérito filólogo alemán. No obstante, M. Alvar, *Jaca*, p. 151, registra la existencia del *aladro* o arado romano sin orejeras en el Pirineo aragonés, en todo tan semejante al cantado por Virgilio (*Geórgica*, I, v. 169-176, ed. Guillaume Budé.)

El arado bereber de Beni Chicar se compone de un dental horizontal con orejeras; una esteva o mancera, unida a una elevación posterior del dental; un timón o lanza, unido al dental, y una telera. La clavija o vástago que atraviesa la telera por encima del timón y arma todas las piezas, se considera fundamental, y su denominación, como veremos más adelante, responde a este concepto, pues se designa con el mismo nombre que el jefe de una cabila. Este tipo de arado, tan semejante al descrito por F. Krüger, *El léxico*, p. 31, se ha encontrado en Mara-

gatería, en el oriente de la provincia de Orense y en ciertas zonas de Tras os Montes (F. Krüger, *Gegenstandskultur*, p. 193).

En el arado de nuestro estudio, el dental se encaja en la reja, e inmediatamente detrás de ésta, las orejeras, alargadas y algo curvas, se insertan en el dental, en el mismo anillo que sujeta la reja. En esto recuerda en cierto modo los tipos de Sanabria y Orense dados a conocer por F. Krüger, *El léxico*, p. 31.

En relación con los tipos de arados romanos señalados por Nopcsa, Z. f. E. 51, el bereber de Beni Chicar responde a una forma evolucionada del antiguo arado sin orejeras, de romanos y helenos. Interesa ahora indagar si este tipo de arado romano, tan semejante al de la península Ibérica, ha conservado en su denominación bereber huellas bien perceptibles de la terminología latina y si, en este caso, podemos confirmar, una vez más, el testimonio de Bertoldi⁸ sobre la importancia de las hablas bereberes para el estudio de la latinidad del Mediterráneo occidental.

4. TERMINOLOGÍA

Dado el obligado bilingüismo de esta comarca, que utiliza el dialecto rifeño bereber como lengua vernácula, y el árabe marroquí como lengua oficial del país, se explica que en la terminología del arado muchas palabras árabes sean recordadas por nuestros informadores como equivalentes de los términos bereberes por todos conocidos. Incluso se da el caso de registrar doble forma árabe-bereber para designar una misma pieza del arado. Nuestra encuesta ha tenido en cuenta este bilingüismo lexicológico.

Siguiendo el orden que hasta ahora hemos adoptado en la descripción de las piezas del arado, hemos recogido los nombres siguientes:

فس *mancera* (1): fus, pl. *ifassen*; dicha palabra significa también en bereber 'mano' y 'mango de un instrumento'.

El informador me ha dado también su equivalente árabe *yadu al-mihrāt* 'mano del arado'. يد المحراث

اتسر *dental* (2): *aṣiri*; también en bereber designa el alpargate, calzado de esparto o de cáñamo; pl. *ṭisira*.

Equivalente árabe dado por el informador: *al-saṭāqīb* الساقيب

امجن *orejeras* (3): *imaṣṣyan*; también en bereber *ameṣṣyun*, pl. *imaṣṣyan*, 'oreja'. Según el informador, en ár. se denominan *al-ḥammaṣām*. الخمجان

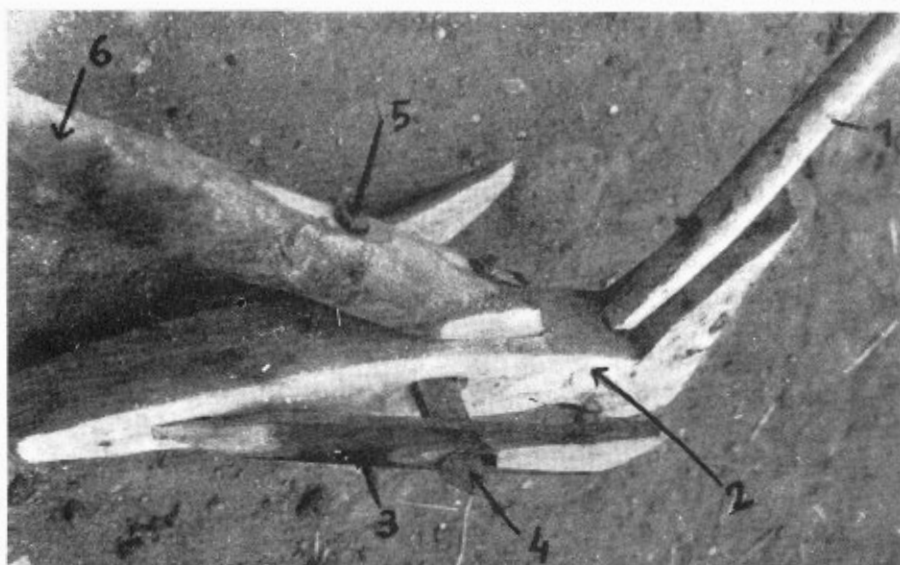


Fig. 5.—Arado bereber (b). Detalle de la telera, dental y orejeras.

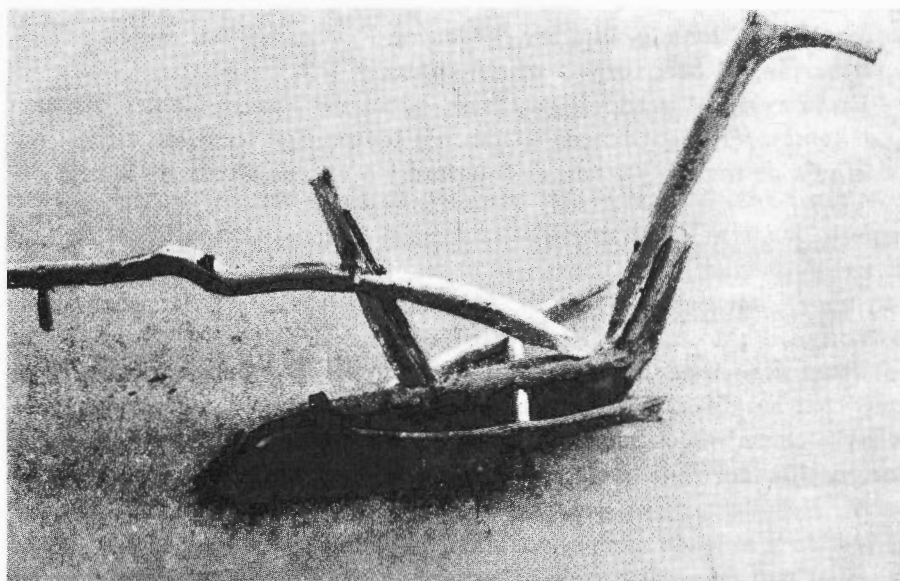


Fig. 6. —Reproducción en miniatura del arado bereber (a). Trabajo de un campesino bereber.

امشتر *travesaño* que une las orejeras (4): amaštar 'clavo'; también en bereber *amesmir*, pl. *imesmar*.

تفررت *telera* (5): tafrurt.

اٹمن *timón* (6): aṭmun, pl. iṭmunen o *ituma*.

Según el informador, en ár. se dice al-auad lil-ssakka 'el palo del arado' العود للسكة

اخرخر *anillo* de la reja (7): ajarjar, pl. ijarjaren; el mismo nombre designa las ajorcas de oro, plata o metal que las rifefías se ponen en los tobillos.

En hisp. ár. *jiljal*, P. Alcalá; en argelino *joljāl*, Marçais, *Brāhim*, p. 492; vid. Steiger, *Contribución*, p. 77.

تجرسة *reja* (8): taḡarsa, pl. tiḡersiwin.

En ár. *sikka al-faddān*.

الحيث *clavija* del timón (9): al-ḡabbad; en bereber yebbed 'arrastrar' tirar de alguna cosa'.

ارقائد *clavija* de la telera (1): arqaid; como pieza más importante del arado, se designa con el mismo nombre que el 'jefe de una cabila'.

En ár. *al-qa'id* > esp., port. *alcaide*; vid. Steiger, *Contribución*, pp. 134-5.

امدفور *segunda telera* (11): amadfur, br. 'el que sigue'.

Según el informador, en ár. se dice al-midfar; rebaje en el dental para alojar la cola del timón (12): asandoq اسندوق 'caja, cofre'.

En ár. *ṣandūq*, hip. ár. *ṣundūq* en P. Alcalá; vid. Steiger, *Contribución*, p. 348, formas marr., tunec. y arg.

En la reja del arado (fig. 12) se distinguen las siguientes partes: ثردن *hombro* (1) tiḡardin, de 11 cm. de longitud y 6 cm. de altura, en la reja de mulos, y 9 cm. de longitud y 5 cm. de altura en la reja de burros.

الخمس *casa* (2) ajjam. Mide 7 cm. de anchura en al reja grande y 5 cm. en la pequeña.

ارس *lengua* (3) ires. Mide 7 cm. en la reja grande y 6 cm. en la pequeña.

Como acabamos de señalar, la terminología del arado bereber refleja muy bien las diversas vicisitudes por que ha atravesado el pueblo; así, todavía encontramos un resto de la terminología agrícola latina en la designación del timón, *aṭmun*, confirmando en parte las apreciaciones de V. Bertoldi; otras veces se hallan nombres bereberes que aluden al vestido y atuendo campesinos; así, el *dental* se denomina aṭsiri, esto es, alpargata de esparto o de cáñamo; y el anillo de la reja es el *ajarjar* o ajorca de pies, atuendo de la mujer campesina. El campesino bereber conoce muy bien el valor jerárquico y funcional de las piezas del arado.

cuando designa la clavija del timón con el nombre de *al-yabbad*, la que arrastra o tira, y cuando distingue con el nombre de *arqaid* «jefe de cabila», la clavija de la telera. El rebaje en el dental donde se apoya la cola del timón es el *asadoq*, el cofre tan apreciado en el modesto ajuar de la campesina rifeña. La *mancera* y la *orejeras* se expresan en bereber con idénticas metáforas de origen antroponímico.

337 (CTNOGRÁFICO)

TIPOS DE ARADO

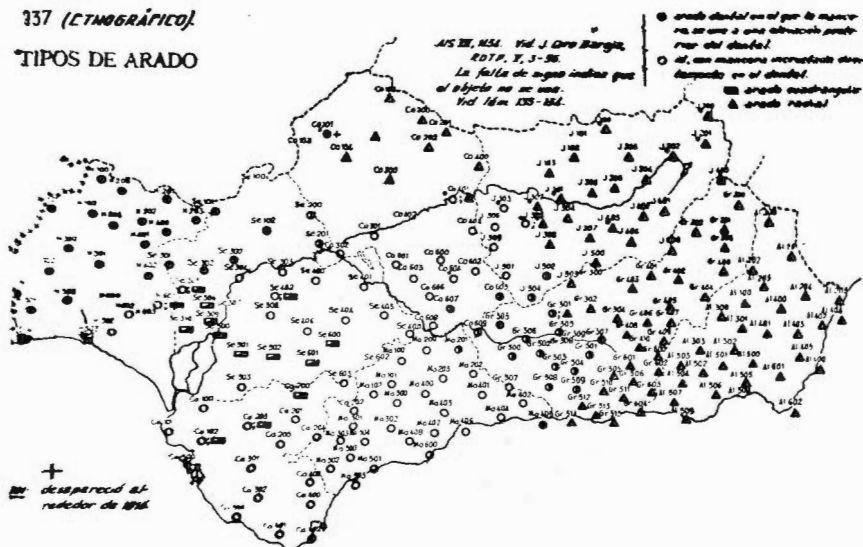


Fig. 7.—Reproducción de la lámina 132 del ALEA, tomo 1

La reja sugiere las ideas de hombro, casa y lengua, que distinguen sus partes. La *casa* «hueco entre los hombros de la reja del arado», nos recuerda el término asturiano *casa* «hueco de la almadreña en la parte no cubierta», según figura en B. Vigón, *Vocabulario*, citado por A. Zamora Vicente, *Léxico rural asturiano*, p. 148. La imaginación popular campesina ha coincidido en la visión metafórica de los objetos que le rodean.

5. EL ARADO BEREBER Y EL ARADO MEDITERRÁNEO

La terminología del arado bereber se nos ha mostrado bien vinculada a usos y costumbres de dicho grupo étnico, con algunos restos del superestrato romano y del adstrato árabe. Esto descarta la posibilidad

de hallarnos ante un arado de procedencia peninsular, transplantado al norte de Africa por alguno de los muchos labradores españoles afincados en territorio marroquí durante el ya extinguido período de Protectorado de España en Marruecos. Tampoco se puede pensar que proceda de Melilla.

Esta vinculación del arado bereber con el primitivo arado romano nos lleva a plantear las relaciones que pueden descubrirse entre los distintos arados de procedencia romana que se encuentran en los varios territorios que constituyen la cuenca mediterránea. Una revisión de

ARADOS DE MADERA

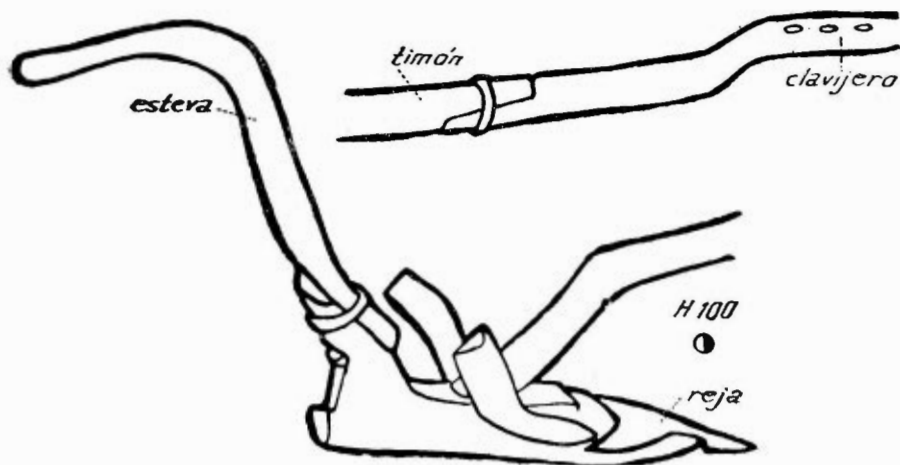


Fig. 8.—Reproducción parcial de la lámina 133 del ALEA, tomo I.

algunos ejemplares conocidos con el nombre de «arado romano», permitirá ver las analogías y diferencias que ofrecen respecto al arado bereber de nuestro estudio.

Comenzaremos por la zona andaluza, geográficamente próxima y etnológicamente bien conocida hoy gracias al valioso material etnográfico contenido en el ALEA. La figura 7 reproduce el mapa etnográfico 137 del ALEA, I, lám. 132, y nos permite señalar la relación del arado bereber con el tipo de arado andaluz, dental, con la mancera unida a una elevación posterior del dental. Este tipo se encuentra en una estrecha zona al sudeste de la provincia de Granada (puntos 301, 303, 305, 306, 309, 500, 502, 503, 504, 508 y 509), dos localidades del sur de Cór-

doña (Lucena, punto 607, y Castil de Campos, punto 605), los puntos 502 (Valdepeñas de Jaén) y 504 (Alcalá la Real) de Jaén, y el punto 405 (Nerja) de Málaga.

Otra zona andaluza con idéntico tipo de arado es la que ocupa casi toda la provincia de Huelva y noroeste de Sevilla. El resto de Andalucía se reparte entre el arado con mancera incrustada directamente en el dental, el arado cuadrangular y el arado radial.

La semejanza del arado bereber con los andaluces del ALEA, I, lám. 133, H. 100, H. 204, Gr. 308, H. 301, se comprueba en las figuras

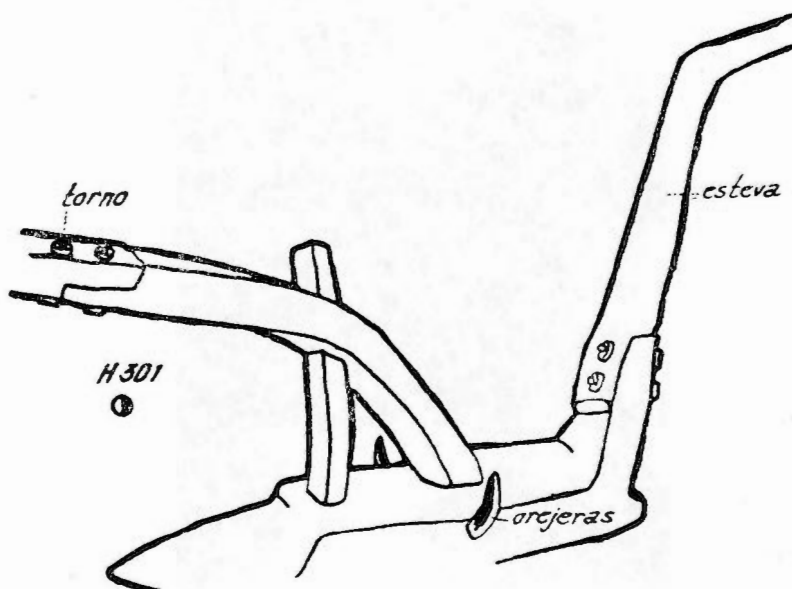


Fig. 9. —Reproducción parcial de la lámina 133 del ALEA, tomo I.

8 y 9, que reproducen dos de dichos arados. El arado bereber es de telera fija, no graduable; la misma clase de telera encontramos en los andaluces H. 301 (fig. 9) y H. 204, éste con cuña adosada a la telera, como el arado bereber a) (figs. 1 y 3). La telera fija del arado bereber a) es de madera; la del bereber b) es de hierro, de tornillo (fig. 5). Este tipo de telera es el que aparece en los arados andaluces Se 401, tipo O, Málaga 10, tipo O, J. 500, tipo Δ ; Almería 509, Δ ; Gr. 515 Δ ; Al. 405 Δ , Al. 204 Δ .

Dos tipos de reja hemos descubierto en el arado bereber: el tipo a) (fig. 11, n. 1), parecido a los tipos andaluces llamados de *pico de*



Fig. 10.—Taller de herrería en el Zoco de Beni Chicar.

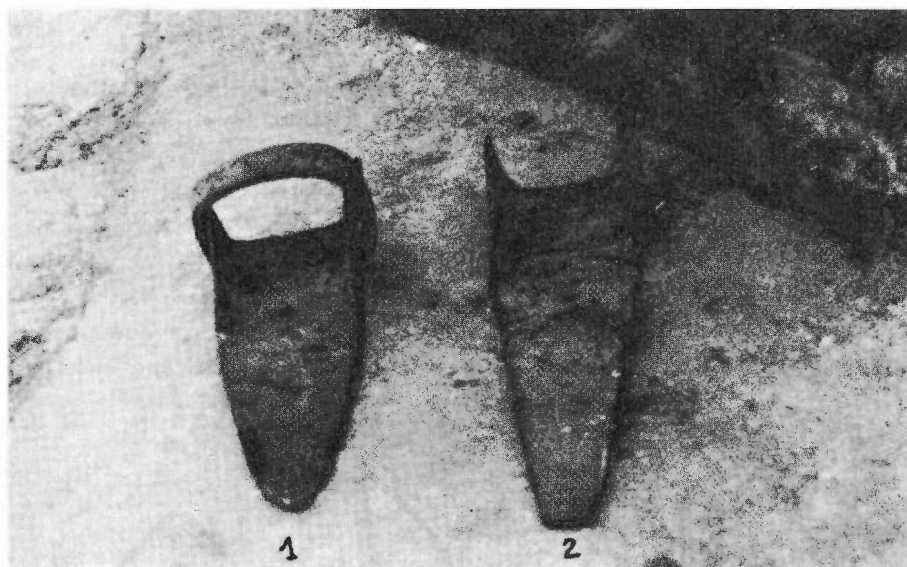


Fig. 11.—Rejas del arado bereber.

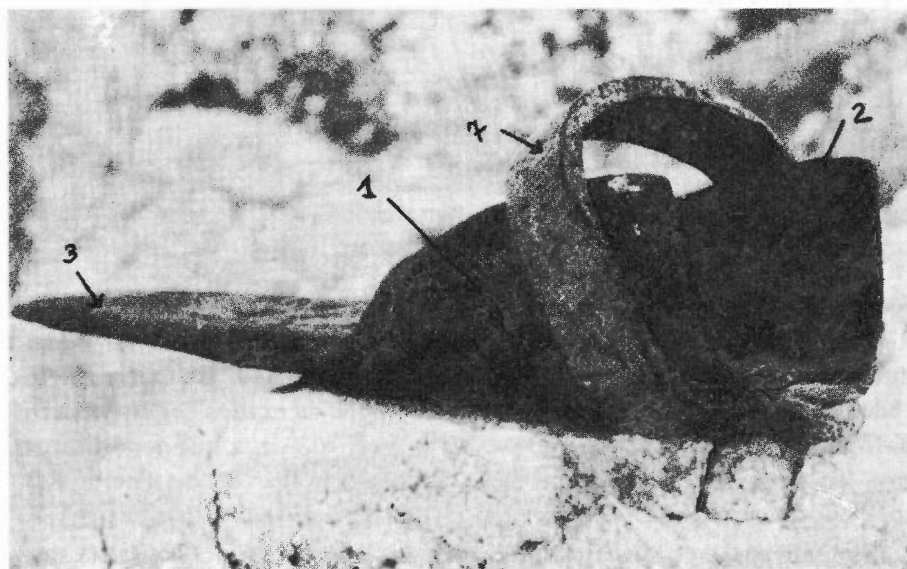


Fig. 12.—Reja del arado bereber (a).

gorrión (ALEA, I, lám. 136, fig. 2 y 3), registrados, respectivamente, en Se 591 y H 100. El tipo de reja bereber b) (fig. 11, n. 2) se utiliza en los arados para un solo animal, tiene un equivalente, si no formal, sí funcional, en las rejas de los arados andaluces (ALEA, I, lám. 136, figs. 1, 5, 9, 10). Todos evitan las formas agudas y alargadas de las rejas de arados tirados por dos animales; la reja bereber b) termina en punta achatada.

Señala J. Caro Baroja, *Los arados*, p. 93, la relación que puede establecerse entre la estructura de los arados dentales andaluces y

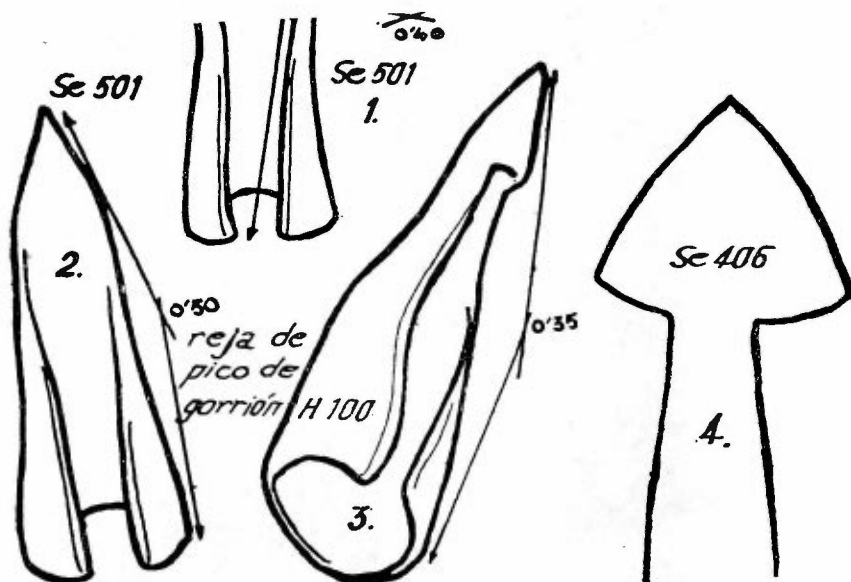


Fig. 13.—Tipos de reja del arado andaluz. Reproducción parcial de la lámina 136 del ALEA, tomo I.

occidentales, aparte (las orejeras) con la de los antiguos mediterráneos. Reproducimos en la figura 19 los tipos de arados españoles tal como figuran en R. y B. Aitken, *El arado castellano*, p. 110. En la figura 18 podemos apreciar las áreas de los distintos tipos de arados según J. Caro Baroja, *Los arados*, p. 95, aunque dicho gráfico tenga que modificarse hoy, en lo que respecta al área andaluza, con los nuevos materiales aportados por el ALEA, cuya lámina 132 reproducimos en la figura 7.

Sin salirnos del área andaluza, encontramos en Baza (Granada) dos arados de madera de tipo radial, con orejeras y telera de tornillo, reproducidos por W. Giese, VKR 7, p. 47.

Además del arado del Noroeste ibérico, descrito por F. Krüger, a que hemos hecho referencia anteriormente, recordemos el arado de madera de La Estrada (Pontevedra), dado a conocer por W. Ebeling, VKR 5, p. 149. Dicho arado es de madera, con orejeras insertas en el

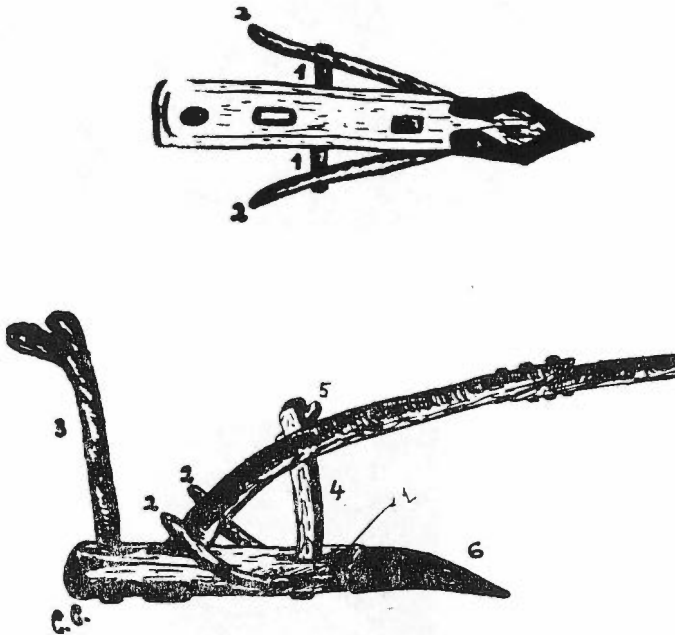


Fig. 14. — El arado de La Cabrera Alta, reproducción de la pág. 120j de *El habla* de M.ª Concepción Casado.

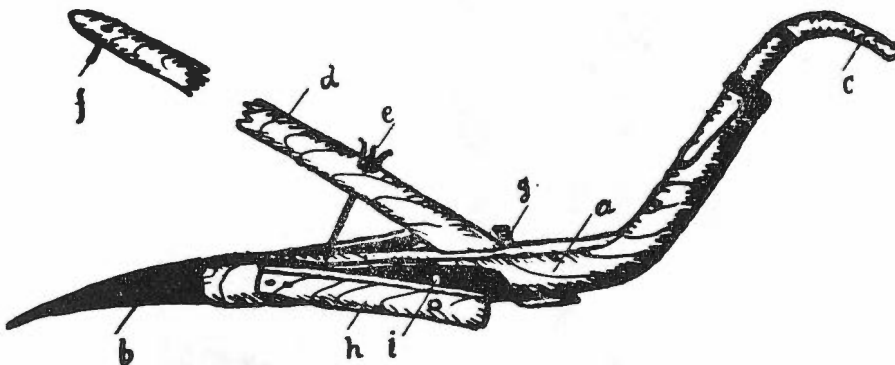


Fig. 15. — Arado de las islas de Liparis, reproducción de H. Coray. VKR, III, p. 136.

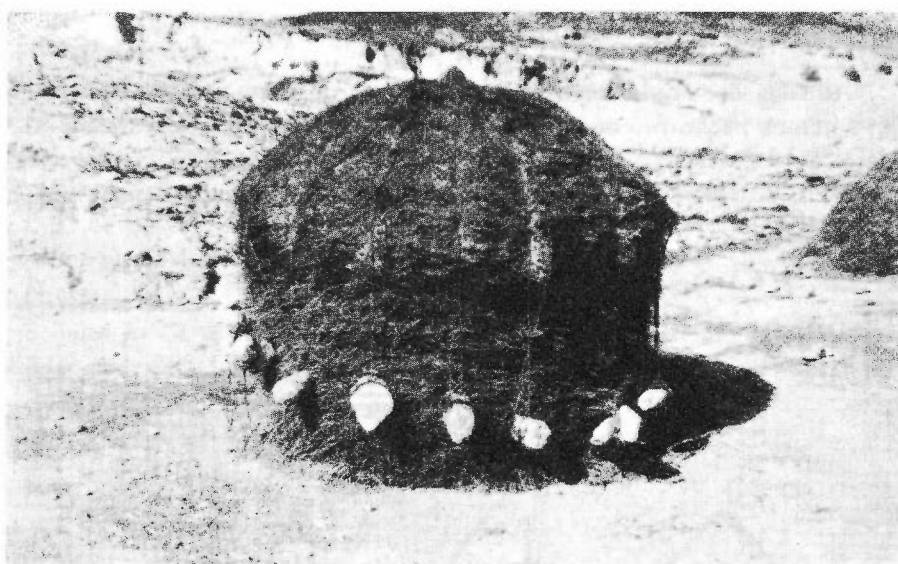


Fig. 16.—El almiar, atmun del campo de Beni Chicar.

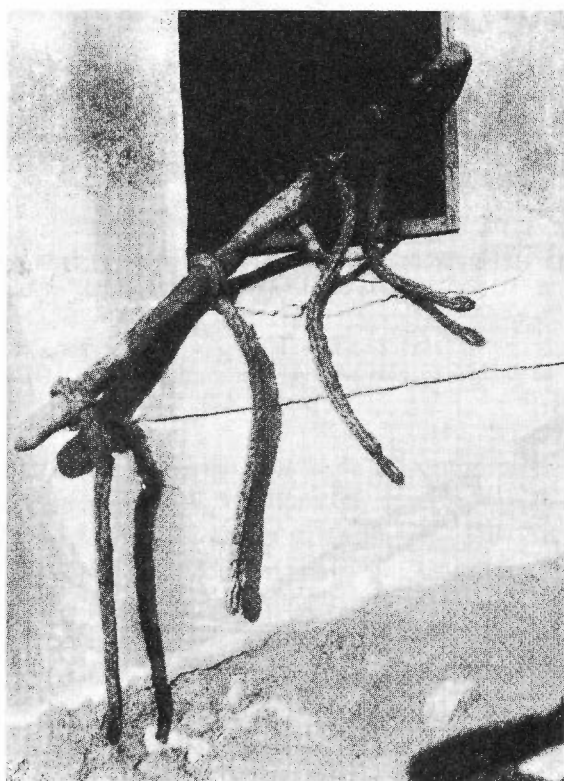


Fig. 17.—El yugo del campo de Beni Chicar.

dental, pero unidas por un travesaño, que taladra la esteva; la telera, como en el bereber, es de madera y también tiene una cuña posterior o doble telera; pero el dental y la esteva forman una misma pieza.

En Portugal, en Serra de Estrêla, H. Messerschmidt (VKR 4, p. 128) ha encontrado un arado de madera a) con dental y mancera de la misma pieza, pero con las siguientes coincidencias con el arado bereber: orejeras unidas por un travesaño, telera fija, no graduable, de madera, con cuña posterior; el timón y la cama son una misma pieza.

En cambio, en Vilar Formoso, el mismo H. Messerschmidt (l. c.) registra un arado de madera de tipo radial, con la mancera atravesando la cama, dental muy corto, con orejeras; la telera es una barra de hierro con un pasador por encima de la cama; el timón se une a la cama mediante belortas.

La telera de madera con cuña, típica del arado bereber a), es la misma que encontramos en el arado cuadrangular de Cabranes (María Josefa Canellada, *Cabranes*, p. 57, fig. 9); también en el arado dental tipo O de Mérida (A. Zamora, *Mérida*, lám. XXII); en cambio, en la telera de madera del arado de La Cabrera Alta (María Concepción Casado, *Cabrera*, p. 120) es una barrita de madera la que actúa como pasador por encima de la cama del arado, como podemos apreciar en nuestra figura 14.

Si pasamos al dominio galo-romano, entre Toulouse y Cahors, H. Meyer, VKR 6, p. 133, describe dos tipos de arado radial, los dos con telera de hierro, como el arado bereber b), pero con esteva en ángulo recto sobre el dental.

La telera de tornillo la encontramos en dos arados del departamento de Ardèche (A. Dornheim, VKR 10, p. 367, fig. 31); el de la meseta es radial, y el de las tierras montañosas es dental del tipo O. Ambos con orejeras.

Siguiendo nuestro desplazamiento al oriente, encontramos en las islas de Líparris (H. Coray, VKR 3, p. 163), el arado que reproducimos en la figura 15, de características tan semejantes al arado bereber, sobre todo al bereber b): la mancera, unida a una elevación posterior del dental; las orejeras son de tamaño parecido; hasta la telera de hierro y la cuña posterior g), equivalente al tornillo posterior del arado bereber b) (fig. 5); el timón se inserta en el dental directamente, sin constituir la cama pieza independiente.

En Cerdeña (Wagner, *Das ländliche Lebe*, p. 15), en ciertos países mediterráneos del norte de Africa (Stuhlmann, *Aures*, p. 67), Argelia

y Túnez, como en las islas Jónicas (Salvator, *Paxos und Antipaxos*, p. 73), se ha encontrado el arado de madera sin orejeras; no obstante, pensamos, en lo que respecta al norte de Africa, que exploraciones más detenidas, como la que realizamos ahora en Beni Chicar (Marruecos),

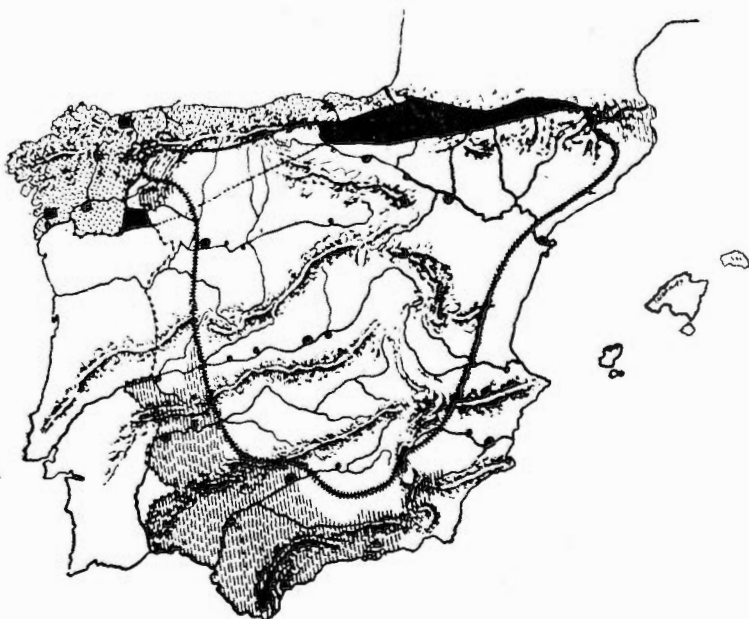


Fig. 18.—Tipos de arado según J. Caro Baroja, *Los arados*, RDTP V (1949) p. 95.

descubrirán la persistencia del arado romano con orejeras, con restos más o menos notables de su primitiva latinidad.

6. EL ALMIAR

En la figura 16 ofrecemos la fotografía de un almiar bereber en el campo de Beni Chicar. Como podemos apreciar, la paja se dispone formando círculo alrededor de una larga pértiga de 2 a 3 metros. Dicha pértiga sirve de centro y punto de amarre de una serie de cuerdas dispuestas radialmente, cuyos extremos atan grandes piedras a modo de contrapesos, que quedan colgadas y protegen la paja de los embates

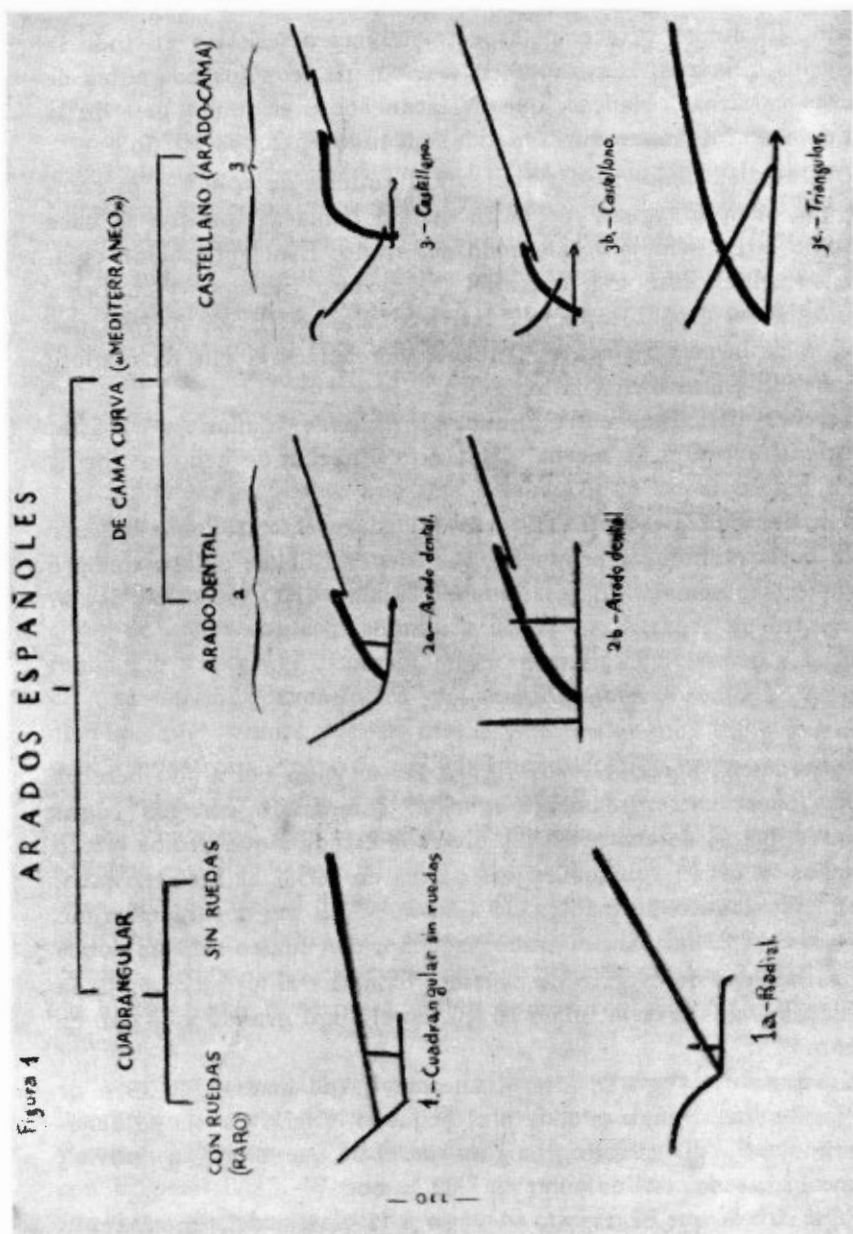


Fig. 19. —Tipos de arados según R. y B. Aitken, *El arado castellano*, p. 110.

del viento. El almiar ofrece un aspecto muy característico en toda la región, y los cilindros, rematados en una cúpula, con los colgantes de las piedras calcáreas, blancas, que destacan sobre el fondo gris de la paja, es uno de los temas más repetidos en todo el campo rifeño.

En bereber, el *almiar* se designa con el nombre de *aṭmun*. Los campesinos que he interrogado me dicen que se llama así porque se hace con un palo largo semejante al timón del arado. Esta apreciación coincide con su origen etimológico *aṭmun* < lat. *TEMO* 'pértiga', y confirma la etimología del español *almiar* < lat. *MEDIALIS* (RFE X, p. 396) por abreviación de la palabra *PERTICA*, que en bereber es la que da nombre y ha persistido en su forma latina *TEMO*.

En bereber distinguen entre *aṭmun*, pl. *itmunen* 'almiar', y *ṭamaṭṭa*, pl. *ṭimaṭṭiwin* 'montón de hierba' < lat. *MĒTA* 'hacina de heno en forma de cono'.

Corominas, DCELC I, p. 149 a 52-53, aduce el testimonio bereber en apoyo de la etimología propuesta por Meyer Lübke: «Pero siempre queda el bereb. *atemmu*, magr. *temmun* 'almiar' (lat. *TEMO* 'pértiga')».

7. EL YUGO

Como podemos apreciar en la figura 17, el yugo del arado bereber tiene una forma extremadamente sencilla, comparado con los yugos peninsulares que se describen en los diversos estudios que hemos citado al referirnos al arado romano en los países en torno al Mediterráneo.

Un sencillo tronco de madera de 1,30 m. en el yugo para el arado de mulos, o de 1,22 m. para el arado pequeño, con cuatro rebajes donde se atan las cuerdas de esparto de cáñamo, llamadas al-tarfaṭ الترافط. Cada una de dichas sogas o tarfaṭ mide 78 cm. en el yugo grande y 74 cm. en el pequeño.

En el centro del yugo se inserta una clavija de madera de 18 o de 16 cm., según sea el yugo grande o el pequeño. Dicha clavija se denomina *ṭasriṭ* تاسريت, pl. *ṭisraṭin*, palabra bereber que significa 'novia', 'mujer recién casada, en los ocho días de la boda'.

La soga con la que se amarra el yugo a la clavija del timón, junto al *ṭasriṭ*, se llama *ašbyu* اشبيو.

El bereb. *tayuga* (< lat. *IUGUM*), registrado por Bartoldi entre los restos de latinidad en las hablas bereberes de las regiones costeras norteafricanas, no figura en el habla de Beni Chicar, donde el yugo se designa con la palabra *ayārmun* ايامرن.

CONCLUSIONES

Los materiales que acabamos de ofrecer muestran, una vez más, los frutos que todavía se pueden cosechar del método de «palabras y cosas». Nuestra pequeña encuesta sobre la terminología del arado en la localidad marroquí de Beni Chicar nos ha puesto al descubierto restos de la antigua latinidad. Así, el lat. *TEMO* ha perdurado en el bereber como nombre del timón de arado, berb. *aṭmun*; también como nombre del almiar, cuya pértiga central dio nombre al montón de paja o de heno. Junto al término *aṭmun* 'almiar', se ha conservado *ṭamaṭṭa* 'montón de hierba'. Pensamos en una persistencia del lat. *MĒTA* 'hacina de heno en forma de cono'.

Resulta sorprendente que una sola encuesta en el campo marroquí de habla bereber nos haya puesto en contacto con palabras latinas y, al mismo tiempo, nos haya permitido tomar posición respecto al étimo de alguna palabra española (*almiar*). Esto nos lleva a formular la necesidad de una recogida sistemática del léxico bereber de origen latino, reuniendo materiales dispersos en monografías ya citadas, y la urgencia de una detenida exploración de aquellas zonas, como la de nuestro estudio, que siempre pueden ofrecer materiales muy valiosos, no tanto para reconstruir la perdida latinidad norteafricana como para solucionar los problemas y dudas que se han planteado al establecer el étimo de muchas palabras iberorromanas. Recordemos en este sentido algunos valiosos estudios, como el de J. Hubschmid (ELH I, pp. 36-39), que pone en relación el léxico peninsular con el euroafricano; y así, el cat. esp. *mata* 'planta que vive varios años y tiene tallo bajo', port. 'árvore, arbusto', lo relaciona con el bereber del Rif *ṭamaṭṭa* 'montón de hierba', que nosotros también hemos recogido del habla de Beni Chicar.

También en el campo de las «cosas», la etnografía descubre motivos interesantes al relacionar los distintos tipos de herramientas y aperos y cultivos en torno al Mediterráneo, como lo hizo V. Bertoldi, siempre con la posibilidad de nuevos hallazgos. Resulta poco sorprendente la semejanza del arado bereber con los andaluces, ya señalados en este estudio. Podría pensarse en un trasplante, más o menos remoto, desde la península Ibérica; todo ello explicable por razones de orden geográfico, histórico, etc.; pero resulta admirable encontrar en las islas de Líparris (H. Coray, VKR 3, p. 163) un arado tan semejante al bereber (fig. 15), que previene en favor de una antigua comunidad mediterránea.

relativamente uniformada en usos y costumbres, con un substrato étnico común. En este caso, las coincidencias y semejanzas pueden explicarse como «membra disjecta» de una antigua comunidad mediterránea, hoy totalmente fraccionada, pero con vestigios aún perceptibles de su primitiva unidad.

Queda manifiesto el conservadurismo del pueblo bereber en los grupos discontinuos que se extienden desde la costa atlántica hasta el oasis de Siwāh, en Egipto. Es notoria la ola de cosmopolitismo, que tiende a hacer desaparecer, con sus máquinas, electrodomésticos y productos industriales en serie, toda una serie de enseres y formas de vida ancestrales. Esta influencia ha hecho huella más sensible en los grandes núcleos urbanos norteafricanos. El campesino bereber sigue apegado a sus usos y costumbres, y hasta los que emigraron a países superdesarrollados vuelven al terruño e invierten sus ahorros en la compra de terrenos, ganados, aperos agrícolas, y construyen sus viviendas con las mismas características que las de sus antepasados, aunque regresen conduciendo modernos automóviles de fabricación europea.

JUAN MARTÍNEZ RUIZ.

INDICE DE PALABRAS

a) ESPAÑOL

almiar, § 6.
 anillo, § 3.
 casa (de la reja), § 3.
 clavija de la telera, § 3.
 clavija del timón, § 3.
 cuña posterior de la telera, § 3.
 dental, § 3.
 hombros de la reja, § 3.
 lengua de la reja, § 3.
 mancera, § 3.
 orejeras, § 3.
 telera, § 3.
 timón, § 3.
 travesaño de las orejeras, § 3.
 yugo, § 7.

b) BEREBER

ajarjar, pl. *ijarjaren*, § 4.
 ajjam, § 4.
 al-*yabbag*, § 4.
 amadjur, § 4.
 amaštar, § 4.
 amesmir, pl. *imesmar*, § 4.
 arqaid, § 4.
 asandoq, § 4.
 ašbyw, § 7.
 almun, pl. *ilmunen*, § 4 y 6.
 ašsiri, p. *šisira*, § 4.
 ašarmun, § 7.
 fus, pl. *ifassen*, § 4.
 imaššan, s. *ameššun*, § 4.
 ires, pl. *iresawen*, § 4.
 iafurt, § 4.
 tarfat, § 7.
 tamatta, § 4.
 tasrit, pl. *šisrašin*, § 7.
 tašarsa, pl. *ššersiwun*, § 4.
 šigardin, s. *šagarut*, § 4.

LA IMAGEN DE UNA CIUDAD Y LA MEMORIA ESCRITA: APROXIMACIÓN BIBLIOGRÁFICA A LA ARQUITECTURA DE MELILLA

por ANTONIO BRAVO NIETO

Uno de los campos más sugerentes de la investigación histórica, es el análisis bibliográfico y documental. Muchas de las ideas comúnmente aceptadas e incluso, las pautas que han seguido las investigaciones, proceden de las líneas trazadas por aquellos que se ocuparon de un tema.

En el caso de Melilla y de su arquitectura, este análisis es doblemente necesario pues la ciudad se configura como una realidad muy heterogénea que ha venido denominándose como «modernista». Y para llegar a entender esta imagen, es oportuno emprender un estudio minucioso sobre la bibliografía existente al respecto. De su análisis, de las cosas que se han dicho y de las que se han ignorado, de las vías exploradas, y de aquellas otras que no han recibido atención hasta el momento, se puede encontrar una fuente de inspiración para entender la arquitectura melillense.

Esta necesidad explicativa, nos aconseja seguir en nuestra empresa un orden más o menos cronológico, señalando las aportaciones en el tiempo, para acceder a un estado escalonado de la cuestión¹.

Y en este acercamiento a la bibliografía sobre la arquitectura-ciudad de Melilla, lo primero que tenemos que señalar es una fecha fundamental, 1968; la producción escrita anterior es dispersa y parca, y desde este año, comienzan a ver la luz diferentes trabajos que difundirían esta realidad en el panorama científico español. Las causas que explican esta difusión bibliográfica tan tardía del fenómeno, son muy variadas: falta de debate arquitectónico local, inexistencia de universidad en Melilla, decadencia de la ciudad a partir de los años cincuenta, «olvido» del fenómeno arquitectónico en la memoria de la ciudad, etc.

Los trabajos anteriores que se ocuparon de la arquitectura melillense, desde una perspectiva científica y seria, fueron breves artículos realizados de una manera algo circunstancial. De ellos el más importante fue sin duda el análisis crítico que realizó en

1923 el arquitecto y teórico Leopoldo Torres Balbás², especialmente su visión demoledora y negativa sobre la obra modernista del arquitecto Enrique Nieto y Nieto. La ciudad también ocupó cierta atención en el *Memorial de Ingenieros del Ejército*, revista profesional donde se abordaron varias realizaciones de este cuerpo técnico³. Otros trabajos de esta misma revista, como el de Manuel Gallego⁴, fueron más narrativos y su objetivo estaba encaminado a dar a conocer la considerada como «ingente y meritoria» labor arquitectónica de estos ingenieros.

Mención aparte hay que hacer sobre el acercamiento a Melilla y su región realizado por parte de investigadores franceses desde 1933⁵; los objetivos de este grupo fueron los componentes urbanos de la ciudad y su relación con el entorno regional, aportando interesantes ideas sobre la influencia establecida entre Melilla y Nador, ciudades pertenecientes a dos ámbitos políticos diferentes pero separadas físicamente por sólo 14 kilómetros.

Pero la arquitectura, los arquitectos, la urbanización, la ciudad y los ingenieros, militares o civiles, pasaron al olvido científico muy pronto. Si dejamos de lado algunas reseñas periodísticas carentes de un objetivo analítico, únicamente encontramos referencias sobre Melilla en revistas profesionales como *Arquitectura y Construcción*⁶, *Arquitectura* (primero) y *Revista Nacional de Arquitectura* (después)⁷, o *La construcción Moderna*⁸, pero se trata más de la presentación de obras señeras (Plaza de Toros, Comandancia General Militar, Proyecto de Catedral, Bloques de viviendas, Centro de desinfección, etc.) por parte de sus realizadores, que del análisis de una realidad concreta.

Mención aparte habría que hacer de algunos trabajos de Enrique Moya Casals⁹, interesado en la arquitectura religiosa, y que dejó en la década de los cuarenta y cincuenta algunos trabajos sobre las diferentes iglesias de la ciudad, desde una perspectiva histórica; sus detalladas descripciones son de gran validez, por ser anteriores a la «desornamentación» acaecida en los templos melillenses después del Concilio Vaticano II¹⁰.

La «recuperación modernista». Como ya hemos señalado, habría que esperar hasta 1968 para asistir a un interesante fenómeno cultural: la recuperación de Melilla como arquitectura dentro del mundo científico, tanto local (desde una absoluta incredulidad inicial) como nacional (con ingenua y fundamentada sorpresa). Y esta recuperación se efectúa por profesionales que tras su tópica relación con Melilla (servicio militar) descubrieron una realidad que se les mostraba incomprensible; y esto porque se encontraron con una imagen de la ciudad que les transportaba a otros tiempos, los del modernismo, y a otros lugares, los de Cataluña.

Los trabajos de Salvador Tarragó Cid¹¹ y Francisco Miralles¹², tuvieron la virtud de mostrar al mundo científico español la realidad de una arquitectura absolutamente desconocida hasta el momento; este «descubrimiento», dio sus primeros frutos en la Exposición sobre el Modernismo en España celebrada en el Palacio del Buen Retiro en 1969¹³, donde Melilla aparecía ya reseñada; posteriormente volveremos a ver su influencia en una serie de breves comentarios en obras generales sobre arquitectura en España que se apoyarían básicamente sobre estos trabajos.

Hemos de decir que Salvador Tarragó y Francisco Miralles descubrieron una realidad en un contexto histórico muy concreto: el de recuperación de un fenómeno modernista que ya se había producido ampliamente en Cataluña, y lo que es más

importante, desde la propia definición de las raíces de la cultura catalana¹⁴. La recuperación de la imagen modernista de Melilla es realizada por tanto no desde los propios círculos culturales-institucionales de la ciudad, sino desde otro círculo cultural que veía en esta urbe norteafricana un reflejo curioso y destacable de su cultura arquitectónica.

Esto determinó algunos condicionantes en los acercamientos; así por ejemplo el ya citado (y supuesto) carácter catalán de Melilla, la potenciación de la figura de un arquitecto barcelonés como Enrique Nieto y Nieto, ofrecer una secuencia estilística para la ciudad muy ligada al devenir de la arquitectura catalana (donde a continuación del modernismo llegaría una etapa noucentista), etc.

Las aportaciones de estos primeros trabajos van a ser fundamentales, sobre todo en la obra de Salvador Tarragó; con ellos se define el carácter modernista de la arquitectura melillense, sus vinculaciones a la estética catalana, el peso específico del arquitecto Enrique Nieto y Nieto en esta obra, la primera aproximación por etapas estilísticas, una valoración artística de la ciudad que sería después de Barcelona «la segunda urbe modernista de España», etc.

En concreto, Melilla sería (según estos autores) una ciudad más o menos construida por un solo arquitecto (que realizaría unos 700 proyectos), al que también le correspondería la ordenación urbana de los nuevos barrios. No obstante, Salvador Tarragó ya señalaba la existencia de otros dos arquitectos, Mauricio Jalvo Millán (al que calificaba como noucentista) y a Francisco Hernanz Martínez (como racionalista), aunque no apuntaba nada más de ellos. También establecían ambos autores que a pesar de la importancia de lo modernista, había otros estilos destacables, en uno de los cuales (noucentismo) encontraba Salvador Tarragó las mejores obras de Enrique Nieto.

Para entender la enorme influencia de estas primeras aportaciones sobre la bibliografía posterior tendríamos que señalar dos factores. El primero sería el escaso debate historiográfico que sucedería a estos primeros artículos durante mucho tiempo; los continuadores además, no se fundamentarían, por lo general, en trabajos de archivo. El segundo factor, estribaría en que las lecturas sobre estos autores han sido muy parciales; o sea, se han subrayado algunos de los elementos por ellos marcados, pero también se olvidaron otros no menos fundamentales.

Dentro de las obras que suceden cronológicamente a estos trabajos, y que no aportan investigación documental propia, señalaremos en primer lugar y como muy importante por su gran difusión y sus discutibles aportaciones, la obra de Oriol Bohigas¹⁵. En ella, reseñaba las obras realizadas por arquitectos catalanes fuera de Cataluña; así, en su edición de 1973 incluía una pequeña referencia bibliográfica de Enrique Nieto y el catálogo de algunas de sus obras. En este trabajo de Oriol Bohigas el carácter de dependencia de Melilla con respecto a Barcelona (como todos los demás modernismos peninsulares, insulares e incluso transoceánicos) es acentuado, y se explicaría mecánicamente por el origen catalán de Nieto.

Con el mismo origen bibliográfico, Carlos Flores López¹⁶, encuadraba la arquitectura melillense en el modernismo tardío; Enrique Nieto era señalado como el único arquitecto activo, al que adjudicaba alrededor de 4.000 proyectos, situándolo a medio camino entre el gaudinismo y la Secesión vienesa. También aparecieron referencias a Melilla en la *Historia del Art Català* de Francesc Fontbona y Francesc Miralles¹⁷, y en otras obras de J. M. de Azcárate¹⁸, y de J. Antonio Gaya Nuño¹⁹.

Mientras tanto, y muy lentamente, en Melilla se inició un interés local hacia el

fenómeno arquitectónico-urbanístico, que va a ser calificado desde entonces exclusivamente como modernista. En 1978 apareció una guía sobre Melilla, cuya redacción se debió a Constantino Domínguez Sánchez²⁰, y en donde con abundantes fotografías ya se aludía al «museo de arquitectura de estilo modernista, solo superado por Barcelona». El verdadero motor de Melilla, para Domínguez, sería el General de Ingenieros Julián Chacel García, aunque al arquitecto Enrique Nieto se debía la mayor parte de la ciudad llegando a realizar más de 1.500 proyectos. La trascendencia del trabajo de Constantino Domínguez fue muy importante por su enorme difusión, y por haber sido la guía de la ciudad por antonomasia desde 1978 hasta nuestros días.

Al mismo tiempo, Luciano Tejedor Mata iniciaba en diciembre de 1979 algunos de sus trabajos, que va a dividir entre la realización de los primeros catálogos de edificios más importantes (modernistas, historicistas y racionalistas)²¹, y la publicación de una interesante serie de artículos periodísticos que subrayaban la importancia del patrimonio arquitectónico melillense²². Todo el trabajo de Luciano Tejedor debe apreciarse desde su idea de entender a Melilla como un complejo y conjunto cultural único, y no como la suma de una serie de edificios interesantes. Su obra estaba muy determinada contextualmente por un interés muy acentuado por proteger un ensanche que por entonces corría inminente peligro de agresión especulativa.

En 1981 se produjo un avance significativo en la producción bibliográfica al introducirse un nuevo elemento estilístico hasta entonces no señalado: el eclecticismismo. Rosario Camacho Martínez²³ abordó la arquitectura religiosa historicista de la ciudad, basándose en diferentes fuentes documentales y trabajo de campo. Se establecía ya por entonces una clara diferencia formal entre la arquitectura del modernismo y los neomedievalismos de raíz ecléctica, principalmente neogóticos. Al mismo tiempo se subrayaba la obra de arquitectos como Fernando Guerrero Strachan, o ingenieros como José Pérez Reina y Francisco Carcaño Más.

En este mismo año, 1981, se produjo un fuerte revulsivo en la ciudad: la desafortunada demolición del Teatro Cine Monumental. Este hecho deparó una rica producción escrita, a medio camino entre la polémica y lo científico, centrada sobre el fastuoso edificio pero con consecuencias evidentes para toda la arquitectura de la ciudad. Con motivo de esta «demolición anunciada» se escribieron varios artículos que aportaban interesantes visiones. Entre ellos, Miguel Angel Suárez Garmendia²⁴, efectuó una aproximación estilística al cine en sí, y también unas brevísimas notas sobre la sociedad melillense repletas de contenido crítico, subrayando las «especiales características de su burguesía... la lumpen-aristocracia melillera, su mesocracia y su burguesía de tenderos» que «sueñan por celebrarse en la escenografía de los palcos del Monumental...».

El Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Málaga²⁵ y Salvador Tarragó Cid²⁶, aportaron al respecto nuevas visiones: así se recuperó por vez primera el término *art déco* aplicado a la arquitectura melillense, e incluso se subrayaba por entonces cierto ambiente futurista en los interiores, enriqueciéndose con ello su panorama estilístico. Por su parte José Luis Navarro Lara²⁷, añadía un análisis sobre su decoración introduciendo algunas notas sobre moldurajes, repeticiones formales y simetrías.

Una de las visiones más originales aportadas sobre Melilla, dentro de esta revisión bibliográfica, se debe al investigador japonés Tokutoshi Torii²⁸. Este autor analizó

algunos componentes formales de los fuertes exteriores del siglo XIX (específicamente sus arcos parabólicos) intentado dilucidar si habían ejercido alguna influencia sobre la obra del arquitecto catalán Antoni Gaudí (concretamente sobre su proyecto de misiones católicas de Tánger). Sobre estos mismos fuertes exteriores, escribirían posteriormente sendos trabajos Luis de Mora Figueroa y Juan Díez Sánchez²⁹, el primero más centrado en los aspectos formales (neomedievalismos), y el segundo en los históricos.

El año 1985 supuso otra fecha importante en esta breve revisión de las aportaciones que se han efectuado sobre el tema; en este año, la Dirección Provincial del Ministerio de Cultura celebró un congreso sobre arquitectura modernista en Melilla (primero de una serie de seminarios que tendrían continuación posterior), polarizando el interés de investigadores a nivel local (Francisco Saro Gandarillas³⁰, Ana Riaño y Laura Cantón³¹, Francisco Mir Berlanga³², Juana Alías Rodríguez³³, Claudio Barrio Fernández de Luco³⁴ y Antonio Bravo Nieto); y a nivel nacional (Rosario Camacho Martínez³⁵ y Juan Bassegoda Nonell³⁶), aunque las conferencias no fueron publicadas de una manera unitaria. Ese mismo año también se celebraría en Melilla el Simposium Nacional de CEHA, con nuevas aportaciones de varios investigadores al respecto.

El trabajo de Ana Riaño y Laura Cantón (que precede cronológicamente al Simposium) fue la consecuencia de un largo y laborioso trabajo de campo en el que diapositaron varios cientos de edificios. En su artículo, que sigue a rasgos generales las pautas de Salvador Tarragó, subrayaron la importancia de las artesanías: hierros forjados, cerámica, vidrio, carpintería y las representadas por los materiales de fachada.

Francisco Saro aportó en este Congreso la que sería primera y breve biografía de Enrique Nieto, señalando la continua polémica que mantuvo con los ingenieros militares, algunas de sus obras principales y diversos detalles de su acontecer biográfico. Posteriormente, este mismo autor abordaría otra biografía, en este caso la del ingeniero militar y novelista Francisco Carcaño Más³⁷, señalando algunas de sus obras arquitectónicas en Melilla y ampliando con ello el panorama sobre los profesionales que habían producido arquitectura en la ciudad.

Francisco Mir Berlanga, aportó en su conferencia algunos datos biográficos interesantes sobre Enrique Nieto y Nieto; así por ejemplo sobre los diferentes expedientes administrativos que se le levantaron y algunos rasgos polémicos sobre su quehacer profesional. Juana Alías Rodríguez efectuaría un análisis sobre un edificio neogótico, la capilla castrense, y Claudio Barrio Fernández de Luco intentó delimitar las diferentes tendencias que se dieron en el modernismo.

En la ponencia que presentamos a este Congreso, y en otro trabajo que publicamos este mismo año³⁸, nos decidimos a presentar algunas conclusiones basadas principalmente sobre algunos trabajos de campo que habíamos estado llevando a cabo desde 1981. Por ello, el objetivo del estudio era básicamente el fenómeno de difusión de las molduras decorativas en fachadas por todos los barrios de la ciudad, sobre todo en los obreros. Así, efectuábamos un acercamiento a la composición de fachadas, cuantificando los resultados; también señalábamos otros elementos, como la importancia de la Secesión en Melilla y el hecho de que Enrique Nieto no era en absoluto gaudiano, frente a lo que comenzaba a afirmarse. También apuntábamos por entonces otros nombres de ingenieros como Tomás Moreno Lázaro, Rodrigo González o Juan Nolla Badía que habían construido diferentes edificios en la ciudad.

Para el citado Congreso, Rosario Camacho Martínez presentó un trabajo centrado

sobre la importancia del art déco en Melilla como estilo, analizando cómo la construcción del Cine Monumental por el arquitecto Lorenzo Ros Costa influiría en muchas obras de Enrique Nieto y Nieto, tanto en diseño de fachada como en rejerías; también incluía dentro del mismo fenómeno uno de los monumentos más significativos de la ciudad: el erigido a los Héroes de las Campañas de Marruecos de la Plaza de España. Sobre este mismo tema art déco volvería Rosario Camacho con posterioridad³⁹, aportando nuevos datos sobre la obra de Lorenzo Ros Costa y su vinculación a Melilla. Era la primera vez que a la Melilla modernista se le sumaba esta faceta art déco; el «monopolio» modernista iba cediendo paso de la mano de estos trabajos a una imagen de una realidad arquitectónica mucho más heterogénea y rica.

Sobre una de las principales obras de este estilo (el Teatro Cine Monumental) centró un artículo Javier Pérez Rojas⁴⁰, viendo en él una de las expresiones arquitectónicas más cosmopolitas de toda España en esta corriente. Estas impresiones fueron ampliadas posteriormente (1991) en el fundamental libro que sobre art déco escribiera este autor⁴¹, donde explicaba el carácter de modernidad que revistió en su época este estilo, sobre todo en lugares alejados de las obras de vanguardia; la llegada de esta tendencia artística supuso para Melilla, la introducción de una arquitectura actualizada y cosmopolita que renovarían profundamente el panorama local. Las apreciaciones sobre la arquitectura déco del norte de Marruecos son una de las pocas referencias dentro de la literatura en castellano que se ha ocupado de esta zona, conectándola con el resto de la producción nacional.

También participaría en el ya referido congreso, Juan Bassegoda Nonell, a quien la arquitectura melillense le inspiró una serie de artículos y reseñas en obras generales, centrados básicamente sobre la figura de Enrique Nieto y Nieto⁴². De esta manera realizó una biografía que sentaba los precedentes familiares catalanes de Nieto, su paso por la Escuela de Arquitectura de Barcelona, obtención de título y primeros pasos hasta 1909. También aportaba datos biográficos de otro arquitecto con obra en Melilla, Mauricio Jalvo Millán. Juan Bassegoda, ha popularizado la afirmación de que Melilla sería la segunda ciudad española con arquitectura catalana fuera de Cataluña, en base a la arquitectura modernista.

A partir de aquí se produjo una abundante producción escrita sobre la arquitectura de Melilla, en pequeños artículos generados a partir de una visita a la ciudad y basados por tanto en análisis que proceden de la observación personal, y no en fuentes documentales. Estos artículos han aportado sin embargo las siempre interesantes opiniones de profesores como Jesús Hernández Perera⁴³, que comparaba el caso de Melilla con el insular de las Canarias y Baleares, considerándola como una isla cultural; Mireia Freixa⁴⁴, que incluía el fenómeno melillense en su obra sobre modernismo en España, al que consideraba de influencia francesa y con referencias frecuentes a los estilos árabes; Fernando Chueca Goitia⁴⁵, que subrayaba el carácter burgués y «pimpante» del ensanche, de esta «pequeña Barcelona a las puertas del Rif»; Luis Carandell⁴⁶, que apuntaba la solidez de la piedra de Cataluña frente al estuco y yeso de Melilla; Manuel Alvar⁴⁷, que afirmaba que el modernismo melillense era más secesionista que gaudiano porque en Melilla lo medieval estaba sobradamente representado por sus omnipresentes fortificaciones; por ese motivo se levantaría «una ciudad rubeniana», en un arte hecho de imitaciones pero de una singular belleza; también de Luis Permanyer⁴⁸ y de Enrique Domínguez Uceta⁴⁹ entre otros.

Otros trabajos se han ocupado de diferentes aspectos que abarcaban de una u otra manera el hecho arquitectónico melillense: así un artículo de Paloma Moratinos Bernardi⁵⁰ sobre las vidrieras de la Capilla de la Salle; otro trabajo de Jesús Salafranca Ortega y Mari Carmen López Ramírez⁵¹, sobre la sinagoga principal de Melilla, otro estudio sobre la rehabilitación de un edificio ecléctico en el ensanche⁵², y finalmente un trabajo sobre las vinculaciones y paralelismo entre la arquitectura modernista realizada en el contexto norteafricano (sendos teatros de Melilla y Tánger) y la figura del arquitecto catalán Jaume Torres Grau⁵³.

Posteriormente, también publicamos algunos breves acercamientos a la arquitectura melillense⁵⁴, cuyas ideas principales están comprendidas en la tesis doctoral que realizamos sobre la construcción de la ciudad y los técnicos que se encargaron de ella (arquitectos e ingenieros)⁵⁵.

Sobre la figura del arquitecto Enrique Nieto y Nieto, surgen algunos trabajos de Salvador Gallego Aranda, centrados en documentar la estrecha relación del citado técnico con la Cámara de Comercio, cuyo edificio social proyectó⁵⁶. Posteriormente publicaría algunos artículos en torno a edificios concretos del ensanche, o a técnicos como Manuel Rivera Vera y su obra en Melilla⁵⁷. Estos trabajos darían su fruto en una tesis doctoral sobre la figura de Enrique Nieto y Nieto, que aun permanece inédita.

En cuanto a los trabajos de catalogación, se realizó un Catálogo de Arquitectura de Melilla⁵⁸, patrocinado por la sede en Málaga del Colegio Oficial de Arquitectos de Andalucía Oriental. El catálogo, llevado a cabo entre 1989 y 1990, supuso el inventario y fotografía de más de 900 casas en todo el casco urbano de Melilla y pertenecientes a diversos estilos: desde el eclecticismo decimonónico al racionalismo.

Urbanismo y arqueología industrial. Desde 1982 comienzan a publicarse⁵⁹ diferentes trabajos sobre historia urbana de la mano de Francisco Saro Gandarillas. En un principio abordaba el desarrollo y la historia de barrios en revistas de divulgación, pero posteriormente realizando trabajos de más envergadura en revistas científicas. La obra de Francisco Saro, si bien centrada en la historia urbana de Melilla, es muy destacable por las aportaciones que establece. Así por ejemplo fundamenta la autoría de los ingenieros militares como responsables de todo el urbanismo de Melilla, y de su ensanche, rompiendo así la creencia de que el trazado urbano en Melilla pudiera ser obra de los arquitectos. Surgen las primeras referencias a ingenieros militares, como José de la Gándara Cividanes, Eusebio Redondo Ballester o Vicente García del Campo, responsables de la mayor parte del trazado de la ciudad. Francisco Saro pone en contacto los diferentes momentos de esta expansión con las causas económicas y políticas que las propiciaron, siendo bastante crítico a la hora de encontrar similitudes del ensanche de Melilla con respecto al de Barcelona o de otras ciudades. Por el contrario, justifica la morfología del trazado en la resolución por sus autores a problemas concretos de diseño, desechando otras posibles influencias ajenas; también subrayaba que la especulación de terrenos fuera las más de las veces por delante de la planificación.

En sus trabajos también encontramos otras aportaciones sugerentes, como la descripción de tipologías mixtas en los fondaks, los rasgos del barrio hebreo de Melilla, etc. En general los trabajos de Francisco Saro están penetrados por un rigor histórico muy destacable y han sentado las líneas fundamentales sobre el tema; echamos de menos que sus ideas, que actualmente se encuentran dispersas en diferentes publicaciones, no hayan sido recogidas en un libro unitario⁶⁰. Sobre los inicios de la urbanización

de la ciudad, también se ha ocupado Joaquín Rodríguez Puget⁶¹, subrayando la labor de los ingenieros militares en el trazado de la ciudad.

Sobre arqueología industrial publicamos, junto a Vicente Moga Romero⁶², un trabajo que intentaba subrayar toda la infraestructura industrial en la ciudad: puentes, cargaderos, elementos fabriles, arquitecturas industriales, intentando conexionarlos con las actividades extractivas desarrolladas en el Protectorado Español en Marruecos, iniciando una óptica de análisis sobre esta tipología arquitectónica.

La línea de infraestructuras industriales y portuarias ha sido abordada también por Ginés Sanmartín Solano⁶³ que ha analizado la labor de la Compañía Española Minas del Rif, el Cargadero de Mineral y el Puerto de Melilla; por Rosario Camacho Martínez⁶⁴, que abordó un proyecto de puerto para Melilla en 1891; por Juan Díez Sánchez⁶⁵ que analizó algunos elementos del cargadero de minerales y otros ejemplos industriales y finalmente por algunas brevísimas reseñas periodísticas, de carácter casi personal, de Ginés Adán Avila⁶⁶ sobre la función de las caleras como pequeñas industrias y de la figura del ingeniero Julio de Castro Núñez.

En el campo del Urbanismo, supuso un importante jalón la tesis doctoral de Francisco José Argente del Castillo Sánchez⁶⁷; en ella abordaba desde una perspectiva materialista, la producción del espacio urbano de Melilla a través de una serie de factores que consideraba motrices. La obra de Argente del Castillo intenta ofrecer una visión globalizadora de todo un proceso donde se mezclan problemáticas diversas: económicas y políticas sobre todo, buscando una visión unitaria de la ciudad. Tal vez el aspecto más interesante de esta obra, sea el intento por aplicar una metodología precisa ante un fenómeno muy complejo. Por último, también han aparecido en los últimos años algunas reseñas periodísticas sobre diferentes aspectos históricos del urbanismo, de la mano de Juan Díez Sánchez⁶⁸.

Recapitulando sobre todo este *corpus*, y sobre su contenido, podemos señalar algunas características comunes a casi todos ellos:

1) La mayor parte de los trabajos que hemos reseñado son pequeñas aportaciones periodísticas, aunque también destacan un nutrido número de artículos en revistas de investigación, referencias en obras generales y varias tesis doctorales que permanecen inéditas.

2) Este marco periodístico determinó habitualmente el objetivo del investigador, que se limitaba unas veces a ofrecer una visión o acercamiento muy general de la cuestión y otras, a recoger impresiones personales que pueden resultar muy interesantes.

3) Salvo casos muy concretos, todos los trabajos están centrados en los caracteres formales de la arquitectura, en la definición de estilos.

4) Dentro de este marco estilístico, el interés de la bibliografía se ha centrado únicamente sobre algunos aspectos: el modernismo (tal vez el más tratado pero paradójicamente el que aún permanece más oscuro), art déco (del que a nuestro entender contamos hoy día con buenas bases en interesantes trabajos) o los historicismos neomedievalistas (neorrománico, neogótico, etc.).

No se ha estudiado todavía realmente nada sobre las pervivencias clasicistas de fines del XIX, del eclecticismo de principios del XX, de las derivaciones ornamentales del modernismo, del neoárabe, del barroquismo francés, de las corrientes aerodinámicas,

ni de la arquitectura posterior a 1936, dígame en las corrientes más monumentalistas, en los neobarrocos o en la arquitectura doméstica más cercana al racionalismo.

5) Esto por lo que respecta a lo formal. En cuanto a tipologías (vivienda burguesa en manzana, viviendas en bloque, vivienda obrera, autoconstrucción...), caracteres estructurales de los edificios, uso de técnicas y materiales, conformación urbana de la arquitectura, no se ha tratado en absoluto.

Tampoco sobre los factores más económicos del hecho arquitectónico: empresas constructoras, sistemas de trabajo, organización de las obras, presupuestos, arquitectura como empresa, etc.; ni sociales, estudio sobre las clientelas, relación arquitectura y sociedad, etc.; ni institucionales que analizaran el binomio arquitectura y poder.

6) Los estudios sobre los profesionales de la arquitectura, se han centrado exclusiva y prioritariamente sobre la figura del arquitecto Enrique Nieto y Nieto, que aparece como principal factor de la Melilla moderna, aunque se citan algunos otros nombres de arquitectos e ingenieros militares.

Pero de éstos, con la excepción de Lorenzo Ros Costa, de Fernando Guerrero Strachan, de José Pérez Reina y de Francisco Carcaño Más, (más recientemente de Jaime Torres Grau y Manuel Rivera Vera) en ningún caso se analizan sus obras, se delimitan sus competencias o se establece una cronología, a pesar de que tenemos constancia de que no menos de 150 arquitectos e ingenieros (militares y civiles) realizaron arquitectura en Melilla durante esta etapa.

Esta adjudicación errónea de que toda Melilla se debería a Enrique Nieto, tiene su base en el tipo de investigaciones que se han venido llevando a cabo, que han utilizado muy poco del material disponible en las fuentes documentales.

7) El estudio sobre los profesionales del hecho arquitectónico, ha tenido por otra parte un carácter muy biográfico e historicista. No se ha intentado analizar la profesión del arquitecto o del ingeniero (con la excepción de alguno de los trabajos de Juan Bassegoda), su formación profesional, técnica o artística, su conexión con la sociedad, etc.

Tampoco se han efectuado estudios sobre fenómenos interesantes como la polémica arquitectónica, los debates profesionales y otros aspectos que conforman la arquitectura.

8) A pesar de que se suelen dar por sentadas muchas características, hay por lo general poco análisis sobre las condiciones económicas y sociales de Melilla como ciudad. En este aspecto, los estudios sobre urbanismo desarrollan mucho más estos aspectos que han sido abordados desde una perspectiva histórico-política (Francisco Saro Gandarillas) o con una componente económica más palpable (Francisco J. Argente del Castillo); pero a su vez, éstos no han abarcado el fenómeno arquitectónico ni a sus creadores como componentes fundamentales de este hecho urbano, manteniendo arquitectura y trazado urbano como momentos diferentes en el diseño de la ciudad.

9) Se señala habitualmente la vinculación histórica y económica de Melilla con el Protectorado de España en Marruecos, pero curiosamente se sigue mostrando en lo arquitectónico-urbanístico la imagen de la ciudad como «isla artística», como insólita creación descontextualizada.

Resumiendo finalmente, contamos con un *corpus* nada despreciable de trabajos, que por regla general se han centrado en aspectos muy concretos del hecho arquitectónico, aportando en algunos casos una buena base de trabajo. Hemos querido subrayar

y analizar brevemente este *corpus* porque demuestra que desde distintas ópticas, unas más afortunadas y otras menos, la arquitectura de Melilla ha venido despertando un interés realmente destacable.

Su estudio nos permite observar los caminos ya emprendidos, aprender de los aciertos, percibir lo que nosotros consideramos errores y echar en falta las ausencias. No son por tanto creaciones de las que pueda prescindirse, pues forman por sí mismas un conjunto bibliográfico muy respetable y que han contribuido a crear una determinada imagen de Melilla.

NOTAS

- ¹ En la recogida de datos bibliográficos nos hemos detenido a finales de 1993, aunque llegado el caso, recogemos alguna referencia posterior siempre que ésta nos parezca significativa.
- ² TORRES BALBAS, Leopoldo. «La arquitectura española en Marruecos». *Arquitectura*, vol V. Madrid, 1923; p. 139 a 142.
- ³ VIVES VICH, Pedro. «Barracones y obras auxiliares en Melilla, 1893». *Memorial de Ingenieros del Ejército*, nº III. Madrid, marzo de 1895; p. 65 a 73.
También, ALCAIDE CARVAJAL, Nicomedes. «Procedimiento propuesto para conseguir la ventilación natural de las cuadras y dormitorios en el cuartel de artillería de la Plaza de Melilla». *Memorial de Ingenieros del Ejército*, XVII. Madrid, 1900; p. 17 a 21 y 46 a 54.
- ⁴ GALLEGO, Manuel. «Mejoras urbanas de Melilla». *Memorial de Ingenieros del Ejército*, nº 1. Madrid, enero de 1926; p. 1 a 14.
- ⁵ ROUCH, J. «Les ports du Maroc espagnol». *Revue General des Sciences*, T. XLIV. Paris, 1933; p. 143 a 152.
– NOUVEL, Jacques. «Ceuta et Melilla. Contribution à l'étude de leurs évolution». *La vie urbaine*, nº 24. Paris: Institut d'urbanisme de l'université de Paris, 15 de noviembre de 1934; p. 361 a 388.
– GENDRE, L. «Population rurale dans le Rif et dualisme de sites urbaines: Al-Hoceima-Ajdir, Nador-Melilla». *Revue de Géographie du Maroc*, nº 1-2. Rabat, 1962; p. 147 a 151.
- ⁶ BERGOS MASSO, Juan. «Escuela Superior de Arquitectura de Barcelona. Proyecto de Catedral para Melilla». *Arquitectura y Construcción*. Barcelona, 1918; p. 206-207.
- ⁷ BLOND, VICUÑA S. de, CRISTOS, FACI, VARELA. «Proyecto de Plaza de Toros para la ciudad de Melilla». *Revista Nacional de Arquitectura*, nº 54-55. Madrid: Dirección General de Arquitectura, junio-julio de 1946; p. 123 a 129.
– de los mismos autores: «Anteproyecto de bloques de viviendas frente al Parque Hernández de Melilla». *Revista Nacional de Arquitectura*, nº 54-55. Madrid: Dirección General de Arquitectura, junio-julio de 1946; p. 130-131.
– de los mismos autores: «Plaza de Toros de Melilla». *Revista Nacional de Arquitectura*, nº 93-94. Madrid: Dirección General de Arquitectura, septiembre-octubre de 1949; p. 409 a 413.
– s.a. «Proyecto de ordenación de Melilla» *Revista Nacional de Arquitectura*, nº 54-55. Madrid: Dirección General de Arquitectura, junio-julio de 1946; s/p.
- ⁸ «Proyecto de edificio para Comandancia General en Melilla. Ing. Tomás Campos». *La Construcción Moderna*, nº 2. Madrid, 30 de enero de 1922; p. 16-17.
– También «La ingeniería sanitaria. El centro de desinfección de Melilla. Arq. Diego Basterra». *La Construcción Moderna*, XXI, nº 8. Madrid, 30 de abril de 1923; p. 122-123.
- ⁹ MOYA CASALS, Enrique. «Melilla piadosa y tradicional. Templos de la ciudad». *Mundo Ilustrado*, nº 85-86. Madrid, marzo de 1944; p. 85-86.
– *Melilla piadosa y tradicional. Descripción histórica y artística de los templos de la ciudad*. Melilla: s.e., 1954; 125 p.
- ¹⁰ Hay que señalar también un trabajo de FERNANDEZ DE CASTRO Y PEDRERAS, Rafael. «Desde Melilla. La Iglesia del Hospital Militar» *Africa*. Madrid, 1943; p. 37-38.
- ¹¹ TARRAGO CID, Salvador. «Don Enrique Nieto y Nieto». En: *Memoria de la Cátedra Gaudí, curso 1968-69*. Barcelona: Escuela Técnica Superior de Arquitectura-Ediciones Gea, 1970; p. 20 a 34.
- ¹² MIRALLES, Francisco. «Un barcelonés en Melilla». *Destino*, nº 1.673. Barcelona, 25 de octubre de 1969; p. 73.
- ¹³ BASSEGODA NONELL, Juan et al. *El modernismo en España. Catálogo de la exposición celebrada en el Casón del Buen Retiro de octubre a diciembre de 1969*. Madrid: Dirección General de Bellas Artes; p. 10, 38-39 y 178.
- ¹⁴ Existen algunas referencias a arquitectos catalanes que trabajaron en Melilla en la obra de RAFOLS FONTANALS, J.F. *Diccionario biográfico de artistas de Cataluña*. Barcelona: Millá, 1954; la referencia sobre Jaume Torres Grau en el t. III, p. 159 y sobre Enrique Nieto y Nieto, t. II; p. 241.

- 15 BOHIGAS, Oriol. *Reseña y catálogo de la arquitectura modernista*. Barcelona: Lumen, 1973, 2 vol; t. I, p. 27. La ampliación y revisión del catálogo estuvo realizada por Antoni González y Raquel Lacuesta.
- 16 FLORES LOPEZ, Carlos. *Gaudí, Jujol y el modernismo catalán*. Vol. I. Madrid: Aguilar, 1982; p. 103-105.
- 17 FONTBONA, Francesc, MIRALLES, Francesc. *Historia de l'Art Catalá*. Vol. VII, «Del modernisme al noucentisme, 1888-1917». Barcelona: Edicions 62, 1985; p. 201 y 266.
- 18 AZCARATE, J.M. *Panorama del arte español del siglo XX*. Madrid: UNED., 1978; p. 40.
- 19 GAYA NUÑO, J.A. *Ars Hispaniae. Historia universal del arte hispánico. Arte del siglo XX*. Madrid: Plus Ultra, 1977; p. 41.
- 20 DOMINGUEZ SANCHEZ, Contantino. *Melilla*. León: Everest, 1978; 141 p. Este autor escribiría una serie de artículos sobre historia urbana que serían recogidos posteriormente en forma de libro: DOMINGUEZ SANCHEZ, Constantino. *Melilleries*. Melilla: Ayuntamiento, 1993; 432 p.
- 21 En cuanto a los catálogos, destaca el realizado el 5 de diciembre de 1979, que constaba de 87 edificios. Con posterioridad, apareció una relación de edificios en: TEJEDOR MATA, Luciano. «Resumen de la visita realizada a la Melilla Modernista». *El barco como metáfora visual y vehículo de transmisión de formas. Actas del simposio nacional de Historia del Arte, CEHA. Málaga-Melilla, 1985*. Málaga: varios editores, 1987; p. 443 a 447.
- 22 Sus artículos periodísticos:
TEJEDOR MATA, Luciano. «Enrique Nieto y Nieto: un nombre para una calle melillense». *El Telegrama de Melilla*. 1 de abril de 1981.
 - «Un reto inaplazable: defender a toda costa el patrimonio arquitectónico de interés histórico-artístico». *El Telegrama de Melilla*. 18 de abril de 1982.
 - «Para la conservación del Patrimonio arquitectónico de Melilla, se precisa más colaboración entre los propietarios de edificios histórico-artísticos y las autoridades». *El Telegrama de Melilla*. 13 de mayo de 1982.
 - «Aproximación a la arquitectura melillense. Forma un complejo cultural único». *El Telegrama de Melilla*. 20 de julio de 1982.
 - «...¿Podría considerarse Melilla último reducto de la arquitectura modernista?...». *El Telegrama de Melilla*. 1 de diciembre de 1982.
 - «Melilla, una ciudad para un solo arquitecto. Enrique Nieto y Nieto». *El Telegrama de Melilla*. 16 de enero de 1983.
 - «El melillense y el patrimonio artístico cultural». *El Telegrama de Melilla*. 23 de abril de 1983.
 - «Aproximación a la arquitectura modernista melillense». *I Congreso Hispano-Africano de las Culturas Mediterráneas, Fernando de los Rios Urruti*. Melilla: Escuela de Magisterio, 1984; p. 33.
- 23 CAMACHO MARTINEZ, Rosario. «El eclecticismo en la arquitectura religiosa de Melilla». *Boletín de Arte*, nº 2. Málaga: Universidad, 1981; p. 157 a 170.
- 24 SUAREZ GARMENDIA, Miguel Angel. «Sobre la metamorfosis del Cine Monumental y otros anexos». *El Telegrama de Melilla*. 26 de mayo de 1981.
- 25 Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Málaga, (Directora Dña. Rosario Camacho Martínez). «Comunicado en defensa del Cine Monumental de Melilla». *El Telegrama de Melilla*. 23 de junio de 1981.
- 26 TARRAGO CID, Salvador. «Cine Monumental: Edificio Histórico-Artístico de interés provincial». *El Telegrama de Melilla*. 9 de junio de 1981.
- 27 NAVARRO LARA, José Luis. «Análisis de la decoración interior del Monumental Cinema Sport. El ayer de un tema polémico hoy». *El Telegrama de Melilla*. 12 de julio de 1981.
- 28 TORII, Tokutoshi. *El mundo enigmático de Gaudí*. Madrid: Instituto de España, 1985; p. 112 a 114.
 - Posteriormente, Rosa GARCIA LOPEZ, publicaría un artículo de similar temática, «Los fuertes exteriores de Melilla. Aproximación histórico-artística». *Trápana*, nº 3-4. Melilla: A.E.M., 1989-1990; p. 37 a 43.
- 29 MORA FIGUEROA, Luis de. «Neomedievalismos en fortificaciones del siglo XIX en Ceuta y Melilla». *Actas del Congreso El Estrecho de Gibraltar, Ceuta, noviembre de 1987*. Madrid: UNED, 1988; p. 397

- a 415. Una aproximación histórica en: DIEZ SANCHEZ, Juan. «Los fuertes exteriores: el quinto recinto defensivo de Melilla (1862-1899). *Trápana*, nº 3-4, 1989-1990; p. 27 a 36.
- 30 SARO GANDARILLAS, Francisco. «Algo sobre Enrique Nieto». *Aldaba*, nº 9. Melilla: Centro A. a la UNED., 1987; p. 143 a 148.
- 31 Estas autoras ya habían iniciado un extenso trabajo de fotografía sobre la arquitectura melillense, que posteriormente pasarían a video, siendo emitidos por una cadena de televisión local. Posteriormente escribirían un trabajo: CANTON, Laura y RIAÑO, Ana. «El ámbito modernista de Melilla». *Aldaba*, nº 3. Melilla: Centro A. a la UNED., 1984; p. 11 a 25. Este trabajo fue publicado posteriormente en: *Melilla Mágica*. Málaga: Ediciones Seyer, 1992; p. 27 a 35.
- 32 MIR BERLANGA, Francisco. Conferencia pronunciada en el Congreso sobre modernismo el 20-3-1985, y que no fue publicada posteriormente. Utilizamos nuestras notas personales.
- 33 ALIAS RODRÍGUEZ, Juana. «Breve estudio de la iglesia castrense de la Purísima Concepción de Melilla». *Aldaba*, nº 9. Melilla: Centro A. a la UNED., 1987; p. 155 a 158.
Francisco Mir Berlanga, publicaría posteriormente a la celebración del Congreso de 1985, un artículo de temática similar sobre este edificio: «La Capilla Castrense. Algunos datos para su historia». *Melilla Hoy*. 1 de agosto de 1987.
- 34 BARRIO FERNÁNDEZ DELUCO, Claudio. «Arquitectura en la Melilla Moderna». *Aldaba*, nº 9. Melilla: Centro A. a la UNED., 1987; p. 139 a 141.
- 35 CAMACHO MARTÍNEZ, Rosario. «Las sugerencias del art déco en la arquitectura de Melilla». *Boletín de Arte*, nº 7. Málaga: Universidad, 1986; p. 155 a 167.
- 36 BASSEGODA NONEL, Juan. Conferencia pronunciada el día 20-3-1985, en el Congreso sobre arquitectura en Melilla. Nos servimos de nuestras notas personales pues el texto no fue publicado.
- 37 SARO GANDARILLAS, Francisco. «Escritores melillenses. Francisco Carcaño Mas». *Melilla Hoy*. 24 de enero de 1986. De este mismo autor también, «Notas introductorias». En: CARCAÑO, Francisco. *La hija de Marte*. Melilla: Biblioteca Pública, 1988; p. XV a LXVI.
- 38 BRAVO NIETO, Antonio. «La decoración en fachadas como determinante básico de la arquitectura melillense». *Aldaba*, nº 9. Melilla: Centro A. a la UNED., 1987; p. 149 a 154. (Corresponde a la ponencia presentada en 1985)
- BRAVO NIETO, Antonio. «Aproximación a un estudio sobre lo ornamental en la arquitectura de Melilla: El barrio del Real, un ejemplo de la impronta modernista». *Aldaba*, nº 5. Melilla: Centro A. a la UNED., 1985; p. 35 a 53.
 - Posteriormente y junto a Claudio Barrio Fernández de Luco, editamos un pequeño folleto divulgativo para escolares: «Enrique Nieto y Nieto: arquitecto» *Conoce tu ciudad*, nº 1. Melilla: AEM., diciembre de 1987; s/p.
- 39 CAMACHO MARTÍNEZ, Rosario. «El arquitecto Lorenzo Ros y Costa y la difusión del art déco en Melilla». En: *Arquitectura y ciudad. Seminario celebrado en Melilla, los días 12, 13 y 14 de diciembre de 1989*. Madrid: ICRBC., 1992; p. 57 a 66.
- 40 PÉREZ ROJAS, Javier. «Sobre la arquitectura del cine en España. El cine Monumental de Melilla». *El barco como metáfora visual y vehículo de transmisión de formas. Actas del simposio nacional de Historia del Arte, CEHA. Málaga-Melilla, 1985*. Málaga: varios editores, 1987; p. 275 a 290.
- 41 PÉREZ ROJAS, Javier. *Art déco en España*. Madrid: Cátedra, 1990; 645 p. Existen en esta obra 19 referencias sobre Melilla.
- 42 BASSEGODA NONELL, Juan. «La singular arquitectura modernista de Melilla». *Ya*. Madrid, 6 de julio de 1985.
- «L'arquitecte modernista Enric Nieto i la ciutat de Melilla». *Temple*, nº 120, març-abril de 1986; p. 10 a 16.
 - *Historia de la arquitectura española. Arquitectura del modernismo a 1926*, vol V. Barcelona-Zaragoza: Planeta-Exclusiva de Ediciones, 1987; p. 1771-1772.
 - «La arquitectura catalana en Comillas». En: *Catálogo sobre Arquitectura modernista. Domenech i Montaner. Jujol*. Universidad Nacional Menéndez y Pelayo- Fundación Santillana, julio-agosto de 1990; p. 97 a 99.
 - «El sueño del arquitecto». *ABC, Cataluña*. 28 de enero de 1992.

- 43 HERNÁNDEZ PERERA, Jesús. «El modernismo de ultramar». En: *El barco como metáfora y vehículo de transmisión de formas. Actas del simposio nacional de Historia del Arte, CEHA. Málaga-Melilla, 1985*. Málaga: Varios editores, 1987; p. 217 a 235.
- 44 FREIXA, Mireia. *El modernismo en España*. Madrid: Cátedra, 1986; p. 268 a 271.
- 45 CHUECA GOITIA, Fernando. «Melilla antigua y modernista». *ABC*. Madrid, 22 de julio de 1988; p. 40.
- 46 CARANDELL, Luis. «Melilla, una ciudad modernista». *El independiente*. Madrid, 26 de mayo de 1989; p. 36.
- 47 ALVAR, Manuel. «Nupcias concordes». *ABC*. Madrid, 4 de septiembre de 1991.
- 48 PERMANYER, Lluís. «Barcelona sempre. Melilla barcelonesa». *La Vanguardia*. Barcelona, 17 de noviembre de 1987.
- 49 DOMÍNGUEZ UCETA, Enrique. «Melilla, ciudad modernista». En: *Melilla, ciudad sorpresa. 21 crónicas periodísticas*. Madrid: FEPET., 1987; p. 36 a 43.
- 50 MORATINOS BERNARDI, Paloma. «Vidrieras de Adolph Seller en Melilla: estudio iconográfico». *Aldaba*, nº 15. Melilla: Centro A. a la UNED., 1990; p. 49 a 63.
- 51 SALAFRANCA ORTEGA, Jesús y LOPEZ RAMIREZ, M^a Carmen. «La sinagoga or Zoruah de Melilla, el primer templo judío de la España contemporánea». En: *Hesperides. VII Congreso de Profesores Investigadores*. Motril, 1988; p. 527 a 530.
- 52 HERNÁNDEZ MONTERO, Juan Armindo. «Una intervención en el ensanche de Melilla, edificio calle Prim nº 2». En: *Arquitectura y Ciudad III. Seminario celebrado en Melilla los días 24, 25 y 26 de septiembre de 1991*. Madrid: ICRBC, 1993; p. 365 a 370.
- 53 BRAVO NIETO, Antonio. «El teatro como símbolo arquitectónico. Melilla y Tánger en torno a 1911: modernismo y secesión». En: *Arquitectura y Ciudad III. Seminario celebrado en Melilla, los días 24, 25 y 26 de septiembre de 1991*. Madrid: I.C.R.B.C., 1993; p. 351 a 364.
- 54 Esbozamos una breve historia de la Melilla construida en: BRAVO NIETO, Antonio. «Melilla: de ciudad del Renacimiento a urbe moderna». En: *Melilla Mágica*. Melilla: Ayuntamiento, 1992; p. 17 a 26.
- Sobre un edificio modernista del ensanche, realizamos un informe para la Comisión de Patrimonio de Melilla, con fecha 2 de diciembre de 1993, que fue publicado posteriormente (de forma parcial) en: «Casa Paraíso: Una construcción monumental». *El Telegrama de Melilla*. Melilla, 19 de febrero de 1995; p. 10 y 11.
- 55 BRAVO NIETO, Antonio. *La construcción de una ciudad europea en el contexto norteafricano. Arquitectos e ingenieros en la Melilla contemporánea (Tesis Doctoral Inédita)*. Madrid: UNED, 1995; 3 vol.
- 56 GALLEGU ARANDA, Salvador. «La labor de Enrique Nieto en la Cámara oficial de Comercio de Melilla». *Trápana*, nº 3-4. Melilla: AEM., 1989-1990; p. 57 a 66.
- «La construcción del edificio de la Cámara de Comercio de Melilla: Enrique Nieto». *Aldaba*, nº 15. Melilla: Centro A. a la UNED., 1990; p. 39 a 48.
- «La sede social de la Cámara de Comercio» *Boletín de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación*. Número extraordinario, Melilla, 31 de julio de 1990; p. 13-14.
- «El arquitecto Enrique Nieto y la Cámara de Comercio de Melilla». En: *Arquitectura y ciudad. Seminario celebrado en Melilla los días 12, 13 y 14 de diciembre de 1989*. Madrid: ICRBC, 1992; p. 93 a 95.
- 57 GALLEGU ARANDA, Salvador. «J.A. Primo de Rivera nº 13. El paso del elefante». *La Voz Dominical*, nº 111. Melilla, 13 de febrero de 1994; p. 4-5.
- «Un proyecto del arquitecto D. Manuel Rivera Vera para D. Félix Sáenz en Melilla. El edificio nº 2 de la Avenida». *Boletín de Arte*, nº 15. Málaga: Universidad, 1994; p. 239 a 256.
- «Proyecto de casa que desea construir D. Cándido Lobera en Melilla: El Telegrama del Rif (1912)». *Publicaciones*, nº 22-23. Melilla: Escuela Universitaria de Profesores de EGB., diciembre de 1994;
- 58 *Catálogo de Arquitectura de Melilla*. Colegio de Arquitectos de Andalucía Oriental, sede en Málaga. Consta de 919 carpetas de otros tantos edificios, con documentación fotográfica y planimétrica. El trabajo de catálogo agrupó un equipo de personas; Antonio Bravo Nieto, Director; Santiago Dorao Orduña (q.e.p.d.), Coordinador; Francisco Saro Gandarillas, Investigación; Dionisio Hinojo Sánchez,

Proceso Informático; Severiano Gil Ruiz, Fotografía; José Carrasco Cárdenas y José L. Rodríguez Pérez, Dibujo; Francisco Capitán Núñez y José M. Carvajal Rodríguez, Trabajo de Campo.

- 59 SARO GANDARILLAS, Francisco. «Un barrio singular, el viejo Mantelete». *El Telegrama de Melilla*. 24 de enero de 1982.
 - «Plaza de España». *Prensa-3*. Melilla, marzo de 1982; p. 24 a 27.
 - «Casi un río: el río de Oro». *El Telegrama de Melilla*. 18 de septiembre de 1983.
 - «El barrio Hebreo». *Prensa-3*, nº 4. Melilla, octubre-noviembre de 1982; p. 15 a 17.
 - «El hospital de la Cruz Roja, historia de una metamorfosis». *El Telegrama de Melilla*. 12 de diciembre de 1982.
 - «El parque Hernández». *Prensa-3*, nº 5. Melilla, diciembre y enero de 1983/1984; p. 15 a 22.
 - «Zocos y Fondaks, I y II». *Prensa-3*, nº 6 y 7. Melilla, febrero-marzo de 1983 y abril-mayo de 1983; I: p. 17 a 20, II: p. 24 a 28.
 - «El puente del general Marina». *Sur*. Málaga, 27 de diciembre de 1985.
 - «El Barrio del Polígono, I, II y III». *Melilla Hoy*. 26 de enero de 1988, 7 de febrero de 1988 y 9 de febrero de 1988.
 - «Evocación de la vieja escuela de Artes y Oficios, I y II». *Melilla Hoy*. 9 de agosto de 1988 y 11 de agosto de 1988.
 - «Adios al viejo Hotel España». *Melilla Hoy*. 28 y 29 de diciembre de 1988.
 - «Melilla, un urbanismo insólito». *Cuadernos de Historia de Melilla*, nº 1. Melilla: A.E.M., 1988; p. 115 a 118.Muchos de estos datos fueron reflejados y ampliados en las «Introducciones Históricas a los barrios», en: BRAVO NIETO, Antonio. *Catálogo de Arquitectura de Melilla*. Málaga: Colegio de Arquitectos de Andalucía Oriental, 1989-1990; s/p.
- 60 Los trabajos más globales sobre urbanismo son los siguientes:

SARO GANDARILLAS, Francisco. «La expansión urbana de Melilla, aproximación a su estudio». *Aldaba*, nº 5. Melilla: Centro A. a la UNED., 1985; p. 23 a 34.

 - «Notas para el estudio del crecimiento y expansión urbana de Melilla». En: *España y el Norte de Africa. Bases históricas de una relación fundamental, aportaciones sobre Melilla. Actas del Primer Congreso Hispanoaficano de las Culturas Mediterráneas Fernando de los Rios Urruti, 11-16 junio 1984*. Granada: Universidad, 1987; p. 239 a 252.
 - «Urbanismo y fortificación en Melilla: un antagonismo innecesario». En: *Melilla en la historia, sus fortificaciones. Seminario celebrado en Melilla días 16 a 18 de mayo de 1988*. Madrid: I.C.R.B.C., 1991; p. 97 a 104.
 - «Ingenieros militares en Melilla, un modelo insólito de desarrollo urbano». En: *Arquitectura y Ciudad. Seminario celebrado en Melilla del 12 a 14 de diciembre de 1989*. Madrid: I.C.R.B.C., 1992; p. 227 a 231.
- 61 RODRÍGUEZ PUGET, Joaquín. «Los ingenieros militares en el urbanismo de Melilla». *Asinto, Revista de la Asociación de ingenieros de construcción y electricidad y del arma de ingenieros*, n. 127. octubre-diciembre de 1985; p. 9 a 22.
 - Este mismo artículo puede verse también en: *Aldaba*, nº 4. Melilla Centro A. a la UNED., 1986; p. 31 a 46.
 - Y asimismo en: *El barco como metáfora visual y vehículo de transmisión de formas. Actas del simposio nacional de historia del arte, CEHA. Málaga-Melilla, 1985*. Málaga: varios editores, 1987; p. 291 a 308.
- 62 MOGA ROMERO, Vicente y BRAVO NIETO, Antonio. «Diseño de arqueología industrial en el binomio arquitectura y ciudad: Melilla». En: *Arquitectura y ciudad. Seminario celebrado en Melilla los días 12, 13 y 14 de diciembre de 1989*. Madrid: ICRBC., 1992; p. 149 a 161.
- 63 SANMARTÍN SOLANO, Ginés. «El cargadero de mineral de Melilla». Ponencia presentada al IV Seminario Nacional Arquitectura y Ciudad celebrado en Melilla en septiembre de 1992. Ejemplar inédito facilitado por cortesía del autor.
 - También, «El puerto de Melilla». Ponencia presentada al V Seminario Nacional Arquitectura Y Ciudad celebrado en Melilla los días 21, 22 y 23 de septiembre de 1993. Ejemplar inédito facilitado por cortesía del autor.
- 64 CAMACHO MARTINEZ, Rosario. «El proyecto de puerto de Melilla de 1891, eslabón de la política africanista española». *Melilla en la historia, sus fortificaciones. Seminario celebrado en Melilla los días 16, 17 y 18 de mayo de 1988*. Madrid: ICRBC., 1991; p. 43 a 57.

- 65 DIEZ SANCHEZ, Juan. «El cargadero de mineral: monumento emblemático». *El Telegrama de Melilla*. 23 de agosto de 1992.
- «Un nudo histórico entre dos barrios: el paso superior de la CEMR». *El Telegrama de Melilla*. 8 de noviembre de 1992.
- DIEZ SANCHEZ, Juan y CANO, José Antonio. «Raíces al descubierto de la Melilla Minera» *Melilla Hoy*. 11 de marzo de 1990.
- 66 ADAN AVILA, Ginés. «Pequeñas industrias, las caleras». *La Voz de Melilla*. 7 de diciembre de 1991.
- «D. Julio Castro Nuñez». *Melilla hoy*. 7 de marzo de 1993.
- 67 ARGENTE DEL CASTILLO SÁNCHEZ, Francisco José. *Melilla: Génesis y desarrollo de una ciudad sobre un territorio de soberanía. Del presidio al espacio urbano*. Málaga: Universidad, 3 vol. 1990. Hemos podido consultar este trabajo inédito por cortesía de su autor.
- 68 DÍEZ SÁNCHEZ, Juan. «La Triana africana. Un antiguo barrio de Melilla». *Triana*, nº 34. Sevilla, julio de 1990; p. 30-32.
- «1962-1992: El barrio Virgen de la Victoria cumple este verano 30 años de existencia». *El Telegrama de Melilla*. 2 de agosto de 1992.
- «La otra casa del Reloj, un edificio singular de la Melilla Comercial...». *El Telegrama de Melilla*. 6 de diciembre de 1992.
- «Urbanismo y ornato de la ciudad». *El Telegrama de Melilla*. 9 de mayo de 1993.
- «Cuando la avenida era un arroyo». *El Telegrama de Melilla*. 10 de enero de 1993.
- «Melilla: Automóvil y urbanismo». En: *Arquitectura y Ciudad. Seminario celebrado en Melilla los días 12, 13 y 14 de diciembre de 1989*. Madrid: ICRBC., 1992; p. 69 a 73.

ESCRITO EN LA HISTORIA: REPERTORIO BIBLIOGRÁFICO DE PUBLICACIONES EDITADAS POR EL AYUNTAMIENTO DE MELILLA (1975-1995)

por VICENTE MOGA ROMERO

El objetivo esencial de este repertorio bibliográfico es recoger una parte sustancial de todas las publicaciones editadas, o patrocinadas, por el Ayuntamiento de Melilla entre los años 1975 y 1995, incluyendo ya, a partir de esta última fecha, las primeras cuatro ediciones de la Consejería de Cultura, Educación, Juventud y Deporte de la Ciudad Autónoma de Melilla. Las datas que limitan el periodo escogido son ya hitos históricos en Melilla, puesto que abarcan desde los prolegómenos del inicio de la democracia constitucional a los de una nueva realidad para la Ciudad al ser dotada en este último año de Estatuto de Autonomía.

Muchas de las obras reseñadas fueron realizadas a través de la Fundación Municipal Sociocultural, institución que al amparo del Ayuntamiento de Melilla, funcionó entre 1984 y 1995, directamente, o bien a través de dependencias específicas como la Biblioteca Pública Municipal, el Archivo Municipal, la Ludoteca Municipal, Aulas de la Tercera Edad y el Museo Municipal. Igualmente se han recogido, bajo el epígrafe de obras patrocinadas, las coediciones realizadas al alimón con otros organismos, como la Dirección Provincial de Cultura, la Universidad de Granada, el Centro de Profesores de Melilla, la Biblioteca Nacional de Madrid, el Centro Asociado de la Uned en Melilla; etc. De esta última institución se recogen, especialmente, todos los títulos de la colección poética «Rusadir», en su primera etapa.

No se anotan en este repertorio las obras patrocinadas por el Ayuntamiento de Melilla y editadas por centros de estudio o asociaciones, como los casos de la Asociación de Estudios Melillenses y del Centro Asociado de la UNED en Melilla, que mantienen sus propios servicios de publicaciones. Queda, pues, para mejor ocasión, la recogida selectiva de los impresos editados por estos Centros, así como los de otros organismos que mantienen series interesantes, como la Cámara de Comercio, Industria y Navegación, la Autoridad Portuaria, el Centro de Profesores de Melilla, la Escuela

Universitaria de Formación del Profesorado de EGB, el Colectivo Ecologista Guelaya, etc.

Lo que sí queremos reseñar, como arranque de lo que puede representar un acervo propio de publicaciones conmemorativas del «Quinto Centenario», es la materialización libraria de lo que fue, hace ya medio siglo, la celebración de la efemérides del cuatrocientos cincuenta aniversario de la presencia española en Melilla, con la edición del opúsculo titulado *Conmemoración del 450 aniversario de la conquista de Melilla*, por el Ayuntamiento de Melilla, en 1947 y que recoge las conferencias impartidas en Melilla, los días 15, 16 y 17 de septiembre de 1947, por Tomás García Figueras («La ocupación de Melilla en el pensamiento político de los Reyes Católicos»), Hipólito Sancho Mayí («La casa de Medina Sidonia y su participación en la conquista: la figura del conquistador, el jerezano Pedro de Estopiñán, según las últimas investigaciones»), y Rafael Fernández de Castro y Pedrera («La conquista de Melilla: sus preparativos; la ocupación; capitulaciones de los Reyes Católicos con el Duque de Medina Sidonia; los primeros días de la Melilla española»). El libro, prologado por el alcalde Rafael Álvarez Claro, lleva un epílogo del africanista García Figueras, que señala el «nacimiento de una nueva Melilla pujante y llena de vida».

Aunque las coordenadas históricas de la ciudad de mediados de siglo son muy diferentes de las del final del milenio, nos parece que sí puede darse una clara coincidencia en la búsqueda efectiva de la pujanza y la vitalidad de la ciudad, contando siempre con la colaboración de todos los melillenses.

Los ciento quince impresos recogidos en este sucinto repertorio bibliográfico se ofrecen ordenados cronológicamente dentro de cada una de las siete secciones de que consta. La numeración correlativa, entre paréntesis, permite localizar los impresos desde el Índice de Autores. Las obras consideradas anónimas, se encabezan por la primera palabra del título, al igual que las publicaciones periódicas y oficiales. En algunas referencias se ha optado por encabezarlas por el director, coordinador, o editor, si explícitamente lo indicaba la publicación. En otras se han recogido todos los autores, aunque estos fuesen más de tres, para poder incluirlos significativamente en el Índice de Autores, aunque no se han recogido, en la mayoría de los casos, prologuistas, ilustradores, o editores literarios. La numeración, dentro de cada una de las secciones, y subsecciones, indica el número del impreso dentro de la colección, independientemente de que esté recogido o no en la propia publicación. Se han incluido los precios vigentes, sin inclusión del IVA, que, por otra parte, no se aplica en Melilla, de las publicaciones que se encuentran actualmente en distribución. La exposición de los datos recolectados responde a la siguiente secuencia:

Publicaciones oficiales y periódicas:

PRIMERA PALABRA DEL TÍTULO y título: información complementaria.—

Lugar de edición: editorial, años de publicación. - Formato. - Periodicidad. - Número normalizado ISSN: condiciones de adquisición.

Monografías ordenadas alfabéticamente por colecciones:

AUTOR PRINCIPAL; AUTORES SECUNDARIOS. Título: información complementaria = información paralela. Año de edición (notas específicas de la edición),

encuadernación, páginas o volúmenes (páginas por volumen): ilustraciones; formato. -
Número normalizado ISBN: condiciones de adquisición.

La estructura de la lista bibliográfica responde a la siguiente clasificación:

ÍNDICE DE LAS COLECCIONES EDITADAS:

1. Publicaciones oficiales
2. Publicaciones periódicas
3. Colecciones
 - 3.1 Abierta
 - 3.2 La Biblioteca de Melilla
 - 3.3 Ensayos Melillenses
 - 3.4 Estopiñán. Serie Historia
 - 3.5 Historia de Melilla
 - 3.6 Libros de la Ludoteca
 - 3.7 Rusadir
 - 3.8 Textos Mediterráneos
 - 3.9 Zaguán de África
4. Obras fuera de colección
5. Obras patrocinadas
6. Audiovisuales
7. Catálogos

ÍNDICE DE AUTORES

ÍNDICE DE LAS COLECCIONES EDITADAS

1. Publicaciones Oficiales

(1) 1. *BOLETÍN oficial de la ciudad de Melilla*. - Melilla: Servicio de Publicaciones y BOME, 1927-. - 30 x 21 cm. - Semanal. - ISSN 1135-4011. - Suscripción anual: 4.000 pta.

(2) 2. *BOLETÍN de estadística e información municipal*. - Melilla: Ayuntamiento, 1953-1982. - 30 x 21 cm. - Trimestral. - Agotado.

2. Publicaciones Periódicas

(3) 1. *MELILLA: boletín informativo municipal*. Melilla: Ayuntamiento. Gabinete de Prensa, 1979-1983. - 39 x 29cm. - Mensual. - Agotado.

(4) 2. *MELILLA: revista de información local*. Melilla: Ayuntamiento, 1979-1983. - 29 x 21 cm. - Mensual. - Agotado.

(5) 3. *PRENSA-3: revista bimestral de Aulas de la Tercera Edad*. Melilla: Aulas de Tercera Edad, 1981-1986. - 30 x 21 cm. - Bimestral. - Agotado.

(6) 4. *ATRIL: boletín quincenal de la Biblioteca Pública*. Melilla: Melilla Hoy, 1987. - 40 x 30 cm. - Mensual. - Agotado.

(7) 5. *HORA nueva: revista trimestral de Aulas de Tercera Edad*. Melilla: Aulas Tercera Edad, 1989-. - 30 x 24 cm. - Trimestral. - Difusión gratuita.

(8) 6. *BOLETÍN de información municipal*. Melilla: Ayuntamiento. Gabinete de Prensa, 1993-. - 39 x 29 cm. - Mensual. - Difusión gratuita.

(9) 7. *El VIGÍA de Tierra: revista de publicaciones*. - Melilla: Servicio de Publicaciones, 1995-. - 24 x 17 cm. - Semestral. - ISSN : 1135-6995 600 pta.

3. Colecciones

3.1 Colección Abierta

(Formato: 24 x 17 cm)

(10) 1. RUIZ PEINADO, F. *Iniciación al pirograbado*. - 1994, rúst., 41 p. : il. - ISBN 84-87291-42-2: 600 pta.

3.2 Colección La Biblioteca de Melilla

(Formato: 22 x 14 cm)

(11) 1. CARCAÑO MAS, F. *La hija de Marte (Novela)*. - 1988, rúst., 322 p.: il. - N. 1. - ISBN 84-505-7451-X: agotado.

(12) 2. BERENGUER, J. *Melilla, la codiciada. Los buscadores del pan (Novela)*. - 1989, rúst., 220 p. - ISBN 84-87291-00-7: agotado.

(13) 3. SENDER, Ramón J. *Cabrerizas Altas (Novela); Arabescos; Impresiones del carnet de un soldado (artículos periodísticos)*. - 1990, rúst., 249 p. : il. - ISBN 84-87291-05-8: agotado.

(14) 4. CARCAÑO MAS, F. *Melilla. Rifeñerías. Las Plazas menores de África*. - 1991, rúst., 321 p. : il. - ISBN 84-87291-19-8: agotado.

(15) 5. FERNÁNDEZ DE CUEVAS, T. *Melilla. Recuerdos de mi estancia (1902-1906)*. 1992, rúst., 162 p. - ISBN 84-87291-23-6: agotado.

(16) 6. DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ, C. *Melilllerías. Paseos por la historia de Melilla (siglos XV a XX)*. 1993, rúst., 432 p. : il. - ISBN 84-87291-39-2: 1.000 pta.

(17) 7. RUIZ ALBÉNIZ, V. *España en el Rif (1908-1921)*. 1994, rúst., 332 p.: il. - ISBN 84-87291-39-2: 1.200 pta.

(18) 8. HART, DAVID M. (Ed.). *Emilio Blanco Izaga: coronel en el Rif. Una selección de su obra, publicada e inédita, sobre la estructura sociopolítica de los rifeños del Norte de Marruecos*. 1995 (en coed. con el centro Asociado de la Uned en Melilla), rúst., 471 p. : il. - ISBN 84-87291-45-7: 1.500 pta.

3.3 Colección Ensayos Melillenses

(Formato: 24 x 17 cm)

(19) 1. GONZÁLEZ LAS, C. L. *El español en Melilla: fonética y fonología*. 1991, rúst., 124 p. - ISBN 84-87291-13-9: 600 pta.

(20) 2. GONZÁLEZ GARCÍA, J. A. *La flora marina de Melilla*. 1994, rúst., 212 p. : il. - ISBN 84-87291-41-4: 1.200 pta.

(21) 3. ROSEMBERG, G. *Alas de tigre, dientes de paloma: la articulación de la*

mitología griega y la tradición arabigoandaluza en tres obras de Antonio Abad. 1995, rúst., 189 p.: il. - ISBN 84-87291-56-2: 800 pta.

3.4 Colección Estopiñán. Serie Historia

(Formato: 21 x 15 cm)

(22) 1. ALCALÁ VARGAS, J. L. *Aproximación a la historia bibliográfica de Melilla. 1981-1982*, rúst., 2 v. (73, 71 p.). - ISBN 84-600-2450-4: agotado.

3.5 Colección Historia de Melilla

(Formato: 24 x 17 cm)

(23) 1. BRAVO NIETO, A. ; SÁEZ CAZORLA, J. M. *Melilla en el siglo XVI a través de sus fortificaciones.* 1988, rúst. , 161 p. : il. - ISBN 84-505-7775-X: agotado.

(24) 2. GOZÁLBES CRAVIOTO, E. *La ciudad antigua de Rusadir. Aportaciones a la historia de Melilla en la antigüedad.* 1991, rúst., 183 p. : il. - ISBN 84-87291-12: agotado.

(25) 3. FONTENLA BALLESTA, S. *Tesorillo de dirhems de tradición almohade de Melilla.* 1993, rúst., 83 p. : il. - ISBN 84-87291-24-1: 600 pta.

(26) 4. ESTRADA Y PAREDES, J. A. DE. *Población general de España, sus reinos y provincias, ciudades, villas y pueblos, islas adyacentes y presidios de África.* 1995 (ed. facsimil de la de 3º ed. de 1768, en coed. con la Biblioteca Nacional de Madrid), 2 v. (499, 708 p.). - ISBN 84-87291-48-1 (O. C. en rúst.). - ISBN 84-87291-51-1 (O. C. en cart.): 4.000 pta.

3.6 Colección Libros de la Ludoteca

(Formato: 31 x 21 cm)

(27) 1. MOGA ROMERO, V. *Conocer el Parque Hernández: álbum fotográfico (1902-1990).* 1990, rúst., 82 p. : il. - ISBN 84-87291-06-6: agotado.

(28) 2. BURGOS OLIVARES, M. P.; CABO HERNÁNDEZ, J. M. *Conocer el Parque Hernández: guía de preescolar.* 1990 (en coed. con el Departamento de Didáctica de las Ciencias Sociales de la Universidad de Granada y el Centro de Profesores de Melilla), rúst. , 41 p.: il. : agotado.

(29) 3. GUEVARA MARTÍNEZ, A.; NAVARRO RINCÓN, Mª. J.; TORTOSA PÉREZ, A. *Conocer el Parque Hernández: guía del ciclo inicial.* 1990 (en coed. con el Departamento de Didáctica de las Ciencias Sociales de la Universidad de Granada y el Centro de Profesores de Melilla), rúst., 30 p. : il. - ISBN 84-87291-08-2: agotado.

(30) 4. RAMOS GÓMEZ, I.; VIDA VERDÚ, Mª. A. *Conocer el Parque Hernández: guía del ciclo medio.* 1990 (en coed. con el Departamento de Didáctica de las Ciencias Sociales de la Universidad de Granada y el Centro de Profesores de Melilla), rúst., 28 p. : il. - ISBN 84-87291-09-2: agotado.

(31) 5. PERPÉN RUEDA, A.; MOGA ROMERO, V.; CARO SÁNCHEZ, J. Mª. *Conocer el Parque Hernández: guía del ciclo superior.* 1990 (en coed. con el Departamento de Didáctica de las Ciencias Sociales de la Universidad de Granada y el Centro de Profesores de Melilla), rúst., 74 p. : il. - ISBN 84-87291-10-4: agotado.

(32) 6. HEPTENER, P. *Melilla: puzzle (500 piezas)*. 1992, 500 piezas col. cart.; 37 x 50 - 14,5" x 20". - Agotado.

(33) 7. CABO HERNÁNDEZ, J. M.; MORENO MARTOS, M^a. S.; MARTÍNEZ SALCEDO, G. *Taller de ecología en el Parque Hernández*. 1993 (1. ed. 1992), rúst., 36 p.: il. : ed. no venal.

(34) 8. CABO HERNÁNDEZ, J. M.; MORENO MARTOS, M^a. S.; MARTÍNEZ SALCEDO, G. *Taller de orientación en el Parque Hernández*. 1993, rúst., 26 p.: il. : ed. no venal.

(35) 9. GRANDA VERA, J.; DOMÍNGUEZ SAURA, R.; EL QUARIACHI ANÁN, S. *Los juegos populares de la cultura bereber (Tamazight)*. 1995, rúst., 99 p. : il.; 24 x 17 cm. - ISBN 84-87291-46-5: 600 pta.

3.7 Colección Rusadir

(Ediciones del Ayuntamiento de Melilla y la Universidad Nacional de Educación a Distancia)

(Formato: 21 x 14 cm)

(36) 1. FERNÁNDEZ, M. *Credo de libertad*. 1979, rúst., 60 p. - ISBN 84-85551-10-9: agotado.

(37) 2. CANALES, A. *El puerto*. 1979, rúst., 82 p. (Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, 1979). - ISBN 84-85551-12-5: agotado.

(38) 3. ABAD, A. *Misericord de mí*. 1980, rúst., 70 p. - ISBN 84-85551-16-8: agotado.

(39) 4. ROLDÁN, M. *Asamblea de máscaras*. 1981, rúst., 70 p. (Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, 1979). - ISBN 84-85551-16-8: agotado.

(40) 5. ENRIQUE, A. *La ciudad de las cúpulas*. 1981, rúst., 50 p. - ISBN 84-85551-20-6: agotado.

(41) 6. ROSALES, L. *Un rostro en cada ola*. 1981, rúst., 122 p. (Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, 1981). - ISBN 84-500-5440-0: agotado.

(42) 7. MONTERO, A. *Tristia*. 1982, rúst., 92 p. - ISBN 84-500-7694-3: agotado.

(43) 8. FERNÁNDEZ, M. *Discurso sobre el páramo*. 1982, rúst., 87 p. (Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, 1982). - ISBN 84-500-8163-7: agotado.

(44) 9. RODRÍGUEZ PACHECO, P. *Las oxidaciones*. 1983, rúst., 71 p. - ISBN 84-59250-7: agotado.

(45) 10. MOLINA TEMBOURY, P. *El mago*. 1984, rúst., 62 p. (Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, 1983). - ISBN 84-500-9590-5: agotado.

(46) 11. ALBI, J. *Doménikos, ego*. 1984, rúst., 84 p. - ISBN 84-500-9923-4: agotado.

(47) 12. QUIÑONES, F. *Las crónicas de Hispania*. 1985, rúst., 65 p. (Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, 1984). - ISBN 84-505-1166-6: agotado.

(48) 13. VELASCO, M. A. *Pericoloso Sporgersi*. 1986, rúst., 70 p. (Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, 1985). - ISBN 84-505-3033-4: agotado.

(49) 14. ABAD, A. *El Arco de la Luna*. 1987, rúst., 77 p. (Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, 1986). - ISBN 84-505-4802-0: agotado.

(50) 15. LÓPEZ, E. *Del amor imperfecto*. 1988, rúst., 83 p. (Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, 1987). - ISBN 84-505-6897-8: agotado.

- (51) 16. GUZMÁN, A. *El libro de Tamar*. 1989, rúst., 54 p. (Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, 1988). - ISBN 84-87291-01-5: agotado.
- (52) 17. GARCÍA BAENA, P. *Fieles guirnaldas fugitivas*. 1990, rúst., 86 p. (Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, 1989). - ISBN 84-87291-11-2: agotado.
- (53) 18. LÓPEZ-CASANOVA, A. *Razón de iniquidad*. 1991, rúst., 83 p. (Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, 1990). - ISBN 84-87291-18-X: agotado.
- (54) 19. GARCÍA LÓPEZ, A. *Territorios del puma*. 1991, rúst., 83 p. (Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, 1991). - ISBN 84-87291-18-X: agotado.
- (55) 20. RUIZ-VA, P. *Departamento de objetos perdidos*. 1992, rúst., 79p. - ISBN 84-87291-29-5: 600 pta.
- (56) 21. CAMERON, J. *Como un ave migratoria en la jaula de Fénix*. 1992, rúst., 92 p. - ISBN 84-87291-30-9: 600 pta.
- (57) 22. MORALES, R. *Entre tantos adioses*. 1993, rúst., 91 p. (Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, 1992). - ISBN 84-87291-32-5: 600 pta.
- (58) 23. YAGÜE, J. *De la huida*. 1993, rúst., 68 p. (Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, 1993). - ISBN 84-87291-37-6: agotado.
- (59) 24. FERNÁNDEZ, M. *Solitudine*. 1994, rúst., 109 p. - ISBN 84-87921-44-9: 600 pta.

3.8 Colección Textos Mediterráneos

(Formato: 21 x 13 cm)

- (60) 1. GIL RUIZ, S. *El cañón del Gurugú (Novela)*. 1992, rúst., 621 p. - ISBN 84-87921-28-7: 1.500 pta.
- (61) 2. GIL RUIZ, S. *La tierra entregada (Novela)*. 1994, rúst., 655 p. - ISBN 84-87921-40-6: 1.500 pta.
- (62) 3. GIL RUIZ, S. *Jádir (Novela)*. 1995, rúst., 262 p. - ISBN 84-87921-54-6: 800 pta.
- (63) 4. CABELLO, E. *La cazadora (Novela)*. 1995, rúst., 109 p. - ISBN 84-87291-55-4: 600 pta.

3.9 Colección Zaguán de África

(Formato: 20 x 15 cm)

- (64) 1. CORREA, I. *Sáhara Atlántico: guía para viajar del Atlas al Sahel*. 1993, rúst., 320 p. : il. - ISBN 84-87291-33-3: agotado.
- (65) 2. ROMÁN, J. *Fragmentos de una conversación continua sobre Alhucemas*. 1994, rúst., 309 p. : il. - ISBN 84-87291-43-0: 1.200 pta.

4. Obras fuera de Colección

- (66) 1. MIR BERLANGA, F. *Resumen de la historia de Melilla*. 1965 (2ª. ed. corr. y aum.), 26 p. : il. ; 22 x 16 cm. - agotado.

- (67) 2. MIR BERLANGA, F.: *Melilla en los pasados siglos y otras historias*. 1977 (coed. con la Editora Nacional. Madrid), rúst., 178 p.: il.; 22 x 14 cm. - ISBN 84-276-0420-3: agotado.
- (68) 3. ALCALÁ VARGAS, J. L. *Estudio sobre el clima de Melilla*. 1982, rúst., 83 p.: il.; 21 x 16 cm.- ISBN 84-500-8217-X: agotado.
- (69) 4. MIR BERLANGA, F.: *Melilla: floresta de pequeñas historias*. 1983, rúst., 213 p.: il.; 22 X 16 cm. - ISBN 84-85551-28-1: agotado.
- (70) 5. BENGUIGUI LEVY, S.; URRESTARAZU GAVILÁN, M. *Mapa de suelos de Melilla*. 1985, rúst., 42 p.: il.; 24 x 17 cm. - Agotado.
- (71) 6. LÓPEZ GÓMEZ, J.; SORIA, E. *Árboles y arbustos ornamentales de Melilla*. 1985, rúst., 39 p.: il.; 17 x 23 cm.- Agotado.
- (72) 7. YUS RAMOS, R.; CABO HERNÁNDEZ, J.M. *Guía de la naturaleza de la región de Melilla*. 1986, rúst., 431 p.: il.; 24 x 13 cm. - Agotado.
- (73) 8. CABO HERNÁNDEZ, J. M.; DOMINGUEZ LLOSÁ, S.; GONZÁLEZ, J.; MONTES, C. *Itinerario geográfico-histórico de Melilla la Vieja*. 1987, rúst., 20 p.: il.; 30 x 21 cm. - Agotado.
- (74) 9. SALAFRANCA ORTEGA, J. F. *Bosquejo histórico de la población y guarnición de Melilla (1497-1874)*. 1987, rúst., 175 p.; 23 x 17 cm. - Agotado.
- (75) 10. URRESTARAZU GAVILÁN, M.; BENGUIGUI LEVY, S. *Itinerario de ciencias naturales en Melilla*. 1988, rúst., 42 p.: il.; 22 x 15 cm. - Agotado.
- (76) 11. BUENO CARRERAS, J. M^a. *Uniformes militares de la ciudad de Melilla*. 1989, rúst., 63 p.: il.; 24 x 18 cm. - ISBN 84-404-4467-2: 1.500 pta.
- (77) 12. GALET RAMÍREZ, F^a. *Poemas*. 1989, rúst., 61 p.; 21 x 14 cm. - ISBN 84-87291-04-X: agotado.
- (78) 13. MOGA ROMERO, V.; BRAVO VELÁZQUEZ, M^a. P.; FERNÁNDEZ BARTOLOMÉ, M^a. D. *Catálogo sistemático (CDU) de la Sección de Melilla de la Biblioteca Pública Municipal*. 1989, rúst., 212p.; 30 x 20 cm. - ISBN 84-87291-01-5: agotado.
- (79) 14. BENGUIGUI LEVY, S. *Nuestro museo. Experiencia didáctica: ciclos inicial y medio de EGB*. 1991, rúst., 24 p.: il.; 29 x 17 cm. - ISBN 84-87291-04-X: ed. no venal.
- (80) 15. BENGUIGUI LEVY, S. *Museo municipal de Melilla. Experiencia didáctica: ciclo superior de EGB y BUP*. 1991, rúst., 37 p.: il.; 29 x 17 cm. - ISBN 84-87291-15-5: ed. no venal.
- (81) 16. BENGUIGUI LEVY, S.; APOLINAR, G. *Guía del Museo municipal*. 1991, rúst., 23 p.: il.; 20 x 21 cm. - Ed. no venal.
- (82) 17. BRAVO NIETO, A.; MOGA ROMERO, V. *Melilla: imágenes de su historia (álbum de cromos)*. 1991, rúst., 15 p.: il.; 30 x 21 cm. - ISBN 84-87291-16-3: 175 pta.
- (83) 18. MOGA ROMERO, V.; RODRÍGUEZ PICAZO, J.; REYES LÓPEZ, A. *Historia ilustrada de Melilla*. 1991, cart., 92 p.: il.; 31 X 22 cm. - ISBN 84-87291-17-1: agotado.
- (84) 19. PALMA ROMÁN, J. *Las aventuras de Juan Fernández: lectura infantil apta para adultos*. 1991, rúst., 61p.; 21 x 16 cm. - Agotado.
- (85) 20. ACEITUNO, P.; BERMÚDEZ, C.; FERNÁNDEZ, M.; GALET, P.; GIMÉNEZ, L.; MÉNDEZ, M.P.; REBOUL HERNÁNDEZ, J.; GARCÍA

VILLAFRANCA, R.; PALMA, J. *Aulas: arte de vivir*. 1992, rúst., 61 p.: il.; 21 x 15 cm: agotado.

(86) 21. GÓMEZ DOMÍNGUEZ, J. (Dir.). *Callejero de la ciudad: callejero y planos de la ciudad de Melilla realizados en el Gabinete de Reprografía*. 1993 (1ª. ed. 1986), rúst., 72 p.: il.; 22 x 15 cm: ed. no venal.

5. Obras patrocinadas

(87) 1. MIR BERLANGA, F. *Guía de Melilla la Vieja y su museo municipal*. 1977 (16. ed., 1975), rúst., 73 p.: il.; 21 x 16 cm. - Agotado.

(88) 2. RIAÑO LÓPEZ, A. M.; MACARRO HEREDIA, M.J.; ESCRIBANO DE LA CAL, M.C.; RIZO GUTIÉRREZ, T.; DOMÍNGUEZ PUENTE, M. *Estudio demográfico y sociológico de la tercera edad en Melilla*. 1984 (coed. con la Delegación de Gobierno y la Dirección Provincial de Cultura), rúst., 166 p.: il; 24 x 16 cm. - Agotado.

(89) 3. DÍEZ BARRIO, G.; DÍAZ-CANEJA GONZÁLEZ, A. *¿Qué tendrá el poder que nadie se apea de él? = Qu'a donc le pouvoir que tout le monde s'y accroche! : proyecto teatral interdisciplinar*. 1986 (coed. con la Dirección Provincial de Cultura), rúst., 67 p.: il.; 21 x 15 cm: agotado.

(90) 4. BUQUERAS Y BACH, I. (Coord.). *Melilla ciudad sorpresa: 21 crónicas periodísticas*. 1987 (Madrid: Coysesa. - Col. Fepet; 12), rúst., 110 p.: il; 21 x 13 cm. - ISBN 84-86583-071-1: agotado.

(91) 5. OLMEDO JIMÉNEZ, M. (Dir.). *España y el Norte de África. Bases históricas de una relación fundamental (Aportaciones sobre Melilla). Actas del primer Congreso Hispano-Africano de las Culturas Mediterráneas «Fernando de los Ríos Urruti» (Melilla, 11 al 16 de junio de 1984)*. 1987 (Granada: Universidad), rúst., 2 v. (519, 351 p.): il.; 27 x 21 cm. - ISBN 84-338-0530-4 (O. C.): agotado.

(92) 6. PALOMO, Mª. P. (Coord.). *Poetas del 60: experiencia y lenguaje*. 1988 (coed. con la Dirección Provincial del Ministerio de Cultura), rúst., 59 p.; 21 x 16 cm: agotado.

(93) 7. OESTREICHER, A.; RAMÍREZ, J. *Método oral «Meloral»: material elaborado y adaptado para el Plan Piloto de Formación Integral de la ciudad de Melilla, al amparo del convenio suscrito con el MEC*. 1991 (en coed. con el Ministerio de Educación Y Ciencia), rúst., 210 p.: il.; 30 x 21 cm. - ISBN 84-88376-07-3: agotado.

(94) 8. GUERRERO ZAMORA, J. *Murillo 11, Melilla (Novela)*. 1991 (Málaga: Ediciones Seyer), rúst., 201 p.; 22 x 14 cm. - ISBN 84-86975-16-6: agotado.

(95) 9. JIMÉNEZ PÉREZ, T. *Alfabetizar (Plan de Formación Integral Ciudadana de Melilla)*. 1992 (en coed. con la Dirección Provincial del MEC), rúst., 6 v.: il.; 30 x 21 cm. - ISBN 84-88376-00-6 (O.C.): agotado.

(96) 10. ABAD, A.; SÁNCHEZ PONCE, J. *Melilla mágica*. 1992 (Málaga: Ediciones Seyer), cart., 270 p.: il.; 34 x 25 cm. - ISBN 84-86975-25-5: agotado.

(97) 11. JIMÉNEZ PÉREZ, T.; ABDESELAM MOHAMED, M.; LÓPEZ INFANTE, F.J. *Diccionario ideográfico español-zmasijt (Plan Piloto de Formación Integral Ciudadana)*. 1993 (coed. con la Dirección Provincial del MEC), rúst., 7 v.: il.; 30 x 22 cm. - ISBN 84-88376-08-0 (O.C.): agotado.

(98) 12. GOZALBES CRAVIOTO, G. *Al-Mandari, el granadino, fundador de Tetuán*. 1993, rúst., 309 p.: il.; 24 x 17 cm. - ISBN 84-604-5192-5: agotado.

6. Audiovisuales

(99) 1. *MELILLA puerta de África, donde empieza la aventura* (vídeo). 1992, 1 video VHS, 13 min. col.: 1.200 pta.

7. Catálogos

(100) 1. *SEMANA de cine internacional de Melilla*. Melilla. 1976-1990, rúst., 15 v.: il.; 24 x 17 cm: agotado.

(101) 2. *SEMANA cultural china (1985. Melilla)*. 1985 (coed. con la Dirección Provincial del Ministerio de Cultura), rúst., 10 p.: il.; 23 x 16 cm: agotado.

(102) 3. BAEZA, C.; DOMÉNECH, J. *Melilla y las artes plásticas (Patrimonio artístico municipal): catálogo de la exposición celebrada con motivo de la reapertura de la Casa del Reloj, sede futura del museo de la Ciudad*. 1988, rúst., 34 p.: il.; 15 x 26 cm: agotado.

(103) 4. MORENO MARTÍN, F.; MOGA ROMERO, V. *Del color del león. Niños del Sáhara: la mirada de un viajero*. 1989, rúst., 33 p.: il.; 30 x 22 cm: agotado.

(104) 5. HEREDERO, C. F. *Cineastas independientes de los años ochenta: al otro lado de Hollywood*. 1990, rúst., 82 p.: il.; 17 x 24 cm: agotado.

(105) 6. MENDIGUCHÍA, J.I.; RIAMBAU, E. *Stephen Frears*. 1990, rúst., 52 p.: il.; 24 x 17 cm: agotado.

(106) 7. LEÓN VILLAVERDE, E.; FERNÁNDEZ, M.; BERENGUER, A. *Homenaje a Fernando Arrabal*. 1990, rúst., 66 p.: il.; 17 x 24 cm: agotado.

(107) 8. TORRES, C.; CÁNOVAS, J. *Homenaje a Imperio Argentina*. 1990, rúst., 48 p.: il.; 23 x 20 cm: agotado.

(108) 9. ALVARDÍAZ, V.; FERNÁNDEZ, F.; WALTER, C.M. *Valentín Alvardíaz: pintura, 1989-1991*. 1991, rúst., 32 p.: il.; 24 x 16 cm: agotado.

(109) 10. *INVIERTA en Melilla, existen razones para ello: datos básicos sobre la ciudad de Melilla; marco jurídico legal de Melilla; incentivos a las inversiones de carácter específico para la ciudad de Melilla*. 1992 (coed. con la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Melilla y Unicaja), rúst., 1 carpeta (3 folletos): il.; 33 x 23 cm: agotado.

(110) 11. JIMÉNEZ SEGURA, A.; TRANDAFIR, C.L. *Encuentros (texto teatral)*. 1992, rúst., 31 p.: il.; 25 x 17 cm: agotado.

(111) 12. AYUSO, CH.; GÓMEZ DELIAÑO, I.; ROVIRA, P. *Chiti Ayuso, 1990-1993. Cuaderno de viajes*. 1993, rúst., 20 p.: il.; 17 x 24 cm: ed. no venal.

(112) 13. MORENO MARTÍN, F.; MOGA ROMERO, V. *Barakat. Paseos por Guelaia y Rif (Marruecos)*, 1989. 1993, rúst., 28 p.: il.; 28 x 21 cm: ed. no venal.

(113) 14. MOGA ROMERO, V.; MORILLAS, E.; Díez SÁNCHEZ, J. *Victorio Manchón, 1952-1969. Cuaderno retrospectivo*. 1994, rúst., 28 p.: il.; 17 x 24 cm: ed. no venal.

(114) 15. JIMÉNEZ SEGURA, A. (Dir.). *Taller experimental de grabados «Realejo»*. 1995, rúst., 16 p.: il.; 17 x 24 cm: agotado.

(115) 16. JIMÉNEZ SEGURA, A. (Dir.). *Memorial Carlos Rodríguez Iglesias*. 1995, rúst., 40 p.: il.; 17 x 24 cm: agotado.

ÍNDICE DE AUTORES

- ABAD, A. , 38, 49, 96.
 ABDESELAM MOHAMED, M., 97.
 ACEITUNO, P., 85.
 ALBI, J., 46.
 ALCALÁ VARGAS, J.L., 22, 68.
 ALVARDÍAZ, V., 108.
 APOLINAR, G., 81.
ATRIL, 6.
 AYUSO, CH., 111.
 BAEZA, C., 102.
 BENGUIGUI LEVY, S., 70, 75, 79, 80, 81.
 BERENGUER, A., 106.
 BERENGUER, J., 12.
 BERMÚDEZ, C., 85.
 BLANCO DE IZAGA, E., 18.
BOLETÍN, 1, 2, 8.
 BRAVO NIETO, A., 23, 82.
 BRAVO VELÁZQUEZ, P., 78.
 BUENO CARRERAS, J., 76.
 BUQUERAS Y BACH, I., 90.
 BURGOS OLIVARES, M. P., 28.
 CABELLO, E., 63.
 CABO HERNÁNDEZ, J.M, 28, 33, 34, 72, 73.
 CAMERON, J., 56.
 CANALES, A., 37.
 CÁNOVAS, J., 107.
 CARCAÑO MAS, F., 11, 14.
 CARO SÁNCHEZ, J.M., 31.
 CORREA, I., 64.
 DÍAZ-CANEJA GONZÁLEZ, A., 89.
 DÍEZ BARRIO, G., 89.
 DÍEZ SÁNCHEZ, J., 113.
 DOMÉNECH, J., 102.
 DOMÍNGUEZ LLOSA, S., 73.
 DOMÍNGUEZ PUENTE, M., 88.
 DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ, C., 16.
 DOMÍNGUEZ SAURA, R., 35.
 EL QUARIACHI ANÁN, S., 35
 ENRIQUE, A., 40.
 ESCRIBANO DE LA CAL, M.C., 88.
 ESTRADA Y PAREDES, J.A. DE, 26.
 FERNÁNDEZ, F., 108
 FERNÁNDEZ, M., 85.
 FERNÁNDEZ, Miguel, 36, 43, 59, 106.
 FERNÁNDEZ BARTOLOMÉ, M. D., 78.
 FERNÁNDEZ DE CUEVAS, T., 15.
 FONTENLA BALLESTA, S., 25.
 GALET RAMÍREZ, F., 77, 85.
 GÓMEZ DOMÍNGUEZ, J., 86.
 GARCÍA BAENA, P., 52.
 GARCÍA LÓPEZ, A., 54.
 GARCÍA VILLAFRANCA, R., 85.
 GIL RUIZ, S., 60, 61, 62.
 GIMÉNEZ, L., 85.
 GÓMEZ DE LIAÑO, I., 111.
 GONZÁLEZ, J., 73.
 GONZÁLEZ GARCÍA, A., 20.
 GONZÁLEZ LAS, C.L., 19.
 GOZALBES CRAVIOTO, E., 24.
 GOZALBES CRAVIOTO, G., 98.

- GRANDA VERA, J., 35.
GUERRERO ZAMORA, J., 94.
GUEVARA MARTÍNEZ, A., 29.
GUZMÁN, A., 51.
HART, D.M., 18.
HEPTENER, P., 32.
HEREDERO, C.F., 104.
HORA, 7.
INVIERTA, 109.
JIMÉNEZ PÉREZ, T., 95, 97.
JIMÉNEZ SEGURA, A., 110, 114, 115.
LEÓN VILLAVERDE, E., 106.
LÓPEZ, E., 50.
LÓPEZ CASANOVA, A., 53.
LÓPEZ GÓMEZ, J., 71.
LÓPEZ INFANTE, F.J., 97.
MACARRO HEREDIA, M.J., 88.
MARTÍNEZ SALCEDO, G., 33, 34.
MELILLA, 34, 99.
MÓNDEZ, M.P., 85.
MENDIGUCHÍA, J.I., 105.
MIR BERLANGA, F., 66, 67, 69, 87.
MOGA ROMERO, V., 27, 31, 78, 82, 83, 103, 112, 113.
MOLINA TEMBOURY, P., 45.
MONTERO, A., 42.
MONTES, C., 73.
MORALES, R., 57.
MORENO MARTÍN, F., 103, 112.
MORENO MARTOS, M.S., 33, 34.
MORILLAS, E., 113.
NAVARRO RINCÓN, M.J., 29.
OESTREICHER, A., 93.
OLMEDO JIMÉNEZ, M., 91.
PALMA ROMÁN, J., 84, 85.
PALOMO, M.P., 92.
PERPÉN RUEDA, A., 31.
PRENSA-3, 5.
QUARIACHI ANÁN, S. EL, 35.
QUIÑONES, F., 47.
RAMÍREZ, J., 93.
RAMOS GÓMEZ, I., 30.
REBOUL HERNÁNDEZ, J., 85.
REYES LÓPEZ, A., 83.
RIAMBAU, E., 105.
RIAÑO LÓPEZ, A.Mó., 88.
RIZO GUTIÉRREZ, T., 88.
RODRÍGUEZ PACHECO, P., 44.
RODRÍGUEZ PICAZO, J., 83.
ROLDÁN, M., 39.
ROMÁN, J., 65.
ROSEMBERG, G., 21.
ROVIRA, P., 111.
RUIZ ALBÉNIZ, V., 17.
RUIZ PEINADO, F., 10.
RUIZ-VA, P., 55.
SÁEZ CAZORLA, J., 23.
SALAFRANCA ORTEGA, J.F., 74.
SÁNCHEZ PONCE, J., 96.
SEMANA, 100, 101.
SENDER, R.J., 13.
SORIA, E., 71.
TORRES, C., 107.
TORTOSA PÉREZ, A., 29.
TRANDAFIR, C.L., 110.
URRESTARAZU GAVILÁN, M., 75.
VELASCO, M., 48.
VIDA VERDÚ, M.A., 30.
VIGÍA, 9.
WALTER, C.M., 108.
YAGÜE, J., 58.
YUS RAMOS, R., 72.

CATÁLOGO ACTUALIZADO DEL SERVICIO DE PUBLICACIONES

por ISABEL MIGALLÓN AGUILAR

I ÍNDICE DE COLECCIONES

- ABIERTA
- LA BIBLIOTECA DE MELILLA
- ENSAYOS MELILLENSSES
- HISTORIA DE MELILLA
- LIBROS DE LA LUDOTECA
- TEXTOS MEDITERRÁNEOS
- ZAGUÁN DE ÁFRICA
- OBRAS FUERA DE COLECCIÓN
- CATÁLOGOS
- PUBLICACIONES OFICIALES
- PUBLICACIONES PERIÓDICAS

II COLECCIONES

COLECCIÓN «ABIERTA»

FORMATO: 24 x 16 cm

[1] Nº 1 INICIACIÓN AL PIROGRABADO

RUIZ PEINADO, FRANCISCO

En el aprendizaje del pirograbado se persiguen objetivos sencillos: comprender las posibilidades de la imagen como elemento de representación de ideas, sentimientos y vivencias de forma personal y autónoma, en una situación íntima

145

EL VIGÍA DE TIERRA
MELILLA, 1995. Núm. 1

de comunicación; utilizar el conocimiento de los elementos plásticos básicos de esta técnica en el análisis de producción, propia y ajena.

ISBN. 84-87291-42-2 1994, rúst., il., 41 p. 600 pta.

COLECCIÓN «LA BIBLIOTECA DE MELILLA»

FORMATO: 21 x 13 cm

[2] Nº 1 LA HIJA DE MARTE (NOVELA)

CARCAÑO MÁS, FRANCISCO

La Hija de Marte es una novela, invariablemente de corte argumental. Editada en 1930, pretende ser un recorrido histórico por la Melilla de principios de siglo, abarcando un tercio del mismo, precisamente el de más relieve dentro del periplo melillense. El mayor valor del libro consiste precisamente, y no es poco, en la descripción de la ciudad y de sus gentes.

ISBN. 84-505-7451-X 1988, rúst., il. bl. y n., 322 p. AGOTADO

[3] Nº 2 MELILLA, LA CODICIADA. LOS BUSCADORES DEL PAN (NOVELA)

BERENGUER, JUAN

Esta novela explica el desenvolvimiento de la ciudad en torno a los hechos acaecidos en 1921 conocidos como el derrumbamiento de la Comandancia de Melilla, y que en su momento tuvieron una repercusión no sólo nacional, sino internacional, por las fuerzas implicadas y los nuevos planteamientos que de estos conflictos surgirían en el tema de Marruecos.

ISBN 84-87291-03-1 1989, cart., 220 p.il., [32]p. de fot bl. y n. AGOTADO

ISBN. 84-87291-00-7 1989, rúst., 220 p.il., [32]p. de fot bl. y n. AGOTADO

[4] Nº 3 CABRERIZAS ALTAS; ARABESCOS; IMPRESIONES DEL CARNET DE UN SOLDADO.

SENDER, RAMÓN J.

La edición que presentamos de la novela de Ramón J. Sender, *Cabrerizas Altas*, corresponde a un relato novelado, que se incluye en la narración ambiental diseñada por Sender bajo el título de *Crónica del Alba*. Es un relato significativo porque en él late la tragedia de la España de los años veinte, vista a través de la especial lupa de un soldado de Marruecos. Su llegada a esta ciudad, como alférez de complemento, le convierte en observador privilegiado de las secuelas

generadas en Melilla, y su entorno por el denominado Desastre de Annual.

ISBN. 84-87291-05-81990, r-----1] p. de fot. bl. y n. 249 p. AGOTADO

[5] **Nº 4 MELILLA, RIFEÑERÍAS. LAS PLAZAS MENORES DE AFRICA: PEÑÓN DE VÉLEZ, ALHUCEMAS, CHAFARINAS**

CARCAÑO MÁS, FRANCISCO

En los artículos del ingeniero militar Carcaño, tanto los de *Melilla, Rifeñerías*, como los publicados con posterioridad en *Las Plazas Menores de Africa*, se denota un optimismo aludido por el propio autor al confesarse «un periodista soñador, visionario y optimista», ilusionado por el incipiente colonialismo español en Marruecos. Esta novela, testimonio único de la Melilla que nace al siglo XX, se convierte en el mejor testamento de Francisco Carcaño y en la síntesis de toda su obra literaria.

ISBN. 84-87291-19-8 199, rúst., grab., 321 p. AGOTADO

[6] **Nº 5 MELILLA. RECUERDOS DE MI ESTANCIA (1902-1906). IMPRESIONES AFRICANAS DE UN CAPITÁN DE INFANTERÍA**

FERNÁNDEZ DE CUEVAS, TEODORO

El autor queda asombrado por las visiones motivadoras deparadas tras su llegada a Melilla. De esta insólita ciudad se alimentan las impresiones africanas del capitán Fernández de Cuevas, desde la original óptica de los años 1902 y 1906, matizadas por los colores africanistas y el eurocentrismo dominante a principios de siglo. Libros como éste, son muestra de una literatura fértil, plena de datos sobre una ciudad y su frontera, apenas entendidas.

ISBN. 84-87291-23-6 1992, rúst., 1 map. pleg. fot. bl. y n. 162 p. AGOTADO

[7] **Nº 6 MELILLERÍAS. PASEOS POR LA HISTORIA DE MELILLA (S. XV A XX)**

DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ, CONSTANTINO

Uno de los motivos que le llevaron a escribir a este cronista no oficial de la Ciudad era resaltar lo que él consideraba una constante histórica de Melilla: su españolidad. También le atraía la actuación del ejército, institución a la que siempre admiró y a la que dedicó buena parte de las *Melilleries*. Tres períodos de la historia de Melilla son los más trabajados por Constantino Domínguez: los primeros años de su ocupación; los siglos XVIII y XIX y las Campañas de Marruecos.

ISBN. 84-87291-35-X 1993, rúst., fot., 432 p. AGOTADO

[8] **Nº 7 ESPAÑA EN EL RIF (1908-1921)**

RUIZ ALBÉNIZ, VÍCTOR

Un libro escrito en doce días, como confiesa el propio autor, no deja de ser un libro ciertamente apresurado, pero la premura queda justificada por las circunstancias en que se escribe, cuando España queda sacudida por las noticias del Desastre de Annual. Su objetivo era escribir un libro que sirviera de « guía espiritual y algo sentimental del español ante el problema de Marruecos. Víctor Ruiz Albéniz («El Tebib Arrumi») escribe con el «estilo febril del periodista», un libro que clasifica de «carácter popular». Edición facsímil.

ISBN. 84-87291-39-2 1994, rúst., fot. bl. y n., 332 p. AGOTADO

[9] **Nº 8 EMILIO BLANCO IZAGA: CORONEL EN EL RIF: UNA SELECCIÓN DE SU OBRA, PUBLICADA E INÉDITA, SOBRE LA ESTRUCTURA SOCIOPOLÍTICA DE LOS RIFEÑOS DEL NORTE DE MARRUECOS.**

BLANCO IZAGA, EMILIO; HART, DAVID M. (Ed.)

Emilio Blanco Izaga, es autor de una obra etnográfica injustamente desconocida, además de representar un modelo de intervención militar en Marruecos que respetaba la identidad cultural rifeña y reivindicaba el sustrato de una civilización común bereber, de mucha mayor extensión que el propio núcleo rifeño. Todo ello sin perder de vista un rasgo característico de la personalidad de Blanco, su ironía y fino sentido del humor, que le daban una gran capacidad de analizar objetivamente los hechos que a diario, observaba en «su» Rif. El libro incluye los principales trabajos etnográficos de Blanco, comentados por el antropólogo David M. Hart, destacando la edición facsímil de la *Ley Rifeña*. Edición en coedición con la UNED-Melilla

ISBN 84-87291-45-7 1995, rúst., fot., 471 p. 1.500 pta.

COLECCION «ENSAYOS MELILLENSES»

FORMATO: 24 X 17 cm.

[10] **Nº 1 EL ESPAÑOL EN MELILLA: FONÉTICA Y FONOLOGÍA**

GONZÁLEZ LAS, CATALINA L.

Nunca hasta ahora se había abordado con cierta amplitud el estudio del español hablado en Melilla, por lo que este trabajo de investigación ha de ser primeramente valorado por su original aportación a un campo ignoto. Desde la fonética y la fonología, estudia el carácter andaluz meridional del español hablado en la ciudad de Melilla. Las peculiaridades del lenguaje melillense en permanente contacto con otras lenguas, y especialmente la *tamazight*, comunmente deno-

minada *sherja* o *shejja*, abren un amplio abanico de posibilidades meramente apuntadas en este libro.

ISBN. 84-87291-13-9 1991, rúst., 124 p. 600 pta.

[11] **Nº 2 LA FLORA MARINA DEL LITORAL PRÓXIMO A MELILLA**

GONZÁLEZ GARCÍA, J. ANTONIO

Este estudio comprende aquellas algas que responden al concepto de macrofitobentos marinos, expresión algo ambigua pero que podemos caracterizar como referida a organismos marinos fotosintetizadores, fijos al sustrato y, generalmente, pluricelulares, si bien algunos de ellos sólo puedan ser observados y, por tanto, determinados con la ayuda del microscopio.

ISBN. 84-87291-41-4 1994, rúst., il., fot. col., 212 p. 1.200 pta.

[12] **Nº 3 ALAS DE TIGRE, DIENTES DE PALOMA: LA ARTICULACIÓN DE LA MITOLOGÍA GRIEGA Y LA TRADICIÓN ARABIGOANDALUZA EN TRES OBRAS DE ANTONIO ABAD.**

ROSEMBERG, GLADYS

Gran conocedora de la poesía de nuestro país, concreta sus investigaciones en la producción y los caracteres de la obra del poeta melillense Antonio Abad, al que considera uno de los mayores representantes de la tradición árabe andaluza. La expresión del poeta, sus ecos, sus vibraciones entre ruinas levantadas y paisajes descubiertos, las nostalgias de lejanas islas griegas y las huellas de los beduinos en los mares infinitos del desierto..., encontrar, ordenar analizar y gozar estos elementos en la obra de Antonio Abad es el propósito del presente trabajo

ISBN 84-87291-56-2 1995, rúst., fot. bl. y n. 189 p. 800 pta.

COLECCIÓN «HISTORIA DE MELILLA»

FORMATO: 25 x 17 cm.

[13] **Nº 1 MELILLA EN EL SIGLO XVI A TRAVÉS DE SUS FORTIFICACIONES**

BRAVO NIETO, ANTONIO; SÁEZ CAZORLA, JESÚS

Este ensayo ofrece al lector interesado no sólo una visión panorámica de la poliercética —arte de la fortificación— de Melilla en el siglo XVI, sino que profundiza en las causas, condicionantes y efectos de la presencia de una Plaza fortificada, englobada en el organigrama de las relaciones internacionales de España en el inicio de la era moderna. A través de la descripción de los recintos,

las obras de fortificación, como «el complejo entramado de equilibrios y relaciones en el mundo mediterráneo».

ISBN. 84-505-7775-X 1988, rúst., il., fot. col., 161 p. AGOTADO

[14] **Nº 2 LA CIUDAD ANTIGUA DE RUSADIR, APORTACIONES A LA HISTORIA DE MELILLA EN LA ANTIGÜEDAD**

GOZALBES CRAVIOTO, ENRIQUE

Las enormes carencias de hechos arqueológicos datados, investigados y contextualizados, no impiden abordar la historia de la ciudad profundizando en la aportación de las fuentes literarias. Esta es la parte más completa del presente ensayo, estudiando nuevas fuentes e interpretando las conocidas, actualizándolas y mostrando la inserción de la Melilla mediterránea en el espacio ecuménico de los flujos históricos del Mare Nostrum. De este modo el autor nos propone navegar, a través del mar de la historia, entre los puertos de la Rusadir fenicia y la Melilla medieval.

ISBN. 84-87291-12-0 1991, rúst., il., fot. col y n., 183 p. AGOTADO

[15] **Nº 3 TESORILLO DE DIRHEMS DE TRADICIÓN ALHOMADE PROCEDENTE DE MELILLA**

FONTENLA BALLESTA, SALVADOR

El hallazgo de un tesorillo de monedas medievales de plata, en la región de Melilla, supone una constatación más del intenso flujo de relaciones existentes en el período medieval entre las dos orillas del Mar Mediterráneo. La clasificación de las setecientas ochenta y nueve monedas, que integran el tesorillo, junto al estudio metrológico y su catalogación aportan una base documental de primera magnitud para un período histórico no demasiado conocido.

ISBN. 84-87291-24-1 1993, rúst., lam. col., 83 p. 600 pta.

[16] **Nº 4 POBLACIÓN GENERAL DE ESPAÑA: SUS REINOS Y PROVINCIAS, CIUDADES, VILLAS Y PUEBLOS, ISLAS ADYACENTES Y PRESIDIOS DE ÁFRICA**

ESTRADA Y PAREDES, JUAN ANTONIO DE; MOGA ROMERO, VICENTE (ED.)

La edición facsímil de obra publicada en coedición con la Biblioteca Nacional de Madrid corresponde a la última de las tres ediciones conocidas, publicada en Madrid, en la Imprenta de Andrés Ramírez, en dos volúmenes, el año 1768. La primera edición apareció en Madrid, en la Imprenta del Mercurio, en tres

volúmenes, en el año 1747, bajo el título de *Población General de España, historia chronológica, sus tropheos, blasones y conquistas heroicas, descripciones y sucessos que la adornan, en que se incluyen las islas adjacentes y Presidios de Africa*. Puede considerarse una obra truncada ya que Estrada planeaba publicar un volumen dedicado a la «Genealogía, sucesión real y catálogo de España», pero no vio la luz pública.

ISBN 84-87291-48-1 (O.C) 1995, cart. 2 v, (499,608 p.) 4.000 pta.

ISBN 84-87291-51-1 (O.C) 1995, rúst. 2 v. (499,608 p.) 4.000 pta.

COLECCIÓN «LIBROS DE LA LUDOTECA»

FORMATO: 30 x 21 cm.

[17] CONOCER EL PARQUE HERNÁNDEZ: ÁLBUM FOTOGRÁFICO (1902-1990)

MOGA ROMERO, VICENTE

Es un libro-catálogo, que incluye ciento cuarenta y dos fotografías, concebido como soporte de la exposición fotográfica que, bajo el mismo título, se celebró en Melilla, en el mes de abril de 1990, para conmemorar el Día del Libro. Se ha querido, pues, rendir homenaje a la fotografía: como documento histórico de primera magnitud y también a la sociedad melillense de inicios del siglo XX, que hizo posible el nacimiento del más bello de los parques de la ciudad: el Parque Hernández.

ISBN 84-87291-06-6 1990, rúst., fot. n., 82 p. AGOTADO

FORMATO 24 x 17 cm.

[18] JUEGOS POPULARES DE LA CULTURA BEREBER (TAMAZIGHT)

GRANDA VERA, J.; DOMÍNGUEZ SAURA, RAFAEL; EL QUARIACHI ANÁN, SAID

Este libro plantea como objetivo principal la recuperación de un repertorio variado de juegos motrices populares de la cultura *tamazghit*, cuya presencia en la ciudad de Melilla es manifiesta y se imbrica en las coordenadas del diseño de una sociedad multicultural, tolerante y diversa. Así estos juegos son dados a conocer por primera vez, en un intento de construir materiales didácticos sobre juegos motrices y juegos cantados para su utilización como recurso didáctico en centros educativos e instituciones.

ISBN 84-87291-46-5 1995, rúst., il., 99 p. P.V.P 600 pta.

COLECCIÓN «TEXTOS MEDITERRÁNEOS»

FORMATO 21 x 12 cm.

[19] Nº 1 EL CAÑÓN DEL GURUGÚ (NOVELA)

GIL RUIZ, SEVERIANO

No todos los personajes de esta historia son ficticios, tampoco el parecido con la realidad de los hechos narrados responde a la casualidad, sino que es el producto de una cuidada intención. Por más que pudiera parecerlo, esta novela tiene más de realidad que de ficción, si bien ésta última hace su aparición por necesidad inevitable de imbricar a los protagonistas en el desarrollo de unos acontecimientos tan crudos como reales, que sacudieron la vida de todos cuantos vivían en Melilla y sus alrededores, en aquel lejano verano de 1921.

ISBN 84-87291-28-7 1992, rúst., 621 p. 1.500 pta.

[20] Nº 2 LA TIERRA ENTREGADA (NOVELA)

GIL RUIZ, SEVERIANO

En muchos sentidos, 1955 fue un año límite para Melilla y Marruecos español; fue el punto de inflexión, la máxima tensión de la cuerda; el final de la escalada costosa y fatigante que dio a luz un mundo peculiar, atractivo y generoso. Dentro de la pobreza generalizada, de carencias a veces gravosas la gente era feliz, y la prueba es la nostalgia con que, todos sin excepción recuerdan aquella época.

ISBN 84-87291-40-6 1994, rúst., 656 p. 1.500 pta.

[21] Nº 3 JÁDIR (NOVELA)

GIL RUIZ, SEVERIANO

Con esta novela culmina la tercera entrega del tríptico literario sobre la ciudad de Melilla, que inicia con *El Cañón del Gurugú* (1992) y prosigue con *La Tierra Entregada* (1994). *Jádir*, novela las vertientes escarpadas del paisaje mediterráneo de Cabo Tres Forcas, Charrani y Melilla, en los años actuales en un intenso relato literario que aporta numerosas claves sobre la historia de la ciudad.

ISBN 84-87291-54-6 1995, rúst., 292 p. 800 pta.

[22] Nº 4 **LA CAZADORA (NOVELA)**

CABELLO, ENCARNA

La autora desde muy joven conoce la problemática que gira alrededor de los inmigrantes marroquíes en España, surgiendo así su interés por la cultura árabe. Estas experiencias así como las adquiridas en sus múltiples viajes por países como Marruecos y Egipto, aparecen reflejadas en sus obras. *La Cazadora* fue seleccionada en el «IX Premio Herralde de Novela».

ISBN 84-87291-55-4 1995, rúst., 109 p. 600 pta.

[23] Nº 1 **SÁHARA ATLÁNTICO: GUÍA PARA VIAJAR DEL ATLAS AL SAHEL: SÁHARA OCCIDENTAL, MAURITANIA, MARRUECOS, ARGELIA Y MALI.**

CORREA, ISIDORO

El Sáhara Atlántico ejerce una extraña y fascinante atracción sobre el viajero. Bajo el ardiente calor diurno se divisa un paraje abrasador, con horizontes impregnados de calina térmica desfigurando las siluetas por los efectos ópticos del espejismo.

Al viajero que, a corazón descubierto, surca las soledades abismales del desierto no ha de faltarle una *guía*, que, desde el Atlas hasta el Sahel aporte la senda madura de otros viajeros que le precedieron.

ISBN 84-87291-33-3 1993, rúst., map., (2) fot. col. 316 p. AGOTADO

[24] Nº 2 **FRAGMENTOS DE UNA CONVERSACIÓN CONTINUA SOBRE ALHUCEMAS**

ROMÁN, JUAN

El autor desea completar una página de la historia de su ciudad (Villa Sanjurjo-Alhoceima). Es una obra dividida en tres partes: una primera de introducción histórica que describe los hechos acontecidos entre 1921 y 1988; la segunda parte, constituida por una serie de conversaciones que Juan Ramón mantiene con diversos personajes, logra dar un mayor dinamismo y fluidez a la narración; la tercera es un Álbum Etnográfico de la ciudad.

Es, en resumen, una obra fragmentada por la discontinuidad de la memoria de aquéllos que evocan las vivencias que se escapan entre volutas grises de los recuerdos y las palabras.

ISBN 84-87291-43-0 1994, rúst., map. pleg., fot. n.. 311 p. 1.200 pta.

OBRAS FUERA DE COLECCIÓN

FORMATO: 30 x 21 cm.

[25] MELILLA: IMÁGENES DE SU HISTORIA (ÁLBUM DE CROMOS)

BRAVO NIETO, ANTONIO; MOGA ROMERO, VICENTE

El presente álbum está dirigido principalmente a grupos infantiles y juveniles. Setenta y tres cromos en color (fotografías, planos, dibujos, etc) son un elemento clave para realizar un interesante recorrido por la historia de Melilla. Textos e imágenes se unen en un todo armonioso para mostrar a quien lo tiene en sus manos la ciudad: sus edificios más relevantes, lugares de interés histórico, etc. Todo ello acompañado de un diccionario de términos para una mejor comprensión de lo que se expone.

ISBN 84-87291-16-3 199, rúst., principalmente cromos, 36 p. 175 pta.

FORMATO: 34 x 25 cm.

[26] MELILLA MÁGICA

ABAD, ANTONIO; FOTOGRAFÍAS JOSÉ SÁNCHEZ PONCE; TEXTOS: GABRIEL DE MORALES MENDIGUTIA; ANTONIO BRAVO NIETO; ANA RIAÑO LÓPEZ; FRANCISCO MIR BERLANGA

Compendio de la historia de Melilla a través de su arquitectura. El lector tendrá la oportunidad de comprobar cómo la realidad actual de este rincón de África es un perfecto fenómeno de sincretismo entre Melilla la Vieja, el Centro Modernista y la naciente Melilla Moderna. Obra de gran formato donde su riqueza fotográfica plasma de forma singular el entorno natural y arquitectónico de Melilla.

ISBN 84-86975-25-5 1992, cart., plan., fot. col., 270 p. 4.800 pta.

FORMATO: 24 x 18 cm.

[27] UNIFORMES DE LAS UNIDADES MILITARES DE LA CIUDAD DE MELILLA

BUENO CARRERAS, JOSÉ M^a

Una parte de la historia de Melilla, queda recogida en la edición de este libro que nos muestra la evolución de los uniformes militares, que en algún momento han estado vinculados con la ciudad. Las breves pero cuidadas reseñas y la belleza de sus láminas justifican el interés que se ha tenido en la publicación de esta obra. Este viaje en el tiempo comienza en una fecha importante para Melilla como es 1497, para finalizar en nuestros días.

ISBN 84-404-4467-2 1989, rúst., [62] lam. col., 62 h. 1.500 pta.

[28] MELILLA PUERTA DE ÁFRICA: DONDE EMPIEZA LA AVENTURA (VÍDEO)

En este video se recogen distintas panorámicas de la ciudad y del quehacer diario de sus gentes, mostrando la perfecta simbiosis de culturas y costumbres entre los habitantes de Melilla.

1992, 1 videocaset (VHS) (13 min.) 1.200 pta.

CATÁLOGOS

FORMATO: 28 x 21 cm.

[29] BARAKAT: PASEOS POR GUELAIA Y RIF (MARRUECOS), 1989

MORENO MARTÍN, FRANCISCO; MOGA ROMERO, VICENTE

Es una exposición fotográfica inusual en Melilla. Estructurada en cuatro paneles imaginarios («La baraka de la inocencia», «La baraka del marabut», «Baraka de la sal» y «Baraka del color de los días») recoge la mirada llena de sensibilidad de este fotógrafo melillense.

1993, rúst., fot. col., 28 p. ED. NO VENAL

FORMATO: 17 x 24 cm.

[30] CHITI AYUSO 1990-1993. CUADERNO DE VIAJES

GÓMEZ DE LIAÑO, IGNACIO; ROVIRA, PEDRO; AYUSO, CHITI

Chiti nos entrega instantáneas pictóricas hechas con precisión e inmediatez, pero también como si su viaje oriental fuese un cuento, o una historieta gráfica, cuyo mayor encanto consiste en la fidelidad a la impresión, que se niega a ser algo más- y algo menos- de lo que es: un boceto fresco y rápido como el vértigo.

1993, rúst., lám. col. y n., 20 p. ED. NO VENAL

[31] MEMORIAL CARLOS RODRÍGUEZ IGLESIAS

LEÓN, ENCARNA; MORILLAS, EDUARDO; BENGUIGUI LEVY, SIMÓN

Nos encontramos ante un estilo difícil de entender ya que la gama de colores que recoge no resulta atractiva a primera vista. De entre las tinieblas y penumbras de sus pinturas se genera una luz distinta, fugaz, que nace y muere dentro del espacio reducido del lienzo. El pintor a lo largo de su trayectoria va usando diferentes técnicas y tocando estilos diversos, como queriendo encontrar aquel que refleje mejor su pensamiento.

1995, rúst., lám. y fot. col. y n. 40 p. ED. NO VENAL

[32] VICTORIO MANCHÓN. 1952-1969. CUADERNO RETROSPECTIVO

MOGA ROMERO, VICENTE; MORILLAS, EDUARDO DÍEZ SÁNCHEZ, JUAN

La exposición es fundamentalmente un muestrario hasta ahora inédito, de los años juveniles del pintor. Con ella se pretende mostrar la enorme evolución de un artista y enseñar a los niños y jóvenes melillenses de hoy, las posibilidades del arte y cómo el pintor «nace y se hace» a la vez.

1994, rúst., lám. y fot. col. y n., 28 p. ED. NO VENAL

PUBLICACIONES OFICIALES DE LA CIUDAD AUTÓNOMA DE MELILLA

FORMATO: 30 x 21 cm.

[33] BOLETÍN OFICIAL DE LA CIUDAD DE MELILLA

EDITA: SERVICIO DE PUBLICACIONES Y BOLETÍN OFICIAL DE MELILLA

ISSN 1135-4011 AÑO I, nº 1 (mayo 1927) Periodicidad semanal; suscripción anual: 4.000 pta.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS DE LA CIUDAD AUTÓNOMA DE MELILLA

FORMATO: 24 x 17 cm.

[34] EL VIGÍA DE TIERRA: REVISTA DE PUBLICACIONES

EDITA: ARCHIVO Y SERVICIO DE PUBLICACIONES DE LA CONSEJERÍA DE CULTURA, EDUCACIÓN, JUVENTUD Y DEPORTE.

ISSN 1135-6995 AÑO I, nº 1 (diciembre, 1995). Periodicidad semestral; 600 pta.

III ÍNDICE DE AUTORES

- ABAD, A., 26.
AYUSO, CH., 30.
BENGUIGUI LEVY, S., 31.
BERENGUER, J., 3.
BLANCO IZAGA, E., 9.
BOLETÍN OFICIAL DE LA CIUDAD DE MELILLA, 33.
BRAVO NIETO, A., 13, 25, 26.
BUENO CARRERAS, J.M., 27.
CABELLO, E., 22
CARCAÑO MAS, F., 2, 5.
CORREA, I., 23.
DÍEZ SÁNCHEZ, J., 32.
DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ, C., 7.
EL QUARIACHI ANÁN, S., 18.
ESTRADA Y PAREDES, J. A. DE, 16
FERNÁNDEZ DE CUEVAS, T., 6.
FONTELA BALLESTA, S., 15.
GIL RUIZ, S., 19, 20, 21.
GÓMEZ DE LIAÑO, I., 30.
GONZÁLEZ GARCÍA, J. A., 11
GONZÁLEZ LAS, C.L., 1.
GOZALBEZ CRAVIOTO, E., 14.
GRANDA VERA, J., 18.
HART, D., 9.
LEÓN, E., 31.
MELILLA PUERTA DE ÁFRICA, 28.
MIR BERLANGA, F., 26.
MOGA ROMERO, V., 16, 17, 25, 29, 32.
MORENO MARTÍN, F., 29.
MORILLAS, E., 31, 32.
MORALES MENDIGUTIA, G. DE, 26.
RIAÑO LÓPEZ, A., 26
ROMÁN, J., 24.
ROSEMBERG, G., 12.
ROVIRA, P., 30.
RUIZ ALBÉNIZ, V., 7.
RUIZ PEINADO, F., 1.
SÁNCHEZ PONCE, J., 26.
SENDER, R. J., 4.
VIGÍA DE TIERRA, EL, 34.

CIUDAD AUTÓNOMA DE MELILLA
CONSEJERÍA DE CULTURA, EDUCACIÓN, JUVENTUD Y DEPORTE

CONCURSO DE MONOGRAFÍAS
«MELILLA: HISTORIA Y CULTURA»

1ª
CONVOCATORIA

BASES

(Bases publicadas en el *Boletín Oficial de la Ciudad de Melilla*,
nº 3.426 de 29 de septiembre de 1995) *

Objetivo: Estimular la investigación y promover el conocimiento de la historia de la ciudad de Melilla.

Convocatoria: Se convoca a todas las personas interesadas, que deberán presentar los originales, que tendrán que ser inéditos y relacionados con la historia y la cultura de Melilla, sin limitaciones cronológica o temática.

Presentación de los trabajos: Los trabajos se presentarán por triplicado y escritos en prosa, en lengua castellana, mecanografiados en papel A-4, por una sola cara y a doble espacio.

Ilustraciones: Los trabajos podrán presentarse con acompañamiento de ilustraciones, que en ningún caso, pueden suponer más de la quinta parte del texto.

Extensión de los trabajos: La extensión completa no podrá sobrepasar incluyendo las ilustraciones, en su caso, y todo tipo, de complementos, apéndices, etc., los trescientos folios. La extensión mínima de los trabajos se fija en doscientos folios.

Autoría: Los trabajos pueden ser presentados por personas individualizadas, como por grupos de trabajo. En este caso, será necesario el nombramiento del director del trabajo. En todo caso, los autores son responsables de la veracidad de todos los requisitos, así como de cualquier incidente que por su incumplimiento total, o parcial, pueda producirse.

La obra se presentará en el registro de la Ciudad Autónoma de Melilla, en sobre cerrado, incluyéndose en el interior otro sobre cerrado, con las indicaciones del nombre del autor o de los autores, fotocopias de DNI, domicilio actual y teléfono, así como un breve *currículum*.

* Actualización de las Bases publicadas en el *Boletín Oficial de la Ciudad de Melilla*, núm. 3.395, de 11 de mayo de 1995.

Plazo de admisión de trabajos: Se fija un plazo de seis meses desde la publicación de las bases del Concurso en el *Boletín Oficial de la Ciudad de Melilla*.

Jurado: El Ayuntamiento designará un jurado, cuyos miembros serán personas vinculadas con el objetivo de este concurso y estará facultado para solicitar los asesoramientos de los expertos que fueran precisos.

Premios: El jurado otorgará un primer premio de 500.000 pesetas y un accésit de 200.000 pesetas. El fallo del jurado será inapelable. Igualmente podrá otorgar menciones honoríficas si lo estima oportuno. Los premios, en todo caso, no podrán ser fraccionados, aunque sí podrá declararse desierto el concurso. Las monografías no premiadas podrán retirarse en el plazo de un mes, a contar desde la publicación del resultado del Concurso en el *Boletín Oficial de la Ciudad de Melilla*, en la Consejería de Cultura, Educación, Juventud y Deporte. Transcurrido dicho plazo, la Ciudad Autónoma de Melilla podrá destruir los trabajos no premiados o bien enviarlos al Archivo Municipal de la ciudad de Melilla, sin perjuicio del derecho de propiedad intelectual del autor.

Los autores de los trabajos premiados cederán incondicionalmente sus derechos de autor a la Ciudad Autónoma de Melilla para que ésta pueda publicarlos, total o parcialmente, en la manera que estime oportuna, sin limitación temporal alguna.

Transcurrido el plazo de un año desde la publicación del fallo del concurso en el *Boletín Oficial de la Ciudad de Melilla*, el autor quedará en libertad para su publicación, con la obligación de hacer constar su concurrencia en este concurso, debiendo entregar a la Ciudad Autónoma de Melilla diez ejemplares del mismo de forma gratuita y antes de ponerlos a la venta.

**CONVOCATORIA DE CUATRO BECAS DE INVESTIGACIÓN DOCUMENTAL PARA EL
AÑO 1996**

(Bases publicadas en el *Boletín Oficial de la Ciudad de Melilla*, núm 3444, de 30 de
noviembre de 1995)

**CIUDAD AUTÓNOMA DE MELILLA
CONSEJERÍA DE CULTURA, EDUCACIÓN, JUVENTUD Y DEPORTE
BECAS DE INVESTIGACIÓN DOCUMENTAL
CONVOCATORIA**

La Consejería de Cultura, Educación, Juventud y Deporte de la Ciudad Autónoma de Melilla consciente de la importancia del acceso a la documentación histórica para la formación de los investigadores melillenses, así como para el desarrollo integral de los estudios sobre la historia de la Ciudad, y dentro del desarrollo de un Plan Director de Archivos, cuyo objetivo esencial estriba en conformar el Archivo de la Ciudad de Melilla como un Centro de Gestión del Patrimonio Cultural, convoca cuatro becas de investigación para el año 1996.

La convocatoria de estas becas puede considerarse la primera fase de un plan de recuperación de importantes documentos históricos referidos a Melilla, que ahora son de difícil acceso a los melillenses por su dispersión en múltiples Centros nacionales e internacionales. Una segunda fase, inmediatamente posterior, incidirá en la obtención de reproducciones en los soportes adecuados (papel; microformas; soportes informáticos, electrónicos o digitales; etc.) para su puesta a disposición de la comunidad melillense. Esta segunda fase requerirá, en su momento, la formalización de convenios con los diferentes centros documentales, que faciliten la labor de recuperación documental planteada.

La Consejería de Cultura, Educación, Juventud y Deporte, quiere señalar con esta iniciativa la necesidad de dinamizar los recursos culturales de la Ciudad, para el desarrollo integral de un proyecto que se incardina también en los objetivos básicos marcados por la conmemoración del Quinto Centenario de la incorporación de Melilla a la Corona de Castilla (1497-1997).

La Consejería de Cultura, Educación, Juventud y Deporte de la Ciudad Autónoma de Melilla, convoca cuatro becas de investigación documental, para el año 1996, de acuerdo con las siguientes

BASES

1. Objetivo: Promover la recuperación de las fuentes documentales existentes en los distintos archivos, bibliotecas y centros de documentación, tanto locales como nacionales e internacionales, que afectan a los distintos periodos históricos de la ciudad de Melilla.

2. Condiciones de los aspirantes a becarios: A esta becas podrán optar quienes acrediten las titulaciones de licenciatura universitaria y también los licenciados o diplomados en biblioteconomía y ciencias de la documentación.

3. Dotación: Cada una de las cuatro becas convocadas está dotada con un mínimo de trescientas cincuenta mil pesetas y un máximo de quinientas mil pesetas, que se abonarán, el veinticinco por ciento del total tras la concesión de la beca y el resto a la conclusión del trabajo,

previo baremo del resultado por el tribunal calificador que se nombrará al efecto. La no entrega del trabajo por parte del becario en los plazos establecidos, o la no aceptación del mismo por el tribunal calificador, supondrá la devolución automática de la ayuda recibida.

4. Documentación e instancias: Las instancias solicitando la concesión de una de las becas serán presentadas en el Registro General de la Ciudad de Melilla (Palacio de la Asamblea de Melilla. Consejería de Cultura, Educación, Juventud y Deporte. Plaza de España, s/n. 29801-Melilla), en los plazos establecidos.

Los aspirantes a las becas deberán presentar, como mínimo, la siguiente documentación:

A) Fotocopia del documento nacional de identidad o pasaporte y del documento fiscal.

B) Curriculum vitae del candidato que incluya la titulación académica requerida y los méritos profesionales que estime conveniente presentar. A este efecto se valorarán entre cero y cinco puntos los méritos específicos que se justifiquen en cada uno de los siguientes apartados:

- *Titulación académica:* se valorarán preferentemente la licenciatura en geografía e historia y la licenciatura o diplomatura en biblioteconomía y ciencias de la documentación, o similares.
- *Publicaciones:* se valorarán preferentemente las publicaciones realizadas en el ámbito de la archivística y la documentación en general, para lo que se requerirá la entrega de la publicación o separata.
- *Cursos:* se valorará preferentemente la impartición y la realización de cursos relacionados con archivos y documentación, que habrán de ser justificados con indicación de las horas lectivas y las materias cursadas.
- *Experiencia laboral:* se valorará preferentemente la experiencia laboral justificada documentalmente en los campos archivístico y documental, con especificación de la modalidad (beca; contrato; etc.) y certificación acreditativa.

C) Memoria explicativa del trabajo que desea realizar, referida explícitamente a uno de los cuatro centros documentales que se citan en esta convocatoria, presentada en formato DIN-4, por quintuplicado. La Memoria no tendrá una extensión inferior a cuatro folios ni superior a quince folios en el formato especificado y en ella el candidato a becario expondrá sucintamente su metodología y la planificación del trabajo a desarrollar, así como los recursos descriptivos documentales en la elaboración del inventario solicitado.

5. Centros documentales: Para esta primera convocatoria de cuatro becas de investigación se han considerado prioritarios los siguientes archivos:

- 1) Archivo General de Simancas (Simancas. Valladolid).
- 2) Archivo de la Fundación Medina Sidonia (Sanlúcar de Barrameda. Cádiz).
- 3) Archivo General de la Administración del Estado (Alcalá de Henares. Madrid).
- 4) Archivo de la Ciudad de Melilla (Melilla).

En estos archivos el trabajo esencial requerido consistirá en realizar el inventario de la documentación existente que afecte a la ciudad de Melilla, con descripción detallada de las series documentales más importantes, así como una evaluación presupuestaria del coste de reproducción de los documentos inventariados, tanto en papel, como en microforma, u otro tipo

de soporte. Igualmente los becarios confeccionarán una selección de textos, como anexo del inventario, que resalte la importancia histórica de la documentación para la ciudad de Melilla.

6. Tribunal calificador: El tribunal calificador encargado de asignar las becas estará constituido por:

- *Presidente:* El Excmo. Sr. Consejero de Cultura, Educación, Juventud y Deporte o persona en quien delegue.
- *Secretario:* El de la Comisión Informativa de Cultura o persona nombrada por la Consejería de Cultura, Educación, Juventud y Deporte.
- *Vocales:* Tres especialistas a designar por la Consejería de Cultura, Educación, Juventud y Deporte. Igualmente la Consejería podrá recabar la colaboración de asesores cuando lo considere pertinente.

7. Resoluciones: Las instancias, y la documentación complementaria exigida, serán presentadas por los aspirantes ante de sesenta días naturales contados a partir de la fecha de publicación de estas bases en el *Boletín Oficial de la Ciudad de Melilla*.

El fallo del tribunal calificador asignando las becas se publicará en el *Boletín Oficial de la Ciudad de Melilla*, antes de transcurridos seis meses contados desde la publicación de la convocatoria en el *Boletín Oficial de la Ciudad de Melilla*. Las decisiones del tribunal serán inapelables.

8. Obligaciones de los becarios: Los becarios designados en esta convocatoria tendrán las siguientes obligaciones:

A) Desarrollar el trabajo conforme al proyecto presentado junto a la instancia en un plazo máximo de seis meses contados desde la publicación en el *Boletín Oficial de la Ciudad de Melilla* del fallo del Tribunal calificador asignando las becas.

B) Presentar informe o certificación expedido por el archivo o centro documental asignado en la beca, en el que conste el tiempo total de trabajo del becario y las consultas realizadas, junto al trabajo desarrollado, en el plazo máximo de seis meses contados desde la publicación en el *Boletín Oficial de la Ciudad de Melilla* del fallo del tribunal calificador.

C) El trabajo realizado será entregado en los plazos establecidos en el Registro General de la Ciudad Autónoma de Melilla, en soporte de papel, formato DIN-4, admitiéndose también de forma complementaria el soporte informático en los entornos PC o Macintosh.

A la conclusión del proceso de entrega de los trabajos por parte de los becarios, se reunirá el tribunal calificador para aceptarlos o rechazarlos.

9. Propiedad y derechos de publicación: Los trabajos presentados por los becarios serán considerados de propiedad de la Ciudad Autónoma de Melilla, que tendrá legalmente el derecho de propiedad intelectual y el de su publicación en la forma que estime oportuno, todo ello con independencia del reconocimiento de la autoría de los trabajos.

10. Aceptación de las Bases: La presentación de las instancias supone la aceptación de estas Bases. Los supuestos no contemplados en las mismas serán resueltos, de forma inapelable, por el Tribunal Calificador.

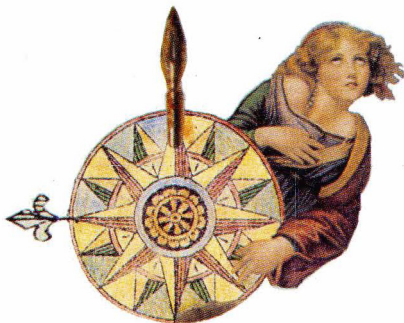


EL VIGÍA DE TIERRA

Revista de Publicaciones

Nº 1

se terminó de imprimir el día trece de marzo
de mil novecientos noventa y seis primer
aniversario de la promulgación de la
Ley Orgánica 2/1995 de 13
de marzo de Estatuto
de Autonomía
de Melilla



EL VIGÍA DE T I E R R A

1



CIUDAD AUTÓNOMA DE MELILLA
CONSEJERÍA DE CULTURA, EDUCACIÓN,
JUVENTUD Y DEPORTE
SERVICIO DE PUBLICACIONES



V CENTENARIO
MELILLA
1497 1997